

Q. 81.976

Sidney Tarrow

El poder en movimiento

Los movimientos sociales,
la acción colectiva y la política

Versión española
de Herminia Bavia y Antonio Resines



Alianza
Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Cambridge University Press, 1994

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1997

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88

ISBN: 84-206-2877-8

Depósito legal: M. 27.767-1997

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.

C/ Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid

Impreso en Lavel, S. A., Pol. Ind. Los Llanos

C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)

Printed in Spain

Para Chris

ÍNDICE

Índice de figuras y tablas	11
Prólogo y agradecimientos.....	13
Introducción.....	17

Parte I

EL NACIMIENTO DEL MOVIMIENTO SOCIAL NACIONAL

1. La acción colectiva y los movimientos sociales	33
2. La acción colectiva modular	65
3. La letra impresa, la asociación y la difusión del movimiento.....	93
4. Los estados y los movimientos sociales	117

Parte II

LOS PODERES DEL MOVIMIENTO

5. Explotación y creación de oportunidades.....	147
6. La acción colectiva.....	179



7. La creación de marcos para la acción colectiva	207
8. Las estructuras de movilización.....	235

Parte III

LA DINÁMICA DEL MOVIMIENTO

9. Ciclos de protesta.....	263
10. La lucha por la reforma	287
11. ¿Una sociedad movilizadora?	313
Bibliografía	331
Índice analítico.....	359

ÍNDICE DE FIGURAS Y TABLAS

FIGURAS

2.1.	Repertorios «antiguo» y «nuevo» en Europa occidental y en Norteamérica.....	68
6.1.	Acontecimientos violentos a gran escala, violencia de pequeños grupos y terrorismo, Italia, 1966-1983	197
9.1.	1848: Los acontecimientos de 1848 por meses; marzo 1847-agosto 1849.....	271
9.2.	1848: Los acontecimientos de 1848 por meses; 1847-1849, Francia e Italia	273
9.3.	1848: Los acontecimientos de 1848 por meses, 1847-1849; Alemania y Austria	274

TABLAS

6.1.	Incidencia de todas las formas de acción colectiva como porcentaje de la totalidad de las formas de acción, Italia, 1966-73	196



PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS

Al igual que un movimiento social, un libro es una acción colectiva. Más allá de las improntas visibles del autor y el título hay una larga historia de respaldo y colaboración. Esta obra en concreto ha seguido un itinerario especialmente largo y bajo la superficie subyacen múltiples deudas institucionales y personales.

Mi curiosidad acerca de los movimientos sociales comenzó en la Universidad de California, en Berkeley. En la década de los sesenta, Berkeley no sólo era una incubadora de este tipo de actividad, también era un entorno fértil y polémico para el trabajo intelectual. El estudio resultante, *Peasant Communism in Southern Italy*, representa para mí una deuda intelectual con cuatro de los profesores a los que conocí allí: David Apter, Reinhard Bendix, Ernst Haas y Joseph La Palombara.

Todo aquel que esté interesado en la historia de los movimientos sociales se topa tarde o temprano con Francia. Los colegas que en 1969 me dieron la bienvenida al Centre d'Études sur la Vie Politique Française se convirtieron en amigos entregados e inconscientes cómplices a la hora de dar forma al enfoque de esta obra. Me siento particularmente agradecido a Annick Percheron, a Guy Michelat y a René Mouriaux, que en 1990 me ayudaron a organizar un fructífero semestre como graduado becado en la CNRS en París, donde se llevó a cabo parte del trabajo de este libro.

Muchas de las ideas aquí expuestas proceden de mis investigaciones sobre los movimientos de finales de los sesenta y principios de los setenta en Italia. El estudio *Democracy and Disorder* fue el resultado de un productivo año, de 1980 a 1981, invertido en el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences de Stanford y de dos becas posteriores de investigación de la National Science Foundation. Otra beca del German Marshall Fund de Estados Unidos me sirvió para examinar los vínculos entre la política internacional y los movimientos nacionales.

No fue sencillo para este autor pasar del análisis sistemático de los datos a su interpretación narrativa. Debo agradecer la ayuda que me brindó a este respecto la beca del NEH (National Endowment for the Humanities), que también patrocinó los tres seminarios de verano para estudiantes universitarios acerca de la acción colectiva que impartí entre 1985 y 1992. Éstos abrieron el camino por el que se desarrollaron muchas de las ideas presentadas en esta obra. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a los treinta y cinco participantes en esos seminarios por la lectura que hicieron de las primeras versiones de algunos de los capítulos de este libro.

Los colegas que encuentran tiempo para leer el trabajo de otros cuando aún no ha terminado de cobrar forma merecen un reconocimiento especial. Debo dar las gracias por sus pormenorizados y penetrantes comentarios sobre los borradores de muchos de los capítulos a Donatella della Porta, Bill Gamson, Eva Lotta Hedman, Mary y Peter Katzenstein, Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi, Doug McAdam, David Meyer, Frances Piven, Dieter Rucht, Susan Tarrow y Richard Valley. Algunos de los capítulos fueron leídos y comentados por Glenn Altschuler, Ron Aminzade, Ben Anderson, David Blatt, Stuart Blumin, Valerie Bunce, Ken Bush, Richard Cloward, Maria Cook, Seymour Drescher, Miriam Golden, Jeremy Hein, Lynn Hunt, David Kertzer, David Laitin, John Markoff, Diarmuid Maguire, Pauline Maier, Jerry Marwell, George Mosse, Victor Nee, Pam Oliver, Chris Rootes, Bill Sewell, Anne-Marie Szymanski, Sarah Tarrow, Marc Traugott, George Tsebelis y Xueguang Zhou. El origen del concepto de «modularidad» procede de la lectura de la obra de Ben Anderson. Doy las gracias a todos estos amigos y colegas y les ofrezco mis disculpas si no he sido capaz de asimilar toda la sabiduría que me ofrecieron.

También contribuyeron al proyecto una serie de compañeros de Cornell que incrementaron con sus aportaciones el valor que el presente trabajo pudiera tener. Anita Lee, Tomoko Owazawa y Sung Woo se encargaron de localizar referencias esquivas, revisaron la ortografía y elaboraron la bibliografía de varios capítulos. Sarah Soule se las arregló para pasar del papel de alumna al de colaboradora, crítica y editora con amabilidad y sensibilidad. Eva Lotta Hedman me convenció de que la relevancia del trabajo no quedaba limitada a un rincón de Europa y a Norteamérica. Vaya también mi agradecido reconocimiento a la paciencia y buen humor de Lynette Harvey, Carolyn Lynn y Karel Sedlacek.

He de dar especialmente las gracias a tres personas por el papel que desempeñaron en la concepción y realización de este libro. A lo largo de treinta años de trabajo académico, Charles Tilly ha desarrollado un enfoque de la acción colectiva y los movimientos sociales que demuestra que la investigación social puede a la vez ser fruto de teorías y encontrarse en el seno de la historia. Peter Lange desbordó su papel de editor general de la Cambridge Comparative Politics Series para animar, persuadir, aguijonear, azuzar y aconsejar al autor con una combinación única de rigor teórico y perspicacia política. Sin entrometerse en la marcha de la obra, Mary Katzenstein fue una fuente de profundos y alentadores consejos.

Durante más años de los que desea recordar, Susan Tarrow ha permanecido desvelada por el sonido de las teclas del ordenador en la habitación de al lado, un ruido que la ha seguido desde Itaca a lugares tan alejados como Elba, Florencia, Oxford, París y Sydney. El ordenador se muestra indiferente a su sufrimiento, pero yo le estaré eternamente agradecido por su paciencia y su cariño.



INTRODUCCIÓN

Poder y movimiento son dos palabras que rara vez aparecen juntas en el discurso académico o popular. No obstante, a lo largo de la historia, la gente de a pie se ha echado una y otra vez a la calle y, aunque brevemente, ha ejercido un poder considerable. Sólo en los últimos quince años el movimiento estadounidense por los derechos civiles, los movimientos pacifista, ecologista y feminista, así como las sublevaciones contra el autoritarismo en todo el mundo, han movilizado a grandes multitudes que exigían el cambio. A menudo tenían éxito, pero, incluso cuando fracasaban, estos movimientos tenían efectos de gran alcance y ponían en marcha importantes cambios en la política y en la esfera internacional.

El poder de los movimientos se pone de manifiesto cuando los ciudadanos corrientes unen sus fuerzas para enfrentarse a las elites, a las autoridades y a sus antagonistas sociales. Crear, coordinar y mantener esta interacción es la contribución específica de los movimientos sociales, que surgen cuando se dan las oportunidades políticas para la intervención de agentes sociales que normalmente carecen de ellas. Estos movimientos atraen a la gente a la acción colectiva por medio de repertorios conocidos de enfrentamiento e introducen innovaciones en torno a sus márgenes. En su base se encuentran las redes sociales y los símbolos culturales a través de los cuales se estructuran las relaciones sociales. Cuanto más densas sean las primeras y

más familiares los segundos, tanto más probable será que los movimientos se generalicen y perduren.

El mecanismo por el que los movimientos, desencadenados por los incentivos que crean las citadas oportunidades políticas, superan los obstáculos que se oponen a la acción colectiva y mantienen su interacción con sus antagonistas y con el estado consiste en una combinación de formas de enfrentamiento convencionales basadas en las redes sociales y el marco cultural. El modo en que lo hacen, y la **dinámica** y los resultados de los ciclos de protesta que generan, constituyen los ejes fundamentales de este libro.

Existen tres grandes interrogantes por lo que se refiere a las relaciones entre el poder y los movimientos sociales. En primer lugar, aunque el pueblo llano dispone en muchos periodos de la historia de los recursos necesarios para la acción colectiva, en general acepta su destino o se alza tímidamente, sólo para verse sometido de nuevo a través de la represión. **¿Cuáles son, pues, las circunstancias en las que surge el poder de los movimientos?**

Una segunda cuestión está relacionada con la propia dinámica del movimiento. El poder popular surge con rapidez, alcanza su clímax y no tarda en desvanecerse o dar paso a la represión y la rutina. **¿Existe una dinámica común al desarrollo de los movimientos sociales que vincule sus entusiastas comienzos con el auge de su lucha y su desengañada extinción?**

La tercera pregunta está relacionada con los resultados de los movimientos sociales. **¿Tienen algún impacto, más allá de las efímeras movilizaciones que ocupan los informativos de la noche?** Los elementos disuasorios son considerables: los participantes se cansan y abandonan; las protestas que tienen éxito tempranamente crean el espacio necesario para otras protestas y para la aparición de movimientos antagonicos; las élites de poder controlan la disidencia por medio de las reformas o la represión, mientras que las elites antagonistas desvían el descontento en nuevas direcciones. **¿Es real el poder de los movimientos sociales si su impacto está tan mediatizado y es tan efímero?**

Enfoque del estudio

Éstas son las cuestiones que abordaré en la presente obra. No pretendo desarrollar una historia de los movimientos sociales y tam-

poco es mi propósito imponer al lector una perspectiva teórica en particular ni atacar otras, ya que esta práctica ha aportado más acorramiento que luz a este campo de investigación. Por el contrario, mi intención es ofrecer un marco general para la comprensión de los movimientos sociales, los ciclos de protesta y las revoluciones que tuvieron su origen en Occidente y se extendieron a todo el planeta a lo largo de los dos últimos siglos. -

Con demasiada frecuencia, los estudiosos se centran en determinadas teorías o aspectos puntuales de los movimientos sociales en detrimento de otros. Un ejemplo lo constituye el modo en que se ha abordado el tema de las revoluciones. Como señala Charles Tilly en un trabajo reciente, las «grandes» revoluciones suelen estudiarse como fenómenos *sui generis* (1993), lo que hace imposible decir en qué difieren de las menos grandes o de la agitación social, las rebeliones, los motines y los enfrentamientos cotidianos. El estudio sistemático de la «violencia», que comenzó a raíz de las algaradas de la década de los sesenta en Estados Unidos, ha sido segregado del análisis de las protestas pacíficas. Los investigadores han separado a menudo las organizaciones de los fenómenos de masas que, supuestamente, son la causa de su aparición, así como de las políticas institucionales que las rodean. Las huelgas y los conflictos laborales han generado su propia especialidad académica, que presta poca o ninguna atención a las intersecciones entre la lucha laboral y la política.

El acto irreductible que subyace a todos los movimientos sociales y revoluciones es la *acción colectiva contenciosa*. La acción colectiva adopta muchas formas: puede ser breve o mantenida, institucionalizada o disruptiva, monótona o dramática. En su mayor parte se produce en el marco de las instituciones por parte de grupos constituidos que actúan en nombre de objetivos que difícilmente harían levantar una ceja a nadie. Se convierte en contenciosa cuando es utilizada por gente que carece de acceso regular a las instituciones, que actúa en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conduce de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros. Da lugar a movimientos sociales cuando los actores sociales conciertan sus acciones en torno a aspiraciones comunes en secuencias mantenidas de interacción con sus oponentes o las autoridades.

La acción colectiva contenciosa es la base de los movimientos sociales. Esto no obedece a que los movimientos sean siempre violentos o extremistas, sino a que la acción colectiva es el principal

recurso, y con frecuencia el único, del que dispone la mayoría de la gente para enfrentarse a adversarios mejor equipados. Aunque las formas de la acción colectiva difieren tanto entre sí como las formas de represión y control social empleadas para combatirla, la acción colectiva contenciosa es el denominador común de todos los movimientos que examinaremos en este libro. Los organizadores saben esto y lo utilizan para explotar las oportunidades políticas, crear identidades colectivas, agrupar a la gente en organizaciones y movilizarla contra adversarios más poderosos.

La teoría de la acción colectiva será, por consiguiente, nuestro obligado punto de partida. Pero antes de nada unas palabras de advertencia: la acción colectiva no es una categoría abstracta que pueda situarse al margen de la historia y de la política en todo tipo de empeño colectivo, desde las relaciones de mercado a los grupos de interés, los movimientos de protesta, las rebeliones campesinas y las revoluciones¹. Las formas contenciosas de acción colectiva asociadas a los movimientos sociales son histórica y sociológicamente distintivas. Tienen poder porque desafían a sus oponentes, despiertan solidaridad y cobran significado en el seno de determinados grupos de población, situaciones y culturas políticas.

Esto implica que, si bien empezaremos por la teoría de la acción colectiva, no tardaremos mucho en vernos obligados a relacionarla con las redes sociales, el discurso ideológico y la lucha política de los pueblos. A la formulación general de la teoría de la acción colectiva tendremos que añadir datos históricos concretos y contar con las aportaciones de la sociología y las ciencias políticas. En particular, agrupar a la gente en una acción colectiva coordinada en momentos estratégicos de la historia requiere una solución social, lo que llamaré la necesidad de solventar los costes sociales transaccionales de la

¹ En otras palabras, no puedo estar de acuerdo con Russell Hardin cuando escribe en su libro *Collective Action* que «no existe razón alguna para parcelar la teoría [de la acción colectiva] en función de los límites de problemas independientes». Generalizar la explicación de la participación sólo conduciría a una mayor capacidad teórica si, como afirma Hardin, los recursos y problemas de coordinación de los actores fueran comparables en todos los ámbitos (pp. xiii-xiv), un planteamiento insostenible. Las aportaciones teóricas de Hardin ofrecen pistas clave acerca de cómo los movimientos sociales «solucionan» su problema de acción colectiva; pero no tardamos en vernos obligados a recurrir a la economía y la sociología, la política y la historia, para averiguar cómo funcionan estas «soluciones».

acción colectiva. Esto supone la puesta en escena de desafíos colectivos, la concepción de objetivos comunes, la potenciación de la solidaridad y el mantenimiento de la acción colectiva; las propiedades básicas de los movimientos sociales.

Propiedades básicas de los movimientos sociales

Con la emergencia del movimiento social nacional en el siglo XVIII, los primeros teóricos se centraron en las tres facetas de éste que más temibles les parecían: el extremismo, la privación y la violencia. La industrialización del siglo XIX y los horrores del periodo de entreguerras reforzaron este enfoque. Muchos movimientos del último periodo —fascismo, nazismo, estalinismo— encajan en la imagen de violencia y extremismo creada al comienzo de las revoluciones francesa e industrial. En la actualidad se aprecia una vuelta a esta teoría motivada por el agravamiento de las tensiones étnicas y nacionalistas a raíz de la caída del comunismo.

No obstante, éstas son expresiones extremas de otras características más fundamentales de los movimientos. El extremismo es una forma exagerada de los marcos de significado que existen en todos los movimientos sociales; la privación es una fuente particular de los objetivos comunes que todos los movimientos sociales reflejan; y la violencia es una manifestación exacerbada de los desafíos colectivos, y rara vez perdura sin respaldo oficial. Mi intención es argumentar aquí que el mejor modo de definir a los movimientos es como *desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades*². Esta definición tiene cuatro propiedades empíricas: desafío colectivo, objetivos comunes, solidaridad e interacción mantenida. Examinemos brevemente cada una de ellas.

² Charles Tilly escribe: «Las autoridades y ciertos historiadores imprudentes describen a menudo la agitación popular como desorden.... Pero cuanto más de cerca examinamos la confrontación, más orden descubrimos. Descubrimos un orden creado por el arraigo de la acción colectiva en las rutinas y la organización de la vida social cotidiana, y por su implicación en un proceso continuo de señalización, negociación y lucha con otras partes cuyos intereses se ven afectados por la acción colectiva» (*The Contentious French*, p. 4).



El desafío colectivo

Hay muchos tipos de acción colectiva, desde las votaciones y la afiliación a grupos de interés a los torneos de bingo y los partidos de fútbol. Pero no son éstas las formas de acción más características de los movimientos sociales. Los movimientos plantean sus desafíos a través de una acción directa disruptiva contra las elites, las autoridades u otros grupos o códigos culturales. Aunque lo más habitual es que esta disrupción sea pública, también puede adoptar la forma de resistencia personal coordinada o de reafirmación colectiva de nuevos valores.

Los desafíos colectivos suelen caracterizarse por la interrupción, la obstrucción o la introducción de incertidumbre en las actividades de otros. A veces, especialmente en el seno de los sistemas represivos, se traducen en consignas, formas de vestir, tipos de música o en el cambio de nombre de objetos familiares, asignándoles símbolos nuevos o diferentes. Incluso en los estados liberales, la gente puede identificarse con los movimientos por medio de palabras, formas de dirigirse a los demás y pautas privadas de conducta que representan su objetivo colectivo y se ven reforzadas por el mismo. Tales movimientos han sido caracterizados como «comunidades de discurso»³.

El desafío colectivo no es la única clase de acción que vemos en el movimiento social. Los movimientos —especialmente los organizados— recurren a diversos tipos de acciones. Éstas van desde la aportación de «incentivos selectivos» a los miembros hasta la consecución de un consenso entre los seguidores reales o potenciales, la formación de grupos de presión, la negociación con las autoridades y el cuestionamiento de los códigos culturales a través de nuevas prácticas religiosas o personales. No obstante, lo más característico de los movimientos sociales es el desafío colectivo. Esto no obedece a que los líderes de los movimientos sean psicológicamente proclives a la violencia, sino a que, en su intento de atraer nuevas adhesiones y hacer valer sus exigencias, carecen de los recursos estables —dinero, organización, acceso al Estado— que controlan los grupos de interés y los

³ Un movimiento así es el que describe la politóloga Jane Mansbridge en su artículo «What is the Feminist Movement?». Véase también el punto de vista de Mary F. Katzenstein, que considera tales acciones discretas una entre varias formas alternativas en su «Feminism Within American Institutions: Unobstrusive Mobilization in the 1980s». Volveré sobre estas cuestiones en el Capítulo 7.

partidos políticos. Sin tales recursos, y dado que representan a grupos nuevos o carentes de representación, los movimientos recurren al desafío colectivo para convertirse en el punto focal de sus seguidores y atraer la atención de sus oponentes y de terceras partes.

El objetivo común

Se han propuesto muchas razones para explicar por qué la gente se adhiere a los movimientos sociales, que van desde el deseo juvenil de desafiar a la autoridad hasta los instintos asesinos de una masa amotinada. Si bien es cierto que algunos movimientos están marcados por un espíritu lúdico y festivo, mientras que otros reflejan el sombrío frenesí de la turba, existe un motivo más habitual, aunque más prosaico, por el que la gente se aglutina: plantear exigencias comunes a sus adversarios, a los gobernantes o a las elites. Sin embargo, esto no nos obliga a asumir que todos los conflictos surgen de intereses de clase o que el liderazgo carece de autonomía; sólo que en la base de las acciones colectivas se encuentran intereses y valores comunes o solapados entre sí.

Lo mismo la teoría de la contestación como «forma de diversión» que la del frenesí de la turba soslayan los considerables riesgos y costes que representa actuar colectivamente contra autoridades bien armadas. Los esclavos rebeldes que desafiaron al Imperio romano se arriesgaban a morir si eran derrotados; los disidentes que pusieron en marcha la Reforma contra la Iglesia católica corrieron riesgos similares. Tampoco los estudiantes negros que participaban en sentadas en locales segregacionistas del sur de Estados Unidos lo pasaban particularmente bien en manos de los matones que les recibían con insultos y bates de béisbol. La gente no arriesga el pellejo ni sacrifica el tiempo en las actividades de los movimientos sociales a menos que crea tener una buena razón para hacerlo. Un objetivo común es esa buena razón.

La solidaridad

El denominador común de los movimientos sociales es, por tanto, el interés; aunque dicho interés no es más que una categoría objetiva

impuesta por el observador. Es el reconocimiento de una comunidad de intereses lo que traduce el movimiento potencial en una acción colectiva. Los responsables de la movilización del consenso desempeñan un importante papel en la estimulación del mismo. No obstante, los líderes sólo pueden crear un movimiento social cuando explotan sentimientos más enraizados y profundos de solidaridad o identidad. Casi con seguridad, ésta es la razón por la que en el pasado el nacionalismo y las etnias (basados en vínculos reales o «imaginados») o la religión (basada en una devoción común) han sido bases más fiables, de cara a la organización de los movimientos, que la clase social⁴.

¿Son movimientos sociales una rebelión o una algarada? Normalmente no, porque la gente que participa en ellos adolece típicamente de una solidaridad pasajera. Con todo, a veces incluso los disturbios revelan un objetivo común o solidario. Los que estallaron en los guetos de Estados Unidos en los años sesenta o en Los Ángeles en 1992 no fueron movimientos en sí mismos, pero el hecho de que su detonante fueran los abusos policiales indica que surgieron de una sensación muy generalizada de injusticia. Los ataques de los asaltantes contra otras personas —contra los católicos en la Gran Bretaña del siglo XVIII, contra los judíos en la Alemania de la década de 1930, contra los asiático-americanos en Los Ángeles en 1992— muestran que las muchedumbres y las manifestaciones espontáneas adquieren identidad a través del ataque al «otro». Las multitudes amotinadas, los disturbios y las concentraciones espontáneas son más indicadores del proceso de gestación de un movimiento que movimientos en sí mismos.

El mantenimiento de la acción colectiva

Mucho antes de que existieran movimientos organizados había desórdenes, rebeliones y algaradas en general. Un episodio de con-

⁴ Algunos estudiosos de los movimientos sociales llevan el criterio de conciencia común demasiado lejos. Rudolf Heberle, por ejemplo, cree que un movimiento debe tener una ideología consistente. Véase su *Social Movements: An Introduction to Political Sociology*. Otros, como Alberto Melucci, piensan que los movimientos «construyen» identidades colectivas a propio intento. Véase «Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements», de Melucci.

frontación sólo se convierte en un movimiento social merced al mantenimiento de la actividad colectiva frente a los antagonistas. Los objetivos comunes, la identidad colectiva y un desafío identificable contribuyen a ello, pero a menos que consiga mantener dicho desafío contra su oponente, el movimiento social se desvanecerá en ese tipo de resentimiento individualista que James Scott llama «resistencia»⁵, se estabilizará en oposición intelectual o retrocederá hasta el aislamiento. Los movimientos sociales que han dejado una impronta más profunda en la historia lo han logrado porque consiguieron mantener con éxito la acción colectiva frente a oponentes mejor equipados.

Los movimientos rara vez se encuentran bajo el control de un líder o una organización únicos. ¿Cómo pueden, pues, mantener desafíos colectivos frente al egoísmo personal, la desorganización y la represión del Estado? Éste es el dilema que viene ocupando a los teóricos de la acción colectiva y a los estudiosos del movimiento social a lo largo de las últimas décadas. Será el primer problema que abordaremos en el capítulo teórico que viene a continuación. El razonamiento básico es que los cambios en la estructura de las oportunidades políticas crean incentivos para las acciones colectivas. La magnitud y duración de las mismas dependen de la movilización de la gente a través de las redes sociales y en torno a símbolos identificables extraídos de marcos culturales de significado.

Compendio del libro

Durante los últimos veinte años, fuertemente influidos por el pensamiento económico, los politólogos y sociólogos han centrado sus

⁵ Véase *Weapons of the Weak*, de Scott, sobre el fenómeno de los subterfugios y el remoloneo típicos de las comunidades agrarias. El resentimiento que Scott describe puede convertirse en una fuente de valores positivos, como observó tiempo atrás Max Scheler en su clásico *Ressentiment*, y como muestran los vívidos estudios etnográficos de Scott. Pero al aplicarle el término «resistencia», Scott corre el riesgo de desdibujar su diferencia respecto a las formas de interacción sostenida con los oponentes que se dan en los movimientos sociales. Scott sólo estira el concepto de «resistencia»: pero esto ha llevado a una confusión conceptual, como en algunos de los trabajos publicados en *Everyday Forms of Peasant Resistance*, de Forrest Colburn et al., donde se borra un tanto la diferencia entre resentimiento, remoloneo y subterfugio por una parte, y el movimiento social sostenido.

análisis de los movimientos sociales en lo que parece una paradoja: que la acción colectiva tiene lugar a pesar de lo difícil que es conseguir que se produzca. No obstante, esa paradoja es sólo una complicación —y no una ley sociológica— porque, en muchas situaciones y con pocas posibilidades de triunfar, la acción colectiva a menudo *es protagonizada* por personas con pocos recursos y escaso poder.

La primera tarea que se plantea el Capítulo 1 es examinar los parámetros del problema de la acción colectiva, junto con una propuesta sobre cómo los movimientos sociales «resuelven» ese problema. El capítulo aborda otros dos elementos teóricos que son igualmente importantes. En primer lugar, la dinámica de los movimientos sociales una vez que se han puesto en marcha; en segundo, las razones por las que sus resultados son tan variopintos. Aunque el primer capítulo bosqueja estas teorías de un modo general, la evidencia que las respalda deriva de los movimientos específicos analizados a lo largo de la presente obra.

En la Parte I mostraré cómo y dónde se desarrolló el movimiento social en Occidente durante el siglo XVIII, cuando se hizo posible reunir los recursos necesarios para transformar la acción colectiva en movimientos sociales. Nos centraremos primero en lo que, con Charles Tilly, he denominado el «repertorio» moderno de la acción colectiva (1978) y seguidamente en los cambios experimentados por el Estado y la sociedad que favorecieron esa transformación. Sólo cuando a través de la letra impresa, las asociaciones y la construcción del Estado se difundieron formas flexibles, adaptables e indirectas de acción colectiva —lo que llamaré el repertorio modular—, se desarrollaron movimientos sociales nacionales. Éstos aglutinaron a amplias coaliciones de seguidores en torno a exigencias genéricas, haciendo buen uso de las oportunidades políticas creadas por la expansión del Estado nacional. Según mi razonamiento, el Estado no sólo sirvió de blanco de las reclamaciones colectivas, sino, cada vez más, de punto de apoyo de las exigencias planteadas a otros.

Incluso las demandas más profundamente arraigadas permanecen inertes hasta que son activadas. En mi opinión, el principal factor de activación lo constituyen los cambios en las oportunidades políticas, que originan nuevas oleadas de movimiento y dan forma a su despliegue. Aunque existen interlocutores particulares que interactúan regularmente con sus oponentes en estructuras de división estables, el auge y la desaparición de los movimientos sociales es

excesivamente irregular para ser explicado por medio de tales estructuras. Las oportunidades políticas son a la vez explotadas y expandidas por los movimientos sociales, transformados en acción colectiva y mantenidos por medio de estructuras de movilización y marcos culturales.

Éstos no son procesos aleatorios. La reiteración de las confrontaciones vincula a determinados actores sociales con formas de acción colectiva que se convierten en rutinas recurrentes: la huelga de los obreros contra sus empresarios; la manifestación de protesta y sus antagonistas; la insurrección frente al Estado. El movimiento social nacional surgió en forma de un desafío colectivo y sostenido contra las elites, las autoridades o los oponentes, formulado por personas impulsadas por la solidaridad y por objetivos comunes, o por quienes decían representarlas. En el Capítulo 6 se analizarán las principales formas de desafío colectivo que otorgan poder a los participantes en los movimientos de todo el mundo hoy en día.

En los capítulos 7 y 8 examinaré los dos tipos de recursos que permiten a los movimientos sociales resolver su problema de coordinación: el uso de marcos culturales e ideológicos para activar el consenso y las estructuras de movilización. En la literatura sobre los movimientos sociales se han considerado a menudo —en forma de «ideología» frente a «organización»— paradigmas que compiten entre sí. Aquí serán considerados soluciones complementarias a los problemas que han de resolver los movimientos: esto es, cómo crear, coordinar y mantener la acción colectiva entre participantes que carecen de recursos más convencionales y de objetivos programáticos más explícitos.

En la sección final del libro dejaré los aspectos analíticos de los movimientos para ocuparme de su dinámica y resultados. Desde finales del siglo XVIII en adelante, una vez que los recursos necesarios para la acción colectiva mantenida quedaron al alcance de la gente de a pie y de aquellos que decían representarla, los movimientos se extendieron a sociedades enteras, produciendo los ciclos de conflicto y realineación que he dado en llamar «ciclos de protesta». Como muestro en el Capítulo 9, la importancia de este cambio es que, una vez iniciado un ciclo, el coste de las acciones colectivas disminuye para otros actores. Los nuevos movimientos que surgen en tales contextos no dependen tanto de los recursos internos como de las oportunidades genéricas propias de los ciclos de protesta.

La importancia teórica de este cambio es que, cíclicamente, se desarrollan todo tipo de movimientos y que la conexión causal entre las grandes tendencias macrosociales y la aparición del movimiento es mucho más débil de lo que muchos estudiosos han dado por supuesto. Cuando se producen estos periodos de turbulencia general, hasta los pobres y desorganizados pueden aprovechar las oportunidades creadas por los «madrugadores» que desencadenan el ciclo y sacar partido de los influyentes aliados que dan un paso adelante para ponerse a la cabeza. Pero debido a la velocidad con que cambian las estructuras de oportunidad, estos éxitos suelen ser breves y sus consecuencias, a veces, trágicas. Ésta es la línea argumental del Capítulo 10.

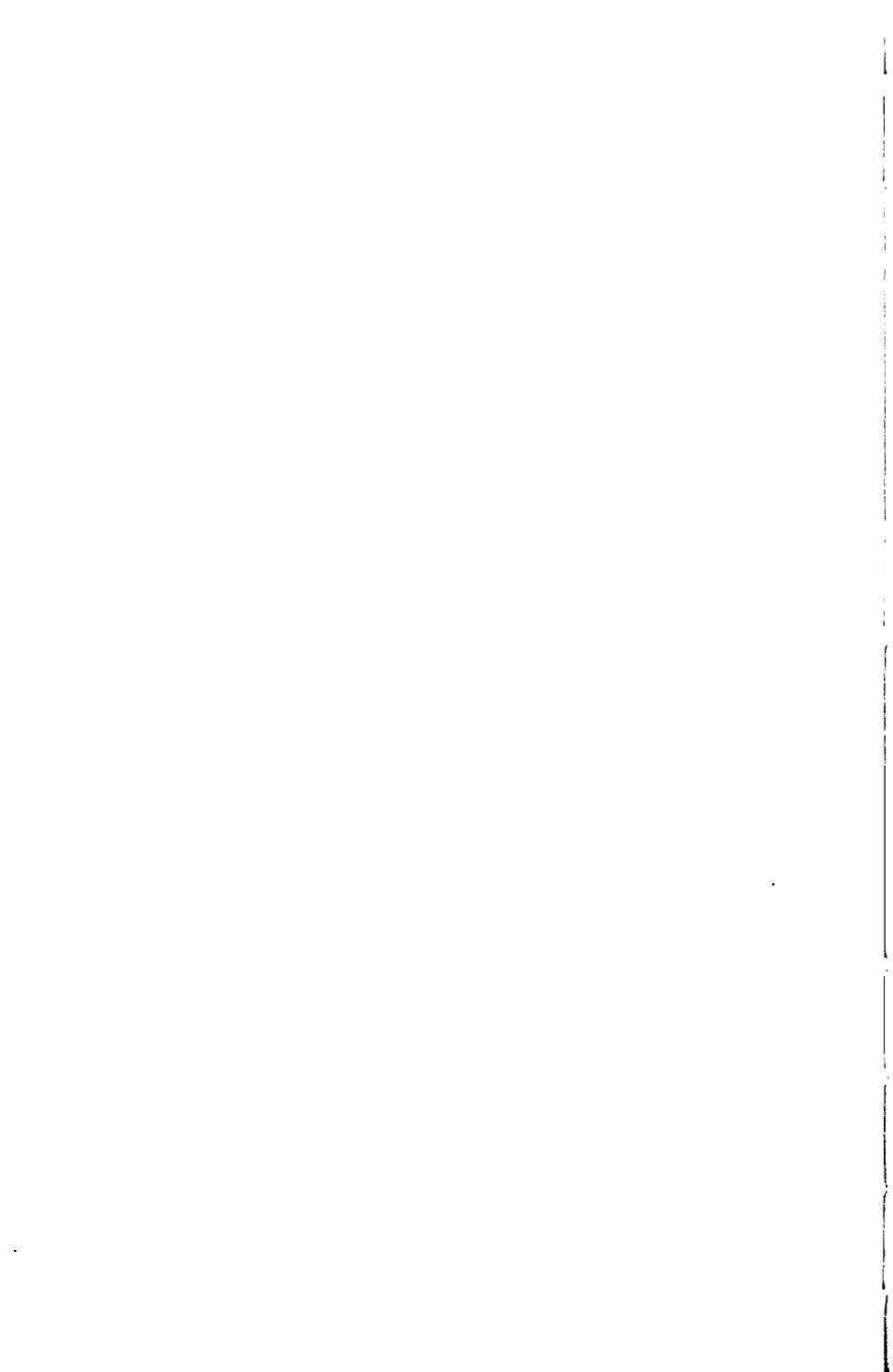
Tales periodos de movimiento a menudo tienen como resultado una represión inmediata, a veces la reforma y, con frecuencia, ambas cosas. En términos políticos/institucionales y personales/culturales, los efectos de los ciclos de protesta van mucho más allá de las acciones visibles de un movimiento, tanto por lo que se refiere a los cambios que ponen en marcha los gobiernos como en lo relativo a los periodos de desmovilización que les siguen. Dejan como legado una expansión en la participación, la cultura y la ideología populares, como expondré en el Capítulo 10.

Esto nos lleva a los movimientos sociales del periodo actual y a aquellos que puedan darse en el futuro. En las últimas décadas se ha extendido por todo el globo una oleada de democratización, que alcanzó su punto culminante en los espectaculares cambios producidos en Centroeuropa y Europa del Este en 1989. En la década de 1990 se inició una nueva oleada de movimientos, basados en exigencias étnicas y nacionalistas, que han conducido al mundo a un nivel de turbulencia y violencia desconocido desde hacía muchos años. La cuestión central que plantean estos movimientos es si finalmente serán absorbidos e institucionalizados por la política convencional, como lo fueron las huelgas y manifestaciones en el siglo XIX, o si han roto los diques de la convención, la acción colectiva y la política popular, sentando las bases de una *sociedad del movimiento* en la que los conflictos disruptivos, incluso catastróficos, pasarán a ser algo cotidiano para buena parte de la población del mundo.

En el capítulo de conclusiones propondré una síntesis de estas alternativas. No cabe duda de que ha habido conflictos disruptivos en la década de 1990, como siempre ocurre al finalizar las guerras y durante el declive de los imperios. Pero del mismo modo que la

campana electoral y la huelga fueron absorbidas por la política institucional a lo largo del siglo XIX —lo que cambió irrevocablemente su naturaleza—, las nuevas formas de participación que han surgido a partir de los años sesenta podrían quedar domesticadas de aquí a finales del siglo. El futuro próximo dependerá no de lo violenta o generalizada que pueda llegar a ser la acción colectiva, sino de cómo sea incorporada al Estado nacional y de cómo lo transforme. Dado que este podría estar disolviéndose en organismos nacionales y supra-nacionales más amplios, cabe dentro de lo posible que el movimiento social siga sus pasos. El mundo podría estar experimentando en nuestros días un nuevo poder del movimiento, de gran alcance.

EUSKADI
ET
ASKATU



Parte I

EL NACIMIENTO DEL MOVIMIENTO SOCIAL NACIONAL

Capítulo 1

LA ACCIÓN COLECTIVA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los teóricos de la acción colectiva llevan tiempo intentando dilucidar el modo en que los individuos se deciden a actuar en aras de un beneficio colectivo. Pero esto es menos problemático de lo que muchos de ellos piensan, ya que la acción colectiva está siempre presente. Los movimientos afrontan un problema en lo que se refiere a la acción colectiva, pero es de carácter *social*: cómo coordinar a poblaciones desorganizadas, autónomas y dispersas de cara a una acción común y mantenida. Los movimientos resuelven el problema respondiendo a las oportunidades políticas a través del uso de formas conocidas, modulares, de acción colectiva, movilizando a la gente en el seno de redes sociales y a través de supuestos culturales compartidos. Un ejemplo extraído de la política estadounidense reciente nos servirá para introducir estas variables.

La marcha sobre Washington

La mañana del 25 de abril de 1993 comenzó una marcha en Washington D.C.¹. Marchar sobre Washington se ha convertido en una forma de protesta rutinaria en Estados Unidos durante la década

¹ El siguiente material fue recopilado fundamentalmente del *New York Times* y *The Washington Post* del 26 al 28 de abril de 1993. Mi agradecimiento a la socióloga Nancy Whittier por sus observaciones, y a Sung Woo por recoger los materiales para esta sección.

de 1990. Los manifestantes llegan a la capital de la nación en autobuses, trenes y coches privados, convergen en el Mall y son conducidos por una serie de «alguaciles», excelentemente entrenados, hasta los escalones del Lincoln Memorial. Allí sus líderes les enardecen, cantan con ellos y les aseguran que su asistencia dará frutos. Los representantes de los medios de comunicación ocupan lugares de privilegio, se leen mensajes de apoyo de dignatarios ausentes y algunos miembros del Congreso aseguran a los presentes que su causa es justa.

Los elementos teatrales alternan con momentos de farsa y explosiones de espontaneidad. Las convocatorias van precedidas de festejos y seguidas por visitas rituales a los despachos de los congresistas, lo que permite a los manifestantes recordar a sus representantes que sus votos son importantes. Al finalizar el día, reconfortados por el sol y la camaradería, los manifestantes regresan a sus vehículos, convencidos de que han aportado su granito de arena a la lucha por la justicia, la libertad y, especialmente, los derechos.

Pero esta marcha en concreto es insólita por varios motivos. En primer lugar, plantea una causa —los derechos de los ciudadanos y ciudadanas homosexuales— que, pocas décadas atrás, habría llevado a poca gente a la calle. Ahora arrastra, según algunas estimaciones, a casi un millón de seguidores de la causa a la capital de la nación². En segundo lugar, se centra en un derecho en particular —el de los gays y las lesbianas a pertenecer al ejército— que irrita a los conservadores y hace sentirse incómodos a los liberales³. En tercer lugar, tanto en su forma de vestir como en su conducta y actitud, los manifestantes ofrecen a sus conciudadanos una imagen de su diversidad: desde hombres y mujeres de uniforme a ejecutivos bien vestidos, estudiantes universitarios, amas de casa y ministros del Evangelio⁴. Según un

² «La estimación policial fue de 300.000, pero esa cifra fue rebatida por los organizadores de la marcha, que evaluaron el total en un millón, cifra respaldada por el despacho del alcalde.» *New York Times*, 26 de abril de 1993, p. B8.

³ «Aunque los participantes en la marcha tenían una amplia agenda de derechos civiles, el veto a los homosexuales en el ejército dominaba el ambiente.» *Ibíd.*, p. 1.

⁴ Toda la prensa hizo hincapié en esta diversidad: «Los manifestantes... eran jóvenes y viejos, negros, blancos, latinos y asiáticos.» *Washington Post*, 26 de abril de 1993, p. 10. «De hecho, muchos de ellos iban acompañados por niños pequeños y sus padres.» *New York Times*, 26 de abril de 1993, p. B8. Incluso había un denominado «Grupo de padres gays» de Kansas. «Hasta los agricultores pueden ser gays», comentaba el *Times* (*ibíd.*).

artículo publicado en el *Washington Post* del 26 de abril de 1993, sólo la ocasional aparición de una emperifollada *drag queen* recuerda a los norteamericanos que este grupo es de algún modo «diferente».

Conscientes de esa diferencia, los organizadores de la marcha se enfrentan a un dilema: cómo impedir que una serie de exigencias perturbadoras planteadas en nombre de gentes poco convencionales convierta en enemigos a aliados potenciales. Consiguen su objetivo minimizando esa diferencia ante los medios de comunicación y el país mientras la celebran en privado⁵. Como la mayoría de quienes se han manifestado en este terreno en el pasado, los gays y lesbianas estadounidenses dicen que no aspiran a tener más derechos que aquellos de los que disfrutaban los demás ciudadanos. Sus discursos se hacen eco de un patrón familiar desde la década de 1960; sus canciones se apropian de los estribillos de las marchas por los derechos civiles del pasado y respaldan su reivindicación del derecho a servir en el ejército con eslóganes «convencionales» y consensuales. Como la mayoría de quienes se han manifestado aquí en el pasado, resuelven el dilema de la «diferencia» adaptando rutinas familiares a un objetivo radical.

La marcha sobre Washington nos permite plantear tres cuestiones básicas de la teoría del movimiento social: primero, *por qué* actúa colectivamente la gente a la vista de la multitud de razones por la que «no debería» hacerlo; en segundo lugar, *por qué* lo hace *cuando* lo hace; y, por último, cuáles son los *frutos* de la acción colectiva. En este capítulo revisaré ante todo el modo en que los teóricos de la acción colectiva han planteado estas cuestiones, empezando por tres destacados teóricos marxistas —Marx, Lenin y Gramsci— y terminando por la más reciente tradición teórica de la elección. Propondré a continuación un marco teórico que parte de la naturaleza social de la acción colectiva y de ahí pasa a la dinámica y resultados de los movimientos. Plantearé que los movimientos dependen de su entorno exterior (y especialmente de las oportunidades políticas) para la coordinación y mantenimiento de las acciones colectivas. Como resultado, para que se pueda aplicar a los movimientos sociales, la teoría



⁵ «Algunos de ellos decían que temían que algunas exhibiciones eróticas y el escandaloso atavío de algunos manifestantes... podían perjudicar a la causa. 'Sé que en parte sólo es una broma, pero no podemos permitirnoslo', dijo un manifestante citado en el *Post*, 26 de abril de 1993, p. 10.

de la acción colectiva debe extenderse también de la toma individual de decisiones a la colectiva; de modelos microeconómicos sencillos a opciones social e históricamente enraizadas; y de dinámicas particulares a la dinámica de la lucha política. Por esto empezaremos por teóricos estructurales como Marx, Lenin y Gramsci, que ofrecen una percepción más firme del contexto colectivo de los movimientos.

Marx, Lenin y Gramsci

A los primeros teóricos de los movimientos sociales, Marx y Engels, jamás se les habría ocurrido preguntarse por qué los individuos se suman a la acción colectiva⁶ o, más bien, habrían planteado la pregunta como un problema del desarrollo estructural de la sociedad antes que como un problema de elección individual. Pero aunque le prestaran poca atención al vínculo entre la estructura social y el individuo, Marx y Engels fueron sorprendentemente modernos en su percepción de que el problema de la acción colectiva está enraizado en la estructura social. Y Lenin y Gramsci percibieron nítidamente el papel que desempeñan las oportunidades políticas, la organización y la cultura en la generación de la acción colectiva.

Karl Marx respondió a la pregunta de cómo se incorporan los individuos a la acción colectiva en términos de clase. La gente se suma a acciones colectivas, pensaba, cuando la clase social a la que pertenece está en contradicción, plenamente desarrollada, con sus antagonistas. En el caso del proletariado occidental, esto significaba que el capitalismo le había agrupado en enormes fábricas donde había perdido la propiedad de los medios de producción, pero había desarrollado a cambio los recursos para actuar colectivamente. Entre estos recursos se encontraban la conciencia de clase y los sindicatos.

⁶ Muchos sociólogos sitúan el comienzo del campo del movimiento social en las reacciones de algunos teóricos franceses ante los horrores de la Revolución Francesa y los excesos de las masas. Si bien autores como Tarde y Le Bon constituyen un punto de partida convenientemente polémico para los teóricos que rechazan sus ideas sobre la irracionalidad de la acción colectiva, su obra fue fruto de la psicología de las multitudes. Como se mostrará en lo que sigue, los conflictos entre disidentes y autoridades se consideran una parte normal de la sociedad, y no una aberración. Sobre los teóricos para quienes la violencia civil es la antítesis de los procesos sociales normales, véase *Theories of Civil Violence*, cap. 3., de James Rule.

Era el ritmo de la producción socializada en la fábrica lo que convertiría al proletariado en una clase para sí y los sindicatos los que darían forma a ésta⁷.

Marx liquidaba sumariamente un problema que ha venido preocupando a los activistas del movimiento desde entonces: por qué los miembros de un grupo que «debería» rebelarse a menudo no lo hacen. Al igual que a los teóricos modernos, le preocupaba la idea de que el movimiento de los trabajadores no podría tener éxito a menos que una porción significativa de sus miembros cooperaran en una acción colectiva. Para explicar por qué ésta brillaba por su ausencia tan frecuentemente, Marx utilizó la insatisfactoria teoría de la «falsa» conciencia —insatisfactoria porque nadie habría podido decir quién tenía una conciencia falsa o verdadera—. Creía que los enfrentamientos sociales y la solidaridad que había de surgir después de años de trabajar junto a otros obreros acabaría por resolver este dilema.

Hoy sabemos que, al ir desarrollándose, el capitalismo produjo divisiones entre los trabajadores y mecanismos institucionales que los integraron en la democracia capitalista. A través del nacionalismo y el proteccionismo, los trabajadores incluso se aliaban a menudo con los capitalistas, lo que sugiere que hace falta algo más que la lucha de clases para generar una acción colectiva en su beneficio. Era necesario crear una forma de conciencia capaz de trascender la limitada conciencia sindical de los trabajadores y transformarla en una acción colectiva revolucionaria. Desprovisto de un concepto claro de la organización y la cultura de la clase obrera, Marx dejó este problema en manos de sus sucesores y se perdió en las anfractuosidades de la economía capitalista.

El problema organizativo era la principal preocupación de Lenin. Tras aprender a través de la experiencia europea que, por sí mismos, los trabajadores sólo actúan en nombre de sus «intereses sindicales», Lenin propuso la solución de una élite de revolucionarios profesionales (1929: 52 y ss.). Ocupando el lugar del proletariado de Marx, esta vanguardia actuaría como autodesignado guardián de los

⁷ Aunque existen otras muchas formulaciones más elegantes (y más oscuras), Marx expresa esto de modo especialmente sucinto en *El manifiesto comunista*: «El avance de la industria, cuyo motor involuntario es la burguesía, sustituye al aislamiento de los trabajadores, debido a la competencia, por su unión revolucionaria, debida a la asociación... El verdadero fruto de su batalla radica, no en su resultado inmediato, sino en la unión cada vez mayor de los trabajadores» (*The Marx-Engels Reader*, pp. 481, 483).

«verdaderos» intereses de los trabajadores. Cuando consiguió alcanzar el poder, como ocurrió en Rusia en 1917, invirtió la ecuación, poniendo los intereses del partido en lugar de los de la clase obrera. Pero en 1902 esto pertenecía a un futuro remoto; para Lenin, la solución al problema de la acción colectiva era la organización.

Las enmiendas organizativas a la teoría de las clases de Marx introducidas por Lenin fueron una respuesta a la estructura de las oportunidades políticas de la Rusia zarista. Al superponer una vanguardia intelectual a una clase obrera relativamente primitiva, adaptaba la teoría al contexto político de un Estado represivo y de la sociedad atrasada a la que gobernaba, que, para él, retardaban la conciencia de clase e inhibían la acción colectiva⁸. La teoría de la vanguardia era una respuesta organizativa a una situación histórica en la que la clase obrera era incapaz de hacer por sí misma una revolución. No obstante, consolidó la tendencia, ya presente en la socialdemocracia europea, a pensar que las masas requerían una dirección y que los líderes eran la fuente de la «conciencia» necesaria para proveerla.

Cuando fracasó la extensión de la revolución de Lenin a Occidente, hubo marxistas como Antonio Gramsci que comprendieron que, al menos en las sociedades occidentales, la organización no era suficiente para llevar adelante una revolución y que era necesario desarrollar la conciencia de los propios trabajadores. Gramsci aceptaba el postulado de Lenin de que el partido revolucionario tenía que ser una vanguardia (del mismo modo que pensaba que Italia compartía buena parte de las condiciones sociales de Rusia), pero añadió dos teoremas a la solución de Lenin. En primer lugar, que una tarea fundamental del partido era crear un bloque histórico de fuerzas en torno a la clase obrera (1971: 168) y, en segundo lugar, que esto sólo podía ocurrir si en el seno de dicha clase se desarrollaba un cuadro de «intelectuales orgánicos» para complementar a los intelectuales «tradicionales» del partido (pp. 6-23).

Ambas innovaciones estaban basadas en una gran fe en el poder de la cultura. Para Gramsci, el movimiento se convertía no sólo en un

⁸ Lenin criticó la teoría, por aquel entonces popular en algunos círculos socialistas, de que «el paso de todas las demás funciones revolucionarias (aparte de la agitación) debe recaer *necesariamente* sobre los hombros de una fuerza intelectual extremadamente reducida. No tiene por qué ser así 'necesariamente'. Si lo es es porque estamos atrasados». *¿What Is To Be Done?*, pp. 123-124.

arma **organizativa** —como lo era para Lenin—, sino en un «**intelectual colectivo**» cuyo mensaje había de ser transmitido a las masas a través de cuadros de líderes intermedios⁹. Esto produciría el consenso entre los trabajadores, crearía la capacidad para emprender iniciativas autónomas y tendería puentes hacia otras clases. El proceso sería largo y lento, al requerir que el partido luchara dentro de las «trincheras y fortificaciones» de la sociedad burguesa, hiciera prosélitos entre los grupos no proletarios y desarrollara una política respecto a instituciones culturales como la Iglesia.

La solución de Gramsci —encarnada en el destino del Partido Comunista Italiano tras la II Guerra Mundial— planteaba un nuevo dilema. Si el partido, como intelectual colectivo, abordaba un **diálogo** a largo plazo entre la clase trabajadora y la sociedad burguesa, ¿qué podía impedir que el poder cultural de ésta —lo que Gramsci llamaba el «sentido común de la sociedad capitalista»— dominara al partido, y no a la inversa?¹⁰. Se produciría una acción colectiva, pero quizá en beneficio de los intereses de la burguesía.

Todo esto pertenecía también al futuro. En su momento, la contribución de Gramsci no fue sólo mostrar que la clase obrera europea estaba atrapada en una estructura de interacción estratégica a largo plazo con otras clases y con el Estado, sino que las relaciones entre líderes y seguidores no podían ajustarse al modelo de Lenin de una vanguardia intelectual que impone su conciencia a la base. A la insistencia de Lenin en la organización, Gramsci le añadió la percepción de la necesidad del consenso; y, en lugar de partir del supuesto leninista de que de la *intelligentsia* surgiría una vanguardia de líderes, Gramsci vio la necesidad de múltiples niveles de liderazgo e iniciativa.

↗ Cada uno de estos tres teóricos hacía hincapié en un elemento diferente del fundamento estructural de la acción colectiva. Marx escribió sobre las contradicciones o divisiones fundamentales de la

⁹ En 1924, Gramsci escribió: «El error del partido ha sido haber dado prioridad de un modo abstracto al problema de la organización, lo que en la práctica ha supuesto simplemente la creación de un aparato de funcionarios cuya ortodoxia respecto a la línea oficial es digna de toda confianza» (*Selections from the Prison Notebooks*, p. xii).

¹⁰ Éste era un peligro especial en la periferia del partido de la clase trabajadora, entre la clase media y el campesinado. Véase Stephen Hellman, «The PCI's Alliance Strategy and the Case of the Middle Class», y Sidney Tarrow, *Peasant Communism in Southern Italy*.

sociedad capitalista, que generaban capacidad de movilización; Lenin sobre la organización necesaria para estructurar el movimiento e impedir su dispersión en pequeñas demandas corporativas; y Gramsci sobre el fundamento cultural necesario para obtener un amplio consenso en torno a los objetivos del partido.

La teoría moderna de los movimientos sociales se basa en cada uno de estos tres elementos, al que se añade uno más: aunque Marx subestimara el impacto independiente de la política, Lenin y Gramsci se anticiparon a la teoría moderna del movimiento social al contemplar la política como un proceso *interactivo* entre los trabajadores, los capitalistas y el Estado. Vieron que en realidad no era en la fábrica, sino en la interacción con el Estado, donde se decidía el destino del movimiento de los trabajadores. Esto se hizo evidente tanto en el éxito de Lenin, que aprovechó el hundimiento del régimen zarista durante la guerra, como en el fracaso de Gramsci, que fue resultado del declive de las oportunidades políticas en Occidente tras la guerra de 1914-1918.

Estos rasgos de la acción colectiva —la transformación de la capacidad de movilización en acción por medio de la organización, la movilización por consenso y la estructura de oportunidades políticas— constituyen el esqueleto de la teoría contemporánea del movimiento social. En lugar del partido centralizado de Lenin, hoy reconocemos la necesidad de estructuras de movilización más elásticas; en vez de en el intelectual orgánico de Gramsci, centramos nuestra atención en marcos culturales más amplios y menos controlables; y, por lo que se refiere al oportunismo político táctico que ambos autores propugnaban, nosotros trabajamos con una teoría más estructural de las oportunidades políticas. Pero, en primer lugar, será necesario plantear y asimilar una nueva forma de acción colectiva.

Elección individual y elección colectiva

La década de 1960 revitalizó los movimientos sociales —y la teoría del movimiento social— tanto en Europa como en Estados Unidos. Una generación de estudiosos, muchos de ellos provenientes de las movilizaciones de esa década, convirtieron el terreno del movimiento social y la protesta política en un elemento fundamental para el estudio de la historia moderna, las ciencias políticas y la sociología. Sin embargo, la teoría de los movimientos también se ha visto afec-

tada por las tendencias intelectuales académicas, por lo que el centro de atención ha pasado de la clase social al hecho, esencial para los economistas políticos, de que los individuos busquen mejoras marginales en sus respectivas vidas. Para muchos estudiosos, el problema llegó a resumirse no en cómo luchan las clases y los estados gobiernan, sino en cómo es *posible* siquiera la acción colectiva en aras del bien común entre individuos que se guían por mezquinos intereses personales —especialmente cuando aparecen terceros que se muestran dispuestos a defender esos intereses en su nombre¹¹.

El más influyente investigador de este dilema fue el economista norteamericano Mancur Olson (1965). Aunque Olson reconocía la importancia de los incentivos no materiales, su teoría empezaba y terminaba en el individuo. Para Olson, el problema de la acción colectiva era agregativo: cómo implicar a la mayor proporción posible de un grupo en una actividad en aras del bien colectivo del mismo. Sólo de este modo podía el grupo convencer a sus oponentes de su fuerza.

En su libro, *The Logic of Collective Action*, Olson postulaba que sólo los miembros importantes de un grupo grande tienen el suficiente interés en el bien colectivo de éste como para hacerse cargo de su liderazgo. No es exactamente la «vanguardia» de Lenin, pero se le parece bastante. La única excepción a esta norma se da en grupos muy pequeños en los que el bien individual y el colectivo están íntimamente asociados (pp. 43 y ss.)¹². Cuanto más grande sea el grupo,

¹¹ El *locus classicus* es, por supuesto, *The Logic of Collective Action*, de Mancur Olson, pero la tradición de la teoría de los juegos también ha realizado una aportación sustancial. En la tradición de la elección pública, los estudios clave fueron «An Economic Theory of Clubs» de James Buchanan y *Political Leadership and Collective Goods* de Norman Frohlich, Joe A. Oppenheimer y Oran R. Young. En la tradición teórica de los juegos, las aplicaciones más rigurosas las ha realizado Thomas C. Schelling. Véase especialmente su *Strategy of Conflict*. Para una estimulante mezcla de ambas tradiciones, véase *Collective Action* de Russell Hardin. Véase también *Collective Action and the Civil Rights Movement*, de Dennis Chong; *Power in Numbers*, de James De Nardo; *The Rational Peasant*, de Sam Popkin, y *Rationality and Revolution*, de Michael Taylor, ed.

¹² El problema del tamaño del grupo ha ejercido una gran fascinación entre los estudiosos tanto en la tradición de la elección pública como en la de la teoría de los juegos. Véase John Chamberlin, «Provision of Collective Goods as a Function of Group Size», *Collective Action*, cap. 3, de Russell Hardin, y *The Critical Mass in Collective Action: a Micro-Social Theory*, cap. 3, de Gerald Marwell y Pam Oliver, que demuestran teóricamente que el tamaño del grupo no es la variable crítica que Olson creía que era.

tantos más «gorrones» preferirán aprovecharse de los esfuerzos de los individuos cuyo interés en el bien común está lo suficientemente arraigado como para inducirles a luchar por él¹³.

Para superar este problema, los aspirantes a líderes deben imponer restricciones a sus seguidores u ofrecerles «incentivos selectivos» a fin de convencerles de que su participación merece el esfuerzo (p. 51). Así, el bien común de un sindicato es ofrecer a sus miembros bienes colectivos de los que disfrutarán todos los trabajadores de una empresa dada, pertenezcan a él o no. Pero si las cosas son así, ¿por qué iba nadie a afiliarse a un sindicato? El sindicato sólo puede conseguir la participación de los trabajadores ofreciéndoles incentivos selectivos, como planes de pensiones u oportunidades de recreo, o coartándoles con la deducción automática de la cuota sindical. Para Olson, como para Lenin, el problema de la acción colectiva requería una solución organizativa.

Los estudiosos de los movimientos sociales no tardaron en objetar que Olson pasaba por alto demasiado alegremente la acción colectiva durante un periodo histórico —la década de 1960— henchido de participación¹⁴. Argüían que la gente participa en los movimientos no sólo por egoísmo, sino también por creencias profundamente arraigadas, el deseo de entablar relaciones sociales con otros y porque también percibe y comprende el dilema olsoniano¹⁵. La acción colectiva *existe*, en grupos grandes y pequeños,

¹³ Así, General Motors tiene suficiente interés en el bien común de la producción automovilística americana para ponerse a la cabeza de todos los productores de coches del país, incluyendo a aquellos que son demasiado pequeños para adoptar medidas por su cuenta. Si un número suficiente de miembros del grupo «viaja gratis», los esfuerzos de los líderes no sólo no sirven de nada, sino que, por sí mismos, inducirán el fenómeno.

¹⁴ Como otro economista, Albert Hirschman, señaló humorísticamente en su *Shifting Involvements*: «Olson proclamó la imposibilidad de la acción colectiva para grandes grupos... precisamente cuando el mundo occidental estaba a punto de verse anegado en una oleada sin precedentes de movimientos públicos, marchas, protestas, huelgas e ideologías», p. 78.

¹⁵ En otras palabras, Olson no es el único en pensar que si todo el mundo «viaja gratis», saldrá perdiendo el interés colectivo. Véase un breve resumen de las principales críticas desde la perspectiva de la teoría del movimiento social en «New Social Movements and Resource Mobilization: The European and the American Approach Revisited», pp. 24-25, de Bert Klandermans. *The Critical Mass* de Marwell y Oliver constituye un elaborado diálogo con la teoría de Olson, mientras que *Collective Action*, de Hardin, y *Collective Action and the Civil Rights Movement*, de Chong, formulan variaciones y alternativas a la misma.

tanto en condiciones de alto como de bajo riesgo. Una cuestión más fundamental era si los movimientos sociales encajaban realmente en la teoría de Olson. Argumentaré que no es así y que, para los movimientos, el verdadero problema es de naturaleza social.

Dos sociólogos estadounidenses, John McCarthy y Mayer Zald, opinaban que la teoría de Olson era aplicable, en efecto, a los movimientos sociales, pero veían una nueva solución al problema de la acción colectiva en las organizaciones profesionales del movimiento¹⁶. Tras examinar el auge de muchas organizaciones de este tipo en la década de 1960 (1973), opinaban que la mayor riqueza y las técnicas organizativas disponibles en la sociedad moderna ofrecen a los organizadores recursos con los que movilizar a la gente. Estos organizadores no son simplemente aquellos que han puesto mucha carne en el asador en lo que se refiere a la consecución de un bien colectivo, como había teorizado Olson, sino «empresarios del movimiento» profesionales, que disponían de la capacitación y la ocasión de incorporar las bolsas de descontento existentes a organizaciones del movimiento social, lo que McCarthy y Zald llamaban SMOs (1977, *Social Movement Organizations*)¹⁷.

Al parecer, a McCarthy y Zald no les preocupó el hecho de que Olson no estuviera fundamentalmente interesado en los movimientos

¹⁶ Las muchas aportaciones de John McCarthy, Mayer Zald y otros autores relacionados están recopiladas en dos libros: Zald y McCarthy, eds., *Social Movements in an Organizational Society*, y Zald y McCarthy, eds., *Social movements in an organizational Society*. Al mismo tiempo, Anthony Oberschall hizo otra aportación teórica en *Social Conflict and Social Movements*.

¹⁷ Aunque se centraban fundamentalmente en las OMS, McCarthy, Zald y los demás autores sitúan su argumento en un sistema más amplio de relaciones sociales y políticas. En «Social Movement Industries», Zald y McCarthy consideran que los líderes del movimiento cooperan o compiten entre sí por el apoyo popular en las «industrias del movimiento», o IMS. En «Movement and Countermovement Interaction», Zald y Useem sostienen que los movimientos a menudo dan lugar a contramovimientos y quedan bloqueados en una pugna continua con ellos. En «The Political Economy of Social Movement Sectors» Garner y Zald consideran este conjunto de organizaciones y sus seguidores como un «sector del movimiento social» con sus periodos de auge y decadencia, y que interacciona con el sistema político. Por desgracia, este aspecto sociopolítico de su trabajo fue minimizado al principio y buena parte de la reacción crítica a la escuela de la «movilización de recursos» se centró en su uso del poco atractivo término *entrepreneurs*, procedente del mundo de los negocios, para describir a los líderes del movimiento.

sociales, sino en los grupos de interés¹⁸. De hecho, Olson había generalizado a partir de una categoría aún más limitada las asociaciones económicas. En este terreno, su versión de los problemas de la acción colectiva es claramente válida por tres razones. La primera es que en las asociaciones económicas la medida del éxito es la utilidad marginal, claramente definida y generalmente comprendida. En segundo lugar, para tales organizaciones es crucial qué proporción del grupo participa en la acción colectiva, ya que si sus líderes no son respaldados por un número suficiente de miembros, sus oponentes carecen de motivos para tomarles en serio. Finalmente, estas asociaciones están organizadas de modo transparente y cuentan con líderes fácilmente identificables que intentan movilizar a miembros formalmente asociados en una acción colectiva en torno a una serie finita de objetivos.

Pero, teóricamente, ninguno de estos criterios es aplicable a los movimientos sociales¹⁹. Primero, porque el motivo de la afiliación de un individuo no tiene por qué ser la utilidad marginal, ni siquiera cuando el concepto se amplía hasta más allá de su significado económico²⁰. Las investigaciones han determinado que la gente se afilia a los movimientos por un amplio espectro de razones: desde el deseo de obtener ventajas personales a la solidaridad de grupo, el com-

¹⁸ Buena parte de la literatura sociológica sobre los movimientos de las décadas de 1870 a 1980 constituye una respuesta a una teoría que jamás se pretendió que fuera aplicable a los movimientos, sino a los grupos de interés. Es sorprendente que los estudiosos de los movimientos no se hayan preguntado con mayor frecuencia si los elementos fundamentales de la teoría eran aplicables a su campo de estudio. El empleo de una teoría derivada de los grupos de interés puede contribuir a explicar por qué tantas de las OMS de McCarthy y Zald eran grupos que muchos no considerarían movimientos, sino grupos públicos de interés. Los estudiantes interesados en este debate pueden leer «Resource Mobilization Theory: A Critique», de Herbert Kitschelt, y la respuesta de Zald, ambos recopilados en Dieter Rucht, ed., *Research on Social Movements*.

¹⁹ No son «teóricamente» válidos porque no son aplicables a la lógica y los recursos de los movimientos sociales, aunque una o más de ellas podría ser aplicable a organizaciones concretas.

²⁰ Hay quien ha argüido que los incentivos no materiales pueden acomodarse a la teoría de Olson. Pero, como señalan Fireman y Gamson, ampliar el concepto de incentivos selectivos para incluir la satisfacción moral reduce el concepto a una tautología. «Seguir esta ruta tautológica significa eliminar un elemento básico de la argumentación del incentivo selectivo –escriben–, ya que el peso de la explicación recae en las subsiguientes distinciones entre incentivos». Véase su «Utilitarian Logic in the Resource Mobilization Perspective», pp. 19-20.

promiso por principios con una causa o el deseo de formar parte de un colectivo. Esta heterogeneidad en las motivaciones hace que el problema de la coordinación resulte mucho más dificultoso para un movimiento social que para un grupo de interés, pero también posibilita que los movimientos exploten recursos no exclusivamente pecuniarios para implicar a la gente en la acción colectiva²¹.

En segundo lugar, si bien es cierto que en el caso de una asociación económica el porcentaje de los miembros que participan en la acción colectiva es una medida decisiva de su fuerza, los movimientos carecen de tamaño establecido o afiliación concreta, y a menudo están *en plena formación* cuando aparecen en escena. Esto hace que el criterio de participación proporcional de Olson carezca de significado en el campo de los movimientos sociales. Aunque es cierto que «sacar a la calle» a un gran número de personas puede ser un importante indicador del poder de un movimiento, el número de individuos que tienen que participar en él depende de la «estructura de la lucha» de que se trate (Fireman y Gamson, 1979: 17). De hecho, para algunas formas de acción colectiva, el número de participantes es incluso inversamente proporcional al poder del movimiento²².

En tercer lugar, la relación transparente, bimodal, que Olson veía en las asociaciones económicas entre líderes y seguidores, está ausente en los movimientos, muchos de los cuales ni siquiera tienen

²¹ Incluso cuando los motivos de los sujetos de la acción colectiva son económicos, pueden ser muy diferentes de los cálculos de ganancias y pérdidas que Olson imponía a la acción colectiva. Olson concebía la decisión de emprender una acción colectiva como el resultado de contraponer el coste en que se incurría a los beneficios que podían obtenerse con ello. Pero la gente que se encuentra en situaciones conflictivas a menudo se ve en una situación estructural de *riesgo*, y no de beneficio. La cosecha puede haber sido mala y sufrir las presiones de rapaces prestamistas, la economía puede estar paralizada y el desempleo estar próximo, o el crecimiento incontrolado lo poluciona todo y amenaza al medio ambiente. Tales situaciones tienden más a producir una psicología de acción que cálculos de utilidad marginal. Véase el artículo de Jeffrey Berejikian, «Revolutionary Collective Action and the Agent-Structure Problem».

²² Como escriben Fireman y Gamson sobre una protesta de los sesenta contra la guerra: «Cuando trescientos mil manifestantes pacifistas se echaron a la calle para marchar sobre Washington en la década de los sesenta, no les resultó un estorbo la existencia de millones de 'gorrones', que deseaban que la manifestación fuera masiva y efectiva, pero no tomaron parte en ella» (1979: 16 y ss.). Aunque parte del postulado de que hay «poder en el número», el politólogo James De Nardo amplía este limitado supuesto casi inmediatamente. Véase su *Power in Numbers*, pp. 36 y ss., donde la táctica también se considera un indicador del carácter disruptivo de un movimiento.

una estructura formal. En la medida en que están organizados, los movimientos se componen de una serie de relaciones mucho más mediatizadas e informales entre organizaciones, coaliciones, grupos intermedios, miembros, simpatizantes y multitudes. «Resulta equívoco establecer equivalencias entre un movimiento social y cualquier tipo de entidad colectiva de toma de decisiones por vaga que sea su estructura», escribe la socióloga Pam Oliver (1989: 4) ²³.

La marcha gay sobre Washington celebrada en abril de 1993 ilustra estas tres diferencias. Aunque algunos de los participantes tenían un interés personal en poder acceder al ejército, en la mayoría de los casos no era así. La gente participaba por toda una serie de razones, en su mayor parte relacionadas con la solidaridad con la comunidad gay. A pesar de que los organizadores hicieron grandes esfuerzos por llevar a un importante número de personas a la capital, el porcentaje de la comunidad gay allí presente era irrelevante en lo que al éxito o el fracaso se refiere. De hecho, nadie sabe cuántos homosexuales, hombres y mujeres, hay en Estados Unidos. Por último, el movimiento gay no es una organización. Aunque podamos identificar un liderazgo a nivel nacional —que fue el que convocó la marcha—, como ocurre en la mayoría de las grandes manifestaciones convocadas en Estados Unidos, quienes se encargaron de la organización fueron una serie de grupos dispares, cada uno con su propia red de afiliados, miembros, amigos, aliados y compañeros de viaje. Y, como demostraron las ocasionales exhibiciones de conducta exótica, los organizadores tenían escaso control sobre sus seguidores ²⁴.

Por otra parte, los responsables de la marcha por los derechos de los gays sí se enfrentaron a un problema de acción colectiva: el de aglutinar a una coalición de grupos, organizaciones e individuos a los que no controlaban en una campaña coordinada de acción colectiva. Tenían que reunirlos a todos en un lugar y en un momento dados, dirigir sus energías contra una serie de objetivos identificables y

²³ «Se componen de numerosas unidades colectivas menores, cada una de las cuales actúa autónomamente de acuerdo con su propia lógica interna», escribe la socióloga Pam Oliver, en «Bringing the Crowd Back In», p. 4. Las diferentes partes de un movimiento interaccionan entre sí, con los aliados y las instituciones que les apoyan y con sus oponentes y las autoridades. «Todos estos tipos de acciones tuvieron repercusiones recíprocas —escribe Oliver sobre los movimientos de los sesenta— y fueron estas *interacciones* las que crearon el movimiento social» (p. 3).

²⁴ *Washington Post*, 26 de abril de 1993, pp. 8-10.

defender sus reivindicaciones posteriormente a través de distintas formas de acción colectiva. Para todo esto necesitaban concentrar el mismo día en Washington a sus partidarios, procedentes de todas las partes del país, y convencerles —y a través de ellos a un público más amplio— de que recorrer el Mall en dirección al Lincoln Memorial era un acto significativo. También tenían que convencer al país de que su acción tenía un significado en particular, coordinando los esfuerzos de docenas de organizaciones autónomas, persuadiendo a los aliados, los grupos de opinión y los medios de comunicación de que la manifestación era importante y poniendo freno a los brotes de exceso de celo. Finalmente, tuvieron que seguir la campaña, presionando a los miembros del Congreso una vez finalizada la marcha. La dificultad no era superar la presencia individual de «gorrones», como predice la teoría de Olson, sino un problema de tipo «social»: coordinar, mantener y dotar de significado a la acción colectiva.

Lo social en los movimientos sociales

Una analogía extraída de la teoría de la organización industrial nos ayudará a mostrar mejor la diferencia entre la teoría de Olson y la nuestra. En la teoría de la empresa de Olivier Williamson, las compañías dependen de los proveedores y productores externos de componentes, pero reducen su dependencia internalizando sus activos. Williamson razona que cuando las empresas se sienten amenazadas por el ventajismo oportunista de controladores de activos clave, absorben los procesos —el suministro de componentes e información— y reducen los costes transaccionales de la producción y la distribución²⁵. Algunos de estos costes —como los de regulación— jamás pueden ser absorbidos, pero la internalización de los contratos minimiza los costes de intercambio. El resultado es la aparición de unidades industriales a gran escala cuyo tamaño y estructura vienen determinados por criterios técnicos de control sobre los activos.

²⁵ El *locus classicus* de la economía de los costes transaccionales es «The Problem of Social Costs», de Ronald Coase. Oliver E. Williamson lo elabora y extiende a la economía institucional en *Markets and Hierarchies: Analysis and Antitrust Implications*; y en forma modificada en *The Economic Institutions of Capitalism*, cap. 1. La tendencia integradora de la perspectiva de los costes transaccionales se trata en los capítulos 4 y 5 de *The Economic Institutions*.

Pero no todas las empresas pueden, o desean, internalizar sus activos, y existen alternativas para resolver el problema del coste transaccional. Por ejemplo, al ir creciendo las empresas, se vuelven mamotrélicas e insensibles a su entorno y pierden control interno. Una alternativa a la internalización es que empresas a pequeña escala, holgadamente vinculadas en asociaciones de productores, cooperen en la adquisición de suministros e información y en la distribución de sus productos. Apoyándose en supuestos culturales aceptados y redes sociales, las empresas y sus competidores/colegas establecen lo que Hardin llama «contratos por convenio» (1982: cap. 11). En algunos casos, como en el de la fragmentación vertical de las empresas japonesas estudiada por Ronald Dore (1986), así como en el del sector de pequeñas empresas de la «Tercera Italia» (Trigilia, 1986), superan en eficiencia a las grandes unidades consolidadas, al poder contar con la confianza local y las redes sociales de las que carecen los monolitos industriales. Como escribe Trigilia sobre el sector de la pequeña empresa italiana:

Los recursos institucionales locales han influido en la capacidad empresarial y en la cooperación entre actores, haciendo posible una reducción de los costes transaccionales, tanto entre empresas como entre empresarios y trabajadores (1986: 142).

Los movimientos sociales —al no ser grupos y carecer de coordinación obligada— rara vez están en condiciones de resolver su problema de acción colectiva a través de la internalización. (En el Capítulo 8 argumentaré que cuando se ha intentado hacerlo, los resultados han sido negativos para los movimientos.) Al igual que los productores a pequeña escala estudiados por Trigilia, explotan recursos externos —oportunidades, pactos, sobrentendidos y redes sociales— para coordinar y mantener la acción colectiva. Cuando tienen éxito, hasta los actores de escasos recursos pueden poner en marcha y mantener una acción colectiva contra oponentes poderosos.

Las principales oportunidades son los cambios en la estructura de las oportunidades políticas. Las convenciones más importantes están relacionadas con las formas de acción que emplean los movimientos. Sus recursos externos fundamentales son las redes sociales en las que tiene lugar la acción colectiva y los símbolos culturales e ideológicos que la enmarcan. Conjuntamente, las oportunidades, los reper-

torios, las redes y los marcos son los materiales con los que se construye el movimiento. Comencemos por la estructura de las oportunidades políticas.

La estructura de las oportunidades políticas

El planteamiento principal de este estudio es que la gente se suma a los movimientos sociales como respuesta a las oportunidades políticas, y a continuación crea otras nuevas a través de la acción colectiva. Como resultado, el «cuándo» de la puesta en marcha del movimiento social —cuándo se abren las oportunidades políticas— explica en gran medida el «por qué». También nos ayuda a comprender el motivo por el que los movimientos no aparecen sólo en relación directa con el nivel de las quejas de sus seguidores. En efecto, si son las oportunidades políticas las que traducen el movimiento en potencia en movilización, incluso grupos con demandas moderadas y escasos recursos internos pueden llegar a ponerse en movimiento, mientras que los que tienen agravios profundos y abundantes recursos —pero carecen de oportunidades— pueden no llegar a hacerlo. El concepto de estructura de las oportunidades políticas nos ayudará también a explicar cómo se difunden los movimientos, cómo se extiende la acción colectiva y cómo se forman nuevas redes, que se tienden de un grupo social a otro al irse explotando y creando las oportunidades.

Al hablar de estructura de las oportunidades políticas, me refiero a dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales— del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente. El concepto de oportunidad política pone el énfasis en los recursos *exteriores* al grupo —al contrario que el dinero o el poder—, que pueden ser explotados incluso por luchadores débiles o desorganizados. Los movimientos sociales se forman cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las elites y las autoridades.

Como sostengo en los Capítulos 4 y 5, los cambios más destacados en la estructura de oportunidades surgen de la apertura del acceso al poder, de los cambios en los alineamientos gubernamentales, de la

disponibilidad de aliados influyentes y de las divisiones dentro de las elites y entre las mismas. Las estructuras del Estado crean oportunidades estables, pero son las oportunidades cambiantes en el seno de los Estados las que ofrecen las oportunidades que los interlocutores pobres en recursos pueden emplear para crear nuevos movimientos.

En la marcha sobre Washington de abril de 1993 pudo verse el modo en que estos aspectos de la estructura de oportunidades afectan a la movilización de un movimiento. Acababa de producirse un realineamiento electoral: de un gobierno republicano que favorecía a la derecha religiosa y a los poderosos militares se había pasado a un nuevo presidente demócrata. En una promesa electoral temprana, éste se había comprometido a poner fin al veto al ingreso de hombres y mujeres homosexuales en el ejército. Existía una clara división en el seno de la elite política en torno a la cuestión de los «valores familiares», lo que dio a la Gay and Lesbian Task Force la oportunidad de obtener ventajas políticas. Y encontró influyentes aliados en el movimiento de las mujeres, entre los grupos de derechos civiles e incluso en el Congreso. La política abrió el portón de las oportunidades.

El conflicto por convención

El antropólogo David Kertzer escribe que el conocimiento general de las rutinas peculiares a la historia de una sociedad ayuda a los movimientos a superar su déficit en recursos y comunicaciones (1988: 104 y ss.). Al igual que en el caso de los rituales religiosos o las celebraciones cívicas, según señala Kertzer, la acción no nace de los cerebros de los organizadores, sino que se inscribe y transmite culturalmente. Las convenciones aprendidas de la acción colectiva forman parte de la cultura pública de una sociedad²⁶.

²⁶ Ni que decir tiene que es improbable que un movimiento en formación se entregue a lo que Hardin denomina «conducta cooperativa que implica una comprensión precisa o compleja de fines alternativos o de los medios para alcanzar los fines de grupo». Véase su *Collective Action*, p. 182. Pero esto no significa que tales grupos no puedan cooperar porque el conocimiento de las formas de actuación colectiva no tiene por qué restringirse a situaciones concretas. Con suficientes repeticiones y éxitos ocasionales, la gente aprende qué tipo de acción colectiva es capaz de emprender, cuáles tendrán éxito y cuáles tenderán a despertar la ira de las fuerzas del orden.

Cada grupo tiene una historia —y una memoria— propia de la acción colectiva. Los trabajadores saben cómo hacer huelga porque generaciones de trabajadores la han hecho antes que ellos; los parisenses construyen barricadas porque las barricadas están inscritas en la historia de las revueltas de esta ciudad; los campesinos se apropian de la tierra enarbolando los símbolos que sus padres y abuelos usaron antes que ellos. Los estudiosos de la política Stuart Hill y Donald Rothchild lo plantean como sigue:

Sobre la base de pasados periodos de conflicto con un grupo o grupos determinados o con el gobierno, los individuos construyen un prototipo de protesta o motín que describe lo que hay que hacer en circunstancias concretas, además de explicar la lógica de la acción en cuestión (1992: 192).

Hay más convenciones generales sobre la acción colectiva, que llamaré, con Charles Tilly, el «repertorio de confrontación»²⁷. Tilly señala que la gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce; cada sociedad tiene una reserva de formas familiares de acción, conocidas tanto por los activistas como por sus oponentes, que se convierten en aspectos habituales de su interacción. Si aceptamos el supuesto de que los individuos disponen de información sobre la historia y los resultados obtenidos en el pasado por las diferentes formas de acción colectiva en sus sociedades, veremos que los líderes proponen algo más que la abstracción de la «acción colectiva» y que los individuos responden a ello. Son atraídos también hacia un repertorio conocido de formas concretas de acción colectiva.

En el pasado, la mayor parte de las formas de acción colectiva estaban íntimamente vinculadas a grupos y situaciones conflictivas determinados: la apropiación del grano, la humillación ritual o *charivari*, el motín contra los señores. Pero en algún momento, a finales del siglo XVIII, se produjo un cambio radical. Asistidas por la creciente difusión de información a través de los medios impresos y el conocimiento generado por las redes y asociaciones del mo-

²⁷ El concepto aparece por vez primera en *From Mobilization to Revolution*, de Tilly, cap. 6; de nuevo en su «Acting Collectively without Elections, Surveys or Social Movements» y una vez más en *The Contentious French*, cap. 1. El Capítulo 2 aborda la teoría con más detalles y presenta una importante modificación.

vimiento, empezaron a emplearse las mismas rutinas de acción colectiva —lo que llamaré repertorio «modular»— en territorios cada vez más extensos, por parte de amplios sectores sociales y en torno a diferentes tipos de cuestiones. Como mostraré en el Capítulo 2, la petición, la huelga, la manifestación, la barricada y la insurrección urbana se convirtieron en respuestas aprendidas que se aplicaban a toda una variedad de situaciones, aportando convenciones que ayudaron a los movimientos a aglutinar incluso a grupos muy grandes y dispares.

Debido a que los movimientos rara vez tienen incentivos selectivos o constreñimientos sobre sus seguidores, en la acción colectiva el liderazgo tiene una función creativa de la que carecen los grupos más institucionalizados. Los líderes inventan, adaptan y combinan distintas formas de acción colectiva para estimular el apoyo de gente que, en caso contrario, podría quedarse en casa. Albert Hirschmann tenía algo como esto en mente cuando se quejaba de que Olson consideraba la acción colectiva *exclusivamente* como un coste, cuando para muchos es un beneficio (1982: 82-91). Para la gente cuya vida está hundida en el trabajo agotador y la desesperación, la oferta de una campaña de acción colectiva excitante, arriesgada y potencialmente beneficiosa puede ser un aliciente. Los líderes ofrecen formas de acción colectiva que son heredadas o infrecuentes, habituales o poco familiares, aisladas o que forman parte de campañas concertadas. Las vinculan a temas que, o bien están inscritos en la cultura o se inventan sobre la marcha, o —más comúnmente— fusionan elementos de las convenciones con nuevos marcos de significado. Según el politólogo Michael Lipsky (1968), la protesta es un recurso, y las formas de acción colectiva que escogen los movimientos un incentivo para la movilización.

Pero existe un dilema en torno a la acción colectiva que emplean los movimientos para comunicar sus exigencias y para vincular a los líderes con sus seguidores. Por una parte, la demostración de fuerza numérica y solidaridad puede convencer a los participantes de que son más fuertes de lo que realmente son; por otra, el uso de un repertorio convencional crea certidumbre e incluso aburrimiento acerca de los resultados de una manifestación.

La resultante del primer problema es que, al exagerar su fuerza, los activistas del movimiento pueden forzar confrontaciones con las autoridades, que perderán casi con total seguridad, distanciando a

simpatizantes y seguidores potenciales. En el segundo caso —una sociedad ahíta de manifestaciones—, nadie presta oídos a los movimientos aunque medio millón de manifestantes marchen calle abajo. Un resultado de esta falta de impacto es que algunos militantes tienden a formas de actividad política más rutinarias, mientras que otros se sienten tentados por formas más extremas de acción colectiva, violencia y simbolismo para atraer la atención y radicalizar las confrontaciones con las autoridades. El resultado final son los fraccionamientos y escisiones, endémicos en los movimientos, y la aceleración de su proceso de descomposición.

Los organizadores de la marcha de los derechos de los gays conocían las convenciones de la acción colectiva cuando se concentraron en Washington. Si hubieran invitado a la comunidad gay a un simple paseo por una zona verde en dirección a un montón de mármol habrían tenido que hacer el recorrido solos. Pero las marchas sobre Washington, como las barricadas parisienses, las peticiones británicas y el teatro político chino tienen una larga historia, rica en símbolos. Para toda una generación de estadounidenses están asociadas con los emotivos días del movimiento por los derechos civiles, con el discurso «He tenido un sueño» de Martin Luther King y con su propia juventud. El recurso a las convenciones de la acción colectiva en Estados Unidos ayudó a los organizadores a resolver el problema de coordinación de la acción colectiva.

Pero los organizadores también se enfrentaron al dilema de la acción colectiva. Por un lado, fueron incapaces de controlar a la minoría existente entre sus seguidores cuya estrategia era demostrar políticamente su naturaleza «diferente» —en algunas ocasiones caminando semidesnudos, otras travistiéndose—, lo que ofrecía a sus oponentes un magnífico argumento con el que respaldar su ideología homofóbica. Por otro lado, la capacidad para sacar a la calle a casi un millón de personas llevó a los militantes del movimiento a exagerar su poder. Al fin y a la postre, una vez que los manifestantes regresaron a sus casas, los procesos habituales de la política volvieron por sus fueros.

Estos efectos *a posteriori* de la acción colectiva nos muestran que las campañas aisladas no son movimientos sociales. A menos que un movimiento mantenga su interacción con sus oponentes, sus aliados y las autoridades, es rápidamente ignorado y fácilmente reprimido. Como veremos en el siguiente capítulo, durante siglos la acción

colectiva se dio entre campesinos, protestantes, sujetos fiscales, propietarios de viviendas y consumidores sin producir una interacción mantenida entre dicha acción y las autoridades o las elites. También hoy explotan a menudo acciones colectivas apasionadas y violentas, que concluyen en dispersión y decepción.

¿Y esto por qué? Si los movimientos fueran grupos de interés, con incentivos selectivos que distribuir y obligaciones que imponer, tendríamos la respuesta: los movimientos sólo tienen éxito cuando están bien organizados. Pero los movimientos no son grupos de interés y —como hemos visto ya— a menudo aparecen en ausencia de organizaciones o líderes definidos. Así pues, la pregunta se transforma en: ¿cómo se difunde, coordina y mantiene la acción colectiva una vez que aparecen las oportunidades?

Las estructuras de movilización

La respuesta comienza por lo social: aunque quienes deciden participar o no en una acción colectiva son los individuos, ésta casi siempre es activada y mantenida por sus grupos de contacto directo, sus redes sociales y sus instituciones. Así lo han revelado investigaciones realizadas recientemente, tanto en el laboratorio como en el mundo real de las movilizaciones. Olson se había centrado en el individuo, pero a comienzos de la década de 1980 los estudiosos empezaron a descubrir que los procesos grupales transforman el potencial para la acción colectiva en participación en el movimiento. Por ejemplo, el trabajo del sociólogo Doug McAdam sobre la campaña Freedom Summer (Verano de la Libertad) demostró que, mucho más que su entorno social o sus ideologías, las redes sociales en las que estaban inmersos los solicitantes de plaza desempeñaban un papel clave a la hora de determinar quién participaría en la campaña y quién no (1986; 1988). Al mismo tiempo, los investigadores europeos, como Hanspeter Kriesi (1988), descubrían que las subculturas del movimiento eran las reservas en las que tomaba forma la acción colectiva. Esto encajaba con lo que el sociólogo Alberto Melucci (1989) estaba descubriendo acerca del papel de las redes de los movimientos a la hora de definir la identidad colectiva de aquellos que había estudiado en Italia. De modo similar, historiadores como Maurice Agulhon y Ted Margadant descubrían que la sociabilidad de

las comunidades tradicionales podía servir de incubadora de la movilización de los movimientos sociales²⁸.

Los investigadores experimentales también estaban descubriendo la importancia de los incentivos sociales a la cooperación. En un ingenioso trabajo, William Gamson y sus colaboradores demostraron que un entorno grupal de apoyo era esencial para activar la disposición de los individuos a alzar la voz contra una autoridad injusta —autoridad que quizá hubieran podido tolerar si hubieran tenido que enfrentarse a ella solos— (Gamson, Fireman y Rytina, 1982). Igualmente, cuando Robyn Dawes y sus colaboradores realizaron una serie de experimentos sobre la elección colectiva, descubrieron que ni los motivos egoístas ni las normas internalizadas tenían tanto poder a la hora de generar la acción colectiva como «el deseo, estrecho de miras, de contribuir al bien del grupo al que se pertenece» (Dawes, Van de Kragt, y Orbell, 1988: 96)²⁹.

Las instituciones son entornos «huésped» particularmente poco costosos en los que pueden germinar movimientos. Esto era especialmente cierto en las sociedades de grandes terratenientes, como la Francia prerrevolucionaria, en la que los *parlements* provinciales suministraban un espacio institucional donde podían airearse ideas liberales (Egret, 1977). También es cierto hoy en día. En Estados Unidos, el sociólogo Aldon Morris mostró que los orígenes del movimiento por los derechos civiles estaban vinculados al papel de las iglesias negras (1984). En Italia y América Latina, la Iglesia católica fue cómplice involuntaria de la formación de redes de comunidades de «base» (Levine, 1990; Tarrow, 1988).

El papel de las redes e instituciones sociales como estímulo de la participación en los movimientos pone en tela de juicio la pesimista conclusión de Olson de que la acción colectiva en pos de bienes comunes nunca será respaldada por grandes grupos. Cuando exami-

²⁸ Como veremos en posteriores capítulos, *The Republic in the Village*, de Agulhon, y *French Peasants in Revolt*, de Margadant, ofrecen evidencias de que los círculos sociales de las aldeas del sur de Francia desempeñaron un papel decisivo en la Revolución de 1848 y en la posterior insurrección de 1851.

²⁹ En su artículo «Not Me or Thee But We» sostienen que, en situaciones de dilema social, «la gente inmediatamente empieza a discutir lo que deberíamos hacer 'nosotros', y dedica mucho tiempo y esfuerzo a persuadir a otros miembros de su grupo de que cooperen (¡o deserten!), incluso en situaciones en las que la conducta de éstos sea irrelevante para el beneficio de quien habla» (p. 94).

namos la morfología de los movimientos queda claro que sólo son «grandes» en un sentido meramente nominal. En realidad, se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones entre todos ellos³⁰. La acción colectiva puede surgir sólo entre los mejor dotados o más valerosos de estos grupos, pero las conexiones entre ellos afectan a la probabilidad de que la acción de un actor social incite otra. Como lo plantean Gerald Marwell y Pam Oliver: «El problema del 'grupo grande' de Olson a menudo queda resuelto por una solución de 'grupo pequeño'» (1993: 54)³¹. Y dado que un movimiento es en realidad un cúmulo de movimientos sociales holgadamente vinculados entre sí, puede sobrevivir allá donde un grupo aritméticamente «grande» no podría hacerlo.

La importancia de este hallazgo se hace evidente cuando estudiamos la morfología de manifestaciones como la marcha gay sobre Washington. Como ocurre en la mayoría de las grandes manifestaciones de nuestros días, poca gente viajó a Washington sola. Participaban en el acto como miembros de redes amistosas, grupos de interés, ramas locales de organizaciones del movimiento y grupos de colegas profesionales³². La movilización de redes sociales preexistentes reduce los costes sociales transaccionales de la convocatoria de manifestaciones, y mantiene unidos a los participantes incluso una vez que el entusiasmo inicial de la confrontación se ha desvanecido. En términos humanos, esto es lo que hace posible la transformación de la acción colectiva episódica en movimientos sociales.

³⁰ Hardin sugiere esto cuando apunta que, «en una amplia clase de situaciones, puede construirse una convención que abarque el comportamiento de una clase muy amplia de personas, ninguna de las cuales interacciona personalmente con más de una fracción de esa clase, a partir de un subgrupo menor de interacciones», *Collective Action*, p. 186.

³¹ Para Marwell y Oliver, la clave es la heterogeneidad de los recursos. En sus propias palabras: «Si un grupo es lo suficientemente heterogéneo como para contener una masa crítica capaz de hacer grandes contribuciones, y si esos miembros están socialmente vinculados entre sí de tal modo que pueden actuar concertadamente, la acción colectiva por mejoras colectivas conjuntamente suministrados es posible y más probable en grupos más grandes» (*The Critical Mass*, p. 54).

³² Al estudiar dos manifestaciones celebradas en Berlín en los años ochenta, Jürgen Gerhards y Dieter Ruch descubrieron que en una de ellas participaron no menos de 140 grupos y 133 en la otra. Véase su artículo «Mesomobilization: Organizing and Framing in Two Protest Campaigns», tabla 1.

La movilización por consenso

Pero, como descubrió Trigilia en el sector de pequeñas empresas del centro de Italia, la coordinación no depende tan sólo de rasgos estructurales de la sociedad, como las redes e instituciones sociales, sino de la confianza y cooperación que se generan entre los participantes merced a los presupuestos compartidos o, por emplear una categoría más amplia, de los marcos de acción colectiva que justifican, dignifican y animan la acción colectiva. La ideología, como escribió David Apter en su ya clásico ensayo, *Ideology and Discontent*, dignifica el descontento, identifica un blanco para los agravios y forma un paraguas sobre las reivindicaciones concretas de grupos solapados entre sí (cap. 1).

En los últimos años, los estudiosos de los movimientos han empezado a emplear términos técnicos como marcos cognitivos, bagajes ideológicos y discursos culturales para describir los significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva³³. Cualquiera que sea la terminología empleada, en vez de considerar la ideología, bien como una categoría intelectual superpuesta o como resultado automático de los agravios padecidos, estos investigadores están de acuerdo en considerar que los movimientos dan a las demandas sociales la forma de reivindicaciones más amplias en un proceso deliberado de «enmarcado» (Snow y Benford, 1988).

Pero mientras que los organizadores del movimiento se dedican activamente a crear este tipo de marco, no todo el proceso de enmarcado se produce bajo sus auspicios. Además de apoyarse en sobrentendidos culturales heredados, deben competir con el enmarcado que se produce continuamente a través de los medios, que transmiten mensajes que los movimientos han de intentar controlar e influenciar. Como descubrió el sociólogo Todd Gitlin, gran parte de la información que contribuyó al desarrollo de la *New Left* americana se transmitió a través de los medios de comunicación y ocupó el lugar de lo que, en periodos anteriores de la historia,

³³ Algunas de las principales fuentes están recopiladas en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action*; y en Aldon Morris y Carol Mueller, eds., *Frontiers of Social Movement Research*. Véase un uso ingenioso del análisis de marcos aplicado a las ideas de ciudadanos americanos corrientes en *Talking Politics*, de William Gamson.

hubieran tenido que ser esfuerzos organizativos (1980). Del mismo modo que los movimientos se apoyan en redes sociales existentes, utilizan los recursos externos de los medios de comunicación para movilizar a sus seguidores. No obstante, los movimientos poseen escaso poder cultural contra la capacidad inherente a los medios de dar forma a las percepciones.

Los organizadores de la marcha de abril de 1993 sobre Washington pagaron el precio de esta debilidad. A pesar de su esfuerzo por proyectar una imagen convencional, según el *Washington Post* del 26 de abril de 1993, algunos de los medios de comunicación se tomaron grandes molestias para fotografiar a hombres vestidos de mujeres y a lesbianas marchando con los pechos desnudos. Como bien sabía Gramsci, la movilización por consenso choca contra el poder cultural de la sociedad capitalista —especialmente del tipo que no requiere manipulación consciente, sino que es resultado del funcionamiento cotidiano de los medios y el Estado.

Por resumir lo que habrá que analizar detalladamente en posteriores capítulos: el problema de la acción colectiva es social, no individual. Los movimientos surgen cuando se amplían las oportunidades políticas, cuando se demuestra la existencia de aliados y cuando se pone de relieve la vulnerabilidad de los oponentes. Al convocar acciones colectivas, los organizadores se convierten en puntos focales que transforman las oportunidades, convenciones y recursos externos en movimientos. Los repertorios de confrontación, las redes sociales y los marcos culturales reducen los costes de inducir a la gente a la acción colectiva, creando una dinámica más amplia y más extensamente difundida en el movimiento.

La dinámica del movimiento

El poder de desencadenar secuencias de acción colectiva no es lo mismo que el poder de controlarlas o mantenerlas. Este dilema tiene tanto una dimensión interna como una externa. Internamente, buena parte del poder de los movimientos deriva del hecho de que activan a gente sobre la que no tienen el menor control. Este poder es una virtud, porque permite a los movimientos convocar acciones colectivas sin contar con los recursos que serían necesarios para integrar una

base de apoyo. Pero la autonomía de sus seguidores dispersa también el poder del movimiento, estimula el sectarismo y lo hace vulnerable a las deserciones, la competencia y la represión.

Exteriormente, los movimientos se ven afectados por el hecho de que las mismas oportunidades políticas que los han creado y difunden su influencia producen también nuevas oportunidades, ya sean complementarias, competidoras u hostiles. Estas oportunidades, en especial si la acción colectiva tiene éxito, producen *ciclos* más amplios de movimiento que se extienden de los activistas a los grupos de interés y a los ciudadanos corrientes e, inevitablemente, hacen participar al Estado. Como resultado de esta dinámica de difusión y creación de los movimientos, éstos triunfan o fracasan debido a fuerzas que están más allá de su control. Esto nos lleva al concepto de ciclo de protesta.

Los ciclos de protesta

Al ir ampliándose las oportunidades e irse difundiendo la información acerca de la susceptibilidad a los desafíos de un sistema político, no sólo los activistas, sino también la gente de a pie, ponen a prueba los límites del control social. Los choques entre los primeros luchadores y las autoridades ponen al descubierto las debilidades de éstas, permitiendo que incluso actores sociales timoratos se alineen a un lado u otro. En una situación de ampliación general de las oportunidades políticas, la información se vierte en cascada hacia el exterior y el aprendizaje político se acelera. Como escriben Hill y Rothchild:

Al estallar protestas y motines entre grupos que tienen una larga historia de enfrentamientos, estimulan a otros ciudadanos que se hallan en circunstancias similares a reflexionar más a menudo sobre sus propios motivos de descontento y movilizaciones (p. 193).

Durante estos periodos, las oportunidades creadas por los más «madrugadores» ofrecen incentivos para la formación de nuevos movimientos. Hasta los grupos convencionales de intereses se sienten tentados por la acción colectiva no convencional. Se constituyen alianzas, que a menudo traspasan las fronteras que separan a quienes plantean el desafío y a los miembros del sistema político (Tilly, 1978:

capítulo 2). Se experimentan y difunden formas nuevas de acción. Aparece un «sector de movimiento social» en el que compiten y cooperan las organizaciones (Garner y Zald, 1985). Las organizaciones del movimiento luchan por obtener el respaldo de lo que, en algún momento, podría convertirse en una base de apoyo en declive. Los resultados de esta competencia son la radicalización y el exceso, que conducen a la violencia, la fuga de seguidores y el incremento de la represión.

En los ciclos de protesta, el proceso de difusión no es meramente un proceso de «contagio», aunque existe una relevante proporción de éste. También se produce cuando hay grupos que logran avances que invitan a otros a buscar resultados similares: las exigencias planteadas por grupos insurgentes se satisfacen a costa de un tercer grupo, y cuando la predominancia de una organización o institución se ve amenazada y responde adoptando una acción colectiva conflictiva. Por ejemplo, tras su declive en Washington bajo la Administración de Bush, la controversia acerca del ingreso de gays y lesbianas en el ejército representó una segunda oportunidad para la fundamentalista Derecha Cristiana de Estados Unidos.

Al irse ampliando el ciclo, los movimientos crean también oportunidades para las elites y los grupos de oposición. Se forman alianzas entre los participantes y los desafectos, y las elites de la oposición plantean exigencias de cambio que habrían parecido descabelladas poco tiempo atrás. Las fuerzas gubernamentales responden, bien con reformas, con la represión o con una combinación de ambas. La lógica cada vez más amplia de la acción colectiva conduce a resultados en la esfera de la política, donde los movimientos que iniciaron el ciclo pueden acabar teniendo cada vez menor influencia.

En el extremo del espectro, los ciclos de protesta dan lugar a revoluciones. Las revoluciones no son una forma única de acción colectiva, ni tampoco se componen totalmente de acciones populares colectivas. Al igual que los ciclos de movimientos con los que está relacionada, la acción colectiva en la revolución fuerza a otros grupos e instituciones a tomar parte, suministrando las bases y los marcos cognitivos para nuevos movimientos sociales, desarticulando viejas instituciones y las redes que las rodean y creando otras nuevas a partir de las formas de acción colectiva con las que los grupos de insurgentes ponen en marcha el proceso.

La diferencia entre los ciclos de movimiento y las revoluciones estriba en que, en las últimas, se crean múltiples centros de soberanía, lo que convierte el conflicto entre los insurgentes y los miembros del sistema en una lucha por el poder (Tilly, 1933b). Esta diferencia —que es sustancial— ha conducido a la aparición de toda una industria de investigación de las «grandes» revoluciones, que usualmente son comparadas las unas con las otras. Esta especialización ha desperdiciado la posibilidad de comparar las revoluciones con conflagraciones menores, haciendo que sea imposible aislar qué factores de la dinámica de un ciclo de protesta lo llevan por el camino de la revolución y cuáles lo llevan al colapso.

Los resultados del movimiento

Estos razonamientos sugieren que no resultará fructífero examinar los resultados de los movimientos sociales de forma directa. La decisión de adoptar acciones colectivas suele producirse en las redes sociales como respuesta a las oportunidades políticas, creando incentivos y oportunidades para otros. Tanto el desafío como la respuesta anidan en un complejo sistema social y político en el que entran en juego los intereses y acciones de otros participantes, y las tradiciones y experiencia respecto a los conflictos se convierten en recursos de los que disponen tanto los insurgentes como sus oponentes. Especialmente en los ciclos generales de protesta, las elites políticas no responden a las exigencias de cualquier grupo, movimiento o individuo, sino al grado de turbulencia generado y a las demandas planteadas por elites y grupos de opinión que pueden no corresponderse con las exigencias planteadas por aquellos a quienes dicen representar.

Desde el punto de vista de los resultados, lo importante es que, aunque los movimientos casi siempre se conciben a sí mismos como algo exterior y opuesto a las instituciones, la acción colectiva los inserta en complejas redes políticas, poniéndolos así al alcance del Estado. Aunque sólo sea eso, los movimientos enuncian sus exigencias en términos de marcos de significado que resultan comprensibles para un sector más amplio de la sociedad; emplean formas de acción colectiva extraídas de un amplio repertorio, y desarrollan tipos de organización que a menudo son réplicas de los de las organizaciones a las que se oponen.

Así pues, podemos empezar a estudiar la acción colectiva como resultado de decisiones individuales tomadas en un marco organizativo, pero llegamos rápidamente a las redes más complejas y menos manejables de la política. Es a través de las oportunidades políticas explotadas y creadas por los revoltosos como comienzan los grandes ciclos de protesta y revolución. Éstos, a su vez, crean oportunidades para las élites y contraélites, y la acción que ha comenzado en las calles se resuelve en los centros de gobierno o por intervención de las bayonetas del ejército. Los movimientos, y especialmente las oleadas de movimientos, que son los principales catalizadores del cambio social, forman parte de las luchas nacionales por el poder³⁴.

Esta interpenetración de los movimientos, las instituciones y los procesos políticos podía apreciarse en los resultados de la marcha de abril de 1993 sobre Washington. Tras un mes de disputas y pormenorizadas discusiones entre los grupos de presión, los congresistas y los militares, el congresista por Massachusetts, Barney Frank, convocó una conferencia de prensa para proponer una solución de compromiso. Los gays y las lesbianas podrían servir libremente en cualquier rama del ejército, planteó, siempre y cuando reprimieran sus preferencias sexuales estando de servicio. Según el *New York Times* del 19 de mayo de 1993, cuando Frank fue atacado por activistas gays por ceder en una cuestión tan fundamental como conseguir el levantamiento total del veto, respondió: «No tenemos suficientes votos en el Congreso para hacer tal cosa.»

Desanimados, algunos activistas gays condenaron a Frank por formar parte del sistema que aborrecían. Pero había sido el *movimiento* el que había asumido la lógica del sistema al organizar una campaña que había empleado un repertorio estándar de acción colectiva, había reprimido las diferencias, había construido una coalición basada en una red de organizaciones y en supuestos culturales generalmente aceptados, y había vinculado sus reivindicaciones a un debate en curso en el Congreso y el país. De hecho, como señaló el congresista Frank, la marcha no fracasó porque sus líderes se atuvieran a las reglas de la política de Washington, sino porque jugaron sus cartas torpemente, ya que cuando las cosas llegaron al punto aburri-

³⁴ Como en otros lugares de este libro, los lectores reconocerán mi deuda con Charles Tilly, cuyo libro, difícil pero esencial, *From Mobilization to Revolution*, fue el origen de buena parte de las ideas aquí expuestas.

do pero crucial de recurrir a la presión electoral, pocos manifestantes hicieron acto de presencia en los despachos de sus representantes.

El mensaje teórico de esta historia es que, dado que los movimientos resuelven su problema del coste transaccional por medio de recursos externos, les resulta mucho más fácil convocar acciones colectivas que mantenerlas, especialmente cuando el terreno de la disputa pasa de las calles a los pasillos de la política. Como observaba Frank, llevar casi un millón de manifestantes a Washington era más fácil que convencerles de que se quedaran en la ciudad y plantearan sus exigencias a sus representantes una vez finalizada la marcha.

El resultado de la marcha gay ilustra también la facilidad con la que los movimientos crean oportunidades políticas para otros. A pesar de su disciplina y moderación, los organizadores del movimiento no pudieron contrarrestar las imágenes negativas con las que los medios y algunos comentaristas políticos decidieron asociarla. Tras la manifestación, se movilizaron grupos de derechistas y veteranos para hacer presión en el Congreso contra el acceso de los gays al ejército. Sometido a estas presiones, hasta el presidente Clinton, cuyo historial militar ya era en sí mismo una fuente de conflictos, retiró el pleno apoyo que había ofrecido durante la campaña de 1992 y buscó un compromiso con los militares. Y la derecha religiosa tuvo su día de gloria afirmando que estaba en marcha un asalto gay a los valores espirituales estadounidenses.

Como todo este capítulo, esta historia demuestra que podemos empezar el estudio de los movimientos sociales por los determinantes de la acción colectiva individual. Pero debido a que el problema de esta acción no es el de los compañeros de viaje, sino el de la coordinación de la actividad, necesaria para resolver el problema de los costes transaccionales del movimiento, debemos centrar nuestra atención en las estructuras de oportunidad que crean incentivos para que se formen los movimientos, en el repertorio de acciones colectivas que éstos usan, en las redes sociales en las que se basan y en los marcos culturales en torno a los cuales se movilizan sus seguidores. Estos factores hacen que el estudio de los movimientos sociales sea específico y complejo y esté arraigado en la historia.

Tanto la complejidad como la especificidad histórica de los movimientos se comprenden mejor si empezamos por examinar el desa-

rollo del movimiento social nacional. En los siguientes tres capítulos, basándome en información obtenida fundamentalmente en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, trazaré el desarrollo de los movimientos en la intersección de tres amplios procesos sociopolíticos: el desarrollo de formas modulares de acción colectiva; el crecimiento de las redes sociales y los medios de comunicación a nivel nacional, y la consolidación de la estructura de oportunidades políticas del Estado moderno.

Capítulo 2

LA ACCIÓN COLECTIVA MODULAR¹

En 1986, coronando más de veinte años de trabajo sobre la acción colectiva², Charles Tilly publicó su gigantesca obra *The Contentious French*. En ella hablaba del «repertorio de confrontación», definiéndolo como «la totalidad de los medios de que dispone [un grupo] para plantear exigencias de distinto tipo a diferentes individuos o grupos» (p. 2)³. En un estudio de 1992, Tilly retoma el tema, sosteniendo que en los sistemas políticos de funcionamiento rutinario con gobiernos relativamente estables,

¹ Una versión anterior de algunas partes de este capítulo se publicó con el título de «Modular Collective Action and the Rise of the Social Movement: Why the French Revolution was not Enough», en *Politics and Society* 21:69-90.

² Las contribuciones de Tilly al campo de la acción colectiva y los movimientos sociales son tan enormes que resultan difíciles de resumir. Véase una bibliografía exhaustiva en «Selected papers, 1963-1991, From the Study of Social Change and Collective Action», de Charles Tilly. Para una breve bibliografía y análisis crítico, véase Sewell, «Collective Violence and Collective Loyalties in France: Why the French Revolution Made a Difference», en *Politics and Society* 18, núm. 4 (1990): 527-552.

³ El concepto no era nuevo en el trabajo de Tilly. En su texto de 1978, *From Mobilization to Revolution*, p. 151, escribió: «El repertorio de acciones colectivas de que dispone una población en un momento dado es sorprendentemente limitado. Sorprendentemente, dada la innumerable cantidad de modos en que la gente podría en principio emplear sus recursos para la persecución de fines comunes. Sorprendentemente, dadas las muchas formas en que grupos reales han perseguido sus fines comunes en uno u otro momento.»

los contendientes experimentan constantemente con formas nuevas en busca de ventajas tácticas, pero lo hacen a pequeña escala, en la periferia de acciones establecidas. Pocas innovaciones perduran más allá de un único conjunto de acontecimientos; lo hacen fundamentalmente cuando están asociadas a una nueva ventaja sustancial para uno o más actores sociales (p. 7).

El repertorio es, a la vez, un concepto estructural y un concepto cultural. Las «acciones establecidas» de Tilly no son sólo lo que hace la gente cuando entra en conflicto con otros; es lo que *sabe hacer* y lo que los otros *esperan* que haga. Si en la Francia del siglo XVIII los revoltosos hubieran recurrido a las sentadas, sus oponentes no habrían sabido cómo responder a ellas, del mismo modo que no lo sabría la víctima de un *charivari* en el *campus* de una universidad de nuestros días. Como escribe Arthur Stinchcombe en su ingeniosa recensión de *The Contentious French*: «Los elementos del repertorio son... a la vez las habilidades de los miembros de la población y las formas culturales de la población» (1987: 1.248).

El repertorio cambia con el tiempo, escribe Tilly, pero a ritmo glacial. Los cambios fundamentales en la acción colectiva dependen de grandes fluctuaciones en los intereses, las oportunidades y la organización. Éstos, a su vez, van acompañados de transformaciones en los estados y el capitalismo. Se produjeron grandes cambios en el repertorio a raíz de la penetración del Estado nacional en la sociedad para hacer la guerra y recaudar impuestos, así como de la concentración capitalista de un gran número de personas en ciudades, con demandas y recursos que les permitían actuar colectivamente. Tales transformaciones estructurales están detrás de los espectaculares cambios del repertorio que tuvieron lugar en los albores del Estado capitalista moderno.

¿Qué diferencias separan al nuevo repertorio que se desarrolló a partir de esa etapa de las formas de conducta que habían dominado la acción colectiva a lo largo de los siglos anteriores? «Si nos remontamos a los territorios de Europa occidental y América del Norte antes de mediados del siglo XIX —escribe Tilly—, no tardamos en descubrir un mundo distinto» de acción colectiva (1983: 463). El repertorio anterior, desde su punto de vista, era *local* y *patrocinado*. Se apoyaba en el patronazgo de los ostentadores del poder más inmediatamente accesibles y con frecuencia explotaba en las celebraciones públicas, em-

pleando un simbolismo rico e irreverente extraído de los rituales religiosos y la cultura popular. Los participantes convergían a menudo en la residencia de quien había cometido una injusticia, o en el lugar donde se había cometido, y solían aparecer como miembros o representantes de comunidades y grupos corporativos constituidos (p. 464).

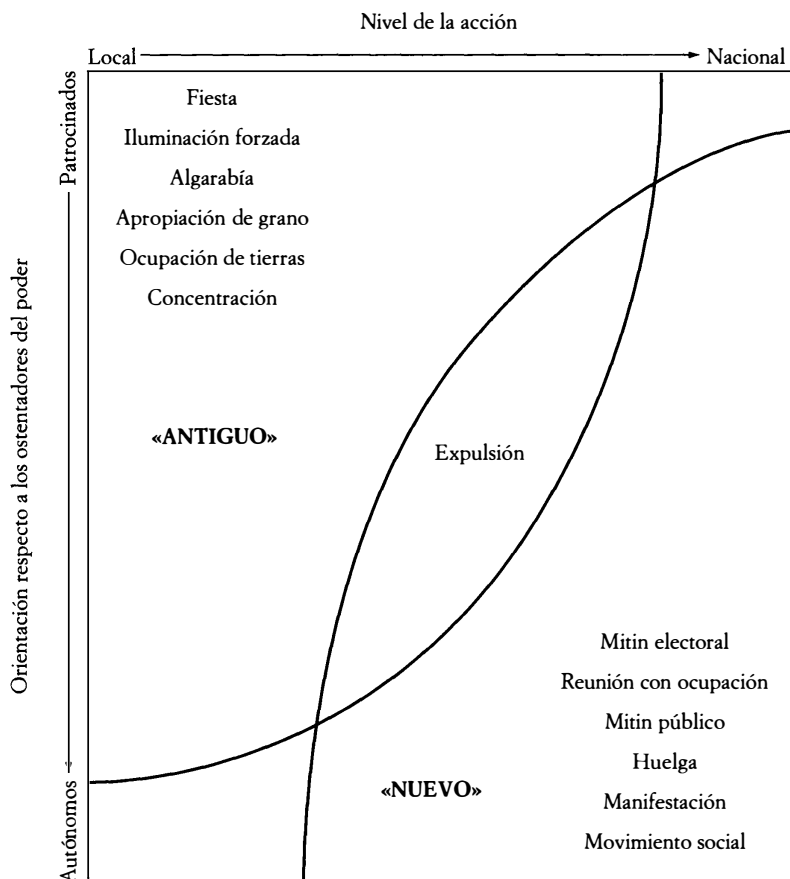
El nuevo repertorio no apareció completo en todas partes a la vez (pp. 464-465). Tampoco las viejas formas llegaron a desaparecer del todo. Los triunfos más visibles de las nuevas formas se produjeron en el periodo de la primera ley de Reforma en Inglaterra y en las sublevaciones de 1848 en el continente. Este nuevo repertorio era *nacional* y *autónomo*⁴. En vez de apelar a los patrones, la acción colectiva se organizaba en lugares públicos, donde los descontentos podían dirigir su artillería hacia las sedes del poder, difundiendo programas, consignas y símbolos de pertenencia al grupo. Los cuerpos y comunidades constituidos en el pasado fueron sustituidos por intereses especiales y asociaciones con nombre (1983: 465). En su artículo de 1983, Tilly resume las diferencias entre el repertorio viejo y el nuevo, como sigue en la figura de la página siguiente.

Al igual que todas las visiones históricas de gran alcance, al concepto de repertorio de Tilly se le puede criticar que prima excesivamente los «procesos sociológicos anónimos» y que subestima la importancia de los grandes acontecimientos, como la Revolución Francesa (Sewell 1990: 548). También se le puede acusar —y es otra de las críticas de Sewell (pp. 540-545)— de falta de percepción por lo que se refiere al significado de la acción colectiva para quienes participan en ella. Pero la cuestión más interesante que plantea el concepto de repertorio de Tilly es la relación de éste con la emergencia del movimiento social nacional.

Repertorios y movimientos

Para la mayoría de los autores, incluido el que suscribe, los movimientos son interacciones mantenidas entre los interlocutores sociales agraviados, de una parte, y sus oponentes y las autoridades

⁴ En un artículo más reciente, «Contentious Repertoires in Great Britain», publicado en *Social Science History*, p. 272, Tilly añade el concepto de modularidad a las series nacionales y autónomas de confrontación popular que se hicieron predominantes durante el siglo XIX.



FUENTE: Charles Tilly, «Speaking Your Mind Without Elections, Surveys, or Social Movements», Public Opinion Quarterly 47. Publicado por University of Chicago Press. Copyright 1983, Trustees of Columbia University.

FIGURA 2.1. Repertorios «antiguo» y «nuevo»
en Europa Occidental y Norteamérica

públicas, de otra. El propio Tilly nos ha ofrecido una definición muy próxima a ésta (1984: 303-308)⁵. La acción colectiva es el término más activo de dicha interacción y la emplean los actores colectivos en conflicto con sus antagonistas o con las elites. El problema del esquema de Tilly es que el movimiento social aparece en él como una *forma* de acción colectiva, junto con la apropiación de grano, la huelga, el mitin electoral, las manifestaciones y otras formas de acción. En cierto sentido, un movimiento *es* una forma de acción —aunque agregativa—, pero es también muchas cosas más. Definir el movimiento social como una forma de acción colectiva hace difícil plantear el interrogante verdaderamente interesante que emerge de la sociología histórica de Tilly: *¿Cuál fue la relación entre los cambios producidos en el repertorio de acción colectiva y el nacimiento del movimiento social nacional?*

¿Se trata simplemente, como sostenía Tilly en 1983, de que las formas de **acción** anteriores eran locales y patrocinadas mientras que las nuevas son nacionales y autónomas? La diferencia es importante, pero pasa por alto la cuestión de qué fue lo que permitió que las formas locales anteriores evolucionaran a formas nacionales y autónomas. Otra cuestión más esencial entre los repertorios viejo y nuevo. —la diferencia entre la asociación de las viejas formas a determinadas exigencias y objetivos y la *modularidad* del nuevo repertorio— nos ofrece una pista sobre la relación entre el nuevo repertorio y el nacimiento de los movimientos sociales nacionales.

Al hablar de modularidad, me refiero a la capacidad de una forma de acción colectiva para ser utilizada por una variedad de agentes sociales contra una gama de objetivos, ya sea por sí misma o en combinación con otras formas. Empleando el concepto en 1993, Tilly razona que las nuevas formas eran modulares «en el sentido de que las mismas formas servían a distintos actores y reivindicaciones en diferentes lugares» (1993a: 272). En este capítulo delinearé e ilustra-

⁵ Tilly escribe en «Social Movements and National Politics»: «Un movimiento social es una serie mantenida de interacciones entre quienes ostentan el poder y personas que afirman con credibilidad representar a grupos desprovistos de representación formal, en el transcurso de la cual esas personas plantean públicamente exigencias de cambios en la distribución o el ejercicio del poder, y respaldan esas exigencias con manifestaciones públicas de apoyo» (p. 306).

ré este concepto y sus implicaciones respecto a la creación y el poder de los movimientos sociales.

El repertorio antiguo y el nuevo

En el concepto de repertorio va implícito que sea más o menos general⁶, pero los repertorios viejo y nuevo no son generales *por igual*. Las formas de acción empleadas en los ataques contra molineros y comerciantes de grano, los *charivaris* y conflictos religiosos desde el siglo XVI al XVIII, no fueron utilizadas tan generalizadamente contra otros como lo fueron las huelgas, manifestaciones e insurrecciones de los dos siglos siguientes. He aquí una clave de la naturaleza del repertorio moderno. Era precisamente la *falta* de generalidad de las viejas formas de acción colectiva lo que impedía el nacimiento del movimiento social nacional. Y fue la naturaleza general de las nuevas lo que dio a los movimientos un basamento cultural y de conducta común. Dos incidentes extraídos de la historia de los conflictos en Francia servirán para ilustrar estas diferencias.

A mediados de la década de 1780, cuando se desmoronaban los cimientos del Antiguo Régimen en Francia, empezaron a salir a la luz una serie de casos escandalosos⁷. En uno de los más notorios, el *affaire* Cleraux, una sirvienta que se había resistido al acoso de su amo —un tal Thibault— había sido acusada de robo y conducida ante los tribunales. El tribunal no sólo falló en su favor (*pace* Dickens), sino que además una oleada de indignación popular contra los jueces y el rijoso amo conmocionó París. Siguiendo una rutina que se había hecho ya familiar a finales del siglo XVIII, la casa de Thibault fue

⁶ «Dado que los grupos similares tienen repertorios similares —escribe Tilly— podemos decir más aproximadamente que la población de un lugar y un momento dados dispone de un repertorio global de confrontación». *The Contentious French*, p. 2.

⁷ Los juicios, incluido el resumido aquí, han sido estudiado con especial meticulosidad por Hans-Jürgen Lüsebrink en su *Kriminalität und Literatur im Frankreich des 18. Jahrhunderts* y en su «L'imaginaire social et ses focalisations en France et en Allemagne à la fin du XVIII^e siècle». La importancia de la corrupción, y especialmente de la creencia popular en su existencia, puede ser una constante en el derrocamiento de regímenes autoritarios, como vimos durante los primeros meses del derrumbamiento del socialismo de Estado en Europa del Este y la Unión Soviética.

saqueada, sus posesiones arrojadas a la calle y él se salvó por poco de las iras de la multitud. Un observador de la época describió así la *émotion*:

¡Qué violencia! ¡Qué tumulto! Se apoderó de las calles una multitud furiosa, armada de hachas, empeñada en destruir la casa de Thibault; después amenazó con prenderla fuego, cubrió a la familia de maldiciones e insultos y casi la sacrificó en el altar de su odio⁸.

El *affaire* contribuyó a la atmósfera de caos y corrupción que rodeaba al Antiguo Régimen, pero sus formas y retórica eran ya familiares en el pasado europeo.

Sesenta años más tarde, en febrero de 1848, Alexis de Tocqueville salió de su casa en dirección al Parlamento en medio del alboroto de un París en plena revuelta. A lo largo de su camino había hombres levantando barricadas sistemáticamente mientras los ciudadanos les observaban en silencio. Estas barricadas, observó,

eran obra de un pequeño número de hombres que trabajaban con diligencia y concienzudamente, no como criminales temerosos de que les atraparan *in flagrante delicto*, sino como buenos trabajadores que querían realizar su tarea bien y expeditivamente. En ninguna parte pude ver la efervescencia social que había presenciado en 1830, cuando la ciudad recordaba una vasta caldera en ebullición⁹.

Europa habría de ser testigo de abundantes casos de «efervescencia social» y «calderas en ebullición» en los meses posteriores a febrero de 1848. Sin embargo, a mediados de siglo, los franceses construían calmosamente barricadas, sabían dónde hacerlas y habían aprendido a usarlas¹⁰. Esta regularidad marca un cambio fundamental en la estructura de la política popular desde el ataque a la casa de Thibault sesenta años atrás. La destrucción de edificios era una ruti-

⁸ Lusebrink, «L'imaginaire sociale», pp. 375-376.

⁹ *Recollections: The French Revolution of 1848*, p. 39. Mi agradecimiento a Mauro Calise por subrayar la importancia de este pasaje.

¹⁰ Marc Traugott está llevando a cabo un trabajo innovador sobre las barricadas, investigando su evolución y sus funciones cambiantes. Véase su artículo «Barricades as Repertoire: Continuities and Discontinuities Across nineteenth Century France». Mi agradecimiento a Traugott por su ayuda y sus comentarios sobre una versión anterior de esta sección.

na que venía empleándose desde hacía mucho tiempo contra los recaudadores de impuestos, los encargados de los prostíbulos y los comerciantes de grano¹¹. No obstante, esta forma de acción se centra en los lugares donde se ha producido el agravio y queda limitada a ataques directos contra los presuntos perpetradores. La barricada, por contraste, podía montarse en muy diversos lugares. Una vez conocidas sus ventajas estratégicas, podía ser empleada para toda una variedad de fines: atacar a los oponentes, unir a gente con objetivos diferentes o ser difundida para usarse en una serie de confrontaciones con las autoridades del Estado.

En la década de 1780, la gente sabía cómo apoderarse de cargamentos de grano, quemar los registros de impuestos y vengarse de los que cometían injusticias, judíos y protestantes, pero aún no estaba familiarizada con las manifestaciones de masas, la huelga o la insurrección urbana en aras de objetivos políticos comunes. En vísperas de la Revolución Francesa de 1848, la petición, el mitin público, la manifestación y la barricada eran ya rutinas de acción colectiva perfectamente conocidas, y se empleaban para una serie de fines por diferentes combinaciones de agentes sociales. Antes de examinar estas formas del repertorio modular y su relación con el nacimiento del movimiento social nacional, regresemos al repertorio «tradicional» tal y como se desarrolló en los albores de la Europa moderna para ver hasta qué punto era limitado y segmentario.

El repertorio tradicional

Para el gran historiador francés Marc Bloch, existía una fuerte vinculación entre estructura social y acción social. Al escribir sobre las revueltas campesinas en la sociedad feudal, Bloch razonaba que

¹¹ En su «Speaking Your Mind Without Elections», Tilly describe la «rutina del saqueo» como algo común en el siglo XVIII, observando que se empleaba frecuentemente para castigar a los propietarios de burdeles o tabernas que estafaban a sus clientes, o a los funcionarios públicos que habían sobrepasado los límites de la legitimidad. Su uso para castigar a un casero que hubiera abusado de un sirviente parece ser una innovación del período prerrevolucionario. Sigue haciendo acto de presencia a lo largo de la Revolución Francesa, de modo especialmente llamativo en los motines de Reveillon de mayo de 1789. Sobre éstos, véase la vívida reconstrucción de Simon Schama en *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, pp. 326-332.

«la revuelta agraria parece ser tan inseparable del régimen señorial como la huelga lo es de la gran empresa capitalista» (1931: 175). Diferentes estructuras dan lugar a formas características de acción colectiva. Bloch veía una identidad general entre las formas de acción colectiva a las que recurría la gente y el contenido de sus exigencias, que resulta de la estructura de sus conflictos con otros.

Cuando examinamos las formas particulares de enfrentamiento que estudió Bloch, su axioma tiene dos grandes correlatos: en primer lugar, que la relación entre desafiadores y desafiados era directa; y, en segundo lugar, que las formas de acción colectiva empleadas estaban vinculadas a las quejas de los primeros y a la naturaleza de su antagonismo hacia sus enemigos. Pero esta misma lógica nos conduce a limitaciones en lo que se refiere a quién actuaba del lado de quién. La revuelta agraria estaba dirigida contra el terrateniente; de ahí se sigue que los campesinos debían asociarse a través de redes informales de aldeas con aquellos que compartieran reivindicaciones similares. Las formas de acción colectiva empleadas no sólo eran relativamente flexibles, sino que estaban profundamente enraizadas en la estructura social de la comunidad feudal.

Existen abundantes evidencias de que estos tres puntos eran aplicables a las sociedades estudiadas por Bloch. En las sociedades divididas en órdenes, aisladas por las malas comunicaciones y la falta de alfabetización, era raro encontrar formas de acción común independientes de los conflictos que las originaban. Cuando los protestantes construían una iglesia en un distrito católico, la comunidad católica la derribaba o la quemaba con los fieles encerrados dentro (Davis, 1973). Cuando los molineros vendían su grano fuera del distrito en periodos de escasez, éste se les arrebatava y se vendía a un precio justo (Tilly, 1975). Cuando las autoridades eran responsables de la muerte violenta de un ciudadano local, el funeral podía convertirse en un motín o los funcionarios culpables podían ser ahorcados en efigie (Tamason, 1980). El repertorio tradicional estaba segmentado: apuntaba directamente a sus objetivos y derivaba de la estructura corporativa de una sociedad de terratenientes.

Sólo cuando estaban encabezados por gente que poseía recursos organizativos o institucionales— por ejemplo, la Iglesia— o cuando coincidían con oportunidades propiciadas por guerras o conflictos de sucesión dinástica (en el caso de la Reforma inglesa), estos episodios se convertían en parte de confrontaciones más amplias. Entonces



podían dar lugar a ciclos nacionales, e incluso internacionales, de movimiento. Más a menudo, explotaban como una bengala que no tardaba en apagarse o ser sofocada. Según ha argumentado recientemente Tilly, en la mayoría de los casos, «lo que se incorporaba una y otra vez a las confrontaciones colectivas de la época eran los habitantes y los problemas locales, más que programas y partidos organizados a nivel nacional» (1993a: 257).

La inflexibilidad, la acción directa y la organización basada en el corporativismo se combinaban en cuatro tipos de revueltas que dominan el registro histórico hasta bien entrado el siglo XVIII. En los conflictos en torno al pan, las creencias religiosas, la tierra y la muerte, la gente corriente intentaba corregir abusos inmediatos o incluso ajustar cuentas con aquellos a quienes odiaba, empleando rutinas de acción colectiva que eran a la vez directas e inspiradas por sus quejas. Excepto cuando estaban revestidas de creencias religiosas, para las que había una estructura de conflicto globalizadora, estas acciones no podían aglutinar amplias coaliciones de agentes en pos de reivindicaciones generales ni crear un repertorio general de acción colectiva¹².

El pan

Probablemente la fuente más común de acción colectiva disruptiva de toda la historia sean los motines periódicos y las apropiaciones de grano que acompañaban a las hambrunas y los incrementos de los precios¹³. Aun siendo resultado de causas naturales, las hambrunas venían casi siempre acompañadas de una subida de los precios, de acaparamiento y especulación, lo que ofrecía a los agraviados objeti-

¹² Por ejemplo, Jacques Godechot, en su inventario de las revoluciones de 1848, enumera al menos nueve reivindicaciones diferentes para las que se levantaron las barricadas en la revolución francesa de 1848. Véase *Les Révolutions de 1848*, de Godechot. El análisis sobre cómo fue empleada la barricada en 1848 figura en «Acting Collectively, 1847-49: How the Repertoire of Collective Action Changed and Where It Happened», de Sarah Soule y Sidney Tarrow.

¹³ Pero téngase en cuenta que, en «Food Supply and Public Order in Modern Europe», Tilly escribe: «Al final [del periodo de 1500-1800], los conflictos sobre el abastecimiento de alimentos se extendieron y se hicieron más virulentos, a pesar de que la productividad de la agricultura iba en ascenso y de que la amenaza de hambrunas disminuía» (p. 385).

vos concretos hacia los que dirigir su ira y su desesperación: mercaderes e intermediarios, judíos y protestantes, y con menor frecuencia nobles y príncipes. Como resultado, ofrecer a la población una fuente asequible y regular de grano se convirtió en un problema importante para el Estado centralizador¹⁴.

Durante varios siglos, incluso cuando los mercados nacionales e internacionales reemplazaron a las ventas locales de grano, las formas de acción colectiva que rodeaban a la escasez siguieron siendo en gran medida locales, particularistas y desorganizadas. Como escribió E. P. Thompson: «Los antecedentes de los pobres muestran que... es este molinero, ese traficante, aquellos granjeros que acaparan grano, quienes provocan la indignación y la acción» (1971: 98). Incluso en la Revolución Francesa, las formas que adoptaba la apropiación de alimentos siguieron siendo tradicionales, aunque en ocasiones eran explotadas por políticos ambiciosos.

La forma más antigua de protesta por la comida era la que Tilly denominaba «acción retributiva», en la que una multitud atacaba la propiedad de una persona acusada de acumular alimentos o de acaparamiento (1975: 386). Impedir que un envío de alimentos saliera de una localidad dada era una segunda variante, que «operaba sobre la convicción de que la población local debía ser alimentada, a un precio razonable, antes de que cualquier excedente saliera de la ciudad» (p. 387). Una tercera forma, el motín de los precios, era más característica de las áreas urbanas y sólo se generalizó con el rápido crecimiento de las ciudades durante el siglo XVIII.

Las apropiaciones de grano seguían una rutina bien conocida y podrían describirse metafóricamente como una «negociación colectiva por medio de revueltas». Se desarrollaron, no tanto cuando la gente estaba hambrienta «como cuando creía que otros la estaban privando injustamente de unos alimentos a los que tenía derecho, tanto moral como políticamente» (p. 389). Pero rara vez mostraban la unidad de propósitos o la solidaridad necesarias para impulsar un movimiento social nacional. Sus limitaciones eran las limitaciones de las sociedades en las que surgían. Como escribe Tilly: «De ámbito reducido, sin líderes y protagonizado por hombres, mujeres y niños

¹⁴ Los siguientes párrafos se basan en «Food Supply and Public Order in Modern Europe», de Tilly, y en *Provisioning Paris*, de Steven Lawrence Kaplan.

desarmados, el tumulto por la comida rara vez se consolidaba en una rebelión de mayor alcance» (p. 443).

Sólo cuando los disturbios por los alimentos se combinaban con otras reivindicaciones más amplias que traspasaban las fronteras locales, producían un movimiento social nacional. Las diversas agitaciones producidas por la carestía y la hambruna en el siglo XVIII (Kaplan, 1982) fueron una premonición de lo que se avecinaba: la Revolución de 1789, en la que las «quejas ordinarias sobre la incompetencia y/o inmoralidad de las autoridades locales y los comerciantes... adoptaron un tinte político» (Tilly, 1975: 448). Al igual que los jacobinos aprendieron a utilizar la demanda de pan barato para derrotar a sus oponentes políticos, el conflicto interelites se fundía con los enfrentamientos callejeros al tiempo que se servía de ellos (Schama: 756-757).

Las creencias religiosas

Los hombres y las mujeres de los albores de la Europa moderna no protestaban sólo por el pan. Durante la mayor parte de la historia conocida, han sido las creencias y los conflictos religiosos los detonantes de la acción colectiva. En los siglos posteriores al primer milenio después de Cristo surgieron numerosas sectas heréticas, tanto en el interior de la Iglesia católica como en su contra. Algunas, locales y basadas en el carisma de un único líder, fueron fácilmente reprimidas. Otras, como los cátaros, predicaban una versión disidente de la Trinidad y llegaron a ser dominantes durante breve tiempo en áreas del sur de Francia, donde fue necesaria una brutal cruzada para desarraigarlas. Otras sectas surgidas con posterioridad, como los *camisards* [calvinistas de Cevenas], se asemejan ya al movimiento social (Tilly, 1986: 174-178). Las organizaciones eclesíásticas existentes hacían al mismo tiempo las veces de blanco y de modelo para las rebeliones de estas sectas heréticas.

Las acciones colectivas emprendidas en nombre de la religión solían adoptar la forma de las creencias de los descontentos, siendo sus acciones una salvaje parodia de las prácticas de sus oponentes. Al asaltar a los católicos, los protestantes franceses atacaban y remedaban sus rituales, y los católicos respondían con la misma

moneda¹⁵. La violencia y crueldad de estos enfrentamientos religiosos excedía sin lugar a dudas la de los conflictos modernos de clase. Pero al quedar saciado el odio con sangre y ser suprimidas las prácticas ofensivas, quienes se rebelaban contra la religión sólo tenían acceso a las herramientas del movimiento social moderno cuando el fervor religioso se sumaba a las revueltas contra los impuestos, las ambiciones dinásticas o los conflictos entre estados.

Con la aparición del santo moderno —el primer organizador del movimiento social— nacieron los movimientos religiosos modernos. Como ha mostrado Michael Waltzer (cap. 1), el santo calvinista fue el precursor del militante de los movimientos modernos. No sólo creía firmemente en su causa, sino que hizo una profesión de la conversión de infieles. Las primeras «sociedades de correspondientes» eran hermandades religiosas vinculadas por medio de correos, códigos secretos y rituales. Los primeros militantes en considerarse a sí mismos la vanguardia de una revolución fueron aquellos santos misioneros. Pero hasta entonces los movimientos religiosos iban desde las agresiones físicas a los judíos, los protestantes, los católicos y los herejes hasta la resistencia esporádica en forma de guerrilla de los *camisards*.

La tierra

Las revueltas campesinas eran casi tan habituales como los motines por la comida y los conflictos religiosos. La supervivencia de los campesinos tradicionales dependía de sus derechos consuetudinarios a la tierra, el agua o el forraje, y era fácil llevarles a la revuelta cuando esos derechos eran recortados o transgredidos. A menudo se exigían derechos en nombre de la comunidad campesina, cuyos miembros acusaban a los terratenientes de violar antiguas convenciones y contratos firmados y rubricados. Incluso las «luchas por la tierra» modernas se remontan frecuentemente a usurpaciones producidas más de un siglo atrás¹⁶.

¹⁵ Nathalie Davis, en «The Rites of Violence», nos ha ofrecido la evocación más vívida de las características brutalmente miméticas de los conflictos religiosos en la Francia moderna.

¹⁶ Como ejemplos de la reevocación de esta memoria histórica en la ocupación de tierras por parte de los campesinos del sur de Europa, véase Eric Hobsbawn, *Primitive Rebels and Social bandits*; Julian Pitt-Rivers, *People of the Sierra*, y Sidney Tarrow, *Peasant Communism in Southern Italy*. Sobre casos similares en Latinoamérica, véase «Peasant Land Occupations», de Hobsbawn.

Las formas de revuelta por la tierra seguían a menudo un ritual que se configuraba en torno a las exigencias de los pobres del campo o de los que carecían de tierra. Blandiendo horcas y guadañas, o portando la cruz o una estatua de la Virgen, los campesinos se reunían en la plaza del pueblo y marchaban hasta las tierras usurpadas para «ocuparlas». Tales focos podían extenderse de aldea en aldea sin necesidad de agentes ni organizaciones comunes. Pero una vez finalizada la ocupación, los grupos locales rara vez encontraban el modo de organizarse en torno a cuestiones más amplias y casi nunca hacían causa común con los pobres urbanos¹⁷. Así pues, estas revueltas eran aisladas y aplastadas con la misma facilidad con la que surgían.

La muerte

Puede parecer sorprendente pensar en la muerte como fuente de acción colectiva, pero es la reacción de los *vivos* —especialmente ante una muerte violenta— la que constituye la fuente de la protesta, más que la muerte en sí. La muerte tiene el poder de desencadenar emociones violentas y de unir a gente que tiene poco en común salvo su dolor. Suministra ubicaciones ceremoniales legítimas para reuniones públicas y es una de las pocas ocasiones en las que los agentes del orden titubearán antes de cargar contra una multitud o prohibir una concentración.

La muerte siempre ha estado vinculada a una forma institucionalizada de acción colectiva —el funeral— que une a la gente ceremonial y solidariamente. En los sistemas represivos que prohíben el derecho de reunión, las procesiones funerarias son a menudo las únicas ocasiones en las que puede iniciarse la protesta. Cuando la muerte de un amigo o un pariente es vista como un ultraje, las reuniones funerarias pueden convertirse en foco de conflictos. Cuando una figura pública ofende las *mores* de la comunidad, se le puede dar muerte simbólicamente con un funeral.

¹⁷ Centrándose en las protestas de los trabajadores agrícolas de Gran Bretaña, Andrew Charlesworth descubre en su *An Atlas of Rural Protest in Britain* que fue sólo a través de la revuelta agraria de 1816 como «hombres de muchas ocupaciones diferentes de toda el área rural hicieron causa común respondiendo a las protestas y manifestaciones de sus compañeros trabajadores» (p. 146).

Pero el mismo razonamiento nos explica por qué la muerte rara vez es fuente de un movimiento social mantenido. El momento de la muerte es breve y la ocasión ritual que ofrece un funeral concluye pronto. Sólo en el siglo XIX, en el contexto de movimientos creados con otros fines, los funerales empezaron a presentar la oportunidad de una movilización sostenida contra las autoridades (Tamason: 15-31). La protesta funeraria era un importante mecanismo de movilización en Sudáfrica en la década de 1980. Cada vez que la policía abatía a tiros a los manifestantes, el episodio venía seguido de grandes manifestaciones funerarias.

El pan, las creencias, la tierra y la muerte: en estos cuatro ámbitos de conflicto, las formas de acción eran violentas, directas, breves y específicas y estaban vinculadas a las exigencias de los participantes. Con la excepción de los conflictos religiosos —en los que las instituciones y las creencias religiosas comunes facilitaban coaliciones más amplias y una mayor coordinación—, los agentes de estas formas de enfrentamiento rara vez superaban el ámbito local o sectorial ni las extendían a interacciones mantenidas con las autoridades o las élites.

No fue por falta de organización por lo que los europeos anteriores al siglo XVIII no consiguieron construir movimientos sociales. De hecho, cuando eran enardecidos, o tenían la oportunidad de enardecerse, podían organizarse poderosamente, como demuestran las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII. Tampoco es que los sublevados por la falta de pan o los participantes en las concentraciones funerarias fueran «apolíticos». Los primeros no se sublevaban a causa de la hambruna *per se*, sino del hecho de que las autoridades ignorasen sus derechos heredados, mientras que los segundos tenían la astucia política de utilizar una ceremonia legítima para airear sus quejas.

La principal constricción a la hora de convertir estas quejas y las acciones colectivas que provocaban en movimientos sociales era la limitación de las formas y objetivos de la acción colectiva a las exigencias inmediatas, los objetivos directos y las filiaciones corporativas de la gente. Todo esto cambiaría entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX. La consolidación de los estados nacionales, la expansión de las carreteras y los medios de comunicación impresos, y el crecimiento de las asociaciones privadas fueron en gran medida

responsables de este cambio. Pero el mecanismo de este desarrollo fue la aparición de un repertorio nuevo y más general de acción colectiva.

El repertorio modular

El axioma de Bloch, que imbrica formas particulares de acción colectiva en estructuras sociales específicas, aunque era perfectamente aplicable a las sociedades de terratenientes que estudiaba, no era válido para las sociedades que empezaron a emerger en Europa y Norteamérica en el siglo XVIII. En estas sociedades se desarrolló un nuevo repertorio que era general en vez de específico; indirecto en vez de directo; flexible en vez de rígido. Centrado en unas pocas rutinas clave de confrontación, podía adaptarse a una serie de situaciones diferentes y sus elementos podían combinarse en grandes campañas de acción colectiva. Una vez utilizado, el repertorio podía difundirse a otros lugares y emplearse en apoyo de las exigencias más generales de coaliciones sociales más amplias. Esto hizo posible que incluso grupos dispersos de personas que no se conocían entre sí pudieran aglutinarse en desafíos mantenidos contra las autoridades, es decir, en movimientos sociales.

Por supuesto, las formas de acción colectiva heredadas del pasado, como el *charivari*, la serenata, la iluminación y el ataque violento contra las casas de los enemigos no desaparecieron sin más. Pero al ir difundiéndose nuevas reivindicaciones —junto con la información sobre cómo las habían planteado otros— y al ir ganando la gente cada vez más capacidad para la acción colectiva, incluso estas formas más antiguas se vieron imbuidas de significados más generales y se combinaron con formas nuevas. Tres ejemplos, tomados de ambos lados del Atlántico a finales del siglo XVIII, servirán para ilustrar lo que estaba pasando.

De las efigies a los boicoteos en Norteamérica

Los colonos norteamericanos llevaron consigo un repertorio de acción colectiva de los albores de la Europa moderna y, al ir ganando fuerza el conflicto político a comienzos de la década de 1790, sus primeras respuestas fueron tradicionales. Cuando los británicos inten-

taron imponer un nuevo y más oneroso impuesto en 1765, la respuesta instintiva de los bostonianos fue ahorcar en efígie al recaudador designado para Massachusetts, en el que más tarde sería el Liberty Tree [árbol de la libertad], en el South End de Boston. «Al atardecer, una gran multitud desfiló con la efígie, arrasó un pequeño edificio... que supuestamente iba a ser la futura oficina de impuestos y después quemó la efígie —escribe la historiadora Pauline Maier—, mientras un contingente menor atacaba la casa del responsable de estampar el sello que justificaba el pago del impuesto» (1972: 54).

La solución resultó contagiosa y se extendió rápidamente por las colonias, empleando formas heredadas del viejo país. Se celebraban juicios simbólicos contra los impuestos y los encargados de cobrarlos, se convocaban «funerales» en nombre de la libertad y se paseaban efígies siguiendo rutinas que recordaban los repertorios tradicionales ingleses (pp. 54 y en adelante). Estos actos iban frecuentemente acompañados de graves revueltas. Pero al llegar el mes de septiembre, y con él la noticia de que el ministro George Grenville había caído, la ola de violencia contra las personas y la política relacionadas con el controvertido impuesto se apaciguó rápidamente (p. 61).

Durante este mismo periodo se iniciaron también los primeros balbuceos de una forma de acción colectiva más organizada, general y no física: el boicoteo¹⁸. Los comerciantes coloniales llegaron a acuerdos de «no importación» contra la Ley del Azúcar de 1764, y solicitaron una reducción en la importación de mercancías de lujo de Inglaterra, especialmente de las ropas de luto y los guantes tradicionalmente usados en los funerales. «Estos primeros esfuerzos —escribe Maier— se sistematizaron en septiembre de 1765 [con la controversia de la ley de impuestos] y a partir de ese momento se organizaron asociaciones para boicotear la importación en otros centros comerciales» (1972: 74).

El boicoteo se convirtió en una rutina básica para los colonos rebeldes, que lo empleaban en respuesta a casi cualquier esfuerzo de los ingleses por recuperar el control. Para los norteamericanos, «la no

¹⁸ Nótese que la práctica existía mucho antes que el término «boicot»; los colonos empleaban el término «no importación». La terminología moderna se remonta tan sólo a 1880, cuando la práctica fue usada contra un tal capitán Boycott en las controversias sobre tierras en Irlanda. Se extendió rápidamente por Occidente, como indica el término francés *boycotter*.

importación podía constituir un sustituto eficaz de la violencia interna —observa Maier—. La oposición podría retirarse de las calles a la rueca» (p. 75). Si prescindir del luto podía contribuir a la caída de un ministro británico, se preguntaba un periodista en la *Boston Gazette* (p. 75), «¿qué no podemos esperar de una ejecución completa y general de este plan?».

A partir de ese momento, la no importación y el boicoteo se convirtieron en las armas modulares de la rebelión americana, empleadas de forma especialmente clamorosa en la controversia sobre el té que estalló en la bahía de Boston en la década de 1770. Las asociaciones que se formaron para llevarla a efecto fueron las primeras organizaciones del movimiento social de la revolución, y empleaban una combinación de imposición y agitación. A los británicos no se les pasó por alto la eficacia de la táctica. En 1791 se boicoteó la importación de azúcar para presionar al Parlamento en favor de la abolición del comercio de esclavos (Drescher, 1987: 78-79). De ser una respuesta local a los nuevos impuestos en la periferia del imperio británico, el boicoteo alcanzó su núcleo¹⁹.

*De la petición privada a la petición masiva en Gran Bretaña*²⁰

El boicoteo contra el azúcar cultivado por esclavos no era más que un aspecto secundario de la principal innovación británica de finales del siglo XVIII: la transformación de la petición privada en una herramienta para la convocatoria de campañas de acción colectiva a nivel nacional. La petición era una antigua forma de solicitar desagravios a los patronos o al Parlamento por parte de particulares o grupos sociales. Como tal, era una parte culturalmente aceptable y legal del viejo repertorio y escasamente conflictiva.

¹⁹ De hecho, fue sólo para imponer un boicot general que estaba teniendo éxito en otros lugares por lo que una coalición de comerciantes y publicistas de Boston emplearon la vieja rutina de destruir el té importado. Véase Richard D. Brown, *Revolutionary Politics in Massachusetts*.

²⁰ Mi agradecimiento a Seymour Drescher por sus comentarios sobre una versión anterior de la siguiente sección. Se basa en gran medida en su *Capitalism and Antislavery*. Véanse también los artículos de Drescher, «Public Opinion and the Destruction of British Colonial Slavery» y «British Way, French Way: Opinion Building and Revolution in the Second French Slave Emancipation».

Las peticiones se extendieron rápidamente entre los comerciantes de comienzos del siglo XVIII, que se sentían agredidos por la expansión del impuesto al consumo (Brewer, 1989: 233). A principios de la década de 1780, la presentación de peticiones ante el Parlamento era todavía un acto más «privado» que público, «vinculado a las exigencias de partes perjudicadas específicas o de beneficiarios», en palabras de Drescher (1987: 76)²¹. Pero durante las dos décadas transcurridas entre 1779 y 1792, la petición dejó de ser una herramienta al servicio de intereses particulares en busca de compensaciones, convirtiéndose en un acto público de demanda de justicia en nombre de exigencias morales generales. Y mientras que anteriormente las peticiones eran actos únicos respaldados por grupos de solicitantes, en la década de 1790 se planteaban regularmente en mítines públicos e iban acompañadas de boicoteos, anuncios en la prensa y presiones a través de amplias campañas de movilización.

Aunque Wilkes y otros se habían servido anteriormente de las peticiones con fines políticos —por ejemplo, los motines de Gordon, en 1780, fueron precedidos por una petición— fue la campaña contra la esclavitud lanzada desde la ciudad de Manchester la responsable de su transformación en una herramienta modular de acción colectiva. Los industriales de Manchester habían recurrido a una petición para exigir la abrogación de los planes salariales del gobierno a comienzos de la década de 1780 y ejercieron el liderazgo en la campaña de peticiones contra la unión aduanera con Irlanda pocos años más tarde (p. 96). Se trataba de campañas basadas en el interés, pero en Manchester surgió una experiencia capaz de, en palabras de Drescher, «abrir las esclusas del entusiasmo» de cara a cuestiones con mayor contenido político o moral (p. 69). Los prósperos empresarios de Manchester —electoralmente carentes de representación— extrapolaban las habilidades adquiridas en nombre de sus intereses económicos para encabezar una campaña nacional de índole moral.

La petición de Manchester supuso un salto cuantitativo en el número de peticiones y el número de signatarios de las mismas que se coordinaban en una campaña dada. En diciembre de 1787, once mil

²¹ De hecho, cuando se hizo circular la primera gran petición contra la esclavitud colonial en 1788, un representante del *lobby* jamaicano se mostró incrédulo. Los abolicionistas no habían sido perjudicados por la esclavitud, ni se beneficiarían personalmente con su abolición: qué derecho tenían ellos, se quejaba, de solicitarla. *Ibíd.*, pp. 76-77.

personas —casi un 20 por ciento de la población de la ciudad por aquellas fechas— firmaron la primera gran petición abolicionista (p. 70). Pero, lo que es más importante, los hombres de Manchester emplearon la red británica de prensa local para hacer pública su petición en todos los grandes mercados periodísticos, poniendo en marcha un proceso de difusión que tuvo eco en todo el país (pp. 70-72).

En 1792, una nueva campaña contra la esclavitud quintuplicó el número de peticiones habidas en 1788. «El número más grande jamás presentado ante la Cámara sobre un mismo tema o en una misma sesión», según Drescher (p. 80). El proceso era a estas alturas totalmente modular. Bajo la discreta dirección de un comité nacional, consistía en una recogida de firmas organizada ciudad por ciudad, seguida de la presentación conjunta de muchas peticiones locales ante el Parlamento y coordinada con la exposición y defensa por parte de Wilberforce de su moción abolicionista.

En la década de 1790 los radicales ya estaban presentando peticiones masivas en demanda de la ampliación del derecho a voto y en protesta por las cortapisas puestas a la libertad de expresión (Goodwin, 1979). Como los abolicionistas, las sociedades en pro de la reforma coordinaban los esfuerzos de distintas asociaciones locales, se servían de la prensa local para dar a conocer su causa y vinculaban la firma de peticiones por todo el país con la actividad parlamentaria. De la solicitud de un cliente a su patrón a la presión de un *lobby* en favor de la exención de un impuesto, la petición se habían transformado en una forma modular de acción colectiva para inducir al gobierno a realizar grandes cambios políticos.

Ya en la década de 1830, la decorosa presentación masiva de firmas se combinaba con el uso colectivo de espacios públicos para demostrar la fuerza del movimiento reformista. Al presentar las «peticiones del pueblo» ante el Parlamento, los cartistas sacaban a la calle a miles de personas. Cuando llegó abril de 1848, con revoluciones en toda Europa y la amenaza de la anarquía en Irlanda, el gobierno se vio desbordado y movilizó a 150.000 policías «voluntarios» para impedir la presentación de la petición de los cartistas en Kennington Common²². A partir de ese momento, la petición masiva abrió paso a

²² Véase Dorothy Thompson, *The Chartists*, cap. 3, sobre el empleo de la petición masiva por parte de los cartistas. Sobre el fracaso de la manifestación de Kennington Common, véase Raymond Postgate, *The Story of a Year: 1848*, p. 117.

las manifestaciones de masas y la huelga como expresiones fundamentales de la política popular británica²³.

La insurrección urbana en Francia

Las innovaciones en el repertorio no quedaron restringidas al mundo angloamericano, aunque es probable que la liberación de las rutinas tradicionales resultara más fácil en él que en el continente europeo. Incluso antes de la Revolución Francesa, en Francia se estaba gestando un repertorio de insurrección urbana. Se puso en práctica con especial fuerza el 14 de julio de 1789 en París, pero, cosa interesante, el modelo de insurrección urbana procedía de las provincias.

En junio de 1788, desencadenados por el intento de la Corona de sustituir a los *parlements* por un nuevo sistema de Cortes Nacionales, y exacerbados por las condiciones económicas locales, comenzaron los disturbios en el mercado de Grenoble. El resultado fue el llamado «Día de las tejas», probablemente la primera insurrección urbana exclusivamente seglar de la historia de Francia y heraldo de lo que habría de llegar un año más tarde. Al principio, las formas de acción colectiva empleadas por los habitantes de Grenoble eran familiares, directas y físicas. Atacaban edificios y a los funcionarios en el mercado, y cuando llegaron las tropas enviadas para sofocar el motín, fueron recibidas con una lluvia de tejas. Pero poco después se creó un núcleo de liderazgo urbano —constituido ilegalmente—, que emitió un importante manifesto presionando al rey para que convocara los Estados Generales²⁴.

²³ Las peticiones nunca alcanzaron el mismo éxito en el continente que en Gran Bretaña, aunque el modelo británico fue crucial en las campañas europeas contra la esclavitud. El movimiento francés fue, a la vez, más elitista y menos efectivo, y la primera petición masiva la realizó un periódico de la clase trabajadora, *L'Union*, en 1844. El método fue adoptado por la opinión pública más amplia y se produjeron dos nuevas peticiones en 1846-1847. Véase Drescher, «British Way, French Way», pp. 719-721. «El modelo explícito para la movilización extraparlamentaria francesa —según Drescher— fue el 'genio' de las peticiones británicas» (p. 719).

²⁴ Los acontecimientos que llevaron al «Día de las tejas» y la razón por la que aglutinaron a una coalición tan amplia son resumidos por Schama en *Citizens*, 272-287. Jean Egret En *The French Pre-Revolution, 1787-88*, pp. 170-177; Jean Egret resume las reacciones a los edictos de los aristócratas y parlamentos provinciales.

En los acontecimientos de Grenoble vemos la premonición de algo que se asemeja al movimiento social moderno. En ellos se empleó toda una variedad de formas de acción colectiva en una secuencia de conflictos contenciosos con las élites y las autoridades. En una reunión celebrada en el Château de Vizelle, en la que las exigencias de los *parlementaires* de clase alta, los escritores y empleados de clase media, los artesanos, los fabricantes de guantes y las mujeres se fundieron bajo un paraguas más amplio de derechos, emergió una organización del movimiento social.

En palabras del último grupo, la principal exigencia era «el retorno de nuestros magistrados y nuestros privilegios, y el restablecimiento de las condiciones que permitan el imperio de la verdadera ley» (Schama: 279).

Al principio, los habitantes de la ciudad tan sólo buscaban mantener el empleo del ejército de oficinistas, escritores y abogados que vivían del *Parlement* de la región del Delfinado y se sentían amenazados por el intento de la Corona de puentear las Cortes parlamentarias. Buscaban asimismo aliviar la situación económica de los fabricantes de guantes. Pero la doctrina de los derechos naturales enunciada en el transcurso de la lucha trascendía con mucho los puestos de trabajo o los guantes. Además de dignificar y unificar las exigencias de una coalición de actores sociales, establecía la idea de que una asamblea, perfectamente ilegal y no autorizada, podía exigir, en nombre de «las leyes y el pueblo», una relación contractual con el Estado que iba mucho más allá de los privilegios parlamentarios o las aportaciones económicas (Egret, 1977: 177). En 1788 empezaban a emerger en Francia los primeros esbozos de un repertorio nuevo y modular que facilitaba una interacción mantenida con el Estado en torno a exigencias y solidaridades generales.

Cuando se produjo el gran acontecimiento de la Revolución Francesa en 1789, habían hecho ya su aparición el boicoteo, la petición masiva y la insurrección urbana, junto a otras formas modernas de acción colectiva. Tenían en común que eran indirectas, flexibles y autónomas respecto a las exigencias y los antagonismos de los actores colectivos establecidos. Al tiempo que contribuían a crearlas, contaron con la ayuda de redes de movimiento social que ponían en marcha y difundían la acción colectiva en nombre de exigencias genera-

les en interacción contenciosa con los que ostentaban el poder, como puede verse en el caso de la revolución de la que fue testigo Tocqueville en 1848.

La construcción social de la barricada

Las expresiones más espectaculares y temidas de los movimientos europeos del siglo XIX eran la insurrección armada en nombre de la soberanía popular y la barricada, que se había convertido en el principal instrumento de aquélla. Las barricadas hicieron su primera aparición en París cuando los barrios empezaron a protegerse tendiendo cadenas a través de las calles para impedir el paso a los intrusos. El término evolucionó a partir de 1588, cuando estas defensas se reforzaron con barriles (*barriques*) llenos de tierra o adoquines²⁵.

Al comienzo, escribe Marc Traugott, las barricadas «eran fruto de la colaboración de los miembros de comunidades a pequeña escala, a menudo dirigidas contra los representantes de la autoridad constituida» (1990: 3). Cuando llegó la revolución de 1830, hicieron su aparición como fortificaciones ofensivas en las calles de París, donde la gente era reclutada sobre una base fundamentalmente local. Pero cuando llegaron los Días de Febrero en la Revolución de 1848, aunque ocupaban prácticamente las mismas posiciones que en 1830 (Traugott, 1990: 6), las barricadas atrajeron a gran número de «cosmopolitas» de otros vecindarios de París (pp. 8-9). A estas alturas ya no eran un fenómeno local, sino que se habían convertido en instrumentos transvecinales de defensa y movilización, erigidos al culminar una marcha y contruidos por grupos de manifestantes que se concentraban a tal fin en lugares conocidos.

Al igual que la manifestación, la barricada tenía una función interna además de una externa. Cuando se enfrentaban a tropas hostiles o guardias nacionales, los defensores de una barricada se convertían en camaradas, desarrollaban una división del trabajo asu-

²⁵ Véase el análisis de Traugott en su «Barricades as Repertoire», pp. 309-323. Véase también «Neighborhoods in Insurrection: The Parisian Quartier in the February Revolution of 1848». No está claro hasta qué punto se emplearon las barricadas en la Revolución Francesa. Hobsbawm es la fuente de la opinión de que no fueron usadas en absoluto. Véase su *The Age of Revolution: 1789-1848*, p. 146.

miendo los roles de luchadores, constructores y proveedores, y creaban redes sociales que unirían de nuevo a los supervivientes en futuras confrontaciones. Como escribe Traugott:

Desde el observatorio que representa la cima de una barricada, en la lucha contras las monarquías de las casas de Borbón y Orleans se formó toda una generación de revolucionarios, que maduró en las luchas de la II República y vio sus aspiraciones aplastadas por el golpe que dio paso al gobierno de Luis Napoleón (p. 3).

Al extenderse las insurrecciones por Europa, en la estela de los Días de Febrero, quedó claro que la barricada era modular. No estaba limitada a ninguna queja o grupo social en particular. Podía aglutinar a la gente en nombre de exigencias diferentes y atacaba al Estado en vez de a objetivos privados. Si en febrero se erigieron barricadas en París para exigir la República, en abril se levantaron para expresar decepción por el resultado de las elecciones en Rouen, en junio por trabajadores parisienses como protesta por el cierre de los talleres nacionales y, posteriormente, para expresar indignación por el envío de tropas francesas para poner fin a la República de Roma y colocar de nuevo al Papa en su trono.

Francia no iba muy por delante de sus vecinos. Desde febrero hasta mediados de 1849, aparecieron barricadas en lugares tan apartados como Madrid y Lisboa, Messina y Milán, Berlín y Viena (Godechot, 1971; Soule y Tarrow, 1991). En Viena, para demandar reformas constitucionales; en Sicilia, para exigir su independencia de Nápoles; en Milán y Venecia, para poner fin al dominio austríaco; y en las ciudades más pequeñas del valle del Po, por la unión con Piamonte.

La barricada era ya tan conocida en 1848, y su empleo tan perfectamente comprendido, que se difundía más deprisa de lo que podía viajar un hombre en un coche de caballos de París a Milán. Como escribió Verdi a Piave tras su regreso a Italia, ansioso por incorporarse a la revolución en su país:

¿Crees que pensé siquiera quedarme en París cuando oí la noticia de la revolución de Milán? ¡Salí de allí tan pronto como pude, pero sólo llegué a tiempo de ver aquellas fantásticas barricadas!²⁶

²⁶ En una carta del 21 de abril de 1848 a su libretista, Piave, citada en Open University, *Music and Revolution: Verdi*, 1976, p. 42.

Pequeños cambios y grandes acontecimientos

Los grandes eventos, como la controversia de la ley de impuestos, la abolición del comercio británico de esclavos y la Revolución Francesa, son los crisoles en los que nacen nuevas culturas políticas (Sewell, 1990). Muchos de los cambios en el repertorio de la acción colectiva tienen su origen en aquellos acontecimientos, pero la mayoría de ellos se desarrollaron en los intersticios de la práctica cotidiana del enfrentamiento, como es el caso de la petición masiva (utilizada inicialmente por asociaciones de comerciantes en Gran Bretaña) y la barricada (que se empleaba inicialmente para proteger a los vecindarios parisinos de los ladrones).

Desde el punto de vista del repertorio de la política popular, los «grandes acontecimientos» a menudo son sólo el escenario público en el que se ponen de manifiesto cambios estructurales que han germinado discretamente en el cuerpo político. Si nos fijamos sólo en la acción colectiva durante esos acontecimientos, podemos pasar por alto los cambios estructurales que se producen bajo la superficie, más generales y que anteceden a su irrupción en la escena de la historia. El cambio del repertorio tradicional al nuevo es un caso a estudiar. Si el antiguo repertorio había sido directo, inflexible y corporativo, el nuevo era indirecto, flexible y basado en formas de asociación creadas para la lucha. Si el primero segmentaba las apropiaciones de grano, los conflictos religiosos, las guerras por la tierra y las procesiones funerarias entre sí y de la política de las elites, el segundo hacía posible que los trabajadores, campesinos, artesanos, oficinistas, abogados, escritores y aristócratas marcharan bajo la misma bandera y se enfrentaran al Estado nacional en una precaria coalición. Estos cambios facilitaron la aparición del movimiento social nacional y también otras cosas.

El primer efecto importante se reflejó en la posibilidad de una acción colectiva mantenida. Al irse difundiendo nuevas formas de acción colectiva, esos cambios contribuyeron a superar el carácter episódico y localizado de la protesta popular y facilitaron la formación de coaliciones entre diferentes localidades y entre personas que no se conocían entre sí. A través de boicoteos, peticiones masivas, marchas y manifestaciones, huelgas y sentadas, era posible movilizar a simpatizantes, impresionar a los curiosos y organizar campañas contra los oponentes durante considerables periodos de tiempo. De

hecho, si bien es el «Acontecimiento», con mayúsculas, único y espectacular, el que ha atraído la atención de los historiadores, es la capacidad de los movimientos sociales de producir secuencias sostenidas de acción colectiva contra poderosos antagonistas lo que los diferencia de los motines, *charivaris* y otras formas de acción del pasado.

El segundo gran cambio fue la aparición de organizaciones deliberadamente creadas en el movimiento, cuyo objeto era montar campañas, movilizar a la gente en el seno de ellas y mantenerlas en acción sin el beneficio de los incentivos materiales que las asociaciones secundarias al uso podían ofrecer. Al contrario que las asociaciones más convencionales, estas toscas organizaciones eran fruto de la lucha. Se especializaban en el enfrentamiento y aglutinaban a la gente en acciones colectivas a través de formas de lucha que la excitaban y divertían y, a veces, transformaban su vida.

Cada forma producía una organización característica de la acción colectiva: el boicoteo produjo la asociación de los que eran contrarios a la importación; la huelga generó el comité de huelga; la barricada, los cuadros encargados de la defensa, la vigilancia y el abastecimiento; y la manifestación, organizadores, oradores y servicios de seguridad, que siguen siendo el pan nuestro de cada día en los movimientos sociales actuales (Favre, 1990). Gracias al esfuerzo de un ejército de promotores, militantes y propagandistas del movimiento, la idea y la práctica del mismo se extendieron por todo el mundo.

El tercer gran cambio fue la mayor capacidad de los movimientos para difundirse desde sus epicentros. Ello obedeció a las asociaciones del movimiento y a los medios impresos, como plantearé en el próximo capítulo. Pero también fue el resultado de las formas de acción colectiva conocidas, flexibles e incluyentes aprendidas por la gente, que podía desplegarlas para toda una variedad de propósitos, en combinación con diferentes aliados y contra distintos oponentes.

La combinación de formas conocidas, organizaciones del movimiento y difusión culminó en los ciclos de movimiento recurrentes a intervalos regulares desde 1830 en adelante. Sobre la base de los elementos esbozados más arriba, la acción colectiva podía extenderse a más grupos y lugares, y mantenerse mucho más tiempo que las acciones colectivas episódicas y catárticas del pasado. Al irse corriendo la voz sobre las acciones colectivas que habían tenido éxito —y que eran potencialmente reproducibles— y extenderse la acción colectiva a otros grupos, y más allá de las fronteras nacionales, los

movimientos adquirieron una dinámica continua, en espiral. En ocasiones, estos ciclos se combinaban con crisis económicas e internacionales y con divisiones de las elites, dando lugar a revoluciones.

El recién descubierto poder de los movimientos tuvo un profundo impacto en la estructura de la política institucional, porque si bien a corto plazo el desafío a la autoridad asustaba a las elites y hacía que la represión se abatiera sobre la gente, a más largo plazo el nuevo repertorio incrementaba la fuerza de los grupos pertenecientes al sistema a la hora de desafiar a los gobernantes y aumentar su propio poder o privilegios. Al igual que en las revoluciones de 1848, la ola de huelgas de 1919-1921 y los movimientos de la década de 1960, lo que comenzaba en forma de ciclos de protesta concluía bajo el control de las elites y las autoridades, adoptando en ocasiones orientaciones que dejaban a sus instigadores originales desilusionados, divididos o muertos.

Por lo que se refiere a los estados nacionales, que al principio reaccionaron ante las nuevas formas de acción colectiva con incompreensión y represión, no tardaron en desarrollar estrategias de control y acomodo social que convirtieron parte del nuevo repertorio en política convencional. La huelga se convirtió en una institución para la negociación colectiva, la manifestación fue amparada por leyes que la distinguían de toda actividad criminal, y la sentada y la ocupación de edificios acabaron siendo tratadas con mayor tolerancia que la delincuencia ordinaria. Las reuniones públicas, aunque al principio fueron reprimidas y rodeadas de todo tipo de inhibiciones legales, acabaron siendo consideradas un componente más de la política moderna, protegido por garantías constitucionales.

¿Cómo se produjeron estos cambios y por qué surgieron en el momento en que lo hicieron? Sin duda, determinados acontecimientos tuvieron efectos profundos en lo que se refiere a proporcionar modelos de acción y conciencia colectiva. Aunque dejaron su impronta en los cambios que hemos identificado, hemos de buscar bajo la superficie de tales sucesos las causas de tan importantes cambios en la política popular. En los dos siguientes capítulos abordaré las causas de los mismos, que estuvieron asociados con el advenimiento del capitalismo, la alfabetización y la creciente disponibilidad de periódicos baratos. Pero, más que nada, fueron desencadenados por acontecimientos relacionados con la formación del Estado moderno.

Capítulo 3

LA LETRA IMPRESA, LA ASOCIACIÓN Y LA DIFUSIÓN DEL MOVIMIENTO

Los movimientos sociales, tal como los conocemos hoy en día, empezaron a hacer su aparición en el siglo XVIII. Su existencia obedecía a cambios estructurales asociados con el capitalismo, pero anteriores a la industrialización generalizada. Los principales cambios fueron el desarrollo de los medios impresos comerciales y los nuevos modelos de asociación y socialización. Por sí mismos, estos cambios no produjeron nuevos agravios y conflictos, pero difundieron nuevos modos de enfocarlos y ayudaron a la gente corriente a verse a sí misma como parte de colectividades más amplias y en el mismo plano que sus superiores.

Cada vez con mayor frecuencia, los periódicos populares, las canciones y los panfletos impresos difundían imágenes del gobernante y el aristócrata en los mismos pliegos de papel que las del burgués y el plebeyo, el mecánico y el comerciante, el ciudadano y el notable rural. Nuevas formas de asociación desarrolladas inicialmente en torno a la iglesia y el comercio fueron adaptadas a clubes de lectura, grupos reformistas y asociaciones abolicionistas que encarnaban fines morales. Los conflictos latentes entre la gente y sus oponentes se tradujeron en guerras de panfletos, canciones ofensivas y caricaturas y grabados escatológicos. Si era posible imprimir la imagen de la reina de Francia en una posición comprometida¹, ¿cuánto

¹ Antoine de Baecque analiza el panfleto pornográfico político desde 1787 en adelante en «Pamphlets: Libel and Political Mythology», en Darnton y Roche, eds.,

tiempo podría permanecer inmune el rey? Y si los aristócratas y la gente común podían encontrarse en los mismos cafés y clubes de lectura, ¿cuánto tardarían en emprender acciones en común?

En el pasado europeo, la solidaridad corporativa y la comunicación directa cara a cara habían alumbrado episodios de acción colectiva. Los conflictos religiosos produjeron guerras y revoluciones, y expandieron el marco ideológico de los levantamientos campesinos y las revueltas contra los impuestos. Pero a partir del siglo XVIII, las nuevas formas de asociación, las comunicaciones regulares que unían el centro y la periferia, y la extensión del uso de medios impresos y de la alfabetización produjeron un cambio trascendental y laico. La imprenta y la asociación facilitaban que los habitantes de ciudades pequeñas y regiones muy dispersas estuvieran al corriente de sus respectivas actividades, y que se unieran superando grandes divisiones sociales y geográficas, difundiendo los conflictos hasta convertirlos en movimientos sociales a nivel nacional.

Aunque Europa occidental fue el crisol en el que se analizaron conscientemente muchas de estas tendencias y donde se propagaron sus implicaciones, inicialmente aparecieron entre los norteamericanos, que —con característico desparpajo— olvidaron rápidamente lo que habían legado al resto del mundo². Al igual que en nuestro siglo, en el que las contradicciones más agudas se han desarrollado en la periferia del sistema mundial, por aquel entonces el brazo del Estado era más débil, las contradicciones sociales estaban más profundamente troqueladas y los prerequisites de un movimiento social nacional estaban más desarrollados en las colonias norteamericanas de Gran Bretaña que en la propia Europa, como ilustra el siguiente ejemplo³.

Revolution in Print. Véase también la descripción de «Cuerpo Político» en *Citizens*, pp. 203-227, de Schama, y los libelos sobre María Antonieta a los que se refiere. Schama escribe: «Fue su transformación [de Maria Antonieta] en Francia en la 'puta austríaca'... lo que dañó la legitimidad de la monarquía en un grado incalculable» (p. 205). Lynn Hunt, en su *Family Romance of the French Revolution*, aborda el tema exhaustivamente.

² «Los americanos —escribe el historiador Gordon Wood en *The Radicalism of the American Revolution*— no tuvieron que inventar el republicanismo en 1776; sólo tuvieron que sacarlo a la superficie» (p. 109).

³ Mi agradecimiento a Pauline Maier por sus comentarios sobre una versión anterior de la siguiente sección. Su libro *From Resistance to Revolution* sigue siendo la fuente definitiva de las protestas comerciales de la década de 1760 y su evolución hacia el movimiento patriótico. Véase también su artículo «Popular Uprisings and Civil Authority in Eighteenth Century America», *William and Mary Quarterly* 27:3-35.

Cuando los colonos americanos empezaron a plantear objeciones a los intentos de los británicos de hacerles pagar el coste de la Guerra de los Siete Años, sus reacciones se asemejaban a las formas tradicionales de resistencia inglesas: quema de efigies en el South End de Boston y en ciudades próximas como Newport; humillaciones rituales y destrucción de futuras oficinas de impuestos (Maier, 1972: 54; Wood, 1991: 244-245). Pero poco después de las primeras acciones multitudinarias, los radicales de los principales centros de comercio a todo lo largo de la costa empezaron a organizar una campaña de oposición centrada en la intimidación de funcionarios y el boicoteo de las mercancías británicas. Con las Leyes Townshend de 1767, que provocaron una nueva oleada de resistencia, la organización se extendió por toda la costa.

Aunque las grandes protestas quedaron limitadas a las ciudades costeras y tuvieron poco eco en los distritos occidentales, el movimiento no tardó en difundirse a un amplio espectro de grupos económicos y sociales. Los grupos formados para concertar la resistencia a la ley de impuestos lucharon conscientemente por ampliar sus bases sociales y limitar la violencia (Maier, 1972: 87)⁴. Aunque la composición social del movimiento era variopinta, su repertorio de acción colectiva era bastante uniforme. Predominaban las efigies, las marchas a «árboles de la libertad» previamente designados, y especialmente la renuncia forzada de los recaudadores de impuestos. En Georgia, el recaudador evitó la humillación de verse obligado a renunciar (p. 55), pero el patrón establecido en Boston se extendió hacia el sur hasta Virginia y Carolina. Aunque la intimidación era generalizada, se rechazaba la violencia y «se aplicaban criterios de propósito y moderación a la acción extralegal de las multitudes» (p. 53).

¿Qué explica la rápida difusión, la amplia composición social y la uniformidad táctica del movimiento contra los impuestos? En parte, por supuesto, la naturaleza de las quejas de los colonos condicionaba la naturaleza de sus acciones. Si se les iba a exigir el sello que certifi-

⁴ La amplitud de la oposición quedó simbolizada en un informe del gobernador Bernard. Durante la última semana de octubre escribió: «Dos caballeros, considerados los comerciantes más ricos de esta ciudad, recibieron a los líderes de las masas del North y South End para 'establecer y confirmar' una alianza que ya era efectiva desde el 4 de agosto.» Citado en Maier, *From Resistance to Revolution*, p. 69.

caba el pago para conseguir un gran abanico de documentos legales y coloniales, una respuesta evidente era constituir una coalición de aquellos que se verían afectados por el impuesto y atacar a los funcionarios encargados de distribuir los sellos que certificaban el impuesto. Esto, en sí mismo, podía producir una reacción común en el conjunto de las colonias.

Pero había otras cosas además de las reacciones instintivamente similares de los agraviados. Por una parte, al movimiento se sumaron personas que probablemente jamás tendrían que usar un documento que testificase el pago del impuesto, como mecánicos y taberneros, lecheros e hijos de sirvientes (Countryman, 1981: 59). Por otro lado, convertir un agravio en una acción colectiva no es nunca un proceso automático; requiere además una importante dosis de comunicación y planificación conscientes. Tanto la diversidad de la composición social del movimiento como su repertorio fueron producto de la asociación y la impresión, así como la difusión deliberada de información y opiniones que ambas facilitaban, lo que hizo del movimiento algo quintaesencialmente moderno.

Aunque buena parte de Norteamérica seguía siendo rural en 1765, las ciudades costeras estaban comunicadas por barco y carretera, por la prensa y la correspondencia privada, y las noticias de la controversia sobre el nuevo impuesto se difundieron rápidamente a través de diligencia, los correos a caballo y, especialmente, los periódicos. Un artículo publicado en Nueva York en el que se describían los acontecimientos del 19 de agosto en Boston fue rápidamente reeditado en Filadelfia y Portsmouth. El 22 de agosto, la *New York Gazette* informaba sobre acciones similares en Nueva Jersey, mientras que el 24 de agosto un periódico de Providence informaba de los sucesos de Connecticut y el *Boston Gazette* publicaba cartas enviadas desde Newport (Maier, 1972: 56-57).

La controversia sobre la legislación impositiva desató también una oleada de panfletos en los que se exponían posiciones básicas de los norteamericanos en el campo de la teoría constitucional de cara a la revolución que se avecinaba (Bailyn: 1). También mostró el futuro papel de la prensa en el campo de la información y la propagación de los modelos de acción colectiva. En diciembre de 1765 incluso había aparecido en las *Gazettes* de Nueva York y Boston algo parecido a una serie de directivas para hacer frente al impuesto, solicitando moderación, justicia y un enfoque unificador respecto al mismo (Maier, 1972: 65-66).

La asociación fue un fruto complementario de la rápida difusión y la uniformidad táctica del movimiento. Los primeros signos de organización habían aparecido ya cuando acontecieron los sucesos del 14 de agosto de 1765 en Boston, donde un club social de comerciantes, llamado «The Loyal Nine», planeó la famosa marcha con las efigies, convirtiéndose en el núcleo de los futuros Hijos de la Libertad de la ciudad (p. 58). También en otros lugares las organizaciones sociales y políticas preexistentes —de bomberos voluntarios, compañías de artilleros y asociaciones religiosas— se transformaron en Hijos de la Libertad. En el caso de la Charleston Fire Company, se limitaron a seguir adelante con su nombre original (p. 85)⁵.

Al ir extendiéndose el movimiento, se refinaron y regularizaron los métodos de coerción contra los oponentes. Aunque hubo amenazas y ultimátums en Nueva Jersey y Virginia, en la mayoría de los sitios, concluye Maier, «las amenazas fueron moderándose, pasando del castigo violento al ostracismo de los defensores de la nueva ley» (p. 73). Incluso en Boston, donde estalló inicialmente la violencia, los líderes radicales ejercían un control tan grande que «hasta el gobernador tuvo que reconocer que ‘se observó el mayor orden’» (p. 69). Con el desarrollo de la estrategia del boicoteo, las asociaciones creadas para imponerlo se convirtieron en los principales instrumentos de la acción colectiva (p. 74).

En cierto modo, estas medidas resultaban más alarmantes que las algaradas y los disturbios que las habían precedido. «Lo que alarmaba a los terratenientes —escribe Gordon Wood— era la creciente exigencia, respaldada ideológicamente por la gente corriente, que pedía participar en la propia acción de gobierno» (p. 244). A comienzos de 1766 se había creado una red informal de asociaciones de Hijos de la Libertad para imponer el boicoteo. Estos comités se disolvieron cuando la ley fue derogada. Pero con el resurgimiento de la obstinación británica apareció una nueva red de comités que se mantenían en contacto epistolar para transmitirse las noticias acerca de las actividades de los británicos y coordinar la oposición contra ellos. Los comités que se formaron bajo la Aso-

⁵ El primer caso de una asociación formada expresamente para no pagar un impuesto parece haber sido el nombramiento de un comité en 1764 por parte de los comerciantes de Filadelfia para oponerse a la recientemente revitalizada Ley de Melazas de 1733. Véase Richard Ryerson, *The Revolution is Now Begun*, cap. 2.

ciación Continental de 1774 comenzaron así, pero eran ya agentes de un gobierno revolucionario.

¿Qué conclusiones cabe extraer del conflicto sobre los impuestos en lo relativo al nacimiento del movimiento social nacional? En primer lugar, que los mecanismos que crearon el movimiento social no tuvieron que esperar a la Revolución Industrial europea ni a la Revolución social francesa. Ya existían en la periferia del mundo europeo antes de que nadie pudiera imaginar siquiera que fuera a producirse ninguna de las dos revoluciones. En segundo lugar, que la imprenta y la asociación actuaron conjuntamente para desarrollar una controversia y ofrecer al público información sobre cómo resolverla. Y en tercer lugar, que la letra impresa y las asociaciones difundieron la acción colectiva a amplias coaliciones de agentes sociales capaces de enfrentarse a un imperio en muchos lugares a la vez y, al hacerlo, crearon un movimiento social nacional.

Una revolución impresa⁶

La difusión de la alfabetización fue un determinante crucial del nacimiento de la política popular⁷. Sin la capacidad de leer, los insurgentes en potencia habrían tenido dificultades para mantenerse al corriente de las acciones de otros con reivindicaciones similares, excepto por la transmisión verbal de noticias⁸. No obstante, la alfa-

⁶ El título de esta sección es el mismo que el de la excelente colección editada por Robert Darnton y Daniel Roche sobre el papel de la prensa en Francia antes del periodo revolucionario y durante el mismo. Mi agradecimiento también a *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, cap. 3, de Benedict Anderson, por el origen de algunas de las ideas expuestas en esta sección.

⁷ Véase la colección editada por Jack Goody, *Literacy in Traditional Societies*, para una buena introducción al tema. «Literacy and Education in England, 1640-1900», de Lawrence Stone, *Literacy in Colonial New England*, de Kenneth Lockridge, y *The Cultural Uses of Print in Early Modern France*, de Roger Chartier, han hecho aportaciones al mismo debate, respectivamente, para Inglaterra, las colonias americanas y Francia. Alvin Gouldner, en su «Prologue to a Theory of Revolutionary Intellectuals», va más lejos en su vinculación de la alfabetización con la rebelión arguyendo que el radicalismo moderno está arraigado en formas escritas de discurso.

⁸ Incluso las formas de rebelión que hicieron su aparición en la Revolución Francesa variaban en función de la presencia o ausencia de la alfabetización. Por ejemplo, en su artículo «Literacy and Revolt», John Markoff descubrió que la acción colectiva rural variaba en diferentes regiones en función de la fuerza o debilidad de un primitivo indicador de la alfabetización. No obstante, puede no haber sido la alfabetización

betización *per se* tuvo menos responsabilidad en la extensión de los movimientos sociales que la creciente posesión de libros y la lectura de periódicos y panfletos, que estaba extendiéndose a sectores sociales en los que anteriormente se leía muy poco (Chartier, 1991: 69).

El aumento de la demanda de lectura fue en parte resultado y en parte causa de los cambios en la producción y difusión de materiales comerciales impresos (Chartier, 1991: 70 y ss.; Darnton, 1989). Si bien un campesino capaz de firmar con su nombre un registro parroquial podía o no tener la suficiente confianza en sus propias fuerzas para reclamar sus derechos, un hombre que había invertido en bienes de equipo para la publicación y edición de material impreso tenía un motivo comercial para producir información para un público masivo. Entre los destinatarios de los productos de la imprenta comercial se formaron comunidades invisibles⁹ de discurso. En lugares como Lausana, La Haya y Filadelfia, había gente que encontró trabajo y beneficios en la publicación de libros, periódicos, panfletos y caricaturas.

Existe un ejemplo particularmente notable de uno de estos «nuevos hombres». En 1774 un inglés llamado Thomas Paine desembarcó en Filadelfia con una carta de presentación de Benjamin Franklin para Robert Aiken, un conocido impresor de la ciudad. En Gran Bretaña, Payne había sido «aprendiz de un fabricante de cordajes, maestro, oficial de marina, estanquero, periodista y 'persona de ingenio'». De no haber sido por la revolución norteamericana y el papel que desempeñó en ella, probablemente habría muerto ignorado, o tal vez sólo habría sido recordado como uno de esos «espíritus ingeniosos» que produjo la Ilustración¹⁰.

en sí misma, sino un número de sus correlatos estructurales, la que produjo estas diferencias interregionales en la rebelión rural, como indica el análisis de Markoff.

⁹ Los lectores verán que empleo el término «invisibles» en lugar de «imaginadas», como hace Anderson. La distinción es intencionada; aunque a Anderson le guía un denodado estructuralismo, su evocativo término de comunidades «imaginadas» podría llevar a los lectores inadvertidos a inferir que la imaginación «creaba» comunidades nacionales. La coalición de comerciantes y armadores que lanzaron el boicot contra los impuestos en 1765 probablemente no se habría reconocido a sí misma como «americana», pero se habría sentido muy sorprendida de enterarse de que sus vínculos eran imaginarios.

¹⁰ Las ideas políticas de Paine no eran particularmente extremadas, aunque acabaría muriendo como un paria en el país que ayudó a liberar. Como señala Hobsbawm, fue «el único miembro de la Convención francesa que luchó abiertamente contra la pena de muerte dictada contra Luis XVI». Véase *Labouring Men*, pp. 1-4, de Hobsbawm. Véase también un evocador y penetrante estudio de la importancia de Paine en *Republicanism and Bourgeois Radicalism*, de Isaac Kramnick.

Lo que hizo que el impacto de Paine en la historia fuera tan grande no fue sólo su papel en dos revoluciones —la norteamericana y la francesa—, sino su extraordinario éxito como divulgador. Cumplió esta función, como observa Hobsbawm, en tres ocasiones distintas: primero en 1776, con la publicación de *Common Sense*; luego en 1791, con su defensa de la Revolución Francesa en *The Rights of Man*; y una tercera vez en 1794, en Gran Bretaña, cuando «su *Age of Reason* se convirtió en el primer libro en afirmar palmariamente en un lenguaje comprensible para la gente común que la Biblia no era la palabra de Dios»¹¹.

Paine llegó a un país que estaba literalmente cubierto de papel impreso¹². Las implicaciones democráticas de la imprenta adoptaron la forma de panfletos: «Extremadamente flexibles, fáciles de hacer y baratos, los panfletos se imprimían en las colonias británicas allá donde había imprentas, ambiciones intelectuales y preocupaciones políticas» (Bailyn: 4). Entre 1750 y 1776 (p. 8) se publicaron más de cuatrocientos panfletos relacionados con el conflicto angloamericano. Cuando Paine llegó a las colonias, las guerras de panfletos constituían ya una parte familiar del panorama político¹³.

El nuevo periodismo estaba *obligado* a atraer un mercado de masas para estar en condiciones de competir económicamente. Cuando el *Pennsylvania Magazine* aumentó sus suscripciones, Paine escribió a Franklin con satisfacción. Cuando se vendió bien la segunda parte de *The Rights of Man*, invirtió sus derechos de autor en una

¹¹ Hobsbawm, *Labouring Men*, p. 2. El lenguaje de Paine se asemejaba al de la Biblia mucho más que al de los cultos ensayistas que redactaban panfletos políticos hasta entonces. Por ejemplo, usaba paralelismos bíblicos para convencer a su público lector de la Biblia de que la monarquía era causa de guerras y que, para los antiguos hebreos, «era considerado pecaminoso atribuir tal título a cualquier ser que no fuera el Señor de los Ejércitos». *Common Sense*, Kuklic, ed., pp. 8-9.

¹² Bailyn nos informa de que en 1775 existían treinta y ocho periódicos americanos, «llenos de columnas donde se exponían argumentos y contraargumentos en forma de cartas, documentos oficiales, extractos de discursos y de sermones». Por todas partes aparecían pliegos, e incluso los almanaques «incluían, en esquinas y columnas ocasionales, una carga considerable de comentarios políticos. Por encima de todo, había panfletos». Véase su *Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 1-2.

¹³ No tardó en ocurrir lo mismo en Gran Bretaña; cuando comenzó la reacción contra la Revolución Francesa en 1792, la represión de los *Rights of Man*, de Paine, Parte II, y su *Address to the Addressers*, fue una de las primeras tareas que se plantearon los magistrados. Véase *The Friends of Liberty*, cap. 8, de Albert Goodwin.

edición barata para vender más ejemplares. «La independencia política y el aumento en la circulación eran... los principales *leit-motifs* de la carrera de Paine», concluye Elizabeth Eisenstein (p. 198). Lo mismo podría decirse del novedoso negocio de la impresión comercial en su conjunto. «En un sentido un tanto especial —escribe Benedict Anderson—, el libro fue el primer artículo industrial de estilo moderno producido en masa» y el periódico «un libro vendido a escala colosal... un superventas de un día» (1991: 34-35).

A mediados del siglo XVIII comenzó «el impulso para explotar nuevos mercados para el material impreso, que diferenció al impresor, en su busca de beneficios, del librero vendedor de manuscritos [y] actuó contra el elitismo favoreciendo las tendencias democráticas, así como las heterodoxas»¹⁴. A partir de 1760, los libreros franceses comenzaron a abrir *cabinets de lecture* que «permitían a los suscriptores leer de todo gastando poco y ponían discretamente a su disposición títulos prohibidos» (Chartier, 1991: 70). Si la lectura potenciaba el comercio, lo contrario también era cierto: en Norteamérica, señala Gordon Wood, «el motivo más poderoso que había detrás del deseo de aprender a leer y escribir de la gente, por encima incluso de la necesidad de comprender, era el deseo de hacer negocios» (p. 313).

La prensa francófona que se había establecido fuera de las fronteras de Francia tipificaba la intersección entre la política y el beneficio. Por una parte, las publicaciones clandestinas dirigidas al mercado francés permitían a los pequeños principados y ciudades-estado de las fronteras francesas llenar sus arcas. Por otra, los impresores y editores tenían las manos libres para producir libros demasiado subversivos para ser publicados en Francia. La «neutralidad» de estos empresarios era tan subversiva como el capitalismo y por la misma razón: en nombre de los beneficios, alimentaba la indiferencia ante los planteamientos de cualquier credo religioso o causa dinástica (Eisenstein: 194). Cuando los libreros franceses pidieron obras filosóficas a la Société Typographique de Neuchâtel, el editor suizo

¹⁴ Véase «Revolution and the Printed Word», p. 195, de Elizabeth Eisenstein. Para una historia de la producción y lectura de libros entre los siglos XVI y XVIII en Francia, véase *The Cultural Uses of Print in Early Modern France*, de Roger Chartier. La obra de Robert Darnton es imprescindible para comprender la importancia de los libros prohibidos y los panfletos previos a la Revolución Francesa. Véase su *The Business of Enlightenment y The Literary Underground of the Old Regime*

respondió: «No las trabajamos, pero sabemos dónde encontrarlas y podemos suministrarlas cuando nos las pidan». ¹⁵

Comunidades de letra impresa

La expansión de la edición comercial para un mercado de masas desencadenó un ciclo competitivo capitalista. Los editores e impresores competían para atraer nuevo público, intentando implicar a los lectores en sus empresas y creando comunidades invisibles en torno a la letra impresa. «Por medio de las cartas al editor y mecanismos similares —escribe Eisenstein—, la prensa periódica abrió un nuevo tipo de foro público» y contribuyó —antes de que estallara la Revolución Francesa— a crear algo parecido a una opinión pública (pp. 196-197). La *Encyclopédie* fue sólo la más afortunada de una serie de redes que vinculaban al editor y al lector, al intelectual y al lego, la metrópolis y las provincias. Revistas como la inglesa *Present State of the Republic of Letters*, que imitaba a *Nouvelles de la République des Lettres* de Pierre Bayle, «ofrecía una línea vital de comunicación a los suscriptores aislados [y] transmitía una nueva sensación de movimiento y avance a sus lectores» (p. 196).

En torno a la lectura y el intercambio de libros y periódicos impresos se desarrolló un nuevo tipo de vida social. En Francia, incluso ciudades provincianas como Besançon tenían biblioteca pública y clubes de lectura. Ciudades pequeñas, como Saint-Amour en Beaujolais, pedían permiso a las autoridades «para alquilar una habitación donde poder reunirse, leer gacetas y periódicos y practicar juegos de azar». Incluso en la conservadora France-Comté los clérigos andaban ocupados promoviendo la distribución de publicaciones religiosas entre el campesinado (Vernus, 1989: 127).

Si los libros fueron la primera mercancía producida en masa, los periódicos eran su extensión más subversiva. Si un hombre podía leer acerca de un gran acontecimiento el mismo día que miles de personas a las que no conocía, él y los otros formaban parte de la misma comuni-

¹⁵ Citado en «Philosophy under the Cloak», de Darnton, en *Revolution in Print*, p. 31, del que es editor junto con Daniel Roche. Nótese que el término «obras filosóficas» comprendía un amplio abanico de temas censurados que iban de la filosofía pura, pasando por escritos más o menos políticos, hasta la pornografía más o menos pura y dura.

dad invisible de lectores. Y si un periódico describía las acciones de los gobernantes y dignatarios con el mismo lenguaje que empleaba para referirse a las actividades de comerciantes y mercaderes, minimizaba la diferencia de estatus entre los gobernantes y los lectores.

En vez de emanar autoritariamente desde las alturas, la información circulaba horizontalmente. En referencia a un tiempo y un lugar posteriores, Anderson escribe: «Los periódicos hablaban polifónicamente en un bullicio de editorialistas, caricaturistas, agencias de noticias, columnistas... escritores satíricos, redactores de discursos y publicistas, *con los cuales* tenían que desenvolverse codo con codo quienes transmitían las órdenes del gobierno» (1991: 31, 34-35).

Creados inicialmente en la capital, los periódicos se extendieron a las provincias para suministrar información acerca de los acontecimientos de la metrópoli. «Estos periódicos de provincia —escribe Donald Read— contribuyeron al conocimiento, fuera de Londres, de la política parlamentaria y londinense, llenando sus columnas no tanto con información local como con noticias y comentarios obtenidos de la prensa de Londres, especialmente de los animados periódicos de la oposición» (p. 19). Sin embargo, la prensa de provincias no tardó en convertirse en un vehículo para la difusión de noticias locales y la expresión de las actitudes del lugar. Como resultado, al llegar la década de 1760 los lectores de provincias estaban ya bien informados sobre la política de oposición. Esto contribuye a explicar por qué se levantaron tantos en apoyo de Wilkes en esos años y por qué respondieron tan rápidamente a favor del abolicionismo una década después.

A comienzos del siglo XIX hubo incluso un modesto intento de fundar una «prensa de los pobres» en Londres. Dados los impedimentos económicos y educativos a los que se enfrentaban estos periódicos, el número de ejemplares que vendían era modesto, pero el hábito de leer en voz alta en grupos significaba que su influencia era muy superior a su circulación. Su principal periodo de crecimiento fue la década de 1830, cuando los movimientos reformistas de la clase media se mostraron particularmente activos¹⁶. Sus cabeceras

¹⁶ La mayoría de estos vehículos eran de tendencia radical, aunque unos pocos eran cristianos. Vendidos inicialmente sin sellar y distribuidos de mano en mano en Londres, no tardaron en extenderse a las provincias. Véase Patricia Hollis, *The Pauper Press*, para estimaciones de su circulación. Véase un tratamiento comparativo de la prensa obrera a comienzos del siglo XIX en Jacques Godechot, ed., *La presse Ouvrière*.

revelan su naturaleza incendiaria: *Destructivo*, *Desafío*, *El amigo del trabajador*, *Bofetada a la Iglesia* eran algunos de los más sensacionalistas (Hollis: cap. 7).

Los episodios revolucionarios eran terreno abonado para la creación de nuevos periódicos. La campaña por los Estados Generales en Francia generó un torrente de publicaciones. El catálogo de la Biblioteca Nacional contiene hasta 184 periódicos sólo en París en 1789 y 335 en 1790 (J. Popkin: 150). La Revolución de febrero de 1848 tuvo un efecto similar, pero esta vez a escala internacional. Dio lugar a 200 publicaciones nuevas en París y a una oleada de periódicos en alemán, muchos de ellos publicados nada menos que en Estados Unidos. En Italia, sólo en Florencia¹⁷ había registrados más de un centenar de periódicos. Mientras que la prensa hacía circular la idea del movimiento, los movimientos expandían el mercado de la letra impresa.

En sus propias cabeceras, los periódicos se presentaban como agentes del movimiento. Como descubrió Anderson en el caso de Java a comienzos del siglo XX, el lanzamiento de un periódico llamado «El mundo en movimiento» fue rápidamente seguido por otros titulados, respectivamente, «El Islam en movimiento», «Los trabajadores en movimiento» y «El pueblo en movimiento» (1990: 32). A través de la letra impresa, gentes tan alejadas como los habitantes de Messina y Varsovia, San Petersburgo y Beijing podían verse a sí mismos no sólo como italianos, polacos, rusos y chinos, sino como jacobinos y *sans-culottes*, radicales y comunistas, y ver a sus enemigos como los señores feudales y rentistas, aristócratas y capitalistas que estaban siendo vapuleados en el otro lado del mundo.

La prensa popular hizo de la rebelión algo ordinario en vez de heroico. Si los habitantes de la Filadelfia de 1773 podían informarse en los periódicos de Nueva York sobre la algarada que estaba gestándose allá en el norte, el levantamiento se hacía concebible en la colonia cuáquera (Ryerson: 43-44). Si los ciudadanos de Norfolk podían leer cómo miles de personas en Manchester firmaban peticiones contra la esclavitud, se hacía impensable tolerar que los esclavistas salieran mejor librados en Norfolk (Drescher, 1982). Y si la

¹⁷ La cifra correspondiente al París de 1848 procede de Godechot, *Les Révolutions de 1848*. Acerca del desarrollo de una prensa obrera en Alemania e Italia, véase Godechot et al., *La Presse Ouvrière*. Acerca de la explosión de nuevos periódicos en Florencia, véase Clementina Rotondi, *Bibliografia dei periodici toscani, 1847-1852*.

gente podía enterarse en la prensa nacional de cómo los insurgentes de otro país habían derribado a su gobernante, derribar a los gobernantes se convertía en una opción concebible en cualquier lugar. Como escribe Anderson (1991) sobre la Revolución Francesa,

Una vez ocurrida, se incorporó a la memoria acumulativa de la imprenta... La experiencia fue configurada por millones de palabras impresas... un «concepto» sobre la página impresa y, con el tiempo, en un modelo (p. 80).

Asociaciones y redes del movimiento

La gente siempre se ha agrupado en asociaciones, tanto religiosas como seculares. Pero hasta finales del siglo XVIII, en la sociedad europea predominaban las organizaciones corporativas y comunales. Estas, como razona William Segel respecto al caso de Francia, estaban más orientadas a la defensa de privilegios establecidos que a la adquisición de nuevos derechos y ventajas (1980; 1990). Más que agrupar a la gente en torno a intereses emergentes o contingentes, los vínculos corporativos y comunales la dividían en bolsas aisladas que realzaban las identidades y diferencias, y no los intereses comunes y una solidaridad más amplia. En cualquier caso, estos vínculos corporativos quedaban restringidos a los sólidos burgueses, gremios de comerciantes y clérigos, y hurtaban su protección a la gran mayoría de los pobres.

Durante el siglo XVIII se desarrolló un nuevo tipo de asociación para ayudar a los grupos ocupacionales a protegerse de la presión del Estado y para influir en la presentación de legislación en favor suyo. En Gran Bretaña, la expansión del impuesto del consumo estimuló la creación de estos grupos en el sector del cuero ya en 1697, en 1717 para los curtidores, y para los cristaleros y cerveceros en la década de 1760. «La introducción de impuestos indirectos —escribe sobre estos grupos John Brewer (1989: 233)— fomentó la aparición de organizaciones que trascendieron las fronteras locales y regionales.»

En el último cuarto del siglo XVIII, tanto en Europa como en Norteamérica se estaba desarrollando una vida asociativa rica y variada. En Gran Bretaña había asociaciones religiosas, como la Quaker London Meeting y el grupo inconformista Protestant Dissenting

Deputies; asociaciones comerciales, como la Society of West India Merchants o la Virginia Merchants; y grupos de presión de comerciantes, industriales y fabricantes, como la Midland Association of Ironmasters. Todas tenían agentes y disponían de centros de reunión permanentes (p. 231). Los funcionarios del gobierno obtenían información de estas asociaciones y ellas, a su vez, cultivaron sus contactos con ministros y parlamentarios para aumentar sus posibilidades de obtener un trato favorable (pp. 232-234). Pero las asociaciones no habían de permanecer mucho tiempo recluidas en tan estrecho recinto.

La modularidad de las asociaciones

Una vez desarrollada, la asociación secundaria privada no podía quedar circunscrita a fines religiosos o comerciales. Gran Bretaña, donde emergieron nuevas formas de asociación a partir de los modelos comerciales y religiosos anteriores, iba muy por delante del continente. La agitación contra la esclavitud de la década de 1780 hizo su primera aparición entre las sectas disidentes antes de extenderse a los intereses industriales de Manchester (Drescher, 1987: 61-63). La Yorkshire Association expandió el uso de comités de correspondencia como los que habían sido utilizados anteriormente por los *lobbies* o grupos de presión comerciales (Read, 1964). La Catholic Association de O'Connell adoptó la táctica de las suscripciones empleada por los *lobbies*, pidiendo a sus miembros una contribución de un penique al año por la causa de la emancipación. El éxito de los católicos no fue pasado por alto por los reformistas parlamentarios, los cuales recurrieron a las suscripciones para financiar las Political Unions que forzaron el Acta de Reforma de 1832 (Tilly, 1982). La asociación con fines específicos se había convertido en una forma modular de asociación.

Las colonias americanas de Gran Bretaña iban por delante de la metrópoli en lo que a la difusión de las organizaciones del movimiento se refiere. Con el endurecimiento de la política financiera británica hacia los colonos en la década de 1770 surgió una nueva oleada de comités y asociaciones para hacer frente a la presión británica. La asociación no quedaba ya restringida a mercaderes y comerciantes. En 1772, los mecánicos de Filadelfia formaron una Sociedad Patriótica, que, según Wood, fue el primer grupo de presión organi-

zado no religioso de la historia de Pennsylvania (p. 244). Fue seguido de movimientos similares en Nueva York y Massachusetts en 1773 que culminaron con la formación de la Asociación Continental de 1774¹⁸. Cuando hablaron las armas en Lexington y Concord, había ya una red nacional de asociaciones, correos y espías, y la noticia de la confrontación se extendió con asombrosa rapidez por toda la costa¹⁹.

Al igual que en Gran Bretaña, en Norteamérica la religión fue el caldo de cultivo para el desarrollo asociativo. Los hábitos y las formas de asociación aprendidas durante los encuentros para la oración se aplicaron a cruzadas morales y, posteriormente, a movimientos cívicos y sociales. Esto puede apreciarse en el protestantismo militante evangélico del Segundo Gran Despertar. Cuando el historiador Paul E. Johnson examinó la estructura social de la recientemente establecida ciudad de Rochester, descubrió que, ya en 1830, poseía una rica red de asociaciones religiosas (1978).

Lo que era interesante en el caso de Rochester no era que una ciudad nueva sobre el canal Erie tuviera ya un gran número de iglesias. Después de todo, las iglesias habían sido las matrices organizativas de la sociedad local de Nueva Inglaterra durante doscientos años. Lo que resultaba llamativo era la facilidad con la que se formaban asociaciones con fines especiales que traspasaban las lindes denominacionales con fines no religiosos²⁰. Estas coaliciones temporales desempeñaron un importante papel en las cruzadas morales de finales del siglo XIX. Fue del crisol de asociaciones del protestantismo evangélico de donde surgieron movimientos como el antimasonismo, el sabbatista, el de la templanza, el movimiento renovador de

¹⁸ Las principales fuentes publicadas, además de *From Resistance to Revolution*, de Maier, son Richard Ryerson, *The Revolution Is Now Begun*, para Filadelfia; Edward Countryman, *A People in Revolution*, para Nueva York; Richard D. Brown, *Revolutionary Politics in Massachusetts*, para Boston y zonas adyacentes, y Richard W. Walsh, *Charleston's Sons of Liberty*, para la ciudad de Carolina del Sur.

¹⁹ Como escribe Richard D. Brown, en su *Knowledge is power*: «La difusión de información sobre las batallas de Lexington y Concord fue inmediatamente contagiosa, se transmitió espontáneamente de persona a persona y de lugar en lugar, y fue previamente organizada y canalizada a través de redes de patriotas. Como resultado, la noticia del sangriento conflicto se extendió con una rapidez, una penetración social y un alcance territorial anteriormente desconocidos en la Norteamérica colonial» (p. 247).

²⁰ Por ejemplo, Johnson muestra cómo el movimiento sabbatario de Rochester fue organizado por un grupo de protestantes seculares de varias iglesias locales. Véase su *Shopkeeper's Millenium*, p. 109.

la fe y un producto más revolucionario, el abolicionismo²¹. Las mujeres, nuevos actores de los movimientos populares americanos, se organizaron inicialmente en grupos religiosos, y posteriormente adquirieron experiencia en movimientos como el de la templanza, el abolicionismo y el feminismo (Cott 1977).

Las redes del movimiento

Las redes sociales informales que se encuentran en el corazón de estas asociaciones eran centros de acción colectiva en potencia. Esto era aún más importante en Francia, donde la legislación, que se remontaba a la ley revolucionaria *Le Chapelier*, restringía la unión. Los gremios y corporaciones habían sido organismos legales, que regulaban el comercio y restringían las prácticas, pero las corporaciones y *compagnonnages* de trabajadores eran ilegales. Con la liquidación de los gremios a manos de la Revolución, las corporaciones de trabajadores perduraron, pero fuera de la ley. Sólo en la década de 1830 —y aún así, brevemente— adoptaron una forma legal, y su represión a partir de 1834 obligó a los trabajadores a organizarse en redes clandestinas hasta que en 1848 se abrieron nuevas oportunidades (Sewell, 1986).

Lo mismo era aplicable a las áreas rurales. Las *chambrées*, que se desarrollaron en el Mediodía francés en la década de 1840, eran, al igual que las *coffee houses* inglesas, lugares donde los hombres podían beber con sus amigos sin pagar el detestado impuesto sobre el alcohol. Nunca llegaron a ser un sistema formal de asociación; eran más bien una serie de agrupaciones informales que adoptaban como modelo los *cercles*, círculos sociales de los franceses de estatus superior. Aunque no se habían organizado con fines políticos, tenían lo suficiente en común como para convertirse en centros de acción

²¹ Véanse algunas pautas típicas de difusión en Donald G. Mathews, «The Second Great Awakening as an Organizing Process, 1780-1830». Acerca del papel de la religión en el auge de movimientos en favor de la moralidad ciudadana, véase Clifford S. Griffin, *Their Brother's Keeper*; Ian R. Tyrrell, *Sobering Up*, y Ronald G. Walters, *American Reformers, 1815-1830*. La relación entre religión y abolicionismo se aborda en *The Antislavery Appeal*, de Walters. Un estudio que hace hincapié en los orígenes de clase, de género y políticos —así como religiosos— del abolicionismo es *Abolitionism: A Revolutionary Movement*, de Herbert Aptheker.

política cuando surgía la oportunidad. En aquel entorno podían leerse periódicos republicanos, se desarrollaba un sentimiento de solidaridad y de cuando en cuando se pasaba por ellos un viajero ocasional con noticias de lo que estaba sucediendo en el ancho mundo.

Toleradas inicialmente por las autoridades, las *chambrées* pasaron a ser temidas como centros potenciales para la instigación de acciones colectivas. «Para las clases bajas de Provenza —concluye Maurice Agulhon— constituirse en una *chambrée* era una oportunidad de aprender a leer y, tal vez más importante, de obtener acceso a todo lo que era nuevo, al cambio y la independencia» (p. 150). Las *chambrées* habían de convertirse en centros clave de reclutamiento de las sociedades *montagnards* que iniciaron la Insurrección de 1851 contra el golpe de Estado de Luis Napoleón (Margadant, 1979).

Los grupos informales como las *chambrées* nos ayudan a comprender el papel subversivo que desempeñaron las redes del movimiento en la difusión de modelos de acción colectiva. Los painitas, radicales y reformadores en Gran Bretaña; los *whigs* (predecesores de los republicanos) y los radicales en las colonias americanas; los liberales, republicanos y *montagnards* en Francia; los *carbonari* y francmasones en Italia, utilizaban instrumentos asociativos desarrollados por grupos religiosos, comerciales y reformistas cuando eran legales, pero podían recurrir a redes informales en tiempos de desmovilización.

Menos fácilmente infiltradas por la policía que las asociaciones formales y menos proclives a la división en facciones, las redes del movimiento tenían ventajas en tiempos en que los gobiernos mostraban cada vez mayor desconfianza hacia las asociaciones. Podían desarrollarse y residir en el seno de redes amistosas y familiares, «manteniéndose ocultas» durante los periodos de represión y emergiendo activamente en momentos de tensión o de oportunidad²². Eran difíciles de reprimir y controlar, ya que, ¿quién podía oponerse a que uno quisiera beber con los amigos en casa o en la parte de atrás de un café?

La persistencia de tales grupos y redes durante periodos de represión sugiere que lo importante —incluso cuando la organización estaba permitida— era la solidaridad interpersonal que sub-

²² Por ejemplo, Hobsbawm y Rudé informan sobre una serie de casos en que redes de agitadores Swing estaban organizadas en líneas de familia. Véase *Captain Swing*, pp. 205-206.

yacía a estas organizaciones, y no las organizaciones en sí. Incluso un grupo bien organizado podía venirse abajo rápidamente si no estaba basado en una red de militantes bien tramada, mientras que una red de militantes unidos por vínculos sociales podía permitir a un movimiento superar los malos tiempos aun sin contar con el beneficio de una organización. El papel de las redes informales del movimiento ayuda a explicar por qué incluso las organizaciones más formidables del movimiento social en nuestros días pueden venirse abajo repentinamente y, como veremos en el Capítulo 8, cómo pueden surgir movimientos en ausencia de un marco organizativo reconocible.

Comunidades de letra impresa y asociación

Si la prensa y la asociación eran canales complementarios en los que podían desarrollarse redes del movimiento, juntas constituían una combinación explosiva. Como señala Eisenstein respecto a los clubes de lectura y las sociedades de correspondientes del siglo XVIII, éstos carecían de un número fijo de miembros y, en el caso de las asociaciones informales, de afiliación concreta. Pero los lectores de la *Encyclopédie* y otras publicaciones similares eran conscientes de que compartían una identidad común²³. Suscribirse a periódicos les vinculaba a otros desconocidos con puntos de vista similares en comunidades invisibles cuya amplitud sólo podía imaginarse y podía fácilmente exagerarse, cosa que sus editores tenían buen motivo para hacer.

Cuando llegó la Revolución Francesa, esta intersección entre la prensa y las asociaciones era explícita. Eisenstein observa que «en mayor medida de lo que a menudo se admite, los acontecimientos de 1788-1799 en Francia se articularon en torno tanto de una suspensión de los controles gubernamentales sobre la palabra impresa como de la liberalización de las asociaciones» (p. 191). Al mismo tiempo que el gobierno convocaba los Estados Generales, legalizaba los clubes parisienses y excarcelaba a una serie de libreros e impresores, produciendo como resultado, en palabras de Lefebvre, «un aluvión de

²³ Véase «Revolution and the Printed Word», de Eisenstein, p. 197. Véase también *The Literary Underground of the Old Regime*, de Darnton, y Jack R. Censer y Jeremy Popkin, eds., *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*.

panfletos que asombró a sus coetáneos»²⁴. Lo que vino después fue la primera campaña de la historia por obtener el favor de la opinión pública.

Inglaterra era a la vez más pacífica y más avanzada en el uso de la imprenta para hacer propaganda de las causas asociativas. A finales del siglo XVIII, las asociaciones reformistas empezaban a ser expertas en el uso de la prensa para exponer sus puntos de vista. Como lo expresaba la Sociedad de Correspondencia de Londres a la de Sheffield en una directiva estratégica:

Si todas las sociedades [reformistas] de la isla presentan una petición, en última instancia ganaremos terreno, ya que obligaremos a los miembros del Senado a discutir el tema una y otra vez, y sus deliberaciones, reproducidas en los diferentes periódicos, dirigirán naturalmente la atención del público hacia el objeto de nuestros propósitos (Read: 45).

El vínculo entre letra impresa y asociación era, si cabe, más explícito en Norteamérica. Por ejemplo, según Maier, durante la controversia sobre la Ley de Impuestos, los Hijos de la Libertad de Connecticut «ordenaron a los grupos locales que ‘publicaran sus actas en la *New London Gazette*’». Lo mismo ocurrió en Rhode Island y Nueva York. Los impresores eran miembros activos de los Hijos de la Libertad en Boston, Rhode Island y Pennsylvania. Mucho después de la disolución de los Hermanos en 1766, «estos periódicos y otros como ellos... siguieron siendo un foro de discusión pública» (Maier, 1972: 90-91).

Difusión por coalición social

El papel de la letra impresa y las asociaciones en la difusión de la acción colectiva contribuye a arrojar una luz diferente sobre el papel de la clase social en los primeros movimientos sociales. Los observadores de los movimientos del siglo XIX están obsesionados con su base de clase, que había de ser «burguesa» o no estar basada en las clases en absoluto en el caso de la Revolución Francesa (Furet, 1981),

²⁴ Georges Lefebvre, *The coming of the French Revolution*, p. 54. Al mismo tiempo se concedió una amnistía a los libreros y comerciantes que habían sido detenidos por distribuir material impreso crítico con el gobierno, como señala Eisenstein en su «*Revolution and the Printed Word*», p. 199.

y después respecto a la formación de la clase trabajadora inglesa moderna. Los primeros obreros ingleses no eran fáciles de distinguir de sus antecesores, los artesanos y oficiales. Cuando los dos grupos cooperaron en los movimientos populares de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la coincidencia se consideró accidental —algo así como dos barcos que se encontraran en la noche— o resultado de la absorción de una formación social en «declive» por su sucesora en «ascenso».

El resultado ha sido el mismo en ambos casos: ocultar el importante grado de coordinación *interclasista* de la acción colectiva entre sectores diversos, y a menudo divergentes, de la población. Fue a través de la difusión de información como se coordinaron las exigencias y surgió la acción colectiva entre grupos sociales con diferentes intereses e identidades sociales. Tanto la letra impresa como las asociaciones desempeñaron un papel clave en este proceso de difusión.

Karl Marx fue el primero en propagar la idea de que el movimiento social del siglo XIX estaría basado en las clases. Pensaba que, al generar el capitalismo un modo de producción cada vez más socializado, la homogeneidad resultante de la clase obrera contrarrestaría su tendencia al fraccionamiento y a la competencia interna. Cuando los intelectuales sumaban sus esfuerzos a los de los trabajadores, estaban «abandonando» su clase de origen como signo del inminente hundimiento del capitalismo (Tucker, ed., p. 481). Cuando clases diferentes formaban coaliciones —como en el *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*— era consecuencia de un estado intermedio de desarrollo que la historia no tardaría en superar (pp. 604 y en adelante).

Pero las sociedades que producían los movimientos que hemos examinado en éste y el anterior capítulo no eran aún las sociedades industriales homogéneas que Marx había visto en el futuro del capitalismo y tampoco eran ya las sociedades de terratenientes que las habían precedido. ¿Cómo produjeron, pues, movimientos sociales tan poderosos como el abolicionismo británico, la independencia americana y la Revolución Francesa sin que existieran las divisiones producidas por el capitalismo industrial o las solidaridades generadas por la pertenencia a una clase? La respuesta es que los vínculos amplios creados por la letra impresa y las asociaciones, así como por los periódicos y las redes sociales informales, hacen posible un grado de acción colectiva coordinada que no podrían haber logrado los lazos supuestamente «fuertes» de la clase social.

Vínculos débiles y movimientos fuertes

No es que los vínculos fuertes entre grupos homogéneos de trabajadores o artesanos què constituían la base de los movimientos sociales no fuera importante. En entornos institucionales como la fábrica o la mina, la clase podía ser la base de las solidaridades primarias de un movimiento social. El problema es que, cuando se trataba de formar movimientos sociales más amplios, la homogeneidad de clase era infrecuente y lo que necesitaban los movimientos eran *redes de vínculos entre grupos sociales y localidades diferentes e interdependientes*. La solidaridad de clase era una herramienta para la convocatoria de huelgas, pero era mucho menos importante —y podía ser incluso contraproducente— en la interacción con las autoridades que requieren los movimientos.

Incluso en la relativamente homogénea Gran Bretaña, no fueron las concentraciones masivas de trabajadores industriales sino comunidades heterogéneas de artesanos, mecánicos y trabajadores artesanales²⁵ las que dieron lugar a los movimientos más militantes de comienzos del siglo XIX. En la Norteamérica colonial, el movimiento patriótico amplió deliberadamente sus filas para incluir a miembros de diferentes asociaciones religiosas, obreros e incluso representantes étnicos (Wood, p. 245). En Francia, los *sans-culottes* eran un conjunto interclasista de «mercaderes, intelectuales de taberna, abogados, funcionarios, profesionales y asalariados ocasionales» (Schama: 901), y no el grupo homogéneo de clase baja que habían imaginado anteriores investigadores (Soboul: 1964).

Poniendo el énfasis en el desarrollo interno de la clase, los marxistas pasaban por alto un factor crucial de los grandes movimientos de su tiempo: que eran redes interclasistas de trabajadores demócratas, artesanos cultos y radicales de clase media cuyo poder procedía del hecho de que podían desafiar a las autoridades desde diferentes ángulos. Por plantearlo en términos más sociológicos, Marx creía que el movimiento socialista tenía que basarse en los fuertes vínculos

²⁵ Craig Calhoun considera «populistas» estos movimientos, arguyendo que «en muchos casos estaban... profundamente arraigados en comunidades tradicionales tanto artesanales como locales. Actuaban sobre esta base social, no sobre la más amplia de clase; pensaban en estos términos, no en los racionalistas de la explotación de clase». Véase su *The Question of Class Conflict*, p. xi.

de una clase obrera homogénea. Pero los vínculos de los grupos homogéneos son más propensos a producir escisiones y grupúsculos —enemigos del proceso de una movilización más amplia— que la acción colectiva a gran escala (Granovetter, 1973). Los vínculos débiles entre redes sociales no unificadas, pero de algún modo interdependientes, producían una matriz más amplia para los movimientos nacionales que la que podrían producir incluso los vínculos más fuertes en el taller o la familia²⁶. La palabra impresa y las asociaciones contribuyeron a tejer esos lazos para dar lugar a movimientos sociales nacionales.

Conclusiones

Las asociaciones primarias y los contactos cara a cara aportan solidaridad para la acción colectiva entre gente que se conoce y se profesa confianza. Pero la imprenta, la asociación y las campañas en coalición para la acción colectiva desarrollan solidaridad entre un mayor número de personas y contribuyen a la difusión de los movimientos a nuevos públicos. Permiten así formar coaliciones sociales holgadas, a menudo contingentes, abordar cuestiones convergentes o paralelas y poner en marcha amplios ciclos de movimiento.

Al tener un ámbito más reducido, es fácil para los historiadores caracterizar las ubicaciones y los actores de las anteriores oleadas de acción colectiva. Así, el geógrafo Andrew Charlesworth pudo distinguir las protestas inglesas de 1548 a 1900, delimitando sus agentes sociales y determinando su ubicación geográfica con gran precisión (1983). La razón de esto es que la mayoría de esos choques implicaba a una determinada categoría social de personas que vivían en un espacio físico limitado y se movían por una serie de reivindicaciones específicas. Los vínculos locales o corporativos les suministraban la confianza y la comunicación necesarias para atacar a otros, bien simultáneamente o en una rápida serie de asaltos. Pero la

²⁶ Como lo plantean dos sociólogos contemporáneos, Gerald Marwell y Pam Oliver, la heterogeneidad produce acción colectiva como resultado de la *interdependencia* entre los individuos mejor dotados y sus seguidores peor dotados. Véase su *The Critical Mass*, cap. 4. Para un ejemplo histórico que avala su teoría, véase el Capítulo 8 de este estudio.

propia fuerza de los lazos locales o corporativos limitaba también su capacidad para extenderse a otros lugares o formar coaliciones con otras categorías sociales.

En algún momento del siglo XVIII empezamos a percibir una ampliación de las exigencias, una capacidad más sostenida para crear acciones colectivas y un creciente alcance geográfico y social. Así lo señala Pauline Maier respecto a la difusión transclasista e intercolonial de la resistencia a los impuestos en Norteamérica en la década de 1760 (1972: 69, 87); Seymour Drescher lo observó en la agitación en contra de la esclavitud en Gran Bretaña (1987: 80-81), y Ted Margadant lo descubrió en la interacción urbana y rural, entre las clases media y baja en la insurrección de 1851 en Francia (cap. 7-8). Fueron la letra impresa y las asociaciones —y especialmente la combinación de ambas— las que hicieron posibles tales campañas de acción colectiva sostenida por parte de amplias coaliciones de actores sociales contra las elites y las autoridades. Y fueron estas coaliciones las que crearon el movimiento social nacional.

Pero, para desarrollarse, los movimientos nacionales necesitaban algo más que el «empujón» de la imprenta y la asociación; necesitaban el «tirón» de un objetivo común y un punto de apoyo para sus exigencias. Los encontraron a través de la expansión y consolidación del Estado nacional y en la reacción a sus demandas e incentivos. Como veremos en el siguiente capítulo, los movimientos sociales se desarrollaron en torno a la armadura del Estado nacional en expansión.

Capítulo 4

LOS ESTADOS Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES¹

Los estados nacionales son un foco tan esencial para la movilización de la opinión en nuestros días que a menudo olvidamos que esto no fue siempre así. El gran cambio se produjo entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX². Alexis de Tocqueville fue el primero en teorizar acerca de sus implicaciones de cara a la acción colectiva. En sus obras *Democracy in America* y *The Old Regime and the French Revolution* argumentaba que las diferencias en la centralización del Estado producían diferencias en la estructura de las oportunidades de cara a los movimientos sociales. El advenimiento del Estado nacional coincidió con el nacimiento de los movimientos nacionales.

¹ Parte del material de este capítulo fue presentado originalmente en la conferencia sobre Perspectivas Europeas/Norteamericanas sobre los Movimientos Sociales, celebrada en la Universidad Católica de Washington D. C. del 13 al 15 de agosto de 1992. Mi agradecimiento a Craig Jenkins y Doug McAdams por sus comentarios sobre ese trabajo.

² Esto no quiere decir que la construcción del Estado nacional no comenzara hasta el siglo XIX, sino que su consolidación, que implica la creación de la ciudadanía nacional, se remonta a ese periodo. Por ejemplo, incluso en Francia, que se podría considerar el Estado más centralizado del Antiguo Régimen, el gobierno fue indirecto hasta después de la Revolución y el concepto de ciudadanía se remonta tan sólo a las décadas inmediatamente anteriores a la Revolución. Acerca de la imbricación entre la consolidación del Estado y la ciudadanía en Francia, véase *Citizens*, Parte I, de Simon Schama. Acerca de la relación general entre la consolidación del Estado y la ciudadanía, véase Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States*, cap. 4.

La perspectiva de Tocqueville era implícitamente comparativa y, como resultado, se le ha considerado fundamentalmente un teórico de los efectos de distintos tipos de estructuras estatales sobre el comportamiento. Los estados centralizados (por ejemplo, Francia), sostenía, se engrandecen con la destrucción de organismos intermedios y la reducción de la autonomía local. Esto desincentiva la participación institucional y supone que cuando se producen confrontaciones, éstas son violentas y propenden a desembocar en el despotismo. Por contraste, en los Estados débiles (por ejemplo, Estados Unidos), en los que la sociedad civil y el autogobierno local son más fuertes, la participación es a la vez regular y generalizada, diluyendo la confrontación en un millar de pequeños riachuelos y permitiendo que florezca la democracia.

La mayoría de quienes han seguido los pasos de Tocqueville han puesto el énfasis sobre estos elementos comparativos de su teoría, pero pasando por alto la implicación dinámica de su análisis: *que la construcción del Estado crea una estructura de oportunidades para la acción colectiva de la que los movimientos sacan partido*³. El modelo dominante es el siguiente: los estados fuertes con sociedades débiles producen una participación limitada, puntuada por explosiones violentas de movimiento social; mientras que los estados débiles en sociedades civiles fuertes llevan a una participación abierta y a la acción colectiva convencional. Pero debajo de estas diferencias, todo desarrollo del Estado provee oportunidades para la acción colectiva. Aunque algunos estaban más centralizados que otros, fue la aparición de estados consolidados como blanco o punto de apoyo de la acción colectiva la que ofreció el marco para el desarrollo del movimiento social. Una vez creado este movimiento, su desafío configuró las relaciones futuras entre los estados y la acción colectiva más allá de las fronteras estatales. Los estados aprendían de otros estados y los movimientos de otros movimientos. Como expondré a continuación, el resultado final fue que quedaba limitado el impacto de toda estructura estatal en particular sobre el correspondiente movimiento social.

³ Sobre las excepciones, véase *The Contentious French* y *Coercion, Capital and European States* de Tilly. Las creencias transnacionales se ven especialmente bien reflejadas en el campo del movimiento social en el artículo de Herbert Kitschelt, «Political Opportunity Structure and Political Protest».

Centralización y excepcionalidad

La visión de Tocqueville ofrece un conveniente punto de partida para examinar el papel de la construcción del Estado en el nacimiento de los movimientos sociales nacionales. Empezaba preguntándose por qué había estallado la Revolución Francesa en Francia —donde el campesinado estaba muy lejos del feudalismo— y no en países más atrasados de Europa (1955: x). Su respuesta era que, en Francia, el engrandecimiento del Estado había privado a la aristocracia y a otros grupos corporativos de sus funciones positivas, reduciéndolos al papel de parásitos sociales. Como una sociedad desprovista de organismos intermedios carece de amortiguador entre el Estado y la sociedad, los franceses se convirtieron en «personas egoístas que practicaban un individualismo estrecho de miras sin importarles un ardite el bien común» (p. xiii).

El resultado fue un igualitarismo celoso, movilizaciones esporádicas e incontroladas y, finalmente, la Revolución de 1789: «Una siniestra, aterradora fuerza de la naturaleza, un monstruo recién nacido, con garras y colmillos ensangrentados» (p. 3). Cuanto más fuerte era el Estado, menos fomentaba la participación institucional y, cuando la acción colectiva estallaba al fin, mayor era el incentivo a la violencia. Nadie quería vivir en semejante situación y, tras una década de terror y caos, sobrevinía un despotismo aún más absoluto que el del Antiguo Régimen.

Pero lo mismo el cuadro que pintaba del Antiguo Régimen como el de los gobiernos que lo sucedieron estaban realizados con trazos demasiado gruesos. Por lo que se refiere al Antiguo Régimen, hoy sabemos que exageró tanto su fuerza como hasta qué punto había eviscerado los organismos intermedios de Francia. Después de todo, los aristócratas y los parlamentos provinciales se encontraban entre las fuerzas más poderosas de las que actuaban contra la monarquía en 1789, y el espíritu corporativo —si no la estructura— de los gremios y otros organismos intermedios permaneció vivo hasta mucho después de la revolución (Sewell, 1980; 1986).

En lo referente a los regímenes que vinieron a continuación, Tocqueville extendía a todos los Estados centralizados la obsesión con la indivisibilidad de la soberanía popular que caracterizó tan sólo a la fase jacobina de la Revolución. Es cierto que la Revolución puso fin al feudalismo, destruyó los gremios y dictó la ley *Le Chapelier* prohi-

biendo las asociaciones. Pero el corporativismo siguió siendo en espíritu, y a menudo en la práctica, el lenguaje que empleaban los trabajadores en los regímenes que vinieron a continuación. Los obreros y los campesinos, los albañiles y los notarios conservaron un fuerte espíritu asociativo que se puso de manifiesto en su acción colectiva y durante todas las crisis del régimen (Perrot, 1986; Sewell, 1986).

Para Tocqueville, el proceso de construcción del Estado que comenzó poco después de la Revolución no fue más que una continuación del proceso de centralización emprendido por el Antiguo Régimen. Pensaba que la centralización privaba al país del temperamento de su sociedad civil, necesaria para canalizar el descontento hacia interacciones positivas y moderar las pugnas de una sociedad codiciosa⁴. Olvidó que, al mismo tiempo, estaba siendo inventada la ciudadanía y que la nación-Estado moderna era producto de la interacción entre Estados y ciudadanos.

¿Dónde encontraría Tocqueville este temperamento? Tanto en el Estado como en la sociedad de la Norteamérica jacksoniana él veía un Estado débil y una sociedad civil fuerte que contrastaban marcadamente con la imagen que tenía de su tierra natal. Lo que tanto admiraba en sus viajes a través por Norteamérica era que no hubiera surgido un Estado central poderoso para constreñir su vigorosa vida asociativa y su floreciente política civil. Sin duda, Norteamérica nunca había tenido los organismos corporativos tradicionales cuya desaparición en Francia lamentaba Tocqueville. Pero éstos tenían un equivalente funcional en las iglesias, los grupos de interés y las asambleas locales, que dotaban a los norteamericanos de autosuficiencia y actuaban como un freno a la expansión del Estado (Tocqueville, 1954: cap. 16). Con su Estado débil y sus florecientes asociaciones, la democracia americana podría evitar los extremos del igualitarismo y el despotismo estatal que Francia estaba padeciendo.

Pero si la imagen que Tocqueville tenía de una Francia desprovista de organismos intermedios exageraba tanto la atomización social

⁴ Alexis de Tocqueville, *Recollections*, pp. 61-68. El intérprete más literal de Tocqueville es Michel Crozier, que introduce la fuerte tesis de la centralización y el desorden en el lenguaje de la sociología organizacional moderna. Véase *The Bureaucratic Phenomenon*, de Crozier, especialmente el capítulo 8. Véase también el ensayo de Stanley Hoffmann, «The Ruled», pp. 111-144, sobre cómo la centralización del Estado y la atomización de la sociedad civil han producido un estilo de protesta característicamente francés.

como la fuerza del Estado, su deslumbrante descripción de la Norteamérica jacksoniana ocultaba la relación entre la construcción del Estado y la acción colectiva. Por una parte, la bucólica imagen dejaba en la sombra la relación entre asociaciones y movilización. Por la otra, confundió el carácter no europeo del Estado norteamericano temprano con la ausencia de Estado sin más.

Por empezar por el segundo punto, aunque en el siglo XIX el Estado norteamericano no estaba centralizado, tampoco era un *no*-Estado. Los federalistas habían construido lo que, a finales del siglo XVIII, era un Estado eficaz para sus propósitos: un Estado de consolidación fiscal, reducción de la deuda, maniobras diplomáticas y expansión hacia el oeste (Bright: 121-122). El Estado que Tocqueville veía en sus viajes era débil; pero no había sido debilitado por el amor a la libertad inherente a los norteamericanos o por una genialidad de nacimiento denegada a otros, sino por el empate político entre dos sistemas socioeconómicos de base regionalista en plena expansión, el Norte y el Sur (pp. 121, 134). La debilidad era una propiedad *histórica*, y no caracteriológica, del Estado norteamericano. Como observa Charles Bright: «Los periodos de mayor parálisis en la política federal se corresponden con los periodos en los que la movilización partidista era máxima y los márgenes de victoria electoral más ajustados» (p. 136).

¿Qué hay de la acción colectiva americana? Aquí también la visión de Tocqueville se vio empañada por el reinado del terror que había diezclado a su familia y su clase. La acción colectiva —en buena parte violenta y contenciosa— rebosaba literalmente en Estados Unidos a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Los sabotajes contra el poderío británico y la creación de un ejército popular en la década de 1770; las rebeliones locales que siguieron a la revolución —que hubo que sofocar con tropas—; el debate nacional en torno a la aprobación de la Constitución; la oposición y el apoyo populares a la guerra de 1812; la movilización fronteriza que llevó a la presidencia a Jackson; el fervor religioso del Segundo Gran Despertar que se propagó por amplias extensiones de territorio recién colonizado: todos estos episodios escapaban al pulcro pluralismo institucional que Tocqueville creyó ver en sus viajes por Norteamérica.

El centro de gravedad de los movimientos sociales norteamericanos seguía siendo local en 1832, y esto encajaba en el paradigma de Tocqueville. Pero incluso antes de la industrialización, en las ciudades

de la costa atlántica existía un vigoroso movimiento de trabajadores urbanos con una fuerte dosis de republicanismo *painita* (Wilentz, 1984; Bridges, 1986). Los movimientos regionales y nacionales ya estaban desarrollando su capacidad para la acción colectiva en una tosca dialéctica con la lucha nacional por el poder. También estaban sentando las bases de los movimientos por la templanza, el abolicionismo e, indirectamente, del primer movimiento feminista del mundo. La conflictividad regional que inicialmente había paralizado el desarrollo de la política nacional terminó en el más cataclísmico episodio de acción colectiva de toda la historia de la nación. Una acción que transformaría el Estado norteamericano en un Leviatán moderno (Bensel, 1990).

Las diferencias que detectó Tocqueville entre Francia y Estados Unidos en lo referente a la centralización del Estado, las asociaciones y la acción colectiva eran reales, pero en ambos países la construcción del Estado estaba ofreciendo una oportunidad para los movimientos sociales. América no era tan excepcional —ni Francia estaba tan centralizada— como pensaba Tocqueville. En Estados Unidos encontró lo que creía que había perdido Francia —una floreciente vida asociativa que confundió con un equivalente funcional del perdido orden corporativo. Al alabar la debilidad del Estado norteamericano, cuya presencia apenas era perceptible, y al atribuir el desarrollo asociativo a esta ausencia, Tocqueville pasó por alto el modo en que, en una áspera dialéctica con el Estado, se estaba desarrollando una política contenciosa de masas —a menudo violenta— en Norteamérica, que estaba configurando el modo de actuar colectivamente de la gente. Fue la expansión y consolidación del Estado nacional lo que ~~llevó a la aparición del movimiento social~~ llevó a la aparición del movimiento social. Esto era una realidad en todo el Occidente, al margen del grado de centralización estatal.

Las convicciones institucionales de Tocqueville también le llevaron a pasar por alto dos elementos dinámicos. El primero era a corto plazo: si bien los movimientos son configurados por las estructuras estatales, que son más o menos estables, el detonante son cambios a muy corto plazo en las oportunidades políticas. El segundo elemento era a largo plazo: una vez creados los movimientos, ya sea en el contexto de una estructura estatal u otra, se convertían en modelos para la acción colectiva en otros estados con estructuras muy diferentes. En este capítulo examinaremos cómo la construcción del Estado

aportó oportunidades para los movimientos sociales durante la fase de consolidación del mismo. En el siguiente capítulo nos adentraremos en los efectos de las oportunidades políticas sobre la construcción y estrategia del movimiento social en nuestros días.

Construcción del Estado y acción colectiva

Incluso antes de la Revolución Francesa, y en lugares más pacíficos que Francia, el Estado nacional estaba acaparando un poder sin precedentes para estructurar las relaciones entre los ciudadanos y entre éstos y sus gobernantes. Los estados en expansión hacían la guerra, y para ello necesitaban carreteras y redes postales, ejércitos y fábricas de municiones. A la hora de financiar tales avances, los estados no podían ya confiar en el excedente obtenido del campesinado, sino que dependían del crecimiento de la industria y el comercio, lo que a su vez requería que se mantuvieran la ley y el orden, que hubiera alimentos, que se autorizaran las asociaciones, que se desarrollara una ciudadanía con las habilidades necesarias para dar cuerpo al ejército, pagar impuestos y hacer girar los engranajes de la industria.

Estos esfuerzos de construcción del Estado no tenían por objeto apoyar la movilización social, sino todo lo contrario, pero facilitaron el despliegue de los medios de comunicación gracias a los cuales fue posible movilizar a la opinión pública, crearon una clase de hombres experimentados en los asuntos públicos y llevaron a imponer exacciones financieras a los ciudadanos, que no siempre estaban dispuestos a pagarlas. Además, los Estados que asumían la responsabilidad de mantener el orden tenían que regular las relaciones entre grupos, y esto significaba que tenían que crear un marco legal para las asociaciones además de proveer mecanismos de control social más sutiles que las porras del ejército o la policía.

Gracias a estos esfuerzos, el Estado no sólo penetró en la sociedad, sino que la integró en él. Creando cuerpos de policía concebidos para grandes poblaciones y estandarizando los procedimientos a los que podían recurrir los ciudadanos en sus relaciones con las autoridades, los estados facilitaron objetivos para la movilización y marcos cognitivos en los que los grupos desafectos podían comparar sus situaciones con las de circunscripciones más favorecidas y encontrar aliados. Los

estados en expansión atacaron las instituciones corporativas del pasado e intentaron impedir la aparición de nuevos tipos de asociación. Pero sus actividades proveyeron un sustrato en el que se desarrollaron nuevas identidades, nuevas asociaciones y exigencias más amplias. En el seno del mismo, los ciudadanos no sólo se oponían a la expansión del Estado, sino que lo usaron como punto de apoyo para llevar adelante sus reclamaciones contra sus antagonistas.

Los ejemplos más evidentes fueron la extensión del sufragio y la legalización de las reuniones públicas que éste fomentó. A los estados liberales podía no agradarles la idea de que los trabajadores se manifestaran o los campesinos se concentraran en la plaza del pueblo, pero incluso con un sufragio restringido, las reuniones y el consumo de bebidas que acompañaban a las campañas electorales suministraban paraguas bajo los que encontraban un sitio agentes sociales menos deseables y formas más contenciosas de acción social. Incluso en ausencia de elecciones, como escribe Raymond Grew, todos los estados, «como por un mandato irresistible, favorecieron unas comunicaciones más fluidas a nivel nacional y una educación mínima universal... Una vez que la ciudadanía se hubo convertido en una cuestión formal de nacimiento o de juramentos registrados por el Estado, siguió siéndolo aunque pudieran alterarse criterios específicos» (p. 94).

Tres políticas básicas —hacer la guerra, recaudar impuestos y proveer alimentos— formaban parte de la lucha librada por los estados en expansión para afirmar y extender su poderío. Si bien empezaron en forma de presiones ejercidas sobre los ciudadanos y de esfuerzos por introducirse en la periferia, produjeron nuevos canales de comunicación, redes más organizadas de ciudadanos y marcos cognitivos más unificados en los que la gente podía aglutinar sus reivindicaciones y organizarse. En estados tan diferentes como la Gran Bretaña liberal y constitucional, la Francia absolutista y la Norteamérica colonial, estas políticas crearon escenarios para la formación de los movimientos sociales. Y estos movimientos —o el miedo a los mismos— marcaron la evolución del Estado nacional.

La guerra y los movimientos en Gran Bretaña

Los cambios de más alcance fueron los producidos por la guerra y la colonización; no sólo porque hicieron subir los impuestos y otor-

garon más poder a los gobiernos, sino porque movilizaban a la gente y ofrecían oportunidades para la acción colectiva. La movilización para la guerra había sido limitada hasta que, tratando de materializar sus ambiciones, los gobernantes formaron ejércitos regulares, que, por su tamaño, no podían estar integrados por mercenarios ni ser dirigidos por nobles. El crecimiento en el tamaño de los ejércitos se hizo geométrico en el siglo XVIII⁵, al igual que los requerimientos financieros y logísticos para poner hombres en el campo de batalla. De agrupaciones multinacionales de batallones fundamentalmente mercenarios, los ejércitos pasaron a ser nacionales⁶. Y la movilización nacional (aunque no llegó ni mucho menos a los niveles del siglo XX) era lo suficientemente importante como para causar graves dislocaciones sociales y financieras, y en ocasiones incluso revoluciones (Skocpol, 1979).

Puede parecer extraño escoger a la pacífica Gran Bretaña de finales del siglo XVIII —en la que el patronazgo seguía siendo el pan nuestro de cada día por lo que se refiere a la política— como el lugar idóneo para mostrar el vínculo existente entre guerra y movimiento. Pero siempre es un error separar la acción colectiva de la política, particularmente en el siglo XVIII. El patronazgo generaba conflictos interelites entre los Whigs de la oposición y los Tories del gobierno, lo que condujo a los primeros a hacer todo lo posible por estimular una oposición extraparlamentaria «en la calle»⁷. Entre

⁵ Samuel Finer nos informa de que, mientras que el número de soldados franceses empleados contra España en 1635 fue de 155.000, Napoleón movilizó 700.000 para la campaña rusa en 1812. Y mientras que los prusianos reclutaron 160.000 hombres para la guerra de los Siete Años, en 1814 reclutaron 300.000. En el caso de Gran Bretaña, las cifras siempre fueron menores, pero su aumento fue proporcional: de los 75.000 soldados reunidos en 1712 a los 250.000 en el clímax de las campañas napoleónicas. Véase «State and Nation-Building in Europe: The Role of the Military», de Finer, p. 101.

⁶ Finer señala que «todavía en el tercer cuarto del siglo XVIII, entre la mitad y un tercio de los soldados de cualquier Estado habrían sido extranjeros». Véase su «State and Nation-Building», pp. 101-102.

⁷ De hecho, inicialmente, el término «público» no se refería a los movimientos espontáneos de opinión, sino a los seguidores extraparlamentarios de grupos parlamentarios. Donald Read (1964: 288) sostiene que uno de los primeros en utilizar el término fue Burke, que escribió a Rockingham durante la crisis de Wilkes: «Si aspiramos a obtener *compensación*, debemos fortalecer la posición de la minoría de puertas adentro con el acceso de la opinión pública.» Según *Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III*, p. 13, de Brewer, cuando Rockingham empleó el término «el público» parecía referirse a las clases parlamentarias.

otras cosas, esto significaba que la opinión pública se movilizó en torno a problemas objeto de debate parlamentario. Para movilizar a la gente y sacarla a la calle se recurrió a cuestiones como el aumento de las tarifas sobre la sidra en el oeste, la reforma «económica» y parlamentaria, o el escándalo público de la exclusión de Wilkes de la Cámara de los Comunes.

Tanto el proceso de formación del sistema de partidos como las oportunidades del movimiento social progresaron merced a las actividades más agresivas del Estado británico: la colonización y la guerra. El movimiento de reforma del siglo XVIII, cuyos temas a debate eran básicamente nacionales, recibió un fuerte impulso al desatarse la agitación en las colonias. Durante los primeros años de problemas con Norteamérica, los colonos rebeldes esperaban que el resultado de sus esfuerzos fuera una reforma de la política británica. En sus contactos con Wilkes instaban a los radicales ingleses a que arguyeran que «la causa de la libertad... es una causa común» (Maier, 1972: 198).

En los primeros años de guerra colonial se produjo el típico aumento de respaldo al gobierno. Los años siguientes, por el contrario, trajeron la decepción, las tensiones financieras y el miedo popular a la invasión francesa, lo que condujo a intentos continuados de movilizar a la opinión pública. Estos intentos fueron inicialmente encabezados por elites y se centraron en Londres. Pero al no poder desarrollar un fundamento nuevo para la organización política en la década de 1760 (Brewer, 1976: cap. 5), la oposición liberal fomentó un ataque continuado y de amplia base social contra los ministros sobre la base de la reforma social. En vez de centrarse en cuestiones individuales, lord Richmond urgía a los comerciantes y a otros grupos a «salir a la luz y mostrar su oposición a los hombres que piensan que les están arruinando, a ellos y al país» (Read: 10-11). Fue en este contexto en el que Wilkes presentó su famosa petición vinculando la guerra a la reforma parlamentaria: «La guerra americana —sostenía— es en esta era, realmente crítica, uno de los argumentos más poderosos para la regulación de nuestros mecanismos de representación» (Christie, 1982: 65).

El cambio de más alcance se gestó lejos de Londres, en Yorkshires. Al ir aumentando el coste de la guerra y las posibilidades de una derrota, surgió un clamor popular por la reducción del gasto y contra la corrupción de un gobierno que basaba su poder en la compra de

votos a través de pensiones, sinecuras y mecanismos similares. Buena parte de la oposición procedía de sectores rurales, como Yorkshire, donde el comercio se había visto gravemente afectado por el boicoteo colonial de las mercancías inglesas y posteriormente por el bloqueo británico de los puertos norteamericanos.

La Yorkshire Association comenzó sus actividades con una plataforma que combinaba una llamada a la reforma económica y parlamentaria con el intento de construir una red nacional de asociaciones en los condados. Encabezada por un acomodado clérigo-terrateniente, Christopher Wyvill, exigía nada menos que la «oposición a esa falange de mercenarios» que gobernaba el país, a través de la formación de «asociaciones en los diversos distritos del reino, bajo la autoridad de sus propios comités y por delegación general de los Cuerpos Asociados» (Read: 12). La asociación de Wyvill redactó una petición que reunió casi nueve mil firmas en Yorkshire y eligió un comité de correspondencia para mantener la presión en favor de la reforma.

Como ya hemos visto, crear un comité para presentar una petición no tenía nada de nuevo en la Gran Bretaña de 1779. Lo que sí era nuevo era que el comité de Yorkshire se creara para seguir presionando en favor de la reforma (Read: 13). Wyvill quería «mantener la maquinaria de Yorkshire en marcha para promover su programa político» (Christie: 76). Su ejemplo fue seguido en Middlesex, Westminster y Gloucestershire, donde Wyvill tenía correspondientes y donde se estaban formando comités parecidos. No es de extrañar que el gobierno conservador condenara el esfuerzo como un intento de imitar al «sedicioso» Congreso Continental Americano.

Los disturbios de Gordon de junio de 1780 produjeron una reacción contra la asociación extraparlamentaria, y la sección de Yorkshire y otras ramas del movimiento se marchitaron a comienzos de la década de 1780 (Read: 14-16). La reacción se intensificó cuando la fase jacobina de la Revolución Francesa pareció amenazar a las instituciones británicas (Goodwin, 1979). Pero si bien los agitadores jacobinos y painitas fueron eliminados, los movimientos en favor de la reforma económica y parlamentaria establecieron firmemente la futura forma de las asociaciones en la política inglesa. La guerra y las tensiones interiores que ésta generaba suministraron oportunidades para una forma de movilización que pasó a ser central en la cultura política inglesa. «La guerra hizo al Estado y el Estado hizo la guerra»,

escribe Charles Tilly (1975: 42). Pero la guerra también abría espacio para los movimientos.

El aprovisionamiento de alimentos en Francia

Los actores colectivos también dirigían sus exigencias y se aglutinaban en torno a actividades más rutinarias de los Estados nacionales. Una necesidad tradicional de los Estados europeos era regular el abastecimiento y el precio de los alimentos, en parte por motivos fiscales, pero también para garantizar la subsistencia y el orden público. En el pasado, esta lucha la habían librado fundamentalmente elites urbanas que intentaban hacerse con el control de sus correspondientes zonas rurales. Pero al ir creciendo las ciudades, los estados se expandieron y los mercados se hicieron internacionales. Los estados nacionales se convirtieron en los responsables de garantizar el aprovisionamiento de alimentos y se les hacía responsables cuando no lo conseguían.

El suministro de alimentos nunca estuvo totalmente libre de control público. Por ejemplo, la insistencia en que la comercialización y el pesaje de alimentos tuvieran lugar en público no era solamente un modo de garantizar el cobro de impuestos, sino también de asegurar unos niveles mínimos de calidad y precio (Kaplan, 1984: 27 y en adelante). En un momento u otro estuvieron implicados en el control del abastecimiento de alimentos las comunidades, las propiedades señoriales, las iglesias y los estados. No obstante, «sólo los estados adquirieron inequívocamente un mayor poder para intervenir en el aprovisionamiento de alimentos a largo plazo» (Tilly, 1975: 436).

Bajo la monarquía francesa, la conexión entre el suministro de alimentos y la prevención del desorden era explícita. Según un administrador del siglo XVIII, el prerrequisito del orden «era proveer el sustento de las personas, sin el cual no hay ley ni fuerza capaz de contenerlas»⁸. De hecho, la obligación de garantizar la subsistencia llegó a considerarse una importante responsabilidad de la monarquía, pues «qué deber más solemne podría tener un padre que garantizar a sus hijos el disfrute del pan de cada día» (Kaplan, 1984: 24).

⁸ El administrador provincial era Bertier de Sauvigny, cuyo manuscrito inédito de la Bibliothèque National, «Observations sur le commerce des grains» es citado por Steven Lawrence Kaplan en su *Provisioning Paris*, p. 23.

Aunque frecuentemente se producían conflictos en torno a los alimentos cuando la gente sentía que su derecho a la subsistencia se veía amenazado, la situación se generalizó «cuando los estados empezaron a asegurar la subsistencia de aquellos sectores de la población más dependientes y/o amenazadores para ellos». Esto incluía, en especial, a las fuerzas armadas, los administradores del Estado y la población de las capitales (Tilly, 1975: 393). Dado que estos tres grupos crecieron rápidamente en el siglo XVIII, no es casualidad que las crisis de subsistencia y las rebeliones por los alimentos salpicaran buena parte de ese siglo, de forma especial en los años anteriores y posteriores a 1789.

Con la difusión de las ideas fisiocráticas a partir de mediados del siglo, surgió la noción liberal de liberalizar el precio del grano frente a la política paternalista de garantizar el abastecimiento de las ciudades, especialmente en el caso de París. Ésta originó una importante contradicción en el Estado francés de finales del siglo XVIII; ya que, si bien «altos funcionarios de la corona trabajaban incesantemente para promover la libre circulación del grano desde las provincias» y «vencer la frecuente resistencia de los parlamentos provinciales al desmantelamiento de la vieja normativa legal sobre el comercio de grano» (Tilly, 1975: 448), se desarrolló toda una «política» o regulación estatal del abastecimiento de alimentos para garantizar que la populosa ciudad de París dispusiera de alimentos.

Aprovisionar París se consideraba una responsabilidad especial del Estado, no sólo por la enorme población de la ciudad, sino porque se daba por supuesto que los parisienses eran perfectamente capaces de derribar al gobierno. Se ponía especial interés en garantizar no sólo la cantidad de alimentos con la que se abastecía París, sino también su calidad⁹. No era sólo pan lo que los caprichosos parisienses reclamaban, sino pan blanco de calidad. Hasta los radi-

⁹ La responsabilidad fundamental del abastecimiento de alimentos de la capital estaba dividida entre una serie de instituciones e inspectores. A nivel nacional estaba en manos de la *lieutenance générale de police*, que disponía de abundante personal para este fin. Pero competía por el control de los alimentos con el Parlement de París, con su procurador general y con el *prévôt des marchands* en nombre de la municipalidad, en un forcejeo continuo que reflejaba tanto la lucha de los constructores del Estado por obtener ascendencia sobre los defensores de los privilegios locales como el miedo a la hambruna. Véase *Provisioning Paris*, de Kaplan, pp. 36-37, acerca de la arquitectura de la regulación alimentaria de París.

cales babuvistas pedirían posteriormente «¡Libertad, pan y pan *bueno!*» (Kaplan, 1984: 58).

Los conflictos más enconados surgían en tiempos de escasez entre los funcionarios parisienses y las comunidades locales, que producían el grano y competían por su abastecimiento. «La más feroz lucha por la subsistencia entre comunidades —escribe Kaplan— enfrentaba a la ciudad-mercado local con la rapacidad de la capital» (p. 39). No se trataba de un simple conflicto entre el Estado en expansión y una sociedad subordinada. Aunque se hablaba alegremente de las virtudes de la libertad de comercio, la policía parisiense interpretaba esta doctrina como el imperativo de alimentar la ciudad, mientras que los funcionarios locales que clamaban contra la presión de París podían estar defendiendo a los consumidores, a los molineros-comerciantes o incluso sus propias inversiones en el mercado del grano (Kaplan, 1982: 64).

Las apropiaciones de grano rara vez obedecían simplemente a que los plebeyos exigieran que el cereal permaneciera en los mercados locales. Los parlamentos provinciales, los *seigneurs* y funcionarios locales y la policía a menudo prestaban su apoyo a las poblaciones rurales frente a la capital, empleando la resistencia de masas como «un poderoso pretexto para adoptar medidas drásticas con el fin de garantizar el abastecimiento» (p. 39). «En algunos casos —escribe Kaplan— la gente seguía las indicaciones de la propia policía» (1982: 64).

La resistencia adoptó tanto forma física como legal. Durante los tiempos de escasez de grano, mientras los consumidores bloqueaban la exportación de éste y exigían un «precio justo» para el pan, los funcionarios locales impedían a los proveedores parisienses acceder al comercio local, produciendo largos retrasos en el mercado, requiriendo mercancías que viajaban en dirección a París y estableciendo rutas clandestinas de suministro y almacenamiento (Kaplan, 1984: 39). Esto fomentaba alzamientos recurrentes «que reafirmaban el derecho, profundamente arraigado, de la comunidad a su subsistencia» (p. 39).

La Revolución Francesa, aunque fue desencadenada por conflictos más generales sobre los impuestos y el poder parlamentario, mostró hasta qué punto estaba imbricado el Estado nacional en los conflictos sobre el alimento. Cuando las mujeres de París marcharon sobre Versalles en 1789, lo que exigían era pan. Hasta los jacobinos,

temiendo ser desbordados por su izquierda, consideraron conveniente fijar precios máximos para el pan y enviaron ejércitos revolucionarios a rastrear las provincias en busca de grano. Las insurrecciones municipales que sucedieron a la caída de la Bastilla se radicalizaron en algunos lugares al grito de «pan a dos sous» (Lefebvre, 1967: 125). De una serie de conflictos locales y episódicos sobre la subsistencia, el aprovisionamiento de alimentos pasó a ser uno de los ejes de todos los ciclos revolucionarios de la historia de Francia hasta 1848.

La recaudación de impuestos en Estados Unidos

El denominador común de todas las políticas del Estado moderno es su capacidad de obtener ingresos para financiar sus actividades. El resultado es que, como escribe Gabriel Ardant, los problemas fiscales

surgen cuando comienzan los grandes cambios sociales, como la liberación de los siervos de Europa occidental, la subyugación de los campesinos de Europa del Este, las guerras de la independencia (tanto la de Portugal como la de Estados Unidos), las revoluciones, la creación de gobiernos representativos, etc. (p. 167).

El crecimiento del Estado moderno era contestado con especial frecuencia en las revueltas contra los impuestos. La detestada *gabelle* en Francia y el *dazio* en Italia condujeron a revueltas que duraron años. El hábito del gobernante de vender a terceros el derecho a recaudar los impuestos de los campesinos aumentó el resentimiento popular contra la carga, haciendo a la vez que les resultara más fácil atacar al recaudador. Las revueltas contra los impuestos estallaban y desaparecían —eran más comunes en las áreas periféricas que en las centrales—, pero no estaban en absoluto circunscritas a las clases más bajas, como muestra la historia de las relaciones entre la monarquía francesa y los parlamentos provinciales.

Pero fue sólo a finales del siglo XVIII cuando las revueltas contra los impuestos empezaron a tener una base suficientemente amplia para incorporarse a los movimientos nacionales. Si los estados de la Europa del siglo XVIII se enfrentaban a un nuevo problema fiscal, se

debió a que el alcance de sus ambiciones requería un grado de universalismo financiero que quedaba en entredicho por su dependencia de las clases privilegiadas. Estas últimas pagaban pocos o ningún impuesto, considerando que el papel militar de la nobleza y el espiritual del clero constituía un servicio suficiente al Estado. Los gobernantes, que jugaban con la idea de universalizar la carga de los impuestos, tenían que hacer frente a la perspectiva de perder el apoyo de uno u otro de sus principales aliados (Ardant: 213).

Las diferencias entre los poderes de Inglaterra y del continente eran que en la primera jamás se ensayaron reformas básicas en el sistema impositivo y que el centro efectivo del Estado británico era un Parlamento que habría tenido que aprobar dichas reformas (Ardant: 207). Ambas diferencias obedecían al mismo factor: desde 1688, el Parlamento había sido el centro del Estado británico y la recaudación representaba un peso llevadero para el campo, del que dependía la riqueza de la elite parlamentaria¹⁰. Por el contrario, su peso era considerable para el comercio, particularmente para el mantenido con las colonias, de donde debían venir los fondos con los que financiar las guerras necesarias para adquirirlas y conservarlas.

Como vimos en los dos últimos capítulos, la rebelión que condujo a la revolución norteamericana comenzó como una controversia sobre el intento de Gran Bretaña de incrementar sus ingresos. En cierto sentido, ésta intentaba aplicar lo que parecía ser la ley del mínimo esfuerzo. Como escribe Gabriel Ardant, la revolución en Norteamérica «se desencadenó por la falta de audacia fiscal de los ingleses, que habían creído posible aliviar su carga financiera [interna] a expensas de hombres que no habían dado su consentimiento a la imposición» (p. 204). Esto se justificaba con el argumento de que la guerra de Norteamérica se había librado en beneficio de los colonos y que eran ellos los que debían pagar por ella.

Pero semejante estrategia fiscal era una insensatez. Los colonos americanos vivían al otro lado del océano y tenían sus propios gobiernos provinciales, que dependían en buena medida de la misma com-

¹⁰ Según Gabriel Ardant, en su ensayo «Financial Policy and Economic Infrastructure of Modern States and Nations», pp. 202-203, entre 1736 y 1738 los ingresos fiscales ingleses, por término medio, procedían de la tierra (17,5%), ventanillas, anualidades y funciones (2,4%), aduanas (24,6%), sisa (52,8%) y sellos (2,6%).

binación de ingresos de los que dependía la nación madre¹¹. La nueva política fiscal imperial no sólo resultaba ofensiva y difícil de recaudar; amenazaba la autonomía del sistema político colonial, que era un instrumento de gobierno indirecto¹².

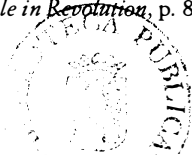
Al forzar al gobierno británico a revocar la Stamp Act, los colonos pusieron freno a la estrategia financiera del imperio más poderoso de su tiempo. Si éste se hubiera limitado a intentar que unos colonos carentes de representación pagaran una guerra supuestamente librada en su beneficio, aquello no habría sido más que un incidente pasajero en la historia colonial británica. Condujo a una revolución porque los británicos no desistieron. Pero ¿por qué se negaron a hacerlo y reincidieron una y otra vez en actos cada vez más escandalosos contra el comercio norteamericano?

La razón más sencilla es que querían el dinero y creían tener derecho a exigirlo. Pero la segunda era el miedo a la difusión: si un puñado de colonos desarraigados podían desafiar con éxito al Imperio británico, su ejemplo podía cundir en Irlanda, donde una revuelta sería mucho más peligrosa y los resistentes podrían entrar fácilmente en contacto con Francia. Después de todo, era de Irlanda de donde procedía el eslógan: «No a los impuestos sin representación».

Pero había un motivo aún más fundamental para la inflexibilidad del Parlamento. Al negarse a financiar una guerra supuestamente librada en su beneficio, los colonos desafiaban nada menos que la expansión del Estado británico. En palabras de lord Dartmouth (Maier, 1972: 233), el Parlamento, como núcleo de ese Estado, era «inherente a la suprema autoridad del Estado e inseparable de la misma». Si era posible desafiar al Parlamento en este terreno, el

¹¹ Por ejemplo, los gastos de Nueva York se cubrían por medio de un arancel sobre la importación, una sisa sobre diversas mercancías y una licencia de buhoneros y traficantes. Al igual que en Inglaterra, la tierra sólo pagaba impuestos en tiempos de guerra, lo que permitía que los grandes terratenientes cargaran con una pequeña parte de los gastos de las colonias, mientras que ciudades como Nueva York y Albany tenían que soportar una cantidad desproporcionada del impuesto. Véase *A People in Revolution* de Edward Countryman, p. 38, acerca de la estructura de ingresos tributarios de Nueva York.

¹² Por ejemplo, en Nueva York, según escribe Countryman: «La Sugar Act, la Stamp Act y las Townshend Acts amenazaban el control de la asamblea sobre las finanzas provinciales. La reforma del servicio aduanero introdujo una burocracia extranjera, y el estacionamiento de tropas británicas tenía por objeto dar a esa burocracia la fuerza necesaria para imponer su voluntad» (*A People in Revolution*, p. 85).



Estado podía verse abocado a enfrentarse a desafíos aún mayores en su propia casa. La primera gran revolución colonial de la historia fue una respuesta a la construcción del Estado, marcó sus límites y puso de relieve el poder internacional del movimiento.

El Estado como objetivo y como mediador

Buena parte de la literatura sobre la construcción del Estado se centra en la imposición de su autoridad sobre territorios que previamente quedaban fuera de su control o que eran gobernados de manera indirecta. Actividades como hacer la guerra, aprovisionar a las ciudades y recaudar impuestos estimularon nuevos y más duraderos episodios de acción colectiva. Al ir expandiéndose y penetrando en la sociedad las actividades de los estados nacionales, los blancos de la acción colectiva pasaron de los actores privados y locales a los centros nacionales de toma de decisiones. El Estado nacional no sólo centralizó los objetivos de la acción colectiva, sino que suministró involuntariamente un punto de apoyo para las formas estandarizadas de acción colectiva, comentadas en el Capítulo 2. En adelante, éstas podrían ser utilizadas contra antagonistas sociales o políticos a través de la mediación del Estado.

Durante buena parte del siglo XVIII, como descubrimos en la reciente investigación sobre Gran Bretaña de Charles Tilly, los objetivos de las formas usuales de enfrentamiento eran los molineros y comerciantes de grano, la nobleza local, los miembros de la comunidad y los agentes periféricos del Estado, como los encargados de los puestos de peaje. Sin embargo, Tilly descubre que, desde finales del siglo XVIII, con una breve inversión de la tendencia entre 1789 y 1807, la acción colectiva pasó decisivamente de tales objetivos privados al recurso a los mítines públicos, cuyo principal objetivo era el Parlamento. En la década de 1830, el Parlamento se había convertido en objeto de aproximadamente un 30 por ciento de las reuniones contenciosas celebradas en el sudeste de Inglaterra (1993a: fig. 2)¹³.

¹³ De los muchos informes preliminares del Great Britain Study, de Tilly, los que tienen una relación más directa con los hallazgos aquí resumidos son su «Britain Creates the Social Movement», «Speaking Your Mind Without Elections, Surveys, or Social Movements», «How to Detect, Describe and Explain Repertoires of Conten-

La construcción del Estado no sólo convertía al gobierno nacional en el blanco de las exigencias de los ciudadanos, sino que dio a sus acciones un marco más amplio. La regularización de los impuestos, de las normas administrativas y de las categorías censales fomentaron la formación de coaliciones de grupos que anteriormente habían sido hostiles o indiferentes unos respecto a otros. La clasificación de los ciudadanos en lo que originalmente eran agrupamientos artificiales por parte del Estado (por ejemplo, los que cotizaban tal impuesto, los residentes en determinadas clases estadísticas de ciudades, los soldados reclutados en ciertos años) construyó nuevas identidades sociales o al menos sentó las bases para coaliciones más amplias.

Los *départments* franceses creados durante la Revolución son un caso arquetípico. Trazados con arreglo a los cálculos de los cartógrafos y nombrados en función del río que les atravesara, los departamentos fueron diseñados para romper las viejas lealtades provinciales, especialmente en áreas de integración tardía que habían sido gobernadas indirectamente por la monarquía. Pero finalmente dieron lugar a identidades administrativas, y posteriormente políticas, como reacción a la política territorial del Estado.

Este resultado integrador se aprecia con especial claridad en los efectos de los impuestos sobre la acción colectiva. Al pasar de un batiburrillo de distintas tasas para diferentes clases de ciudadanos a impuestos simplificados a nivel nacional y recaudados por una burocracia central, las revueltas contra la presión impositiva podían unir a diversos grupos sociales y localidades. El reclutamiento tuvo un efecto similar, especialmente cuando la resistencia iba respaldada por objeciones ideológicas o religiosas. La rebelión de la Vendée, que siguió a la Revolución Francesa, fue sólo el primero de una serie de movimientos que finalizaron en la oposición a la guerra de Vietnam, para los que la resistencia al alistamiento fue el detonante de una movilización más amplia.

El significado de estas tendencias iba más allá de la centralización de la vida política que preocupaba a Tocqueville y se extendieron a estados menos centralizados que Francia. Coincidieron con la difu-

tion» y «Contentious Repertoires in Britain, 1758-1834». La metodología del estudio se expone brevemente en «A Study of Contentious Gatherings in Early Nineteenth-Century Great Britain», de Robert A. Schweitzer y Charles Tilly.

sión del nuevo repertorio modular y representaban un punto de apoyo para ejercer presión sobre el Estado por medio de diferentes combinaciones de actores sociales y políticos. A través de peticiones masivas, mítines públicos y manifestaciones contra el Estado, los grupos desafectos con reivindicaciones disponían de una alternativa al enfrentamiento directo con sus enemigos: en adelante podían usar al Estado para que mediara en sus conflictos con aquellos a quienes se oponían.

Por ejemplo, si con una petición se podía presionar al Parlamento en favor de una ley de reforma, también se podía convertir a la Cámara en un *punto de apoyo* que aprobara resoluciones contra los comerciantes de esclavos, los protestantes, los católicos y los patronos. La barricada, que podía usarse para derrocar a una monarquía, como ocurrió en febrero de 1848, también se podía emplear contra la República parlamentaria en junio del mismo año y para protestar por el envío de tropas francesas a Roma al año siguiente. El Estado en expansión ofrecía oportunidades para los emergentes movimientos sociales de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en su enfrentamiento contra otros. Como sugieren los siguientes ejemplos de Francia y Estados Unidos, estas oportunidades de movilización creadas por el Estado eran tanto a corto como a largo plazo.

Oportunidades a corto plazo: el advenimiento de la Revolución Francesa

La década de 1780 se había visto marcada en Francia por una serie de intentos, cada vez más desesperados, por parte del Estado de cubrir su creciente deuda reformando su sistema fiscal, en parte a expensas de la aristocracia. Cuando en la primavera de 1788 fracasó la creación de un sistema de Cortes nacionales, el resultado fue la decisión de abrir el sistema a una participación más amplia que la existente hasta entonces. Durante el año que siguió al anuncio por parte del rey de la próxima convocatoria de unos Estados Generales, se produjo la politización de redes de amigos y conocidos, se puso en marcha una campaña de propaganda y se convocaron asambleas públicas en todo el país para discutir las quejas de la gente y elegir delegados para los inminentes Estados. Estas oportunidades a corto plazo para movilizar consenso sentaron las bases de la revolución.

La motivación del rey no era la simpatía hacia su pueblo, ni mucho menos. El Estado estaba prácticamente en bancarrota, la aristocracia había organizado eficaces maniobras de bloqueo contra los nuevos impuestos y había hambre y desorden en todo el país. Convocar un debate para preparar unos nuevos Estados Generales fue una estrategia oportunista para contrarrestar la recalcitrante negativa de sus opositores a aportar nuevas fuentes de ingresos.

En la memoria colectiva no se recordaban asambleas parecidas a las de la primavera de 1789. Con apoyo oficial, los notables locales, los abogados y profesionales, e incluso algún campesino ocasional, podían ponerse en pie en público y proclamar qué era lo que iba mal en el sistema (Lefebvre: cap. 4; Palmer, 1959; 459 y en adelante). Una vez convocados los Estados, las asambleas locales se mantenían en contacto con sus delegados, enviándoles instrucciones sobre cómo votar y siguiendo los acontecimientos de Versalles a través de sus informes (Lefebvre, 1967: cap. 6). Las rebeliones del verano de 1789 fueron el resultado de muchos factores, pero habría sido improbable que se produjeran de no ser por las oportunidades a corto plazo abiertas por el Estado durante los meses anteriores. El cambio en las oportunidades fue la causa del mayor movimiento social de la historia francesa.

Oportunidades a largo plazo: la formación de la clase obrera en Estados Unidos

Los cambios a largo plazo en la estructura del Estado afectan también a las perspectivas y estrategias de los movimientos sociales. Por ejemplo, la Revolución Francesa y su resaca napoleónica tuvieron un importante efecto en la estabilización de los pequeños y medianos agricultores en Francia. En combinación con una tasa baja de nacimientos, esto contrapesó el éxodo del campo a las ciudades, ralentizando considerablemente el ritmo de la industrialización (Perrot: 72). Esto permitió la supervivencia de la industria rural hasta bien entrado el siglo XX e hizo que buena parte de la clase obrera tuviera una base artesanal (Sewell, 1986).

En Estados Unidos, el patrón de la construcción temprana del Estado tuvo igualmente un efecto a largo plazo sobre el movimiento obrero. Los datos fundamentales sobre los trabajadores estadounidenses a comienzos del siglo XIX muestran que eran urbanos —por

contraste con buena parte de la clase obrera europea durante el mismo periodo— y que se les concedió el voto mucho antes que a los trabajadores europeos. Esto no significó tan sólo que la acción colectiva de los trabajadores se dirigiera a las urnas; supuso que su participación estaba territorialmente orientada. Y dado que la mayoría de la clase obrera norteamericana era urbana, dirigía sus acciones colectivas hacia la política urbana, donde la maquinaria política podía hacer uso de sus votos y ofrecerle vías de ascenso en la escala social.

Estos factores institucionales estructuraron la naturaleza de la acción colectiva de la clase trabajadora de un modo que hizo que fuera diferente de la que estaba apareciendo en Europa al mismo tiempo. En 1830, las clases trabajadoras en Estados Unidos compartían con sus primos ingleses un republicanismo artesanal. Entendían el advenimiento del sistema industrial del mismo modo y empleaban el mismo lenguaje de amos y esclavos (Bridges: 158). Pero su entorno urbano, y el hecho de que votaran en un Estado descentralizado y electoralizado, «cambió el marco en el que las emergentes clases obreras luchaban por alcanzar sus objetivos» (p. 161). Según concluye Bridges: «El peso de los números, la búsqueda de aliados, la dispersión o concentración geográfica y las reglas del juego electoral influyeron en la capacidad política de las clases trabajadoras» (p. 161).

En adelante, la lealtad de las oleadas de inmigrantes que alimentaban la maquinaria industrial estadounidense se repartiría entre los sindicatos, que organizaban a los trabajadores sobre la base de sus respectivas ocupaciones, y las maquinarias urbanas, que buscaban su voto sobre bases territoriales (Katznelson: 47-72). La «clase» como categoría organizativa tenía que competir con el territorio y la etnia por la fidelidad de los trabajadores. En Inglaterra esto sólo podía equipararse con industrias geográficamente concentradas, como la minería, o con lugares donde se agolpaban densas concentraciones de irlandeses, en localidades u oficios particulares. Las tendencias institucionales a largo plazo creadas por la revolucionaria colonia crearon —y cancelaron— oportunidades políticas para generaciones de obreros estadounidenses.

Represión y ciudadanía

No todos los cambios a largo plazo en la estructura del Estado creaban oportunidades para los oponentes, y muchos tenían como

objetivo ponerles freno. Una vez que se difundió ampliamente la idea de unirse en aras de objetivos comunes, el miedo a los movimientos llevó a los Estados nacionales a impulsar la creación de fuerzas policiales y a aprobar leyes draconianas que prohibían el derecho de reunión y de asociación. No parece accidental, por ejemplo, que los británicos crearan una policía nacional profesional en 1892, justo cuando empezaba a desplegarse un gran ciclo de protesta y antes de la primera expansión importante del sufragio¹⁴. También se produjo un claro fortalecimiento de las fuerzas policiales coincidiendo con el incremento de los conflictos laborales, particularmente cuando, a finales del siglo XIX¹⁵, hizo su aparición la huelga de masas.

En Francia, cada oleada de agitación revolucionaria conducía a nuevos intentos de restringir la acción colectiva. Por ejemplo, las barricadas que se habían alzado durante las revoluciones de 1830 y 1848 correspondieron a un periodo particular de equilibrio técnico entre el poder de los insurgentes urbanos y el de las autoridades. En junio de 1848, las barricadas parisenses ya no podían oponerse a la capacidad de fuego del ejército y, en su mayor parte, fueron destruidas por la artillería.

La reestructuración de París por el barón Hausmann bajo el Segundo Imperio supuso el fin de las barricadas como arma defensiva. En lugar del laberíntico trazado de callejas del viejo París, Hausmann diseñó los grandes bulevares de hoy en día para favorecer la represión de futuros alzamientos. Aunque siguieron apareciendo incluso en el Mayo francés de 1968, para aquel entonces se habían convertido ya en un medio simbólico que se empleaba para despertar solidaridad y atraer la atención de los medios de comunicación al barrio latino¹⁶.

¹⁴ De hecho, la secuencia es más complicada, pero no menos interesante. Peel, que había servido al gobierno en Irlanda antes de convertirse en primer ministro, creó allí los predecesores de los *bobbies* en las circunstancias más conflictivas del gobierno colonial. Al igual que en el caso del servicio civil indio, cuyas lecciones fueron aplicadas posteriormente a Gran Bretaña, las colonias eran un campo de experimentación para las posteriores innovaciones metropolitanas en la construcción del Estado.

¹⁵ Acerca de esto, véase Roger Geary, *Policing Industrial Disputes, 1893-1895*, y Jane Morgan, *Conflict and Order: The Police and Labor Disputes in England and Wales*.

¹⁶ Acerca de la conexión entre los periodos de turbulencia política prolongada y la violencia social, véase «The Police and Political Development in Europe» de David Bailey, pp. 356 y ss. Bailey advierte que «si el desorden interno desempeñó un papel en la formación de la 'nueva policía', fue de un modo que sorprenderá y desconcertará a la mayoría de los historiadores sociales» (p. 357).

Al ir aprendiendo los movimientos a emplear los aparatos de comunicación nacionales y de los estados consolidados, los gobiernos tuvieron que aceptar a regañadientes la legitimidad de algunas formas de acción colectiva a las que se habían opuesto anteriormente. Los líderes ingleses que condenaron como subversivas las peticiones de la década de 1760 en favor de Wilkes y vincularon a la Yorkshire Association con el Continental Congress en la década de 1770, se vieron obligados a considerar legítimas las peticiones masivas y las asociaciones políticas de la década de 1780. Se produjo una reacción durante la guerra con Francia, pero a comienzos de la década de 1800 las asociaciones voluntarias eran tan comunes en Inglaterra que los responsables guardaban rutinariamente sus fondos y documentos en cajas cerradas (Morris: 95-118). En la década de 1830 la asociación privada para fines grupales era ya un elemento familiar en el panorama político (Tilly, 1982).

No debemos creer que el avance del movimiento social se produjo sin sobresaltos, ni siquiera en la liberal Gran Bretaña. Una vez que estalló la revolución en el continente, incluso los movimientos reformistas moderados, como el británico, despertaban sospechas de sedición entre las asustadas elites. Se censuraban libros y panfletos, se prohibían asociaciones radicales, e incluso las moderadas perdieron seguidores. Como observan Malcolm Thomis y Peter Holt: «El resultado de tanta confusión, y de la inoportuna política a la que dio lugar, con frecuencia fue la creación de revolucionarios donde antes no los había.» Los gobiernos, concluyen, «ayudaron a crear y mantener el mismo peligro que supuestamente querían evitar» (p. 2).

Al llegar la segunda mitad del siglo XIX, los movimientos y su capacidad de disrupción habían llevado a los estados nacionales a ampliar el sufragio, aceptar la legitimidad de las asociaciones de masas y abrir nuevas formas de participación para sus ciudadanos. En un sentido muy real, la ciudadanía surgió a través de una tosca dialéctica entre los movimientos —reales e imaginados— y el Estado nacional. Muchas de las reformas del Estado moderno —desde la legislación laboral de la década de 1840 hasta las reformas en el desempleo y la sanidad en Prusia— fueron o bien respuestas directas a las demandas de los movimientos o intentos de prevenir su desarrollo. Como señalan Bright y Harding: «Los procesos contenciosos definen el Estado *vis-à-vis* otras instituciones sociales y económicas y, a la vez, rehacen continuamente el propio Estado» (p. 4).

Al evolucionar los movimientos en diferentes direcciones y encontrar tanto resistencia como apoyo, las respuestas del Estado empezaron a diferenciarse internamente. Algunos grupos eran bien venidos al seno de la ciudadanía, mientras que otros eran excluidos; algunos tipos de acción colectiva eran aceptados y otros suprimidos; algunos sectores del Estado aceptaban las reivindicaciones de la ciudadanía, mientras que otros las rechazaban. Sólo en los casos más extremos, o cuando se examina la historia con excesivo distanciamiento, puede decirse que una abstracción como «el Estado» se haya opuesto monolíticamente a la «sociedad». Más frecuentemente, las elites elegían a sus aliados y atacaban a sus enemigos, y el Estado brindaba o no oportunidades a algunos grupos. Bajo el vasto paraugas en expansión del Estado nacional, los desafectos encontraban oportunidades para la acción colectiva y los Estados estructuraban los movimientos sociales.

Tampoco era posible limitar estos cambios a estados individuales, aunque los más fuertes resistieron más tiempo. En 1848, en cuestión de meses aparecieron en toda Europa los mismos movimientos, planteando exigencias notablemente similares a través de formas de acción colectiva idénticas. Cuando se amplió el sufragio, fue en episodios breves y transnacionales, al ceder las diferentes estructuras de oportunidades electorales «estables» a las intensas presiones transnacionales (Rokkan: cap. 4). En la década de 1880, el movimiento de la clase obrera europea empezaba, a todos los efectos, a ser internacional, y desarrollaba formas e ideologías similares en toda Europa occidental.

La percepción de Tocqueville sigue vigente: el Estado francés, territorialmente centralizado, estructura la acción colectiva de modo diferente que el Estado británico, funcionalmente centralizado, o que el federal estadounidense. No obstante, fue el proceso general de expansión y consolidación del Estado en todo Occidente lo que aportó la estructura básica de oportunidades para que pudieran desarrollarse los movimientos. Dentro de esa estructura, la aparición de los movimientos fue desencadenada por cambios en las oportunidades, nacionales y transnacionales, tanto a corto como a largo plazo. Si bien las diferencias comparativas en la fortaleza y centralización del Estado estructuraron los movimientos, fueron los cambios en las oportunidades los que permitieron su emergencia y, después, los que configuraron su dinámica.

Conclusiones

Conviene resumir ahora lo expuesto en los tres capítulos anteriores. La acción colectiva ha caracterizado a la sociedad humana desde que existe el conflicto social. Esto es, desde el momento en que puede decirse que existe una sociedad humana. Pero tales acciones expresaban habitualmente las demandas de gente corriente de forma directa, local y rígida en respuesta a agravios inmediatos, a través de ataques a sus oponentes y sin encontrar casi nunca aliados entre otros grupos o entre las elites políticas. El resultado fue una serie de explosiones —rara vez organizadas y normalmente breves— entre periodos de pasividad.

En algún momento del siglo XVIII empezó a desarrollarse en Europa y Norteamérica un repertorio nuevo y más general de acción colectiva. Al contrario que las viejas formas, que expresaban directamente los agravios inmediatos de la gente contra sus antagonistas, el nuevo repertorio era nacional, autónomo y modular. O lo que es lo mismo: podía ser usado por una variedad de actores sociales en nombre de distintas exigencias y servir de puente entre ellos para fortalecer su posición y reflejar exigencias más amplias y productivas. Hasta las formas heredadas, como la petición, se transformaron gradualmente, pasando de ser herramientas en manos de individuos que buscaban obtener la gracia de sus superiores a una forma de acción colectiva de masas.

Es difícil dilucidar las causas básicas de este cambio a partir de documentos recopilados precisamente por aquellos cuya tarea consistía en reprimir la rebelión. Pero como vimos en el Capítulo 3, al poder de estos movimientos tempranos contribuyeron dos tipos básicos de recursos: la letra impresa y las asociaciones. Ambas eran expresiones del capitalismo, pero las dos se expandieron más allá de los intereses de los capitalistas, impulsando la difusión de los movimientos sociales.

La prensa comercial no sólo difundía información que podía hacer que los activistas en potencia tomaran conciencia los unos de los otros y de las reivindicaciones que tenían en común, sino que también equiparaba la percepción de su propio estatus con la del de sus superiores y hacía verosímil la posibilidad de actuar contra ellos. Las asociaciones privadas reflejaban las solidaridades existentes, contribuían a la formación de otras nuevas y conectaban a los grupos a

redes más amplias, capaces de hacer frente al poder de los estados nacionales o los imperios internacionales. Las coaliciones sociales —en ocasiones creadas a propio intento, pero más a menudo contingentes y provisionales— concertaban la acción colectiva contra las elites y los oponentes en nombre de programas generales. La transformación de las exigencias grupales específicas en programas generales fue, en sí misma, producto de la necesidad de desplegar un paraguas colectivo que abarcara la plétora de pequeñas exigencias.

Aunque los nuevos movimientos apuntaban a menudo hacia otros grupos de la sociedad, las oportunidades para la acción colectiva ofrecidas por el Estado nacional constituían, cada vez en mayor medida, el marco de sus acciones. Al hacer la guerra, aprovisionar las ciudades o subir los impuestos, así como al construir carreteras y regular las asociaciones, el Estado se convertía a la vez en el blanco de las reivindicaciones y en un foro en el que resolver disputas entre competidores. Incluso donde se negaba acceso a algunos grupos, las ambiciones estandarizadoras y unificadoras de los Estados en expansión creaban oportunidades para que la gente menos favorecida imitara y adaptara las estratagemas de las elites.

En un mundo que fuera fácil de entender, o bien los pobres se rebelarían cuando sus condiciones económicas se hicieran intolerables o los no pobres se organizarían sobre la base de sus recursos internos. Pero si tomamos en consideración las diferentes estructuras de las oportunidades políticas, los cambios a corto y largo plazo en la estructura de las oportunidades y las comunicaciones transnacionales, tanto entre los estados como entre los movimientos, la ecuación cambia. Dado que las condiciones para la protesta no dependen de las configuraciones de la estructura social o institucional, sino de las cambiantes configuraciones de las oportunidades políticas, se hace más difícil predecir quién protestará y cuándo exclusivamente sobre la base de factores «objetivos», como expondré en la Parte II.

Parte II

LOS PODERES DEL MOVIMIENTO

Capítulo 5

EXPLOTACIÓN Y CREACIÓN DE OPORTUNIDADES¹

¿Por qué la gente corriente se echa en ocasiones a la calle, arriesgando su vida y su seguridad para reclamar sus derechos o atacar a otros? La cuestión ha fascinado a los observadores y preocupado a los ciudadanos y las elites desde la Revolución Francesa. Escandalizados por los excesos de las masas y las dislocaciones de la sociedad industrial, los primeros estudiosos vieron la acción colectiva como la expresión de una mentalidad de masa, de anomia y privación². Pero incluso un vistazo superficial a la historia moderna muestra que las explosiones de acción colectiva no pueden atribuirse al nivel de

¹ Algunas partes de este capítulo se publicaron originalmente en diferente forma en una monografía anterior, *Struggle, Politics and Reform*, cap. 2, y en una versión más reciente en un artículo, «Kollektives Handeln und Politische Gelegenheitsstruktur in Mobilisierungswellen: Theoretische Perspektiven», en la *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*.

² La idea de que las masas eran peligrosas puede tener su origen en el temprano encuentro de Europa con las revoluciones y la industrialización, como argumenta Louis Chevalier en su *Laboring Classes and Dangerous Classes in Paris*, parte 2, cap. 1. Las fuentes clásicas son Gabriel Tarde, *L'opinion et la foule*, y Gustave Le Bon, *The Crowd*. Véase un enfoque más científico de las multitudes en Elías Canetti, *Crowds and Power*. Para un enfoque sistemático y empático de la hipótesis de la «privación», pero que la considera «relativa», véase *Why Men Rebel*, de Ted Gurr. Para una visión menos empática, véase *Rethinking Revolutions and Collective Violence*, de Rod Aya. James Rule ofrece una elegante exégesis y crítica de la teoría de la conducta colectiva en su *Theories of Civil Violence*, cap. 3.

necesidad de la gente ni a la desorganización de sus sociedades. Estas condiciones previas son más constantes que los movimientos que supuestamente generan. Lo que varía ampliamente con el tiempo y el lugar son las oportunidades políticas, y los movimientos sociales están más íntimamente relacionados con los incentivos que éstas ofrecen para la acción colectiva que con las estructuras sociales o económicas subyacentes.

Por ejemplo, cuando David Snyder y Charles Tilly examinaron los picos y los valles de la violencia en Francia a partir de 1830, descubrieron que estaban más relacionados con las oportunidades electorales y los cambios de régimen que con las privaciones y las dificultades (Snyder y Tilly, 1972). La acción colectiva prolifera cuando la gente adquiere acceso a los recursos necesarios para escapar a su pasividad habitual y encuentra la oportunidad de usarlos. Dado que la gente actúa en función de las oportunidades, como escribió Tocqueville, «el momento más peligroso para un mal gobierno es aquel en que intenta corregir su actuación» (1955: 176-177).

Los descontentos encontrarán oportunidades favorables no sólo cuando hay pendiente una reforma, sino también cuando se abre el acceso institucional, cuando cambian las alianzas o cuando emergen conflictos entre las elites. En los próximos tres capítulos examinaré cómo los movimientos utilizan repertorios de enfrentamiento, construyen significados y movilizan redes sociales. Pero estos recursos sólo entran en juego cuando existen incentivos visibles para el activismo en las relaciones entre los movimientos potenciales y sus antagonistas. La formación de movimientos, como expondré en este capítulo, es producto de la explotación y creación de oportunidades por parte de la gente.

Por supuesto, hay que contemplar las cambiantes oportunidades junto con elementos estructurales más estables —como la fuerza o debilidad del Estado, las formas de represión que éste emplea y la naturaleza del sistema de partidos—, los cuales condicionan la acción colectiva. Y, además, la estructura de las oportunidades no sólo se aplica a la formación de movimientos. Los movimientos *crean* oportunidades para sí mismos o para otros. Lo hacen difundiendo la acción colectiva a través de redes sociales y estableciendo coaliciones de actores sociales, creando espacio político para movimientos emparentados y contramovimientos, e incentivos para que respondan las elites. Los rebeldes que explotan y crean las oportunidades políticas

son los catalizadores de los ciclos de protesta y reforma que han venido estallando periódicamente en la historia moderna. Antes de abordar la estructura de las oportunidades políticas será útil examinar cómo se desarrolló el concepto a partir de los ciclos de las décadas de 1930 y 1960.

De la década de 1930 a la de 1960

Los movimientos extremistas de los años de entreguerras revivieron la tendencia del siglo XIX a ver la acción colectiva como producto de la anomia y la privación. Embargados por la amargura ante el fascismo y el estalinismo, escritores como Erich Fromm (1969) y antiguos militantes como Eric Hoffer (1951) opinaban que esos movimientos se nutrían del deseo de las personas marginales de «escapar de la libertad» hacia nuevas identidades y utopías. Para el psicólogo Wilhelm Reich, las masas «se habían vuelto apáticas, incapaces de discriminar, biópatas y esclavas como resultado de la represión de su energía vital» (1970: 208). Para la filósofo Hannah Arendt, el fascismo era resultado del encuentro entre las masas y el capital; el estalinismo, producto de las masas y los intelectuales (cap. 10).

Después de la guerra, la reconstrucción produjo lo que muchos interpretaron como el «fin de las ideologías»³. Pero éste fue un breve y efímero momento de desmovilización. Cuando llegaron los años sesenta surgió una nueva oleada de movimientos que estaban más íntimamente ligados al bienestar que a la miseria, que transpiraban más esperanzas y aspiraciones que miedo y odio. En Estados Unidos, estos movimientos estimularon un paradigma que puso más énfasis en los recursos de la gente que en su alienación y en la abundancia que en la privación, mientras que en Europa occidental produjeron una teoría de los «nuevos» movimientos sociales.

³ La escuela del «fin de las ideologías» estaba representada de modo especial por Daniel Bell en *The End of Ideology*, Otto Kirchheimer en «The Waning of Opposition in Parliamentary Regimes» y S. M. Lipset en «The Changing Class Structure in Contemporary European Politics». Es una de las ironías de la historia intelectual que buena parte de estas obras se popularizaran justo en el momento en que Occidente estaba a punto de entrar en un nuevo ciclo de acción colectiva. Pero había disidentes: un ensayo de 1966 que sigue siendo intemporal es «The Decline of Ideology: A Dissent and an Interpretation» de Joseph LaPalombara.

Las diferencias entre las dos escuelas de pensamiento obedecían a las tradiciones intelectuales dominantes en cada cultura: individualista en Estados Unidos, estructuralista en Europa. Muchos estudiosos estadounidenses observaron la nueva oleada de movimientos desde una perspectiva que daba preferencia a la actitud y disposición de los ciudadanos individuales. Si los estudiantes con dinero, los intelectuales y los empleados bien situados respaldaban los nuevos movimientos, su apoyo quizá respondiera más a la afluencia que a la dislocación, la alienación y la anomia. A la vista de lo que reflejaban las encuestas, la cambiante actitud del público ante la protesta parecía refrendar el razonamiento de estos investigadores. Especialmente entre los jóvenes, las actitudes parecían estar pasando de exigencias fundamentalmente materiales a preocupaciones postmaterialistas⁴.

Los estudiosos de Europa occidental, muchos de los cuales procedían de la tradición marxista y se sentían decepcionados por el fracaso de la clase obrera ante el desafío de 1968, buscaron en los factores estructurales la explicación de los nuevos movimientos. Para ellos, la coincidencia de los movimientos estudiantil, pacifista, ecologista y feminista en los años sesenta y setenta demostraba que los cambios en el capitalismo del bienestar eran la fuente de la acción colectiva no convencional⁵. Rechazando las simplificaciones del marxismo clásico, estos estudiosos de los «nuevos» movimientos sociales argumentaban que las necesidades, tanto de las clases medias en declive como de las nuevas clases medias, estaban convergiendo para producir una generación de movimientos que ya no estaban centrados en las clases. Donde los estadounidenses buscaban los recursos

⁴ La exposición más citada de esta idea se encuentra en la obra de Ronald Inglehart: primero en *The Silent Revolution* y después en una serie de artículos que culminan en *Culture Shift in Advanced Industrial Society. Political Action*, de Samuel Barnes, Max Kaase y sus colaboradores, es igualmente importante y establece una conexión más directa entre los atributos individuales y las orientaciones a la acción colectiva.

⁵ La fuente más accesible de las aportaciones de esta escuela son los ensayos publicados en *Social Research* en 1985, especialmente los de Jean Cohen y Claus Offe. Véase también el artículo seminal de Alberto Melucci «The New Social Movements: A Theoretical Approach». En el ensayo de Klandermans y Tarrow, «Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches», puede encontrarse un examen comparativo y una bibliografía básica de fuentes hasta 1988. Véanse valoraciones escépticas de la escuela de los nuevos movimientos sociales en «New Social Movements of the Nineteenth Century», de Craig Calhoun, y *Struggle, Politics and Reform*, de Tarrow, cap. 4.

internos de actores y movimientos —lo que Melucci (1988) llamó el «cómo» de los movimientos sociales—, los europeos estudiaban su «por qué», preguntándose cómo los rasgos de los estados y sociedades contemporáneos llevaban a la gente —en su mayor parte perteneciente a la clase media— a movimientos cuyo objetivo era proteger y mejorar sus «espacios vitales»⁶.

Estas dos perspectivas —cada una de las cuales halló rápidamente defensores a ambos lados del Atlántico— fueron una gran aportación a nuestra comprensión de la nueva ola de movimientos. Pero por sí mismos, ni la afluencia ni el desplazamiento de los espacios vitales podían explicar por qué la gente presta su apoyo a los movimientos en ciertos periodos de la historia y no en otros. Para ello habría que averiguar cómo se transforman en acción la estructura social subyacente y el potencial de movilización⁷. El problema era que tanto las escuelas norteamericanas como las europeas pasaban por alto la variable crucial de la estructura política: el «cuándo» de la formación del movimiento social.

Ninguna de las dos escuelas ofrecía tampoco explicación alguna sobre las grandes diferencias que existían entre los nuevos movimientos de un país a otro. Si sus causas eran el postmaterialismo y el Estado del bienestar keynesiano, tendría que existir una correlación demostrable entre la difusión de éstos en cada país y la actividad que el movimiento social desarrollaba en ellos. Pero, esencialmente por la misma razón, esto no fue desvelado por los defensores de ninguna de las dos escuelas: ninguna incluía en sus análisis la estructura de las oportunidades políticas en la que emergen los movimientos sociales⁸.

⁶ La bifurcación no fue simplemente geográfica, sino más bien una derivación de los modelos europeos y norteamericanos. Por ejemplo, los estudiosos europeos como Bert Klandermans partían de una perspectiva social-psicológica que era mucho más próxima a la movilización de recursos, mientras que los autores norteamericanos como Frances Piven, Richard Cloward y Charles Tilly mostraban una preferencia «europea» por los modelos estructurales.

⁷ Los lectores que hayan seguido los debates internacionales sobre las relaciones entre los enfoques europeo y americano verán que el enfoque aquí presentado coincide con el del ensayo de Bert Klandermans y mío, «Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches».

⁸ Pero téngase en cuenta que Roberta Ash Garner y Mayer Zald ampliaron su enfoque de la movilización de recursos en los ochenta para incluir variables explícitamente políticas. Véase su «The Political Economy of Social Movement Sectors». Por el contrario, Herbert Kitschelt pasó de una perspectiva de «nuevos movimientos socia-

De haberlo hecho, habría sido posible prever el declive de estos movimientos en los ochenta, así como su aparición en las décadas precedentes⁹. Antes de emplear este concepto para explicar el auge y caída de los movimientos sociales y los ciclos de protesta debemos examinar sus dimensiones y preguntarnos de qué modo las oportunidades ofrecen incentivos para la acción colectiva.

Los ciclos económicos y los finales de las guerras

La depresión económica de los años treinta dio lugar a una serie de movimientos sociales en Europa y Estados Unidos. Pero la afluencia económica de los sesenta elevó la concienciación del público por encima de sus necesidades materiales y produjo acción colectiva. Ambos argumentos, aunque contradictorios, pasan de variaciones en el entorno económico a incrementos en la acción colectiva. ¿Cómo se explica esta aparente contradicción?

Consideremos la conducta que se observa durante las huelgas. En igualdad de condiciones, es más probable que los trabajadores se declaren en huelga durante un periodo de bonanza que durante una depresión¹⁰. La lógica de la conexión es meridianamente clara. La prosperidad económica aumenta la demanda de mano de obra por parte del empresario, del mismo modo que los mercados laborales cerrados reducen la competencia por el trabajo. Los trabajadores, al

les» a examinar las variables institucionales y comparar cuatro países diferentes en su «Political Opportunity Structures and Political Protest». En un ensayo más reciente, «Reflections on the Institutional Self-Transformation of Movement Politics: A Tentative Stage Model», el teórico de los nuevos movimientos sociales Claus Offe pasó de proclamar la absoluta novedad de los nuevos movimientos a un enfoque más dinámico que recuerda la idea tradicional de que los movimientos siguen una «trayectoria» desde su emergencia hasta su institucionalización.

⁹ Para un análisis del periodo de institucionalización y declive de los nuevos movimientos sociales en cuatro países europeos, véase Hanspeter Kriesi, «The Political Opportunity Structure of New Social Movements»; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, «New Social Movements and Political Opportunities in Western Europe», y Koopmans, «The Dynamic of Protest Waves».

¹⁰ Existe una literatura prolija y un tanto técnica acerca de las relaciones entre las condiciones económicas y las huelgas. El resumen y evaluación más exhaustivo es el realizado por John Kennan en «The Economics of Strikes», en Orley Ashenfelter y Richard Layard, eds., *Handbook of Labor Economics*.

tomar conciencia de esto —y lo hacen muy deprisa—, exigen salarios más elevados, menos horas o mejores condiciones de trabajo. Como resultado, la tasa de huelgas sigue la curva ascendente del negocio cuando el declive del ejército de desempleados hace de los empresarios presa del mercado de trabajo, y una curva descendente cuando se reduce la demanda de mano de obra¹¹.

Pero los trabajadores industriales promueven a veces, como muchos de ellos hicieron en Francia y Estados Unidos en los años treinta, grandes huelgas durante los valles del ciclo económico. Mientras los trabajadores de Gran Bretaña languidecían a lo largo de la mayor parte de la Gran Depresión y los obreros alemanes eran brutalmente reprimidos por los nazis, los trabajadores franceses y estadounidenses reaccionaron ante la crisis con niveles de acción colectiva sin precedentes, desarrollando un nuevo tipo de movimiento: la ocupación de fábricas. ¿Cómo podemos explicar el aumento de conflictos laborales cuando los trabajadores se encuentran en una situación tan desfavorable, además de las variaciones transnacionales entre estos conflictos?

Creo que la respuesta reside en los cambios en la estructura de las oportunidades políticas que rodeaban a los trabajadores franceses y americanos. En los años treinta hubo oleadas de huelgas en Francia y Estados Unidos, y no en Alemania o Gran Bretaña, no porque el agobio económico fuera mayor en los dos primeros países, sino porque habían accedido al poder administraciones reformistas (en 1936 en Francia y en 1933 en América). Ambos países mostraron su disposición a introducir innovaciones en las relaciones político-económicas y su reticencia a respaldar la represión del movimiento obrero. Fueron las oportunidades abiertas por el Frente Popular francés y el *New Deal* americano las causantes de los conflictos laborales en un mercado de trabajo pobre, y no la gravedad del descontento en los trabajadores o la abundancia de sus recursos.

Los finales de ambas guerras mundiales produjeron aumentos similares en la acción colectiva, pero éstos no pueden ser explicados sólo por incentivos económicos. Los movimientos sociales del perio-

¹¹ La interpretación más sintética de las fuentes económicas de las explosiones salariales de finales de los sesenta es la de David Soskice, «Strike Waves and Wage Explosions, 1968-1970: An Economic Interpretation», en Crouch y Pizzorno, eds., *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe Since 1968*, vol. 2.

do posterior a la I Guerra Mundial, que oscilaron desde la ocupación de fábricas al sufragio femenino y a intentonas revolucionarias, fueron el resultado conjunto de presiones económicas, la liberación de energía política acumulada y el incremento de las oportunidades políticas. El fin de la II Guerra Mundial produjo una segunda oleada de huelgas y el movimiento descolonizador en todo el mundo. Si bien es cierto que el final de la I Guerra Mundial tuvo como consecuencia movimientos más enérgicos y numerosos que el final de la II Guerra Mundial, el incentivo internacional de la revolución bolchevique tuvo mucho que ver con ello.

Refiriéndose al periodo posterior a la II Guerra Mundial, Ernest Mandel intenta ofrecer una explicación fundamentalmente económica al creciente aumento de conflictos colectivos tras las guerras (p. 50). Con el declive de la movilización propia del tiempo de guerra, sostenía, disminuirían la inversión en nuevas fábricas y equipos —y, por lo tanto, el empleo—, y los países capitalistas se verían atrapados en una espiral de competencia y conflictos sociales asoladores. Esto conduciría a un incremento lineal y acumulativo de la acción social.

Pero Beverly Silver estableció una comparación entre las estimaciones de Mandel sobre los conflictos laborales de la postguerra y los datos reales de huelgas que ella y Giovanni Arrighi habían recopilado en el *London* y el *New York Times*. Sus datos demostraban que Mandel había proyectado una larga ola de conflictos a partir de variaciones a corto plazo en la postguerra (Silver, 1992a: 286). Mientras que Mandel veía un incremento progresivo en los conflictos de clase a partir de 1945, Silver descubre un clímax de confrontaciones en los años de postguerra, que van reduciéndose antes de la década de los cincuenta y jamás vuelven a alcanzar un nivel tan elevado¹².

Podemos explicar las diferencias entre la teoría de Mandel y los hallazgos de Silver a través de las variables que intervienen en la estructura de las oportunidades políticas. Tras las dos guerras mundiales, la movilización bélica y las promesas de prosperidad una vez

¹² Silver calcula una media móvil para tres años del «índice de gravedad» que elabora a partir de los datos de los periódicos que analizó como parte de la investigación del World Labor Research Working Group, en el Fernand Braudel Center de la SUNY, Binghamton. Representa el número de menciones a la agitación laboral en todo el mundo por año. Sobre esta escala, véase el Apéndice E de su «Labor Unrest and Capital Accumulation».

alcanzada la paz fueron seguidas de una rápida desmovilización y del deseo de ver cómo se materializaban las promesas hechas durante la contienda. Al ajustar los gobiernos sus políticas económicas y reprimir las formas más extremas de protesta, la gente se acomoda en nichos de postguerra, las economías se enfrían y los trabajadores se cansan de tanta movilización. El declive en la acción colectiva que encontró Silver tras ambas guerras mundiales parece encajar mejor con la naturaleza cambiante de las oportunidades políticas que la predicción de Mandel, basada exclusivamente en la economía.

La dimensión de las oportunidades

Al hablar de estructura de las oportunidades políticas me refiero a dimensiones congruentes —aunque no necesariamente formales o permanentes— del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar a sus expectativas de éxito o fracaso. Los teóricos de la estructura de las oportunidades políticas hacen hincapié en la movilización de recursos *externos* al grupo¹³. Aunque las oportunidades políticas están desigualmente distribuidas —al contrario que los recursos internos como el dinero, el poder o la organización—, incluso los grupos débiles y desorganizados pueden sacar partido de ellas.

Como ocurrió en Europa del Este a finales de los ochenta, las oportunidades políticas se amplían ocasionalmente a toda la ciuda-

¹³ La fuente última —aunque no siempre reconocida— de la teoría de la oportunidad política es *From Mobilization to Revolution*, cap. 4, de Charles Tilly. Véase también su artículo, escrito conjuntamente con David Snyder, «Hardship and Collective Violence». Elementos explícitos de su formación fueron Doug McAdam, *The Political Process and the Development of Black Insurgency*; Anne Costain, *The Political Process and the Development of Black Insurgency e Inviting Women's Rebellion*; Suzanne Staggenborg, *The Pro-Choice Movement*, y David Meyer, *A Winter of Discontent: The Nuclear Freeze and American Politics*. Sobre Europa occidental, véanse Hanspeter Kriesi, «The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on Their Mobilization»; Kriesi et al., «New Social Movements and Political Opportunities in Western Europe», y Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder*. Charles Brockett hizo un uso explícitamente comparativo del concepto en «The Structure of Political Opportunities and Peasant Mobilization in Central America», lo mismo que Mary Katzenstein y Carol Mueller en su volumen editado, *The Women's Movements of the United States and Western Europe*, y Herbert Kitschelt en su «Political Opportunity Structures and Political Protest».

danía. A veces sus efectos se centran en grupos en particular, como pasó con los afroamericanos y los cambiantes realineamientos políticos de los años cincuenta y sesenta (Piven y Cloward: cap. 4). Unas veces están localizadas en regiones o ciudades en particular, pero no en otras, tal y como sucedió con las organizaciones republicanas de algunas zonas de Francia en 1848 (Aminzade, 1993) y, en los años sesenta, en gobiernos locales «no reformados», en mayor medida que en los «reformados» de Estados Unidos (Eisinger, 1973).

El concepto de estructura de las oportunidades políticas nos ayuda a comprender por qué los movimientos adquieren en ocasiones una sorprendente, aunque transitoria, capacidad de presión contra las elites o autoridades y luego la pierden rápidamente a pesar de todos sus esfuerzos. También ayuda a comprender cómo se extiende la movilización a partir de personas con agravios profundos y poderosos recursos a otras que viven circunstancias muy distintas. Al plantear desafíos a las elites y las autoridades, los «madrugadores» ponen al descubierto la vulnerabilidad de quienes ostentan el poder. Por el mismo motivo, estos grupos se hunden más fácilmente dado que carecen de los recursos necesarios para mantener la acción colectiva cuando se les cierran las oportunidades.

Los cambios más destacados en la estructura de las oportunidades son cuatro: la apertura del acceso a la participación, los cambios en los alineamientos de los gobiernos, la disponibilidad de aliados influyentes y las divisiones entre las elites y en el seno de las mismas¹⁴. Examinemos e ilustremos brevemente cada uno de ellos antes de abordar las relaciones entre los estados contemporáneos y las oportunidades.

El incremento del acceso

Las personas racionales no atacan a menudo a oponentes bien pertrechados cuando las oportunidades están cerradas, pero un acceso parcial al poder les ofrece tales incentivos. Como señaló Tocqueville,

¹⁴ Aunque en la misma línea, otros investigadores ponen el énfasis en elementos un tanto diferentes de la oportunidad. Véase McAdam, *Political Process and the Development of Black Insurgency*, cap. 3; Kriesi, «The Political Opportunity Structure of the New Social Movements», y Rucht, «The Impact of National Contexts on Social Movement Structures: A Cross-Movement and Cross-National Comparisons».

fue la aparición de oportunidades para el Tercer Estado —debida a la agitación de los parlamentos aristocráticos contra el rey— lo que contribuyó a minar el Antiguo Régimen francés. Lo mismo puede decirse de los ciudadanos parisienses de a pie al ir ganando ímpetu la revolución¹⁵. El acceso a la participación es el primer incentivo importante para la acción colectiva.

Las masas revolucionarias francesas jamás tuvieron más que un poder esporádico o marginal para influir sobre los acontecimientos. ¿Son entonces más proclives a emprender acciones colectivas las personas que disfrutan de todos los derechos políticos? Peter Eisinger sostiene que la relación entre protesta y oportunidad política no es ni negativa ni positiva, sino curvilínea: ni el acceso total ni su ausencia fomentan el grado máximo de acción colectiva. Siguiendo los pasos de Tocqueville, Eisinger (p. 15) escribe que la protesta es especialmente probable «en sistemas caracterizados por una mezcla de factores abiertos y cerrados»¹⁶.

La idea de que un acceso parcialmente abierto favorece la protesta fue espectacularmente respaldada por los movimientos de liberación y democratización de la antigua Unión Soviética y Europa del Este en 1989. Al abrir la *perestroika* y la *glasnost* de Gorbachov nuevas oportunidades para la acción política, se desarrollaron movimientos de protesta que a la vez podían sacar partido a estas oportunidades y superarlas (Beissinger, 1991). Aunque Beissinger descubrió que la protesta violenta *no* estaba íntimamente relacionada con la apertura de la estructura de oportunidades, las protestas no violentas estaban claramente relacionadas con su expansión. Se trata de un

¹⁵ Toda la década revolucionaria estuvo puntuada por una serie de *jours* cada vez que una facción del liderazgo necesitaba apoyo popular contra uno de sus enemigos. La imagen de la década revolucionaria como una serie continuada de oportunidades que se abrían y se cerraban mientras un grupo tras otro intentaban sacar partido a la rebelión popular, es transmitida con la mayor sencillez en *History of Modern France*, vol. 1, de Alfred Cobban, y exquisitamente expuesta por Simon Schama en *Citizens*.

¹⁶ La afirmación de Eisinger se basaba en algo más que una intuición toquevilliana. Operacionalizando la estructura de oportunidades de las ciudades norteamericanas a través de las diferencias en las estructuras políticas formales e informales del gobierno local, estudió la conducta de los grupos urbanos de protesta en una muestra de cincuenta y tres ciudades durante la turbulenta década de los sesenta. Descubrió que el nivel de activismo de estos grupos era más alto no donde el acceso estaba abierto o cerrado, sino en los niveles intermedios de oportunidad política.

descubrimiento que encaja a la perfección con el de Eisinger respecto a los sistemas democráticos.

Donde más obviamente se expresa la expansión del acceso es en las elecciones, pero en los sistemas autoritarios se pone también de relieve de modos informales. El acceso a la red transnacional de información creada por el Tratado de Helsinki ayudó a los disidentes del este de Europa a seguir la pista a las acciones de los grupos de vigilancia del tratado (Helsinki Watch) en la década de los ochenta (Thomas, en preparación). En Checoslovaquia, la aparición de un Centro Estudiantil de Prensa e Información ofreció a los estudiantes de diferentes facultades un recinto donde podían ponerse en contacto y la seguridad de que la acción política sería tolerada (van Praag Jr.; 12 y ss.).

Los movimientos que pretenden ampliar su acceso a las instituciones pueden descubrir que las relaciones de intercambio a largo plazo con sus oponentes políticos les aíslan de su base, como observaron Frances Piven y Richard Cloward en el caso del movimiento americano por el derecho al bienestar en los sesenta (cap. 5). Pero los movimientos que buscan acceso más que exigir nuevas ventajas pueden encontrarse en posición de buscar ulteriores oportunidades. El movimiento de las mujeres norteamericanas puede haber obtenido muchas más ventajas al aumentar su acceso electoral que las que habría logrado exigiendo directamente esas mismas ventajas (Mueller, 1987).

Alineamientos inestables

Un segundo aspecto de la estructura de las oportunidades que fomenta la acción colectiva es la inestabilidad de los alineamientos políticos, indicada en las democracias liberales por la inestabilidad electoral. La cambiante fortuna de los partidos del gobierno y la oposición, especialmente cuando se basan en nuevas coaliciones, crean incertidumbre entre los seguidores, animan a los desafectos a intentar ejercer un poder marginal y puede inducir a las elites a competir en busca de apoyo fuera del estamento político.

La importancia de los realineamientos electorales a la hora de abrir oportunidades políticas puede apreciarse en el movimiento americano por los derechos civiles. Durante los años cincuenta, los «exclusionistas» raciales del ala sureña del Partido Demócrata se vieron debilitados por las fugas al Partido Republicano, mientras

que el número de «inclusionistas» fue fortaleciéndose (Vallely, 1993). Tanto el declive del voto blanco sureño como el paso de los votantes afroamericanos a las ciudades incrementaron los incentivos para que los demócratas buscaran el apoyo de la población negra. Con su reducísimo margen electoral, la Administración de Kennedy se vio obligada a dejar de hacer remilgos y tomar la iniciativa en favor de los derechos humanos, y la Administración de Johnson prolongó esta estrategia hasta el hito de la Voting Rights Act de 1965¹⁷.

Como demuestran los levantamientos campesinos en los sistemas no democráticos, la inestabilidad fomenta la acción colectiva no sólo en los sistemas representativos. Los campesinos son especialmente proclives a rebelarse ante las autoridades cuando en el muro de su subordinación aparecen ventanas de oportunidad. Esto es lo que descubrió Eric Hobsbawm al examinar la historia de las ocupaciones de tierras en Perú (1974). Lo mismo podría decirse de los campesinos que ocuparon ciertas partes de los latifundios del sur de Italia tras la II Guerra Mundial. Su hambre de tierra y su resentimiento por los abusos de los terratenientes se remontaba a tiempos inmemoriales; pero fueron la caída del régimen fascista de Mussolini, la presencia de los ocupantes americanos —propensos a la reforma— y los cambiantes alineamientos de los partisanos los que transformaron su resentimiento habitual en una lucha por la tierra (Bevilacqua, 1980). Cuando el sistema de partidos se estabilizó en torno a un polo demócrata cristiano fuerte y aisló a la oposición comunista-socialista, los campesinos volvieron a su tradicional lasitud (Tarrow, 1967).

Aliados influyentes

Un tercer aspecto de la estructura de las oportunidades es la presencia o ausencia de aliados influyentes (Kriesi et al., 1992). Los rebeldes se animan a la acción colectiva cuando tienen aliados que pueden actuar como amigos en los tribunales, como garantes contra la represión o como negociadores aceptables. Existen evidencias histó-

¹⁷ El realineamiento también guardaba relación con las variaciones en la implantación e impacto de los programas federales de empleo de las minorías en diferentes ciudades de California, como señalan Rufus Browning y sus colaboradores en *Protest Is Not Enough*, p. 252. Agradezco a Jeremy Hein que me haya puesto sobre la pista de este hallazgo.

ricas en la investigación de William Gamson en Estados Unidos de que hay una fuerte correlación entre la presencia de aliados influyentes y el éxito de los movimientos. En los cincuenta y tres «grupos de conflicto» que estudió Gamson, la presencia o ausencia de aliados políticos dispuestos a ayudarles estaba íntimamente relacionada con el éxito o el fracaso de los grupos. Que el éxito dependa de tener «amigos en las alturas» no demuestra que la gente se movilice *debido* a que tiene tales amigos; pero sí sugiere que la existencia de vínculos entre los descontentos y miembros del cuerpo político puede ofrecer una mayor probabilidad de éxito a los de fuera (Steedley y Foley, 1979).

Los movimientos sociales de hoy en día parecen construir alianzas más explícitamente que los movimientos del pasado. Por ejemplo, comparando los movimientos de los trabajadores agrícolas estadounidenses en las décadas de 1940 y 1960, Jenkins y Perrow descubrieron que la ventaja de la United Farm Workers en los sesenta residía en la presencia de partidarios externos de los que sus predecesores carecían: liberales urbanos que boicoteaban las lechugas y las uvas para ayudar a la UFW en su lucha por el reconocimiento sindical; la coalición de trabajadores organizados que les apoyaron en la legislatura de California; y la presencia de una nueva generación de administradores comprensivos en el Departamento de Agricultura de Estados Unidos (1977).

Los aliados influyentes han resultado ser especialmente importantes para los movimientos en los sistemas no democráticos. Por ejemplo, en América central los movimientos campesinos se beneficiaron de sus aliados externos, especialmente trabajadores religiosos, organizadores sindicales, guerrillas revolucionarias, activistas de partidos políticos y cooperantes (Brockett: 258). En los regímenes de Estado socialista, la Iglesia católica en Polonia y las protestantes en Alemania del Este contribuyeron a incubar la resistencia y a proteger a los activistas de represalias en los años ochenta. Los aliados son un recurso externo del que en ocasiones pueden servirse actores sociales por lo demás carentes de recursos.

Elites divididas

Los conflictos en el seno de las elites son un cuarto factor que anima a los grupos no representados a iniciar acciones colectivas. Las

divisiones entre las elites no sólo incentivan a los grupos pobres en recursos a aventurarse a la acción colectiva; sino a segmentos de la propia elite que no se encuentran en el poder a asignarse el rol de «tribunos del pueblo». La aristocracia liberal de la Francia del Antiguo Régimen —gentes como Lafayette y Mirabeau— siguió precisamente este patrón. Aunque sus disputas con la Corona comenzaron en torno a las prerrogativas parlamentarias y los impuestos, una parte de esa clase hizo causa común con el bajo clero y el Tercer Estado para instaurar una monarquía constitucional.

Las divisiones en el seno de la elite desempeñaron un papel clave doscientos años más tarde en Europa del Este, especialmente después de que Gorbachov anunciara a sus aliados comunistas de la región que el Ejército Rojo no volvería a intervenir para defenderles. Esto fue interpretado, tanto por los ciudadanos como por los grupos insurgentes de Europa del Este, como una grave división en la elite y como una señal para la movilización. Esta clase de divisiones fueron también importantes en las transiciones a la democracia de los regímenes autoritarios de España y Brasil en los años setenta y ochenta, donde los desacuerdos entre duros y moderados abrieron un espacio para los movimientos de oposición (O'Donnell y Schmitter, 1986: 19).

Estos aspectos de la estructura de las oportunidades están dispuestos diferencialmente en los diversos sistemas, y cambian con el tiempo, a menudo independientemente los unos de los otros, pero a veces en íntima conexión. Las divisiones entre elites y los realineamientos políticos pueden actuar conjuntamente para inducir a las elites insatisfechas, o incluso a los gobiernos, a buscar el apoyo de los de fuera. Cuando las facciones minoritarias de la elite se convierten en aliados influyentes de los rebeldes, los desafíos exteriores al cuerpo político se combinan con la presión interior para crear incentivos para el cambio político e institucional. Un resultado frecuente son los ciclos de protesta que examinaremos en el Capítulo 9; un resultado menos frecuente es la revolución.

Los estados y las oportunidades

Los aspectos de la estructura de las oportunidades analizados más arriba se especifican como *cambios* en las oportunidades. Pero

existen también aspectos estables de la estructura de las oportunidades que condicionan la formación y la estrategia de los movimientos. Como argumentan autores como Peter Eisinger, William Gamson y David Meyer en Estados Unidos, y Hanspeter Kriesi y Herbert Kitschelt en Europa, los aspectos estables de la estructura institucional configuran las diferencias en la formación y la estrategia de los movimientos en distintos países y entornos institucionales¹⁸. La investigación comparativa, como los ensayos recogidos en *The Women's Movement of the United States and Western Europe*, de Mary Katzenstein y Carol Mueller, ofrece pruebas convincentes del impacto de diferentes estructuras de oportunidad política. Una versión de este argumento comparativo procede del concepto de «fuerza del Estado» y merece especial atención.

La fuerza del Estado

En su forma más común, el argumento de la «fuerza del Estado» debe su origen a Tocqueville, pero la sociología política estadounidense lo recuperó en las décadas de los setenta y ochenta¹⁹. El razonamiento plantea que los estados centralizados que disponen de instrumentos eficientes para hacer política atraen a los actores colectivos a la cumbre del sistema político, mientras que los estados descentralizados proveen multitud de objetivos en la base del sistema. Los estados fuertes tienen también la capacidad de imponer la política

¹⁸ En su ensayo «The Framing of Political Opportunity», William Gamson y David Meyer distinguen las oportunidades «estables» de las «volátiles». Hanspeter Kriesi, en su «Political Opportunity Structure», se centra en el sistema de partidos como elemento estable de oportunidad. Herbert Kitschelt, en «Political Opportunities and Political Protest», analiza las diferencias nacionales en la estructura del Estado. Eisinger, en «The Conditions of Protest Behavior», y Meyer, en «Institutionalizing Dissent», se centran en los elementos del sistema norteamericano que estructuran la acción colectiva.

¹⁹ La principal fuente publicada es Peter Evans, Dietrich Reuschmeyer y Theda Skocpol, eds., *Bringing the State Back In*. Aunque sin reconocer vinculación alguna con la literatura estatista, «Political Opportunity Structures and Political Protest», de Kitschelt, es un análisis fundamentalmente estatista del impacto de las diferentes configuraciones del Estado sobre el movimiento ambientalista. Véase también el trabajo de Richard Vallely sobre las dos reconstrucciones americanas, «Party, Coercion and Inclusion», que compara las estructuras estatales y los sistemas de partidos norteamericanos a lo largo del tiempo.

que decidan seguir. Cuando dichas políticas son favorables a las exigencias de los movimientos, éstos gravitarán hacia formas convencionales de protesta; pero cuando son opuestas, surgen la violencia o la confrontación²⁰.

Como vimos en el capítulo anterior, las diferencias en la fuerza del Estado subyacen a la visión de Tocqueville sobre la diferente naturaleza de la acción colectiva en Francia y en Estados Unidos. Los diferentes grados de centralización del Estado probablemente fueran una importante razón de los contrastes existentes entre los movimientos estudiantiles francés y estadounidense de los sesenta. El primero no explotó hasta comienzos de 1968, se difundió rápidamente y no tardó en penetrar en la arena política, desencadenando una convulsión que puso en peligro a la República. El segundo produjo una serie de campañas de protesta mucho más largas y descentralizadas en los *campus* universitarios de Estados Unidos.

Las diferencias en la fuerza del Estado también están relacionadas con las causas del diferente ritmo y temporización de las revoluciones acontecidas en Europa del Este en 1989. Polonia, con un Estado que jamás había sido totalmente estalinizado, generó el primero y más vital de los movimientos, que adoptó como forma las huelgas de Solidaridad de 1980. Por el contrario, Checoslovaquia, sometida a un control estalinista brutal desde 1968, fue uno de los últimos países en rebelarse. La precocidad polaca y el retraso checoslovaco pueden interpretarse como resultado de la fuerza de sus respectivos estados socialistas.

La tentación del estatismo

Pero deberíamos guardarnos de las respuestas estructurales sencillas a problemas políticos complejos. Si la fuerza del Estado fuera constante, sería fácil emplearla como sistema de predicción global de la acción colectiva. Pero «fuerza» y «debilidad» son valores relativos que varían para los distintos actores sociales, los diferentes sectores

²⁰ Por ejemplo, Herbert Kitschelt halla el origen de las diferencias entre los movimientos ambientalistas de Francia, Alemania, Suecia y Estados Unidos en tales diferencias institucionales en la estructura del Estado. Véase su artículo «Political Opportunity Structure and the Political Process».

del Estado y en función de cómo evolucionan las oportunidades políticas. Por ejemplo, el Estado americano, aun siendo débil en relación con el mundo económico, es bastante fuerte cuando se trata de la clase trabajadora y la seguridad nacional. Como resultado de esta diferencia ofrece una puerta abierta a los grupos que aspiran a objetivos modestos —lo que Gamson (1990) llama «la estrategia de pensar a pequeña escala»—, pero establece una barrera ante quienes amenazan la propiedad o la seguridad.

Lo que es más, aunque algunos analistas no vacilan en clasificar a un Estado como fuerte y a otro como débil, la fuerza de los mismos cambia como resultado de factores políticos. Un Estado fuerte en manos de una mayoría política unificada se debilita rápidamente cuando esa mayoría se divide o crece la oposición contra ella. Un Estado que es fuerte cuando disfruta de la confianza del mundo de los negocios se debilita cuando se dispara la inflación y el capital escapa al extranjero. Cuando aparece un nuevo actor colectivo —como el fundamentalismo islámico en Irán a finales de los setenta, o en Argelia a comienzos de los noventa— un Estado aparentemente fuerte puede marchitarse a toda velocidad.

Las divisiones entre la elite son una fuente de debilidad política que se puede confundir fácilmente con un Estado estructuralmente débil. Así, hasta la Guerra Civil, la elite norteamericana, regionalmente dividida, limitaba la fuerza del Estado central. Con la derrota militar y política del Sur el Estado se convirtió en un «Leviatán yanqui» (Bensel, 1990). De modo similar, mientras que la elite francesa, ideológicamente compacta, respondió rápidamente a los acontecimientos de Mayo del 68 tanto con una reforma educativa como a través de la política microeconómica²¹, la clase política italiana, ideológicamente dividida, permitió que los movimientos de finales de los sesenta se convirtieran en un «mayo elástico» que se prolongó hasta bien entrados los setenta (Tarrow, 1989a). En ese mismo periodo, las protestas contra la guerra de Vietnam fueron eficaces, no porque el Estado fuera débil, sino porque la elite política estaba dividida en torno a la contienda (Burstein y Freudenberg, 1978).

²¹ Acerca de la reforma educativa francesa, véase el resumen del Capítulo 10 de este estudio; para una comparación entre la fuerte respuesta francesa en política económica ante los acontecimientos de mayo y la ineficaz respuesta italiana, véase Michele Salvati, «May 1968 and the Hot Autumn of 1969: The Response of Two Ruling Classes».

Los cambios a largo plazo en la fuerza del Estado afectan a las oportunidades de los grupos ocultos y de escasos recursos. Así, sostiene Richard Valelly, la primera reconstrucción americana después de la Guerra Civil fracasó porque el gobierno federal no tenía el monopolio de los medios de coerción, a pesar de la ocupación militar del Sur. Pero en las décadas de 1950 y 1960, continúa, «la situación era diferente, permitiendo, entre otras cosas, audaces estrategias a los movimientos, que atraieron la atención y el apoyo de un público nacional» (p. 42).

Si pudieran predecirse las variaciones en la estructura y estrategia del movimiento por las diferencias en la estructura del Estado, todos los movimientos de un país se parecerían entre sí. Pero no es así: incluso en un mismo sector del movimiento existen grandes diferencias de estructura y estrategia, como en el caso de las estrategias movilizadoras de los movimientos Pro Vida y Pro Libertad de Elección en Estados Unidos. En el movimiento en favor de la libertad de elección, según John McCarthy (1978), un liderazgo sofisticado y unos seguidores adinerados desarrollaron un repertorio de acción centrado en campañas directas realizadas por correo y canalizó las contribuciones hacia la publicidad, la educación y el cabildeo. Por contraste, el movimiento contra el aborto, que estaba enraizado en las parroquias, atraía a seguidores católicos de clase media baja y recurrió a campañas de acción directa y a visitas puerta a puerta en vez de al correo directo. Ambos movimientos conocían igualmente bien la estructura de oportunidades políticas de la vida pública estadounidense, pero escogieron estrategias diferentes y desarrollaron estructuras organizativas distintas.

¿Obedeció esto a la debilidad del Estado norteamericano? Ciertamente, un Estado débil deja espacio para un mayor número de variaciones de estructura y estrategia que uno fuerte, pero la composición cultural y de clase de los dos movimientos es la principal razón de las diferencias detectadas por McCarthy. La correspondencia directa y el cabildeo eran las herramientas más efectivas para los seguidores laicos y de clase media alta del movimiento en favor de la libertad de elección, mientras que la organización local y la acción directa eran más adecuadas para los defensores del derecho a la vida, que pertenecían a la clase media baja y estaban organizados en torno a las parroquias.

Por supuesto, los movimientos en favor de la libre elección y de

la vida eran radicalmente opuestos, por lo que no resulta sorprendente que sus estrategias y estructuras difirieran. Pero incluso en el seno de un mismo movimiento descubrimos diferencias fundamentales de estructura y estrategia. Por ejemplo, Jane Mansbridge muestra que, dentro del Estado de Illinois, la campaña de la Equal Rights Amendment carecía de una estrategia, estructura y cultura comunes (1986: cap. 10). De modo similar, Dieter Rucht indica que tanto el movimiento antinuclear francés como el alemán (1990) emplearon muchos tipos diferentes de acción colectiva y de formas de organización.

La estructura del Estado es una primera y útil dimensión para predecir si y dónde encontrarán oportunidades los movimientos para emprender acciones colectivas. Pero, del mismo modo que el Estado es un blanco multidimensional, los movimientos sociales son actores multidimensionales. Los estados se enfrentan de manera distinta a los opositores fuertes que a los débiles. Muestran un rostro diferente según los sectores, y su fuerza varía en el tiempo y en función de la unidad y la fuerza de las elites. Por consiguiente, es más útil especificar los aspectos particulares de la estructura institucional que tienen relación directa con los movimientos que materializar en el Estado la predicción de la acción colectiva.

Uno de los aspectos más importantes es la estructura del sistema de partidos al que se acomodan los movimientos. Un partido fuerte y monolítico es menos propenso a absorber las demandas de nuevos actores sociales, mientras que en un sistema de partidos más débil y descentralizado penetran más fácilmente los intereses de los grupos activos²². Otro es el localismo del proceso político que, en los Estados descentralizados, favorece a los movimientos con un enfoque territorial, como los grupos «En mi patio, no» que florecen en el movimiento ambientalista estadounidense. Pero la diferencia comparativa más importante respecto a cómo se relacionan los estados con los movimientos es la represión.

²² Incluso en el seno de los «partidos fuertes» encontramos esta diferencia. La resistencia del Partido Comunista Francés a la legitimidad de las reivindicaciones de las mujeres es un ejemplo del primer caso, como puede verse en Jane Jenson y George Ross, *The View from Inside*, mientras que la permeabilidad de los comunistas italianos al feminismo es un ejemplo del segundo en «Feminism and the Model of Militancy in Italy», de Stephen Hellman.

Represión y facilitación

Según la definición de Tilly, «la represión es cualquier acción por parte de un grupo que eleva el coste de la acción colectiva del contendiente. Una acción que reduce el coste de la acción colectiva es una forma de facilitación» (1978: 100). El desarrollo de los estados modernos produjo poderosas herramientas para la represión de la política popular, si bien algunos aspectos del desarrollo del Estado facilitaron la aparición de movimientos, como vimos en el Capítulo 4.

Es fácil ver por qué la represión es un destino más probable de los movimientos que exigen cambios fundamentales que de los que se limitan a solicitar mejoras (Gamson, 1990: cap. 4). Y también es obvio que, si bien los estados autoritarios reprimen los movimientos sociales, los representativos los facilitan. No obstante, existen aspectos de los estados represivos que fomentan la acción colectiva y características de los representativos que privan a los movimientos de su aguijón. Es mejor considerar la represión y la facilitación como dos continuos distintos que como los opuestos polares característicos de tipos diferentes de estados.

La represión en los estados autoritarios

Que los estados autoritarios desincentivan la política popular va implícito en su definición. En particular, suprimen la interacción mantenida entre los actores colectivos y las autoridades, que constituye la impronta de los movimientos sociales. Pero la represión sistemática de la protesta en forma de confrontación tiene efectos perversos y contradictorios. El propio éxito de la represión puede producir una radicalización de la acción colectiva y una organización más eficaz de los oponentes. No fue en la Gran Bretaña democrática ni en la Francia republicana donde los anarquistas del siglo XIX emprendieron el camino del terrorismo, sino en la Rusia autocrática y en la semidemocrática Italia. Y sabemos lo eficaces que fueron los socialdemócratas a la hora de organizar a los trabajadores en Rusia, incluso durante los represivos años anteriores a la I Guerra Mundial (Bonnell: cap. 8).

Más aún, no todos los estados represivos suprimen con la misma eficacia las oportunidades para la acción colectiva. Por ejemplo, en la

Italia fascista hubo grupos en el seno de la Acción Católica italiana que se organizaron para la resistencia bajo el paraguas de legitimidad del Concordato fascista con el Vaticano (Webster, 1960: caps 10 y 11). En la Polonia comunista, los libros y artículos de los escritores de Solidaridad siguieron publicándose ante las narices de la policía y el ejército durante el periodo de ley marcial en los ochenta (Laba: 155). Incluso en la Checoslovaquia estalinista, los activistas de la Carta 77 pudieron seguir reuniéndose y mantener una discreta presencia hasta 1989.

La centralización del poder en estados represivos, si bien aplasta la resistencia en casi todas las circunstancias, ofrece a los disidentes un campo unificado y un objetivo centralizado al que atacar una vez debilitado el sistema. Ésta fue una de las razones que contribuyeron al rápido hundimiento del socialismo de Estado en Europa del Este a partir de 1989. Allí donde el poder está centralizado y las condiciones son homogéneas, una vez que se abren las oportunidades —como ocurrió cuando Gorbachov inició sus reformas— resulta más fácil crear y organizar un movimiento social. En tales sistemas, según opina Valerie Bunce, los débiles disponen de un arma crucial: tienen «mucho en común» (1990: 6).

La represión sistemática de la acción colectiva en los sistemas no representativos otorga una coloración política a actos ordinarios. Escuchar las óperas de Verdi durante el periodo de control austríaco de Italia, o música rock en la extinta Unión Soviética, adoptó una importancia simbólica que era difícil de reprimir e incluso de reconocer. La palabra «V E R D I» pintarrajeada en las paredes de Milán en 1848 no hacía referencia al compositor nacionalista, sino que era el acrónimo de la consigna *Vittorio Emmanuele Re d'Italia* (Víctor Manuel rey de Italia)²³. Las pintadas en las paredes de los edificios durante la década de los ochenta comunicaban a todo el que supiera leer hasta qué punto se sentía ajena a su gobierno la sociedad rusa (Bushnell, 1990).

En estados menos decididamente autoritarios, incluso el modo en que la gente saluda con el sombrero o se dirige a otros puede indicar

²³ Véase Open University, *Music and Revolution: Verdi*. Acerca de la música rock como expresión de disidencia en la Unión Soviética antes de 1989, véase *The Soviet Rock Scene*, de Sabrina Ramet. El rock empezó a desempeñar un papel similar en la autoritaria Indonesia durante la década de los ochenta.

disensión, como descubrió James Scott en su investigación sobre Malasia (cap. 7). Estas «transcripciones ocultas» rara vez producen acciones colectivas, pero pueden minar el consenso de un modo difícil de reprimir, ya que ningún caso aislado cruza la frontera que va del resentimiento a la oposición. Los estados represivos deprimen la acción colectiva de tipo convencional y confrontacional, pero son vulnerables a las movilizaciones discretas. Éstas constituyen señas de solidaridad, que se convierten en un recurso cuando surge la oportunidad.

La represión en los estados no represivos

En los sistemas representativos, la protección constitucional de los derechos ha llevado a los investigadores a considerar que sus respectivos estados facilitan uniformemente la política popular. No obstante, los sistemas representativos también pueden dispersar y eliminar los movimientos de oposición. Por una parte, dado que invitan a la crítica y la participación, tales sistemas «procesan» los elementos más desafiantes eliminándolos de la política, como hizo Estados Unidos con los disturbios raciales de la década de los sesenta (Lipsky y Olson, 1976). Por otro lado, pueden ser abiertamente represivos contra aquellos que amenacen —o que pueda hacerse parecer que amenazan— sus preceptos subyacentes. Hechos como la represión de los radicales en la década de los cincuenta y la represión de los nacionalistas negros en los setenta deberían hacer que los estadounidenses no se mostraran excesivamente satisfechos del respeto que su gobierno muestra por las libertades civiles.

La facilidad para organizar la opinión en los sistemas representativos y para encontrar canales legítimos de expresión induce a muchos movimientos a concentrarse en las elecciones. La dinámica se desarrolla a menudo como sigue: un movimiento organiza manifestaciones públicas masivas en demanda de sus reivindicaciones; el gobierno permite e incluso facilita su expresión continuada; el crecimiento numérico tiene su efecto más directo en la elección de candidatos a un cargo; por lo tanto, el movimiento se convierte en un partido o se incorpora a uno ya existente con el fin de influir sobre su política. Ésta fue la lógica que minó a la extrema izquierda italiana a mediados de la década de los setenta, cuando pasó de la confrontación a la política institucional (Tarrow, 1989a). Se ha utilizado con

éxito en el movimiento de mujeres norteamericanas, que cada vez muestra una mayor dependencia de su alianza con el Partido Demócrata (Costain y Costain, 1987).

El impacto más importante de tal institucionalización es el más difícil de medir: cómo el efecto de la política institucional conduce a que no se escoja realmente. La escena electoral tiene efectos negativos sobre los movimientos sociales. Amy Bridges (1986) ha mostrado cómo la temprana ampliación del derecho al voto y el localismo del sistema político americano convirtieron rápidamente a los trabajadores nativos e inmigrantes de la ciudad de Nueva York en demócratas y republicanos, respectivamente²⁴. Cuando la urbanidad y el compromiso pesan más que la afirmación agresiva de las reivindicaciones de un grupo, las alianzas contingentes pueden convertirse en acuerdos estratégicos y la práctica de la política institucional puede transformarse en compromisos firmes.

La apuesta de los estados representativos por el pluralismo hace que resulte fácil reclutar apoyo en favor de medidas represivas contra aquellos que no comparten los valores del pluralismo. Los sistemas liberales pueden ser ferozmente antiliberales cuando son desafiados por aquellos que no comparten los valores del liberalismo, como han tenido ocasión de comprobar los disidentes norteamericanos repetidas veces (Hartz, 1983: 244-248). Por el contrario, si bien los estados autoritarios reprimen sistemáticamente la acción colectiva, la ausencia de canales habituales para la expresión de opiniones convierte incluso a los disidentes moderados en opositores del régimen, obligándoles a plantearse el problema de su derrocamiento como condición para la reforma. Como escribió Marx en 1843 acerca de la diferencia entre la monarquía francesa, relativamente liberal, y el represivo Estado prusiano: «En Francia, la emancipación parcial es la base de la emancipación universal. En Alemania, la emancipación universal es la *conditio sine qua non* de cualquier emancipación parcial»²⁵.

²⁴ Esto no era muy diferente a la situación de los partidos comunistas de Europa occidental, que, a todos los efectos, habían aceptado las reglas del juego de la política parlamentaria mucho antes de que el poder del comunismo internacional empezara a debilitarse. Sobre el comunismo francés e italiano, que ya en los sesenta seguía claramente esta dirección, véanse las investigaciones recopiladas en Blackner y Tarrow, eds., *Communism in Italy and France*.

²⁵ Véase su «Towards the Critique of Hegel's Philosophy of Law: Introduction», en Easton and Guddat, *Writings of the Young Marx on Religion and Philosophy*, pp. 262-263.

Las formas de represión y control

La represión puede deprimir la acción colectiva o elevar el coste de sus dos principales condiciones previas, la organización y movilización de la opinión pública (Tilly, 1978: 100-102). Esto es cierto tanto en los regímenes represivos como en los no represivos. Aunque los estados no represivos escogen y aíslan selectivamente a los grupos disidentes, sus normas universalistas a veces lo hacen difícil. Por ejemplo, en la década de 1790, el miedo a la revolución jacobina llevó al Estado británico a suprimir toda forma de asociación, incluyendo aquellas —como el movimiento antiesclavista— que mostraban escasas simpatías hacia el republicanismo²⁶. Y en Estados Unidos, la ilegalización del Partido Comunista durante la guerra fría elevó enormemente los costes de la movilización, desarmando a la totalidad de la izquierda hasta finales de los sesenta (Tilly, 1978: 100-101).

Reducir las condiciones previas para la acción colectiva es una estrategia más eficaz que su represión directa. Por ejemplo, cuando Steven Barkan comparó las ciudades que empleaban los tribunales para bloquear los derechos civiles con las que empleaban la violencia policial, descubrió que las primeras habían logrado resistirse a la integración durante más tiempo que las segundas (1984). Sin embargo, no siempre es fácil eliminar las condiciones previas de la acción colectiva. El primer impedimento es el coste, tanto financiero como administrativo²⁷. El segundo es que la represión no selectiva también silencia la crítica constructiva y bloquea el flujo hacia arriba de información (Lohmann: 25). Finalmente, en condiciones de depresión organizativa, cuando llega a materializarse la acción colectiva —como ocurrió en toda Europa del Este en 1989—, ésta deja de ser un arroyo para transformarse en un torrente cuando la gente descubre a otros como ella en las calles (Kuran 1991; Lohman, 1992).

La estructuración de la acción colectiva por parte del Estado a

²⁶ Acerca de la represión del movimiento radical inglés a partir de 1793, véase *The Friends of Liberty*, de Albert Goodwin, caps. 9-12. Acerca del efecto de las Combination Laws sobre el movimiento contra la esclavitud, véase «Public Opinion and the Destruction of British Slavery», p. 26.

²⁷ Suzanne Lohmann resalta la extraordinaria proporción de la población de Alemania oriental que al parecer espiaba para la STASI. Véase su «The Dynamics of Regime Collapse» para estimaciones del número de empleados a tiempo completo y colaboradores de la STASI.

menudo es resultado de intentos explícitos de limitar la protesta invocando penalizaciones legales. Por ello los magistrados británicos del siglo XVIII multiplicaron el número de delitos para los que era aplicable la pena capital (Tilly, 1978: 103). Sin embargo, la efectividad de tales «castigos ejemplares» quedó neutralizada por la poca disposición de los jueces posteriores a emplearlos y por la habilidad de los grupos de protesta para encontrar modos de rehuirlos. A los castigos ejemplares sucedió, durante el siglo XIX, la tendencia a castigar a los infractores con la prisión.

Encarcelar a los sublevados y a los revoltosos en potencia siguió siendo la principal respuesta a la acción colectiva hasta después de la II Guerra Mundial, cuando Gandhi y, después, los líderes del movimiento americano por los derechos civiles descubrieron que llenar las cárceles hasta los topes y ganarse las simpatías del público eran formas de presión eficaces. En respuesta, tanto en Estados Unidos como en Europa, la policía y los tribunales respondieron a la no violencia aceptando como legítimas formas de acción que previamente habían sido reprimidas. Así pues, la ocupación, que había sido casi universalmente castigada con la cárcel cuando empezó a utilizarse, era cada vez más tolerada en la década de los sesenta como una forma de discurso, especialmente en los *campus* universitarios.

La tolerancia con la acción directa no violenta es, no obstante, un arma de dos filos para los organizadores del movimiento. Por una parte, ofrece un medio relativamente libre de riesgos para reunir a un gran número de personas y darles la sensación de que están haciendo algo significativo en nombre de sus convicciones. Por otra, priva a los organizadores de un arma poderosa: la imagen de unas autoridades irracionales y arbitrarias que meten en la cárcel a unos jóvenes y sinceros manifestantes.

Los estados modernos han ido sustituyendo los castigos ejemplares y el encarcelamiento por formas menos llamativas de regulación. Al exigir que los manifestantes soliciten un permiso, los funcionarios disponen de un fácil mecanismo para mantener controladas a las organizaciones y las inducen a recurrir a medios legales²⁸. Dete-

²⁸ Véanse las investigaciones en curso sobre las autorizaciones para manifestarse en Norteamérica de John McCarthy y sus colaboradores, publicadas inicialmente en McCarthy, Brott y Wolfson, «The Institutional Channeling of Social Movements by the State in the United States», y en McCarthy, McPhail y Smith, «The Tip of the Iceberg».

ner y fichar a los resistentes pacíficos en lugar de encarcelarles puede tener efectos estremecedores sobre la protesta sin necesidad de llenar las cárceles ni obligar al Estado a emprender onerosos litigios. En Washington D. C., desde la década de 1960, los organizadores reciben incluso asesoría gratuita sobre cómo y dónde organizar sus manifestaciones. La legitimación e institucionalización de la actividad colectiva es a menudo el más eficaz medio de control social.

Creación y difusión de oportunidades

Al contrario que las formas convencionales de participación, la acción colectiva contenciosa muestra las posibilidades que brinda dicha actividad a otros, ofreciendo incluso a los grupos de escasos recursos oportunidades que su respectiva posición en la sociedad les negaría. Esto ocurre cuando los «madrugadores» plantean exigencias a las elites que pueden ser utilizadas por aquellos que carecen de su audacia y sus recursos. Además, la acción colectiva pone al descubierto puntos débiles de los oponentes que quizá no fueran evidentes antes del desafío. También puede revelar la existencia de aliados insospechados o anteriormente pasivos, tanto dentro como fuera del sistema. Finalmente, puede forzar la apertura de barreras institucionales, a través de las cuales penetrarán las reivindicaciones de otros.

Una vez lanzada una acción colectiva en una parte de un sistema, en nombre de un tipo de objetivo y por un grupo en particular, el enfrentamiento entre ese grupo y sus antagonistas ofrece modelos para la acción colectiva, marcos maestros y estructuras de movilización que dan lugar a nuevas oportunidades. Estos efectos secundarios adoptan tres formas generales: expansión de las oportunidades del grupo y de grupos afines, la dialéctica entre movimientos y contramovimientos y la creación de oportunidades para las elites y autoridades.

Expansión de las oportunidades propias y de los amigos

Un movimiento puede experimentar cambios en la estructura de sus oportunidades como resultado de sus acciones. Por ejemplo,

Los grupos disidentes aumentan sus oportunidades ampliando el repertorio de acción colectiva a nuevas formas. Aunque la gente usa normalmente las formas de acción colectiva que conoce, en ocasiones introduce innovaciones, como ocurrió en el caso de la transformación de la petición privada en una herramienta de agitación masiva en la Inglaterra del siglo XVIII o en el de la expansión de la no violencia por parte del movimiento americano de los derechos civiles. Cada nueva forma de acción colectiva coge de improviso a las autoridades y, mientras éstas preparan una respuesta, el grupo en liza puede planificar una ulterior escalada en sus formas de acción colectiva (McAdam, 1983), creando nuevas oportunidades y estableciendo contacto con nuevos sectores.

Una de las características más notables de la acción colectiva es que expande las oportunidades para los demás. Los grupos de protesta introducen en la agenda cuestiones con las que se identifica otra gente y demuestran la utilidad de la acción colectiva, que otros pueden copiar o innovar. Por ejemplo, como veremos en el Capítulo 7, el movimiento americano por los derechos civiles difundió la doctrina de los derechos, que se convirtió en el «marco maestro» de los años sesenta y setenta (Hamilton, 1986). La acción colectiva encarna y plasma las reivindicaciones en formas que muestran a otros el camino.

Movimientos y contramovimientos

Esta expansión de las oportunidades no sólo influye en el «sistema de alianzas» de un movimiento; afecta también a lo que Bert Klandermans (1989) y Hanspeter Kriesi (1991) llaman «sistema de conflictos». Un movimiento que ofende a grupos influyentes puede generar un contramovimiento. Los movimientos que emplean la violencia invitan a la oposición física y aquellos que plantean reivindicaciones políticas extremistas pueden ser desbancados por grupos que plantean las mismas reivindicaciones en una forma más aceptable. Los movimientos no sólo crean oportunidades para ellos mismos y sus aliados; también pueden crear oportunidades para sus oponentes.

Cuando el éxito de un movimiento amenaza a otro grupo en el contexto de grandes movilizaciones, puede llevar a contraprotestas más virulentas. Por ejemplo, la extrema izquierda y la extrema dere-

cha italianas se alimentaron recíprocamente a finales de los sesenta, generando campañas terroristas desde ambos extremos (della Porta y Tarrow, 1986). Buena parte de la impresión de violencia y desmoro-namiento que producía la sociedad italiana procedía de las luchas entre izquierdistas y derechistas. Lo mismo puede decirse de la vio-lencia sectaria en Irlanda del Norte, donde los ataques del IRA (Ejér-cito Republicano Irlandés) se convirtieron en el pretexto para la vio-lencia protestante contra los católicos.

Los movimientos violentos también pueden estimular contramo-vimientos pacíficos. Los criminales ataques contra inmigrantes acae-cidos en Alemania en 1991-1993 condujeron al renacimiento de la coalición progresista que había permanecido en estado latente desde el fin del movimiento pacifista de los ochenta. Tales protestas y con-traprotestas son una mezcla explosiva, como demuestra el hecho de que grupos sectarios intentaran radicalizar muchas de las manifesta-ciones no violentas contra el racismo. También esto puede producir la impresión de que la ley y el orden se están desintegrando, lo que a su vez contribuye a justificar la implantación de políticas más repre-sivas por parte del Estado.

La espiral de conflictos entre los movimientos por la libre elec-ción y a favor de la vida en los ochenta y comienzos de los noventa es un ejemplo de cómo los movimientos crean oportunidades para los oponentes. El derecho al aborto, decretado por el Tribunal Supremo a comienzos de los años setenta, galvanizó a los católicos y los pro-testantes fundamentalistas, que se organizaron contra las clínicas donde se practicaban abortos. Este movimiento pro vida llegó a ser tan dinámico que se convirtió en una fuerza relevante en la derrota de la Enmienda por la Igualdad de Derechos (Equal Rights Amend-ment) en los ochenta (Mansbridge, 1986). Eventualmente, una rama radical del movimiento antiabortista llamada «Operación Rescate» (Operation Rescue) utilizó tácticas directas tan radicales a comienzos de los noventa, que estimuló una campaña de contramovilización por parte de las fuerzas en favor de la libertad de elección, habitual-mente legalistas²⁹.

²⁹ Esta secuencia de movimientos pro vida y por la libertad de elección, y su in-teracción dinámica, merece un estudio concertado. Véanse algunas ideas interesantes en *The Pro-Choice Movement*, de Suzanne Stagenborg, especialmente la parte tercera, y en *Why We Lost the ERA*, de Jane Mansbridge.

La creación de oportunidades para las elites

Finalmente, los grupos de protesta crean oportunidades políticas para las elites tanto en un sentido negativo, cuando sus actos suministran motivos para la represión, como positivo, cuando los políticos oportunistas aprovechan la ocasión creada por los descontentos para autoproclamarse tribunos del pueblo. Como veremos en el Capítulo 10, los descontentos, por sí mismos, rara vez tienen poder para influir en las prioridades políticas de las elites. Esto obedece tanto a que sus protestas a menudo adoptan formas expresivas como a que es improbable que se pueda convencer a las elites de que introduzcan cambios contrarios a sus intereses. La reforma es más probable cuando los desafíos desde el exterior del sistema político ofrecen a las elites pertenecientes al mismo una ocasión de primar sus carreras y políticas.

Cuando se producen reformas, suelen plasmar más un compromiso entre los intereses de los reformadores, las exigencias de los disidentes y la influencia de una serie de mediaciones políticas que las reivindicaciones políticas de movimientos de protesta individuales. Se sigue de aquí que los resultados reformistas rara vez satisfacen ni a los movimientos de protesta ni a sus oponentes, como tuvo ocasión de comprobar el presidente Clinton cuando intentó mediar entre los activistas homosexuales y el ejército estadounidense en 1993.

El oportunismo político no es monopolio de la izquierda, ni de la derecha, ni de los partidos del movimiento, ni de los partidos de la conservación. La Administración conservadora de Eisenhower respondió al movimiento por los derechos civiles esencialmente del mismo modo en que la Administración liberal de Kennedy, por el sencillo motivo de que a ambos les preocupaba el realineamiento electoral y deseaban minimizar el coste político que representaba en el extranjero el racismo estadounidense (Piven y Cloward, 1979: cap. 4). De modo similar, como veremos en el Capítulo 10, fueron los conservadores gaullistas franceses quienes respondieron a la revuelta de Mayo de 1968 con una amplia reforma de la educación superior.

¿Cuándo es más probable que los partidos y grupos de interés aprovechen las oportunidades creadas por los movimientos sociales? Fundamentalmente, parecen hacerlo cuando un sistema es desafiado por una gama de movimientos, y no cuando unas cuantas organizaciones individuales del movimiento convocan campañas fáciles de

reprimir o aislar. Es decir, los resultados reformistas se ven posibilitados especialmente cuando las oportunidades políticas han producido confrontaciones generales entre los descontentos, las elites y las autoridades, como en los ciclos de protesta que serán examinados en el Capítulo 9.

Declive de las oportunidades

Las oportunidades políticas aportan los principales incentivos para transformar el potencial de movilización en acción. Los elementos estables, como la fuerza o debilidad del Estado, la estructura del sistema de partidos y las formas de represión o facilitación estructuran las estrategias que escogen los movimientos. Pero los movimientos surgen como resultado de la aparición o expansión de las oportunidades. Ponen de relieve la vulnerabilidad del Estado a la acción colectiva, abriendo así oportunidades para otros, que afectan tanto a los sistemas de alianzas como a los de conflicto. El proceso lleva a respuestas por parte del Estado que, de un modo u otro, producen una nueva estructura de oportunidades.

La aparición de oportunidades políticas genera recursos externos para la gente que carece de recursos internos, aberturas donde antes sólo había un muro, alianzas anteriormente inviables y realineamientos que parecen capaces de aupar a nuevos grupos al poder. Pero como estas oportunidades son externas —y como pasan tan rápidamente de los grupos de protesta iniciales a sus aliados y oponentes, y finalmente a las elites y las autoridades—, la estructura de las oportunidades es una voluble amiga de los movimientos, particularmente de aquellos que se basan en grupos pobres en recursos.

El resultado es que las oportunidades de reforma y reconstrucción se cierran rápidamente o permiten que descontentos con diferentes objetivos atraviesen los portones que los «madrugadores» han derribado anteriormente. Así, las revoluciones de Europa del Este en 1989, que muchos creyeron traerían la democracia a una parte del mundo que llevaba largo tiempo privada de libertad, produjo pocas democracias funcionales, varios estados neocomunistas y una serie de países que no tardaron en desintegrarse en conflictos étnicos. Incluso en Alemania del Este, rápidamente integrada en una democracia occidental estable, el Foro Cívico democrático que abrió el camino de

la reunificación en 1989 fue rápidamente barrido por los partidos establecidos. El movimiento alemán más poderoso de comienzos de los noventa fue una violenta reacción racista a los problemas económicos que tuvo en su punto de mira a los inmigrantes y a los judíos.

La naturaleza efímera y cambiante de las oportunidades políticas no significa que los movimientos no tengan importancia. Del mismo modo que fue una oportunidad política lo que llevó a los bolcheviques al poder en Rusia en 1917, fueron las oportunidades ofrecidas por Gorbachov las que derribaron los muros del Estado socialista en 1989. Pero la naturaleza cambiante de las oportunidades políticas supone que los movimientos deben construir sobre cimientos más sólidos para impedir que las oportunidades se les escapen de entre las manos. De éstos, tres son especialmente cruciales: el repertorio de acción colectiva; los marcos de dicha acción, que dignifican y justifican los movimientos, y las estructuras organizativas que vinculan el centro con la base del movimiento y garantizan su interacción con quienes ostentan el poder. Éstos son los poderes de los movimientos que se analizarán en los tres capítulos siguientes.

Capítulo 6

LA ACCIÓN COLECTIVA

La mañana del 23 de noviembre de 1992, los residentes de la pequeña ciudad alemana de Mölln se despertaron con el olor de ruinas calcinadas y carne abrasada. Durante la noche, la casa de una familia de inmigrantes turcos había sido atacada con bombas incendiarias, y tres personas —una mujer y dos adolescentes— habían perecido entre las llamas. En la escena del crimen no aparecieron mensajes ni comunicados de prensa. Pero había pocas dudas de que había sido obra de «naziskins», matones de derechas con una ideología vagamente fascista y un gran odio a los extranjeros, un grupo que llevaba atacando a los inmigrantes y a los judíos desde la unificación, tres años antes¹.

El siguiente fin de semana se produjeron en toda Alemania manifestaciones a nivel nacional en memoria de las víctimas y protestas masivas contra aquella acción. En Hamburgo asistieron al funeral diez mil personas. La mayoría de los residentes turcos cerraron sus tiendas y en los ayuntamientos se celebraron concentraciones. Los miembros del sindicato metalúrgico abandonaron sus herramientas y en colegios de todo el país se guardaron unos minutos de silencio. El domingo siguiente, en Berlín, miles de per-

¹ Sobre el atentado con artefactos incendiarios de Mölln, véase «Es brennt Heil Hitler», en *Der Tageszeitung*, 24 de noviembre de 1992, p. 3.

sonas participaron en una marcha contra el racismo y la violencia en lo que se había pretendido que fuera una manifestación masiva de solidaridad pacífica².

No tardaron en estallar los disturbios cuando un grupo de «Comunistas Revolucionarios», una organización maoísta, se enfrentaron a los «autónomos», militantes de izquierda cuya organización se remontaba a los movimientos radicales de los setenta. Se lanzaron piedras, aparecieron armas y lo que había empezado siendo una celebración de unidad democrática y de respeto a los derechos de los inmigrantes acabó en confusión y decepción. Alrededor de diez personas sufrieron heridas en la confusión y otras diez fueron apaleadas por la policía, que además detuvo a veinte personas.

Estos incidentes ilustran los tres grandes tipos de acción colectiva pública que serán analizados en este capítulo. El primero, la violencia contra otros, es el más antiguo que se conoce. El segundo tipo, la manifestación pública organizada, representa la principal expresión convencional de la actividad de los movimientos en nuestros días. El tercero, la acción directa disruptiva, cruza la difusa frontera entre convención y confrontación. Aunque la violencia, la disrupción y la convención difieren en una serie de aspectos, comparten un hilo conductor común: son expresiones públicas de la confrontación entre los descontentos y las autoridades en la nebulosa área que existe entre la política institucional y la disensión individual.

No obstante, los movimientos no sólo organizan acciones públicas. Emplean diferentes combinaciones de violencia, disrupción y convención para hacer que los costes de sus oponentes aumenten, movilizar apoyos, expresar sus reivindicaciones y desarrollar relaciones estratégicas con aliados. En diferentes modos, desafían a sus oponentes, crean incertidumbre y potencian la solidaridad. El examen de cada uno de estos tipos por separado —y seguidamente de la dinámica de sus relaciones— nos permitirá cartografiar el poder de los movimientos y comprender su naturaleza elusiva.

² Sobre la manifestación de Berlín, véase «Ein Radikalerlass gegen Rechts?», en *Die Tageszeitung*, 7 de diciembre de 1992, p. 4.

Desafío, incertidumbre, solidaridad

El primer y más básico aspecto de la acción colectiva es su capacidad para desafiar a sus oponentes o a las elites. En la novela de Italo Calvino *El barón rampante* aparece un ejemplo ficticio pero arquetípico del desafío, en el que un joven noble reacciona ante el autoritarismo de su padre subiéndose a vivir a los árboles. El poder del héroe de Calvino radica en la ruptura con la convención y el desafío a la autoridad. No se limita a desafiar retóricamente la autoridad de su padre, sino que emprende una acción que *encarna* ese desafío y amenaza con un coste potencial.

Los disidentes no tienen por qué ocupar un espacio público para presentar desafíos eficaces. Los abolicionistas norteamericanos de la red clandestina que ayudaba a los esclavos fugados a llegar a Canadá desafiaban tanto a los propietarios de esclavos como a la soberanía de los estados. Las secretarías japonesas que se negaban discretamente a servir el té a sus jefes en la década de los ochenta estaban poniendo en cuestión una estructura profundamente arraigada en las normas empresariales de su país. Las colegialas musulmanas que insistían en llevar velo a clase en 1989 en Francia amenazaban las normas laicas de la educación pública francesa. Los desafíos, escribe Mary Katzenstein, pueden adoptar la forma de «movilización discreta» en las instituciones, en la familia o en las relaciones entre los sexos (1990).

Los estudiosos del campesinado en el Tercer Mundo, tras observar cómo queda minada la autoridad de los terratenientes por los retrasos deliberados, pequeños sabotajes, rebeldías y otros trucos, han adoptado el término «resistencia» para designar este tipo de conducta (Scott, 1986; Colburn et al., 1989)³. Sin embargo, estas formas de resistencia cotidiana, lejos de ser una forma de ruptura con la autoridad existente, forman parte de la estructura de la sociedad rural y se aproximan más al *ressentiment* pasivo descrito por Scheler (1972) que a los desafíos colectivos típicos de los movimientos sociales. La distinción es importante, ya que el movimiento tiene dos

³ Scott estaría de acuerdo en que tales prácticas no se limitan a los países del Tercer Mundo o a los campesinos de subsistencia. Cualquiera que haya vivido en una aldea del sur de Italia ha experimentado unas relaciones similarmente envenenadas y conoce los trucos que los campesinos emplean para burlar a los terratenientes o intermediarios.

características adicionales que no se dan en el resentimiento cotidiano: crea incertidumbre y potencia la solidaridad.

Retomar la narración de Calvino nos ayudará a comprender el papel de la incertidumbre. La protesta del joven barón le da poder no sólo por su espectacular dramatismo, sino por la ausencia en él de límites predecibles. Nadie antes ha pasado la noche subido a los árboles. ¿Cómo ha podido ocurrírsele semejante idea? ¿Cuánto tiempo pensará quedarse allí y cuál será el coste? Al día siguiente de abandonar él la casa, su hermano menor pondera su acción:

No es que yo no hubiera entendido que mi hermano se negaba por ahora a bajar, pero fingía no entender para obligarlo a pronunciarse, a decir: «Sí, quiero quedarme en los árboles hasta la hora de la merienda, o hasta la puesta del sol, o hasta la hora de la cena, o hasta que esté oscuro»; en resumen, algo *que marcase un límite, una proporción a su acto de protesta* (la cursiva es mía).

La incertidumbre es el resultado no sólo de la desconocida *duración* de una protesta, como en la historia de Calvino, sino de lo indeterminado de su coste. Las manifestaciones no violentas son a menudo más poderosas que la violencia en sí porque plantean la *posibilidad* de la violencia sin dar a la policía o a las autoridades una excusa para la represión. En palabras del politólogo Peter Eisinger (pp. 13-14):

Lo que resulta implícitamente amenazador en una protesta no es sólo la exhibición socialmente no convencional de grandes multitudes, que ofende y asusta a los observadores respetuosos para con las normas, *sino las visiones que evoca en los observadores y los oponentes acerca de hasta dónde podría llegar una conducta tan obviamente airada* (la cursiva es mía).

La incertidumbre deriva también de la posibilidad de que una acción se extienda a otros, incrementando así su coste potencial. Por esta razón, los movimientos frecuentemente afirman representar a una base más amplia que la que está presente en la protesta. No se trata de manifestantes contra el aborto, sino de «cristianos» que se oponen al aborto; no son los trabajadores afectados por reducciones de plantilla en una determinada fábrica, sino «la clase trabajadora» quien se pone en huelga; no son quienes padecen un riesgo ambien-

tal determinado y visible, sino «los intereses del planeta» los que sufren por efecto de la contaminación. A la incertidumbre respecto a los límites de una acción en particular se suma la posibilidad de que se extienda a otros.

Pero al igual que la «resistencia» de los campesinos de Scott, el gesto del joven barón en la historia de Calvino es una acción individual, la rebelión de un hombre joven contra su padre. Su impacto es limitado, no porque no sea atractivo y llamativo, sino porque no sirve a ningún interés colectivo. Los actos de desafío individuales pueden llevar a la acción colectiva, pero, en sí mismos, son fáciles de ignorar debido a la ausencia de solidaridad, que es el tercer gran elemento a la hora de definir la acción colectiva.

La acción colectiva no sólo desafía a sus oponentes y les enfrenta a límites indefinidos y resultados indeterminados; encarna —o parece hacerlo— la solidaridad. Una huelga sólo tendrá éxito en la medida en que los huelguistas puedan sacar partido a la solidaridad preexistente; una huelga que fuerce excesivamente esa solidaridad se arriesga a minar su propia efectividad. A la inversa, la acción colectiva refuerza —y en algunos casos genera— la solidaridad. «La solidaridad se basa en la rebelión —escribe Camus—, y la rebelión, a su vez, sólo puede encontrar su justificación en la solidaridad»⁴.

Resumiendo, el poder de la acción colectiva procede de tres características potenciales: desafío, incertidumbre y solidaridad. Los desafíos a las autoridades amenazan con costes desconocidos, y estallan adoptando formas dramáticas y a menudo ingobernables. Su poder procede, en parte, de la impredecibilidad de sus resultados y de la posibilidad de que otros se sumen a ellos. La solidaridad interna sustenta el desafío y sugiere la posibilidad de una ulterior disrupción. Los oponentes, los aliados y los observadores responden, no sólo en función de la agresividad del desafío y la incertidumbre que evoca, sino de la solidaridad que perciben en la protesta.

Por tanto, los organizadores intentan maximizar el desafío y la

⁴ «Me rebelo —concluye Camus—, luego *existimos*», *The Rebel*, p. 22. Para Camus, la naturaleza bifronte de la rebelión es, en palabras de Susan Tarrow en *Exile from the Kingdom*: «Que creaba solidaridad entre la gente, pero no podía cambiar las estructuras que causan la injusticia» (p. 148). La importancia de las solidaridades preexistentes en la incorporación al activismo ha quedado demostrada en el libro de Doug McAdams sobre el *Freedom Summer*.

incertidumbre de las acciones que organizan, explotar la solidaridad de los participantes y sugerir que representan solidaridades aún más amplias. Si bien el desafío, la incertidumbre y la solidaridad son propiedades presentes, en mayor o menor grado, en todas las acciones colectivas, algunos tipos maximizan el desafío, otros la incertidumbre y otros la solidaridad. Examinemos los tres tipos principales de acción colectiva —violencia, convención y disrupción—, y de qué modo encarnan estas propiedades, antes de volver a la dinámica de la acción colectiva.

El desafío de la violencia

La violencia no es la única forma de acción colectiva que plantea un desafío, pero la mayor parte de la gente la asocia intuitivamente con la acción colectiva. Los politólogos han dado cuerpo a este supuesto popular basando sus estudios más sistemáticos de la acción colectiva en los datos cuantitativos sobre la violencia que los gobiernos recopilan y difunden. La violencia es el rostro más visible de la acción colectiva, tanto en la cobertura que los medios contemporáneos le ofrecen como en el registro histórico. No resulta sorprendente, ya que la violencia es noticia y preocupa a aquellos cuya tarea es mantener el orden. No obstante, también se debe a que la mayoría de la gente tiene una morbosa fascinación por la violencia y se siente a la vez repelida y atraída por ella. Finalmente, para los grupos pequeños, la violencia es el tipo de acción colectiva más fácil de iniciar sin incurrir en grandes costes de coordinación y control.

¿Por qué es la violencia el tipo de acción colectiva más fácil de propiciar? Como planteaba en el Capítulo 1, la acción colectiva masiva tiene un elevado umbral de costes sociales transaccionales. Los organizadores de una manifestación pacífica necesitan un plan de acción, megáfonos, pancartas, un cuerpo de seguridad entrenado y un orador capaz de mantener la atención de la multitud. Además, deben obtener la cooperación o la tolerancia de las autoridades. Sin embargo, quienes fomentan la violencia no necesitan más que ladrillos, bates de béisbol o cadenas, el ruido de ventanas rompiéndose, el crujido de las porras abatiéndose sobre la cabeza de las víctimas y la solidaridad del grupo. La mayor parte de las formas tradicionales de acción colectiva se centraban en la violencia, o en la amenaza de la

violencia, porque era la forma de acción colectiva que más fácilmente podían emprender grupos locales aislados y poco informados.

A la vista de lo fácil que resulta desatar la violencia, es interesante que ésta se haya vuelto mucho más infrecuente en las democracias contemporáneas que las otras formas de acción colectiva que examinaremos más adelante. Ya podemos percibir este cambio en la investigación de Charles Tilly sobre la acción colectiva británica, en el paso de las algaradas y quemas de almiarés de mediados del siglo XVIII a las peticiones y manifestaciones que dominan el registro histórico ya en 1834 (1993a). El Estado moderno ha producido un aumento en la cantidad de acción colectiva concertada, pero ha diluido su grado de violencia.

Aún se producen importantes explosiones de violencia durante y tras las rupturas de los regímenes, cuando los movimientos carecen de acceso legítimo en sus propios países, o en las postrimerías de movimientos que han perdido su base de masas. La violencia es también producto de la interacción entre los que protestan y las fuerzas del orden. La historia europea moderna, escribe Charles Tilly, muestra la siguiente división del trabajo: «Las fuerzas represivas son las responsables de la mayor parte de los muertos y los heridos, mientras que los grupos a los que pretenden controlar son los que más daños materiales producen» (1987: 177).

Aunque la violencia asusta a la gente, tiene una grave limitación como arma política: reduce la incertidumbre. Mientras la violencia siga siendo una posibilidad de las acciones de los disidentes, reina la incertidumbre y los actores colectivos ganan fuerza psicológica frente a sus oponentes. Pero cuando la violencia se desata, o incluso cuando es sólo probable, da a las autoridades un pretexto para la represión (Eisinger, 1973) y aleja a los simpatizantes no violentos.

En los ciclos de protesta, la violencia tiene un efecto polarizador sobre los sistemas de alianzas y de enfrentamiento. Hace que las relaciones entre los descontentos y las autoridades pasen de ser un juego confuso a muchas bandas a un enfrentamiento bipolar en el que la gente se ve obligada a tomar partido, los aliados abandonan, los observadores se retiran y el aparato represivo del Estado entra en acción⁵.

⁵ No obstante, la violencia prolongada y el estancamiento pueden llevar finalmente a un centro antiviolencia, como ocurrió con el movimiento antimafia en Sicilia. Véase «From Peasant Wars to Urban Wars: The Antimafia Movement in Palermo», de Peter Schneider.

La amenaza de la acción es una baza clave del movimiento, pero se convierte en un lastre cuando otros actores del sistema político se asustan, se reagrupan las elites en nombre de la paz social y las fuerzas del orden descubren cómo responder. La principal razón por la que los organizadores de manifestaciones masivas han aprendido a mantener éstas estrictamente controladas es limitar los costes de la violencia (Cardon y Heurtin, 1990).

Es sólo en los regímenes en los que el orden se ha venido abajo, o en los que los ciudadanos se hallan divididos por escisiones fundamentales de naturaleza étnica, religiosa o nacional, donde la violencia tiene mayor poder que otras formas de acción colectiva. En los últimos treinta años, hemos sido testigos de importantes brotes de violencia entre grupos sectarios de Irlanda del Norte y Sri Lanka, por parte de fundamentalistas musulmanes contra los estados laicos en Oriente Medio y de las guerrillas contra lo que consideran gobiernos ilegítimos en Afganistán, Palestina y Latinoamérica. Al no poder hacer frente a estos desafíos por medios legales, los estados respondieron con la ley marcial, el encarcelamiento, la tortura y los escuadrones de la muerte.

La descomposición de la antigua Unión Soviética y sus estados satélites de Europa del Este a partir de 1989 ha incrementado la cantidad de violencia en el mundo, fundamentalmente por parte de grupos étnicos que ven en el hundimiento del control comunista la oportunidad de crear sus propios estados. Tanto la violencia sectaria como las rivalidades interétnicas son el resultado del desmoronamiento del control del Estado cuando los impulsores políticos ven la oportunidad de una movilización por motivos étnicos o políticos. En el capítulo final nos preguntaremos si esta oleada de conflictos sectarios y étnicos nos abocan o no a una sociedad más violenta de movimientos.

El espejismo del número

En la memoria popular, los que habitualmente fomentaban la violencia eran la plebe y el populacho. La imagen de las «clases peligrosas» que se desarrolló en la Europa del siglo XIX estaba basada en el miedo a que, una vez desencadenada la violencia, las hordas camparan por sus respetos y el orden social quedara destruido (Chevalier, 1973; McPhil, 1991). En torno al miedo a las algaradas se desarrolló toda una jurisprudencia sobre el control de las multitudes, y esta

imagen de la violencia del populacho sigue estando aún muy extendida en la cultura popular.

Sin embargo, la violencia se produce por instigación de grupos pequeños y muy organizados, más frecuentemente que a manos de multitudes desenfrenadas. Por ejemplo, en un estudio de casi cinco mil actos de protesta que tuvieron lugar en Italia desde 1965 hasta 1975, la inmensa mayoría de los actos violentos resultaron ser fruto del choque de pequeños grupos contra la policía, de la destrucción de la propiedad o del ataque a grupos antagonistas (Tarrow, 1989a: cap. 12). La violencia ejercida por grandes muchedumbres constituía tan sólo un 1 por ciento en este turbulento periodo (p. 78). De modo similar, la mayor parte de la violencia contra las personas que asoló Los Angeles tras el veredicto de Rodney King parece haber sido alentada más por bandas organizadas que por desaforadas multitudes.

Al ir aumentando el Estado su capacidad represiva, la protesta violenta empieza a plantear riesgos extremos y costes elevados. El resultado es que, incluso en los sistemas autoritarios, los movimientos de oposición se han especializado en diseñar formas discretas, simbólicas y pacíficas de acción colectiva que son difíciles de reprimir. Mucho antes de que el socialismo de Estado se viniera abajo en Europa del Este, los oponentes de los regímenes en esa parte del mundo habían desarrollado un amplio repertorio de acciones que evitaban el menor indicio de violencia.

El atractivo de la violencia es que, para la gente sin recursos políticos, es fácil de poner en marcha. La dificultad es que legitima la represión, polariza a la opinión pública y, en última instancia, depende de un pequeño núcleo de militantes para los que se ha convertido en la expresión política fundamental. Cuando esto ocurre, los organizadores quedan atrapados en una confrontación militar con las autoridades que les es casi imposible ganar. Quizá por esto prácticamente todas las formas modulares de acción colectiva que se han desarrollado como platos fuertes del repertorio contemporáneo en los estados democráticos son no violentas. O, más específicamente, oscilan entre la convención y la disrupción.

La acción colectiva convencional

Organizar una acción colectiva de grandes proporciones y no violenta requiere la existencia de organizadores para resolver una

serie de problemas que he resumido bajo la fórmula de «costes sociales transaccionales» de la acción colectiva. En el siglo XIX, los partidos de masas socialdemócratas intentaron resolver estos problemas internalizando a su base⁶. Pero la mayoría de las grandes acciones colectivas no violentas de nuestros días se coordinan a través de un proceso que se asemeja más a los «contratos por convención» descritos por Hardin (1982) que a un control organizativo real. La coordinación de grupos grandes e imperfectamente integrados frente a oponentes compactos y poderosos requiere un acuerdo tácito en las expectativas de los participantes (Schelling: 71). Éste es el principal atractivo de las formas convencionales de acción colectiva, ya que es más fácil para la gente recurrir a una forma que ya sabe usar. Una razón de la supervivencia del *charivari* hasta bien entrado el siglo XIX es que era una forma de acción colectiva familiar, sencilla de emplear y con resonancias culturales. Lo mismo se aplica a las grandes convenciones de la acción colectiva en nuestros días. Aunque comenzaron como formas de ruptura con rutinas ya establecidas, hoy constituyen parte de un repertorio conocido y comprendido por todos en la cultura política de los estados modernos. A continuación se exponen dos importantes ejemplos.

La huelga

La huelga constituye un buen ejemplo de cómo las formas de acción colectiva que se originan durante confrontaciones disruptivas se vuelven modulares y, en última instancia, convencionales. La primera utilización del término «*strike*» (golpear) en el idioma inglés parece remontarse a las acciones de los marineros del siglo XVIII, que golpeaban las velas de sus barcos como signo de su negativa a trabajar (Linebaugh y Rediker: 240). Pero la aparición de un término equivalente para designar la huelga en muchas lenguas europeas aproximadamente por las mismas fechas sugiere que su origen es múltiple (Tilly, 1978: 159).

La huelga es anterior a la industrialización, y a menudo incluía toda una variedad de actores sociales, ninguno de los cuales podría

⁶ Para un análisis más detallado de la estrategia de la internalización y sus resultados, véase el Capítulo 8 de este estudio.

ser considerado «proletariado»⁷. Al contrario que la revuelta campesina, que era inseparable del sistema feudal, la huelga, una vez inventada, *no* era inseparable de ninguna ocupación en particular. Al irse corriendo la voz de que las huelgas podían tener éxito, se extendieron de los trabajadores cualificados a los no cualificados, de las grandes fábricas a las pequeñas empresas, de la retención de la fuerza de trabajo a la de mercancías, de la industria a la agricultura, y de ahí a los servicios públicos. Tan habitual llegó a ser la huelga que hoy en día es virtualmente parte de las instituciones de la negociación colectiva, con su propia jurisprudencia, rituales y expectativas, tanto entre los que recurren a ella como entre sus antagonistas.

En el curso del siglo XIX, las huelgas no sólo eran un medio de presionar a los empresarios, sino que se convirtieron en una fuente de solidaridad de clase. Así lo refleja el creciente intercambio de apoyo entre trabajadores más allá de las fronteras geográficas y profesionales (Aminzade, 1981: 81-82) y en el ritual de la huelga, diseñado para potenciar la solidaridad. Además, las huelgas podían emplearse en combinación con otras formas de acción: ocupaciones, marchas, sabotaje industrial, peticiones o reclamaciones y acciones legales. Tras comenzar como una retirada espontánea de la fuerza de trabajo, la huelga pasó a ser el medio a través del cual los trabajadores construían y expresaban su solidaridad, presionaban a sus oponentes, buscaban apoyo exterior y negociaban sus diferencias desde una posición de mayor poder, por pasajero que fuera éste.

La manifestación

Las manifestaciones comenzaron también como acciones disruptivas que posteriormente se institucionalizaron. Parecen haberse desarrollado cuando los descontentos pasaron de un objetivo a otro, bien para atacar a sus oponentes o para exponer sus exigencias⁸. El

⁷ Todavía en el censo francés de 1872, escribe Ronald Aminzade, aunque los trabajadores manuales tanto artesanos como industriales «sólo constituían el 21,9% de la mano de obra y el 29,5% de la clase obrera, los artesanos fueron responsables del 72% de las huelgas producidas entre 1830 y 1879» (pp. 77-78).

⁸ Los tejedores ingleses que se reunieron en Spitalfields en 1765 marcharon sobre Londres siguiendo tres rutas diferentes para presentar peticiones contra la importación de seda francesa. Véase *The Politics of Nonviolent Action* de Gene Sharp, p. 152, para este y otros casos tempranos.

mitin público en el que habitualmente acaba una marcha comenzó cuando la multitud llegaba a su destino, presentaba su petición o atacaba a sus enemigos. Hoy es más probable que la marcha finalice con discursos y música rock.

Las manifestaciones públicas estaban vinculadas a la democratización, o al menos surgieron junto con las primeras campañas públicas en reivindicación de derechos políticos y sociales. Por ejemplo, aunque hubo concentraciones casi constantes ante el Hôtel de Ville en París durante la Revolución Francesa, que se prolongaron hasta febrero de 1848, los parlamentarios liberales aún tenían que disfrazar sus acciones como «banquetes». Fue en la fase democrática de la revolución de 1848 cuando apareció la manifestación en su forma moderna y completa⁹, ya que los líderes de la nueva república no podían negarle al pueblo el derecho a exponer sus peticiones (Favre: 16). A partir de entonces, la forma típica de darse a conocer de los movimientos franceses fue la manifestación pacífica en un lugar público.

Al contrario que las huelgas, que requerían algún tipo de relación con la retención de la fuerza de trabajo o de un producto para atraer apoyos, las manifestaciones podían extenderse rápidamente porque eran de una flexibilidad casi infinita. Era posible emplearlas en apoyo de una reivindicación, contra un oponente, para expresar la existencia de un grupo o su solidaridad con otro grupo, para celebrar una victoria o llorar la muerte de un líder. Así pues, las manifestaciones se convirtieron en la forma modular clásica de la acción colectiva.

Al ser legalizadas, las manifestaciones dieron lugar tanto a una jurisprudencia como a una cultura (Hubrecht, 1990; Champagne, 1990). En vez de permitir que la policía controlara a los manifestantes, los organizadores empezaron a emplear su propio servicio de seguridad (Cardon y Huertin: 199) y a desarrollar una secuencia repetida de rutas, consignas, símbolos y un orden de marcha regular

⁹ Pierre Favre, en *La Manifestation*, la definía así: «Un movimiento colectivo organizado en un espacio público con el fin de producir un resultado político por medio de la expresión pacífica de una opinión o exigencia» (p. 5). Pero téngase en cuenta que hasta bien entrado el siglo XIX los diccionarios franceses no incluyeron el término *manifestation* como nombre común, mucho tiempo después de que la práctica se hubiera generalizado. Favre distingue la manifestación de la concentración, que es estática; la procesión, cuyos fines son religiosos; los movimientos no organizados (*attroupements*), y los disturbios, que convierten el espacio urbano en un campo de batalla. Sobre esto véase la introducción de Favre a *La Manifestation*, pp. 14-17.

(Favre, 1990). Los diferentes movimientos preferían una u otra trayectoria, por lo que frecuentemente era posible determinar el color político de los manifestantes simplemente a través de la ruta elegida. Incluso el papel de los no participantes —la prensa, las fuerzas del orden, los observadores y los antagonistas— acabó convirtiéndose en parte del ritual de la manifestación (Favre: 18-32).

Los estados represivos casi siempre consideran las manifestaciones como riesgos potenciales, lo que puede llevar a una represión salvaje de descontentos pacíficos y, a veces —como en los acontecimientos de enero de 1905 en Rusia—, a la revolución. Los estados constitucionales han llegado a aceptar las manifestaciones como una práctica normal e incluso ventajosa, como indica el hecho de que los manifestantes reciban a menudo protección, e incluso orientación, por parte de la policía¹⁰. De un desplazamiento incontrolado de descontentos de un lado para otro —a menudo para nada bueno—, la manifestación acabó convirtiéndose en la principal expresión no electoral de la política civil moderna.

Disrupción e incertidumbre

La acción colectiva convencional empezó en forma de disrupción. Históricamente ha adoptado toda una serie de formas, desde el ataque contra la casa de aquel a quien se considera responsable de una injusticia y el asalto al almacén de grano del molinero en el siglo XVIII a las barricadas del siglo XIX y las sentadas y huelgas de nuestro siglo. En su forma más directa, no es más que una amenaza de violencia: «Si no produce grano o dinero —dice el descontento— o no deja de usar las máquinas que están destruyendo nuestro medio de vida, puede sufrir daños físicos.»

En sus formas contemporáneas la disrupción tiene una lógica más indirecta. En primer lugar, es la expresión concreta del grado de determinación de un movimiento. Al sentarse, levantarse o caminar

¹⁰ Después de los años sesenta, la policía del Distrito de Columbia empezó a ofrecer seminarios acerca de cómo organizar manifestaciones y cómo controlar a los participantes. El sistema de permisos empleado por el Servicio Nacional de Parques en Washington es otra forma de regulación social. Acerca del control social de las manifestaciones, véase «The Institutional Channeling of Social Movements by the State in the United States», de John D. McCarthy, David W. Britt y Mark Wolfson.

juntos en un espacio público, los manifestantes ponen de manifiesto su existencia y refuerzan su solidaridad. En segundo lugar, la disrupción obstruye las actividades rutinarias de los oponentes, los observadores o las autoridades. Por último, la disrupción amplía el círculo del conflicto. Al bloquear el tráfico o interrumpir actividades públicas, los manifestantes incomodan a los ciudadanos, representan un peligro para la ley y llevan al Estado a un enfrentamiento.

La disrupción no tiene por qué adoptar formas públicas abiertamente amenazadoras. Primero el movimiento de los derechos civiles y después el de las mujeres han demostrado a los norteamericanos que si lo personal es político, las causas políticas pueden llevarse adelante por medios personales. Lo que no sería disruptivo en un contexto social dado puede serlo extremadamente en otro. Uno de los principales campos de batalla del feminismo americano ha sido la familia, incluso por parte de mujeres no militantes desprovistas de recursos¹¹.

Mientras que la forma característica de confrontación del siglo XIX fue la barricada, el siglo XX ha añadido sus propias aportaciones al repertorio de la disrupción. Cuando los empresarios descubrieron que podían cerrar las fábricas dejando fuera a los empleados para poner fin a una huelga, los trabajadores inventaron la sentada y añadieron a su repertorio la ocupación de fábricas. A la marcha que terminaba en una manifestación en un lugar público se le añadieron las herramientas de la acción directa no violenta y la ocupación pacífica, tal vez las principales contribuciones de nuestro siglo al repertorio de acción colectiva.

La acción directa no violenta

La acción colectiva no violenta surgió en el siglo XX como la forma de confrontación más teorizada. Gene Sharp encuentra tes-

¹¹ En la investigación que está realizando actualmente Mansbridge ha descubierto que algunas expresiones de los primeros tiempos del movimiento de mujeres, como «machista», empiezan a aparecer entre las blancas y afroamericanas pobres a las que ha entrevistado en Chicago. Mansbridge es cautelosa a la hora de asignar un valor político al uso de tales símbolos en la vida privada, pero sus testimonios indican que estas mujeres los utilizan para «nombrar» acciones no deseadas por parte de sus compañeros en términos más amplios de los que usualmente se atribuyen a una conducta desagradable. Mi agradecimiento a la profesora Mansbridge por permitirme consultar su trabajo inédito, «Feminist Identity: Micronegotiation in the Lives of African-American and White Working Class Women».

timonios de acción no violenta en momentos muy remotos de la historia¹², pero ésta sólo fue objeto de teorización formal por parte de Gandhi después de que él y sus seguidores la emplearan contra la discriminación en Sudáfrica y para poner fin al dominio colonial británico de la India¹³. Aunque la táctica del movimiento era pacífica, Gandhi dejó perfectamente claro su fin disruptivo. Al poner en marcha la campaña no violenta de 1930-1931, le escribió al virrey británico: «No se trata de convencer por medio de la discusión. Se trata, en última instancia, de una confrontación de fuerzas» (Sharp: 85).

El poder de la no violencia radica no sólo en que representa un desafío a la autoridad, sino en que fomenta la solidaridad entre gentes que dudarían en enfrentarse a ella. Esto se aprecia claramente en el uso que hizo de ella el movimiento americano de los derechos civiles, cuyos líderes movilizaron a los sectores conservadores y religiosos practicantes de la comunidad afroamericana en favor de la acción directa no violenta. Externamente, contraponían a los bien vestidos y pacíficos manifestantes del movimiento al matonismo de la policía, convirtiendo a la vez la religiosidad de la clase media negra sureña en una base para la solidaridad¹⁴.

El poder de la disrupción no violenta descansa fundamentalmente en la incertidumbre. No es violenta, pero amenaza violencia. El curso a seguir está planificado, pero su resultado depende de las reacciones de los demás, que no pueden predecirse. A menos que se mantenga bajo un estricto control, los de fuera pueden subirse al mismo tren y aprovechar los esfuerzos de los organizadores en beneficio de sus propios objetivos y tácticas. Aunque las campañas de Gandhi en la India se consideran un modelo de acción colectiva no violenta, la masacre de sus seguidores en Amritsar en 1919 —lo que Gandhi llamó su «error Himalaya»— demostró lo que puede

¹² Estirando un tanto el concepto, Gene Sharp, en *The Politics of Nonviolent Action*, la descubre incluso en los plebeyos romanos que, antes que atacar a los cónsules, se retiraron de Roma a una colina posteriormente llamada «el Monte Sagra-do» (p. 75). Encuentra también ejemplos en la Revolución Norteamericana, en la resistencia húngara al dominio austriaco en el siglo XIX y en la huelga general y el bloqueo de las funciones gubernamentales que derrotaron al *putsch* de Kapp en la Alemania de Weimar (pp. 76-80).

¹³ Acerca del papel de la «teorización» en la difusión de las innovaciones, véase el ensayo de David Strang y John Meyer, «Institutional Conditions for Diffusion».

¹⁴ Véase el Capítulo 7, donde se tratará esta idea con más detalle.

ocurrir cuando la táctica se emplea contra oponentes sin escrúpulos o descontrolados¹⁵.

Aunque comenzó siendo una herramienta de agitación nacionalista en el Tercer Mundo, la acción directa no violenta se extendió a una variedad de movimientos en los años sesenta y setenta. Fue utilizada en la primavera de Praga por los movimientos pacifistas y ambientalistas europeos y norteamericanos durante los movimientos estudiantiles de 1968 y por los oponentes del gobierno militar en Tailandia y Birmania. Su capacidad para extenderse de un tipo de movimiento a otros muy diferentes queda espectacularmente demostrada por el empleo que de ella han hecho los manifestantes antiabortistas de Estados Unidos¹⁶.

El poder de la acción colectiva disruptiva radica en su capacidad de desafiar a las autoridades, fomentar la solidaridad y crear incertidumbre. Fenómenos como la huelga y la manifestación aparecieron inicialmente como tácticas disruptivas, aunque finalmente llegaron a ser tan convencionales como las peticiones por escrito, el boicoteo y la revuelta contra los impuestos que les precedieron. Otras formas, como la barricada y la manifestación armada, quedaron arrumbadas, ya que resultaron ser demasiado fáciles de reprimir. La historia de la acción colectiva es la historia de cómo se incorporaron al repertorio convencional formas nuevas y disruptivas de acción colectiva al ser

¹⁵ En una ciudad próxima a Amritsar, las tropas del general Dyer dispararon sobre los participantes de una *hartal* convocada por Gandhi para protestar por la prórroga de la prohibición de manifestaciones impuesta por los británicos en tiempo de guerra. Acerca de este incidente, que aparece al comienzo de la película «Gandhi», de Richard Attenborough, véase *Mahatma Gandhi and His Apostles*, pp. 140-141, de V. E. D. Mehta.

¹⁶ Aquí un movimiento que rechazó buena parte del bagaje cultural e ideológico de la New Left adoptó la táctica de bloquear el acceso a las clínicas en las que se practicaban abortos y resistirse pacíficamente cuando llegaba la policía a retirarlos. Su eficacia quedó demostrada por la creciente reticencia de los médicos americanos a practicar abortos durante los años ochenta, y por la vergüenza y el sentimiento de culpa inducidos en mujeres que se veían obligadas a llevar a término un embarazo no deseado. Sólo tras el asesinato de un médico en Florida en 1993, los estados y el gobierno federal empezaron a adoptar medidas más enérgicas contra Operación Rescate. El movimiento contra el aborto sigue pendiente de un estudio definitivo. Suzanne Staggenborg lo aborda con sensibilidad en *The Pro-Choice Movement*, parte 3. Algunos de sus aspectos tácticos y organizativos son analizados por John McCarthy en su artículo «Pro-Life and Pro-Choice Mobilization». El papel de la organización de Phyllis Schlafly en la derrota de la Enmienda por la Igualdad de Derechos es analizado perceptivamente por Mansbridge en *Why We Lost the ERA*.

aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas por los oponentes y las elites.

En nuestro siglo, ciertas formas de acción, como la ocupación pacífica y la desobediencia civil, han empezado a recorrer un camino similar de la disrupción a la convención. Inventadas por descontentos innovadores durante grandes ciclos de protesta, fueron teorizadas y difundidas a todo el mundo por los medios de comunicación de masas y los apóstoles del movimiento (McAdam y Ruch, 1993). Brindan poder a los movimientos merced a su capacidad para atraer a los ciudadanos a confrontaciones disruptivas con las autoridades sin ofrecer a éstas el menor pretexto válido para la represión. Cuando son reprimidas a pesar de su rostro pacífico, el resultado es a menudo una extensión del conflicto a públicos más amplios, impulsada por un sentimiento de escándalo e indignación.

Tales movimientos tienen la posibilidad de triunfar cuando identifican y enmarcan cuestiones consensuales en formas con las que pueda identificarse un público más amplio. Fracasan cuando los regímenes a los que se enfrentan son menos escrupulosos que ellos, o cuando no logran controlar los resultados de sus protestas. Pero también se enfrentan a un peligro más sutil. Al igual que muchas de las formas de acción colectiva heredadas del pasado, pueden disolverse en la violencia o volverse convencionales. Esta reflexión nos conduce a la dinámica de la acción colectiva.

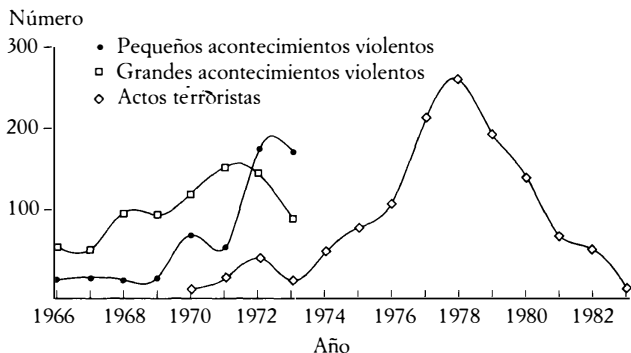
La dinámica de la acción colectiva

Cuando examinamos la panoplia de formas de acción colectiva en los estados democráticos de hoy descubrimos una aparente paradoja. Aunque la disrupción de la vida de los oponentes parece ser la forma más poderosa de acción colectiva, y la violencia la más fácil de iniciar, la mayoría de las formas de protesta que vemos hoy en día son convencionales. Es decir, se trata de rutinas pacíficas y ordenadas que no rompen ley alguna ni violan ningún espacio. Consideremos la siguiente tabla de formas de acción colectiva reflejadas en la prensa italiana entre 1966 y 1973, un periodo particularmente tumultuoso de protesta política y social. Al agruparlas en tres grandes clases, un 56 por ciento fueron clasificadas como convencionales, un 19 por ciento como de confrontación y simbólicas y un 23 por ciento como violen-

Forma de la acción	% del total	Incidencia
Huelga	20,3	1974
Marcha	12,4	1206
Mitin público	9,8	955
Ocupación	8,3	812
Bloqueo	8,2	797
Asamblea	7,3	709
Petición	6,6	639
Ataque violento	6,0	589
Ataque contra la propiedad	6,0	584
Enfrentamiento violento	5,1	497
Enfrentamiento con la policía	3,9	382
Entrada forzada	1,0	100
Huelga de hambre	0,7	70
Alboroto	0,6	58
Acción directa	0,4	48
Panfletada	0,3	33
Protesta simbólica	0,3	33
Acción legal	0,2	18
Violencia indiscriminada	0,1	15
Robo	0,1	11
Acampada en lugar público	0,1	7
Otros	1,6	154
Sin clasificar	0,4	48
Total	99,7	9739

FUENTE: Recalculado por Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder, Protest and Politics in Italy, 1965-1975* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1989), p. 68.

TABLA 6.1. *Incidencia de todas las formas de acción colectiva como porcentaje del total de formas de acción, Italia, 1966-73*



FUENTE: Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder, Protest and Politics in Italy, 1965-1975* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1989), p. 306.

FIGURA 6.1. *Acontecimientos violentos a gran escala, violencia de grupos pequeños y terrorismo, Italia, 1966-1983*

tas¹⁷. ¿Por qué las formas convencionales de acción colectiva son numéricamente dominantes incluso durante un gran ciclo de protesta?

Los datos de la tabla 6.1 exponen un nuevo rompecabezas. Mientras que la disrupción creció rápidamente en la primera parte del periodo —al usar los trabajadores formas de acción radicales y ocupar los estudiantes las universidades—, a comienzos de la década de 1970, estas formas disruptivas ya habían dado paso a la violencia. Combinando los acontecimientos de protesta recopilados por el autor con los datos de Donatella della Porta sobre el terrorismo italiano, se aprecia un acentuado incremento en la violencia de grupos pequeños y, después, en el terror organizado una vez finalizado el clímax de la protesta de masas en 1968-1969. En la figura 6.1 se comparan estos datos.

¹⁷ Los datos de la tabla 6.1 han sido calculados a partir de una muestra total de artículos sobre actividades de acción colectiva local y nacional publicados en el *Corriere della Sera*, de Milán. En la tabla, cada forma de acción se expresa en proporción al número total de formas de acción observadas. Se emplearon las siguientes definiciones para los tres tipos agregativos: *convencional* —huelgas, marchas, mítines públicos, asambleas, peticiones, audiencias, panfletadas y acciones legales—, *disruptivo* —ocupaciones, bloqueos, ocupaciones, acciones directas— y *violento* —ataques violentos a personas o propiedades, choques con otros descontentos o con la policía, algaradas y vandalismo. Para un tratamiento más detallado de los datos y el estudio, véase mi *Democracy and Disorder*, cap. 3, y los Apéndices A y B.

Los dos hallazgos parecen claros. Incluso recurriendo a un periodo de turbulencia generalizada, la mayoría de los italianos jamás traspasaron la frontera del uso de formas convencionales como la huelga, la marcha y la manifestación. Algunos se contentaron incluso con formular peticiones por escrito o pedir audiencia a las autoridades. Pero, al igual que en Estados Unidos durante el mismo periodo, las formas disruptivas que proveían una base de masas en 1968 no tardaron en ceder el puesto a la violencia organizada y la de grupos pequeños. Dado el hecho de que la disrupción combina el desafío, la incertidumbre y la solidaridad sin incurrir en los riesgos de la violencia ni en la rutina de la convención, ¿cómo podemos explicar el dominio numérico de formas convencionales durante un periodo de enfrentamientos generalizados y el paso de la disrupción a la violencia en el seno de éstas?

De la disrupción a la violencia

Abordaremos el segundo problema en primer lugar, partiendo del supuesto de que la acción colectiva —al margen de cómo surja— es el principal recurso que emplean los organizadores para movilizar a sus seguidores. La acción colectiva supone a la vez un coste y un beneficio (Hirschman, 1982). Para compensar los costes con los beneficios, aquellos que promueven el desafío plantean exigencias significativas y reivindicaciones generales con el fin de atraer la atención de sus aliados y oponentes, así como para enardecer a sus seguidores (Gamson y Meyer, 1993). La forma obvia de atraer la atención y conseguir simpatizantes es la disrupción.

Cuando se emplean por primera vez, las formas disruptivas asustan a los antagonistas por su coste potencial, conmocionan a los observadores y preocupan a las elites relacionadas con el orden público. Pero los periódicos empiezan a conceder cada vez menos espacio a protestas que habrían merecido grandes titulares cuando hicieron su primera aparición en la calle. La reiteración de una forma de acción colectiva reduce la incertidumbre y hace que sea acogida con una sonrisa o un bostezo. Los participantes, al principio entusiastas y vigorizados por su solidaridad y su capacidad de enfrentarse a las autoridades, van cansándose o desilusionándose. En vez de sacar al ejército a la calle o permitir que la policía cargue contra la

multitud, las autoridades infiltran en ella grupos disidentes y separan a los líderes de los seguidores. La transformación en una rutina va pisándole los talones a la disrupción.

Enfrentados a la habituación a la protesta y al inminente abandono de sus seguidores, los líderes pueden inventar formas más audaces de confrontación o usar las mismas de modos más radicales. Se recurre a la violencia física y a la retórica exagerada para dar nuevos ánimos a los militantes desalentados, atraer a nuevos seguidores y mantener la atención del Estado. Pero tales prácticas asustan a los observadores, hacen que los posibles aliados se lo piensen dos veces y que muchos de los que se unieron al movimiento en su fase temprana y entusiasta lo abandonen. Al abandonar estos activistas el movimiento, va resultando cada vez más difícil organizar formas pacíficas y masivas de acción colectiva. Los militantes del núcleo del movimiento aprenden a sacar el máximo partido de sus limitadas fuerzas. El resultado más probable de la existencia de un número reducido de militantes con líderes profesionalizados es la violencia.

Las tácticas represivas del Estado refuerzan esta tendencia a la violencia, aislando aún más a los militantes. Cuando las autoridades británicas se volvieron contra los painitas y los grupos radicales tras la Revolución Francesa, «lo que quedaba del radicalismo inglés se lanzó a la lucha por aquellos objetivos subversivos, clandestinos y republicanos que sus líderes más moderados habían repudiado continuamente hasta ese momento» (Goodwin: 416). Los populistas rusos que a finales del siglo XIX fabricaban bombas y atacaban a la aristocracia en parte estaban reaccionando ante la represión de toda forma de protesta abierta por parte del régimen zarista.

Una dinámica similar puede apreciarse a finales de la década de 1960, al escindirse la NL (Nueva Izquierda) estadounidense de su tronco. Cuando la manifestación contra la guerra de Vietnam durante la Convención Demócrata de Chicago en 1968 desembocó en violentos enfrentamientos con la policía, el movimiento se vino abajo. Como escribe James Miller: «Dejó en su estela un cúmulo de pequeños movimientos con una única reivindicación [en algunos de los cuales] los frustrados revolucionarios construían bombas, convirtiendo sueños de libertad en crueles e inútiles brotes de terrorismo» (p. 317).

No es de extrañar, pues, que los movimientos se dividan una y otra vez en torno a la cuestión de la violencia. En la Revolución Francesa, la batalla entre los girondinos y los jacobinos se desató

debido a su desacuerdo sobre la ejecución del Rey, y los girondinos no tardaron en seguirle a la guillotina. Entre los cartistas británicos hubo un largo debate acerca de las ventajas de la acción física frente a la acción moral. En la izquierda europea, los anarquistas y los socialdemócratas discutían sobre la violencia de los primeros y la burocratización de los segundos.

Los movimientos de las últimas décadas han producido bifurcaciones similares. En Estados Unidos, incluso en el seno del movimiento por los derechos civiles, fundamentalmente pacífico, el debate entre el ala más antigua y moderada del movimiento y los jóvenes exaltados que desafiaban su liderazgo se produjo en gran medida en torno a la violencia. Cada fase del movimiento llevaba a mayores disputas entre las ramas más jóvenes y las más viejas del movimiento. Tras el asesinato de Martin Luther King y el desplazamiento del movimiento al norte, se materializaron los peores sueños de King: estalló la violencia y ésta fue utilizada para justificar la política de «ley y orden» de los tiempos de Nixon (Button, 1978). En este ciclo de protesta, al ir consumiéndose las formas originales de política disruptiva y desplazarse su centro de gravedad desde el Sur a las ciudades del Norte, el movimiento de masas dio paso a la práctica de la violencia organizada y, consiguientemente, al hundimiento del movimiento.

De la confrontación a la convención

El recurso a la violencia de los grupos radicales no es el único resultado posible al problema del mantenimiento de la acción colectiva. Alternativamente, al irse desvaneciendo la excitación de la fase disruptiva y aprender la policía a mantener el control, los movimientos institucionalizan sus tácticas e intentan obtener beneficios concretos para sus seguidores a través de la negociación y el compromiso. Se trata de un camino que a menudo conduce al éxito a costa de transformar el movimiento en un partido o un grupo de interés.

A veces se descartan las formas de disrupción que invitan a la represión al ir aprendiendo a rehuirlas quienes participan en ellas¹⁸. En otras ocasiones, las formas de confrontación en sí se instituciona-

¹⁸ Ése fue el caso de las «manifestaciones armadas» de los *Montagnards* franceses durante la insurrección de 1851 contra el golpe de Estado de Louis Napoleón. «Al tomar las armas contra el gobierno —escribe el historiador Ted Margadant— pare-

lizan cuando las autoridades empiezan a tolerarlas o a facilitar su empleo¹⁹. Y aun en otras ocasiones, los movimientos pasan de la confrontación a la cooperación para obtener los éxitos políticos que les exigen sus seguidores o les ofrecen las autoridades. El familiar patrón de desplazamiento de objetivos que los observadores vienen percibiendo en los movimientos sociales desde Michels es el resultado de este cambio de táctica.

El impacto de este proceso de institucionalización puede ser negativo, como han planteado Frances Fox Piven y Richard Cloward en el caso de cuatro movimientos en Estados Unidos (1979). Al reducir la incertidumbre en sus tácticas y aceptar compromisos en sus reivindicaciones, los movimientos pueden destruir su capacidad para animar a sus seguidores y mantener la atención de las élites. Esto fue lo que Piven y Cloward descubrieron en el caso de la National Welfare Rights Organization. Tan empeñados estaban sus líderes en convertirla en una organización con afiliación masiva que la fuente disruptiva de su poder se desvaneció (cap. 5).

Pero pueden existir compensaciones para los grupos que escogen el camino institucional. Es más probable que la gente corriente participe en formas de acción colectiva que ya conoce a que asuma los riesgos de la incertidumbre y la violencia potencial que comporta la acción directa radical. Una vez que el modo de acción cristaliza en forma de convención, se convierte en parte conocida del repertorio y reduce los costes sociales de sacar a la calle a un elevado número de seguidores. Y, dada la naturaleza modular del repertorio, estas prácticas convencionales pueden replantearse, alterarse y combinarse con otras formas, como veremos en los siguientes ejemplos.

La innovación en los márgenes

Si bien algunas partes del repertorio de la acción colectiva son rígidas (Tilly, 1978: 154-155), el núcleo del repertorio modular es

cían emprender una forma de acción intrínsecamente violenta... Pero, como instrumento de fuerza militar —continúa—, el ejército francés les superó abrumadoramente.» En adelante, «la forma predominante de acción colectiva en las confrontaciones rurales con el Estado sería la manifestación *no armada*». Véase *French Peasants in Revolt*, p. 267, de Margadant.

¹⁹ La práctica de ocupar colegios en Italia en la década de los sesenta es un buen ejemplo. Sólo cuando la policía, presionada por las autoridades, empezó a desalojar a

flexible. Hasta tal punto es así que, en torno a los esqueletos de las grandes formas, los organizadores pueden disponer de toda una variedad de tácticas (Morris, 1993: 626-627). Algunas de ellas, como las instancias, las audiencias y los recursos a los tribunales, son igualmente convencionales, pero su empleo en combinación con huelgas o manifestaciones incrementa el poder marginal de los movimientos. Otras añaden espontaneidad y simbolismo al núcleo convencional, lo que atrae la atención del público y desconcierta a los antagonistas.

Consideremos en primer lugar las formas de acción colectiva que pueden ser empleadas conjuntamente con la huelga. Aunque las huelgas se definan como la retención de la fuerza de trabajo o los servicios, a menudo se emplean en combinación con ocupaciones, marchas, peticiones y acciones legales, más convencionales. Las asambleas preparan a los trabajadores para la huelga y eligen sus comités, los organizadores de un sector especialmente militante pueden manifestarse alrededor de la fábrica para atraer el apoyo de otros obreros y los piquetes bloquean las puertas de la fábrica para impedir la entrada de materias primas.

Incluso dentro de la trama de las acciones convencionales hay sitio para la innovación simbólica y la espontaneidad. En torno a la estructura modular de la manifestación, los asistentes marchan uniformados o portan horcas o llaves de tuercas como símbolo de su militancia (Lumley: 224). Las feministas desfilan disfrazadas de brujas para burlarse de la caricaturización que de ellas hacen sus oponentes varones (Costain, 1992: 49). Los manifestantes pacifistas se atavían con disfraces de esqueleto para simbolizar su miedo a un holocausto nuclear y los madereros desfilan portando ataúdes con los que simbolizan la muerte de su industria si los ecologistas se salen con la suya.

A la larga, tales innovaciones en los márgenes pueden limitarse a animar una forma convencional de acción colectiva añadiéndole elementos lúdicos y carnalescos. Pero también pueden cambiar la naturaleza del repertorio al hacerse habituales las propias innovaciones. Por ejemplo, durante la Revolución Francesa, el siniestro hábito de marchar con las cabezas de las víctimas empaladas en picas era una derivación inversa de la práctica de lle-

los manifestantes, el movimiento —expulsado a las calles— se hizo violento. Sobre esto véase Tarrow, *Democracy and Disorder*, cap. 6.

var en alto cabezas de héroes moldeadas en cera a modo de jefes. Esta práctica reapareció en cada nueva *journée* de la Revolución²⁰. El repertorio de acción colectiva cambia a través de un proceso de agregación de nuevos elementos a formas convencionales. Estas innovaciones tienden a acumularse a lo largo de periodos de agitación social y protesta política, haciéndose gradualmente más convencionales. Como escribió Kafka en una de sus más proféticas fábulas:

Los leopardos irrumpen en el templo y beben hasta las heces el contenido de los cálices del sacrificio. Esto se repite una y otra vez; finalmente es posible preverlo de antemano y pasa a formar parte de la ceremonia²¹.

Movimientos multiformes

Algunos teóricos creen que determinados actores se ven irremediablemente atraídos hacia ciertas formas de acción colectiva²², pero esto es malinterpretar una de las principales capacidades del movimiento moderno: la de combinar diferentes formas de acción colectiva. Los movimientos no están limitados a determinados tipos de acción, sino que tienen acceso a toda una variedad de formas de ésta, ya sea por sí solas o en combinación. Es su flexibilidad lo que les permite combinar las exigencias y la participación de amplias coaliciones de actores en las mismas campañas de acción colectiva.

²⁰ La inversión se remonta al 14 de julio de 1789, cuando, tras cortar la cabeza al gobernador de la Bastilla, la multitud la paseó por París. «Esta exhibición de sacrificio punitivo —escribe Simon Schama— constituía una especie de sacramento revolucionario.» Véase su *Citizens*, pp. 405-406, acerca de este incidente, que sentó un precedente que fue seguido tras la ejecución de otros funcionarios parisienses.

²¹ De *Parables and Paradoxes*, de Franz Kafka, pp. 92-93.

²² Así, William Sewell escribe en «Collective Violence and Collective Loyalties» que, antes de la Revolución francesa, los descontentos que se organizaban a nivel corporativo o comunal planteaban desafíos competitivos o reactivos, mientras que los que lo hacen a nivel asociativo desde entonces tienden a plantear reivindicaciones proactivas. De forma similar, el sociólogo Jeffrey Paige ha argumentado en *Agrarian Revolutions* que los diferentes tipos de agricultura campesina producen diferentes formas de acción colectiva. Del mismo modo, los estudiosos de los «nuevos» movimientos sociales, como los movimientos pacifista, ambientalista y de las mujeres, han planteado que estos movimientos tienen afinidad con las formas de acción confrontacionales.

Esto empezaba a ser cierto ya en el siglo XIX, cuando los mismos movimientos reunían una variedad de formas de acción colectiva. Por ejemplo, como escribe el historiador Jack Bocker sobre el movimiento a favor de la templanza en Estados Unidos, sus miembros

realizaban inspecciones, rezaban y cantaban, marchaban sobre los locales que expedían alcohol, se manifestaban y asistían a mítines y convenciones. Destruían lo que encontraban en los locales con hachas, martillos, piedras y barras de metal... crearon grupos de presión y partidos políticos, presentaron peticiones, apoyaron a candidatos, hicieron campañas de recolección de votos, votaron y controlaron los colegios electorales (p. xiv).

Los movimientos contemporáneos son aún más flexibles en sus tácticas. Consideremos, por ejemplo, el movimiento ambientalista. Dieter Ruch ha comparado su repertorio táctico en Francia y Alemania. Descubrió que, en un momento u otro, los activistas antinucleares de ambos países habían empleado conjuntamente formas de acción colectiva de tipo significativo o instrumental, violento o convencional, y que habían actuando conjuntamente en campañas, escaramuzas y enfrentamientos (1990). Aunque el movimiento usaba la acción directa no violenta con gran efectividad, era su capacidad de manipular y combinar diferentes elementos del repertorio en función del objetivo, la estrategia del oponente y los aliados disponibles lo que le daba flexibilidad y parte de su poder²³.

En el movimiento de las mujeres norteamericanas puede apreciarse la misma flexibilidad. Cuando la administración conservadora de Reagan llegó al poder, como señala Anne Costain, «los grupos del movimiento pasaron de trabajar dentro de las instituciones de gobierno... a plasmar su acción en actos más enfocados electoralmente y en una creciente protesta política» (1992: 126-127). Las actividades del movimiento en favor de la libertad de elección para la mujer iban des-

²³ Lo mismo se aplica al movimiento por los derechos civiles americano. Gracias a un análisis detallado de las acciones del movimiento, Doug McAdam determinó que cada vez que se aproximaba a una crisis de participación u oposición, elevaba el umbral de la acción colectiva hasta un nuevo nivel —siempre innovando en torno a los márgenes del mismo repertorio no violento, pero empleando sus herramientas selectiva y creativamente para anticiparse a sus oponentes e incrementar la participación—. Véase su artículo «Tactical Innovation and the Pace of Insurgency». Véanse los argumentos contrarios en «Birmingham Confrontation Reconsidered», pp. 621-623, de Aldon Morris.

de «tés celebrados en iglesias para discutir cambios legales e interminables visitas a las cámaras legislativas de los estados» a «contraaudiencias» y «proclamas» (Staggenborg: 29, 44). Al adoptar el movimiento objetivos más amplios, sus tácticas iban de las campañas de educación y las reuniones públicas a confrontaciones con los legisladores y la irrupción en audiencias públicas (p. 46). La naturaleza multiforme del movimiento de las mujeres le brindaba la capacidad de usar casi todas las formas de acción colectiva a excepción de la violencia.

Conclusiones

El repertorio del movimiento moderno ofrece a los activistas tres tipos básicos de acción colectiva: violencia, disrupción y convención. Los tres incorporan en mayor o menor grado las propiedades de desafío, incertidumbre y solidaridad. La primera forma, la violencia, es la más fácil de imitar, pero en circunstancias normales queda limitada a pequeños grupos dispuestos a causar daños y a arriesgarse a ser reprimidos. La segunda forma, la convención, tiene la ventaja de basarse en rutinas que la gente conoce y las elites aceptan e incluso facilitan. Ésta es la causa de su predominio numérico en el repertorio. La tercera forma, la disrupción, rompe con la rutina, sorprende a los observadores y desorienta a las elites, al menos durante un tiempo. La disrupción es la fuente de buena parte de las innovaciones del repertorio; pero, por las razones esbozadas más arriba, es inestable y degenera fácilmente en violencia o se esclerotiza en convención.

El cambio en la acción colectiva tiene una dinámica tanto a corto como a largo plazo. A largo plazo, los movimientos plantean exigencias extremas e inventan nuevas formas de acción para respaldarlas. Éstas no tardan en volverse habituales, evocan respuestas estándar, agotan a los militantes y aburren a los observadores. Los movimientos que repiten una y otra vez las mismas acciones corren el riesgo de perder apoyo y ser ignorados. Pueden responder a esto de una de estas dos formas básicas: con la radicalización o con la aproximación a la convención. Pero cada una de estas alternativas plantea riesgos. Mientras que la primera restringe su base social y es una invitación a la aparición de facciones y a la represión, la segunda conduce al compromiso y al riesgo de cooptación que Michels predijo hace ya largo tiempo.

A largo plazo, el repertorio evoluciona incorporando las innovaciones que funcionan y rechazando las que no. Con el paso del tiempo, formas originalmente disruptivas, como la huelga y la manifestación, se volvieron convencionales porque representaban desafíos reales, mantenían y potenciaban la solidaridad y usualmente evitaban la represión controlando la violencia y la incertidumbre. En nuestro siglo, las formas disruptivas como la acción colectiva no violenta, las sentadas y las ocupaciones han empezado a producir sus equivalentes convencionales. No obstante, cuando los regímenes se hunden ofreciendo oportunidades a minorías largo tiempo reprimidas —como los anteriores regímenes de los estados socialistas—, la violencia resurge en una forma más letal.

Algunos movimientos, como el ecologista, el de los derechos civiles y el feminista, han combinado el desafío, la solidaridad y la incertidumbre en sus protestas. Han conservado su apoyo y han crecido a lo largo de las últimas tres décadas en parte porque tenían a su disposición un repertorio conocido y bien asimilado de formas modulares sobre las que basarse. Se adaptaron al cambio porque sus líderes introdujeron innovaciones en estos modelos básicos con habilidad y creatividad. No obstante, su éxito también se basó en su capacidad de asumir marcos de significado políticamente ventajosos y culturalmente apropiados. En el siguiente capítulo abordaré el modo en que los movimientos propician el consenso enmarcando la acción colectiva.

Capítulo 7

LA CREACIÓN DE MARCOS PARA LA ACCIÓN COLECTIVA¹

En el año V de la era revolucionaria, el comisionado en Grenoble del poder ejecutivo revolucionario escribió:

Es una contravención de la carta constitucional... insultar, provocar o amenazar a los ciudadanos por su forma de vestir. Que el tacto y la propiedad presidan vuestro atavío; nunca abandonéis la agradable sencillez... Renunciad a esos signos de movilización, esos *ropajes de revuelta* que son los uniformes de un ejército enemigo².

El comisionado estaba en posición de saberlo. En la década en la que escribió esto los franceses dieron a luz el primer intento sistemático de reforma de una cultura política en torno a nuevas formas

¹ Mi agradecimiento a Ron Aminzade, Ben Anderson, David Blatt, Stuart Blumin, John Borneman, Lynn Hunt, Mary Katzenstein, Davis Kertzer, Roman Laba, David Laitin, George Mosse, David Snow, Dan Thomas y Aaron Wildavsky por sus comentarios sobre la versión inicial de este capítulo. Una versión anterior fue publicada en *Sisyphus*, con el título «Costumes of Revolt: the Symbolic Politics of Social Movements».

² Archives Nationales, III Isère 9, Correspondence, 1791-1853, «Adresse du Commissaire du pouvoir exécutif près l'administration centrale du département de l'Isère». Citado por Lynn Hunt en *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, p. 52.

de vestimenta, días de fiesta, saludos y obras públicas³. Y al ir extendiéndose la Revolución, lo mismo hizo su simbología. Sus seguidores acosaban a los ciudadanos que se atrevían a dejarse ver en la calle sin el obligatorio gorro frigio. Hasta al rey le pusieron uno en la cabeza cuando fue traído de vuelta tras su fallido intento de fuga a Varennes (Schama: 603-604)⁴.

El mito de la revolución cristalizó en un modelo de acción colectiva que se difundió por toda Europa, fundamentalmente a través de las bayonetas del ejército francés. Sin embargo, el intento de convertirlo en un modelo consensual entre los propios franceses jamás tuvo éxito. Tan divididos estaban acerca de su revolución que quienes se habían revestido con su manto tenían que luchar por su legitimidad simbólica contra quienes estaban dispuestos a llevar su lógica a nuevos extremos y quienes querían dar marcha atrás. Sólo transformando el rojo vivo de la Revolución en el púrpura ceremonial del Imperio se transmutó la vestimenta de la revuelta en el ropaje del consenso, como comprendió muy bien Napoleón⁵.

Los intentos de movilización simbólica acompañan a todo movimiento moderno, desde el uso de simples casacas militares por parte de los comunistas rusos y chinos, al esplendor pagano de los jerarcas fascistas, al simple khadi de los nacionalistas indios y las descuidadas barbas de los guerrilleros latinoamericanos. Los líderes del movimiento visten los atavíos y profieren los lemas de revuelta para ganar

³ Además de la obra de Hunt, el tratamiento más exhaustivo de las celebraciones de la Revolución Francesa es *Festivals and the French Revolution*, de Mona Ozouf. Pero su importancia para el futuro de la política de masas fue señalada por vez primera por George Mosse, cuyo libro de 1975, *The Nationalization of the Masses*, curiosamente, es poco citado por los «nuevos» historiadores de la cultura de Francia.

⁴ La escarapela y el gorro frigio; la impetuosa a la vez que graciosa figura de Marianne; el festival de la razón cuyo objeto era suprimir la religión: estos intentos de la nueva elite por crear un mito revolucionario se les habían ido de las manos. A mediados de la década de 1790 se decidió que había llegado el momento de poner cierto freno a las cosas, y el Directorio empezó a permitir discretamente el regreso de la religión y a transformar los entusiastas festivales republicanos de los primeros años revolucionarios en rígidos ceremoniales. «Los festivales —escribe su principal historiadora, Mona Ozouf, en *Festivals and the French Revolution*— se convirtieron en un camuflaje, en una fachada superpuesta sobre una sombría realidad que debían ocultar» (p. 11).

⁵ Igual que Mussolini en nuestro siglo, cuando señaló que «cada revolución crea nuevas formas políticas, nuevos mitos y cultos; ahora es necesario recuperar las viejas tradiciones y adaptarlas a un nuevo propósito». Véase *The Nationalization of the Masses*, p. 1, de George Mosse.

apoyo y distinguirse de sus enemigos. Pero cuando el polvo de la revolución se dispersa, la cultura del consenso es a menudo más duradera que el uniforme de la revuelta.

Una de las principales tareas de las organizaciones del movimiento es encontrar símbolos que resulten lo suficientemente conocidos como para movilizar a la gente que lo rodea; mantener la integridad del movimiento frente a las exigencias de la cultura heredada es la otra cara de ese problema. Esto fue bastante duro para los revolucionarios franceses, que tenían entre manos una población mayoritariamente analfabeta y hubieron de servirse de unas comunicaciones lentas y desiguales. Pero resulta bastante más complejo para los movimientos sociales de nuestros días por el alud de información que circula gracias a los libros, periódicos y, especialmente, los medios de comunicación de masas. Aunque los eslóganes, las canciones y las pintadas siguen siendo importantes formas de comunicación simbólica —especialmente en los sistemas autoritarios (Bushnell, 1990)—, en medio de la feria permanente de noticias y entretenimientos que invade actualmente las ondas, los movimientos se enfrentan a mayores dificultades para «ser» noticia que en el pasado.

Esto plantea una cuestión más amplia: la del papel de las convicciones en la consecución del cambio político y social. Ningún estudioso serio de los movimientos cree ya —si es que lo ha creído alguna vez— que los intereses materiales se traduzcan directamente en guías para la acción. La mayoría de los investigadores cree que los significados son «construidos»⁶. No obstante, debemos guardarnos de convertir la política de masas en tan sólo una suerte de teatro político, una serie de «actuaciones simbólicas cuya eficacia reside fundamentalmente en su capacidad para encontrar eco en públicos específicos» (Esherick y Wasserstrom: 839). Los movimientos enmarcan su acción colectiva en torno a símbolos culturales escogidos selectivamente en un baúl de herramientas cultural que los promotores políticos con-

⁶ Son versiones recientes de la perspectiva constructivista: Ron Eyerman y Andrew Jamison, *Social Movements: A Cognitive Approach*; William Gamson, *Talking Politics*, y Bert Klandermans, «The Social Construction of Protest», además del trabajo de David Snow y sus colaboradores. Eyerman y Jamison van más lejos que la mayoría cuando, tras afirmar que desean trascender los enfoques parciales de los movimientos sociales (p. 2), definen los movimientos como «formas de praxis cognitiva» (pp. 3-4)! Véase un resumen más extenso de la literatura constructivista en mi «Mentalities, Political Cultures and Collective Action Frames».

vierten creativamente en marcos para la acción colectiva (Swidler, 1986; Laitin, 1988).

La distinción es importante, ya que si la lucha entre los movimientos y sus antagonistas fuera primariamente simbólica, un movimiento social podría considerarse un simple centro de mensajes cognitivos que o bien revive viejos significados desde el seno de una tradición cultural o crea nuevos significados a partir de la imaginación de sus líderes. En tal caso podríamos «leer» la interacción entre movimientos y autoridades como un crítico literario lee un texto: como una lucha entre tropos rivales. Pero si, como creo yo, los significados se construyen desde la interacción social y política por quienes promueven el movimiento, no hay sustituto a la relación entre texto y contexto, y la pregunta de cómo los propios movimientos establecen esa conexión. Como recomienda el antropólogo David Kertzer: «Una visión de la cultura que no tome en cuenta la interacción de nuestro sistema simbólico y el mundo físico en el que transcurre la actividad humana lleva inevitablemente a una antropología mística» (1988: 175).

En este capítulo abordaremos el modo en que el discurso simbólico toma forma y da poder a los movimientos sociales. Primero esbozaré la manera en que los teóricos han utilizado el concepto de cultura política para analizar los símbolos que emplean los movimientos. Después trataré de mostrar la conveniencia de adoptar un enfoque estratégico para la construcción del significado, sobre la base de los conceptos de marcos de acción colectiva, formación de consenso y movilización y oportunidad política. Analizaremos el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y el de Solidaridad en Polonia para ver cómo se produce la movilización del consenso y se construyen nuevos significados en una era en la que los medios de comunicación hacen tanto o más por controlar la construcción del significado que los estados o los actores sociales.

De la cultura política al entramado estratégico

Hace casi treinta años, Gabriel Almond y Sidney Verba introdujeron un nuevo concepto, el de cultura política, para conectar las bases estructurales de la política con sus resultados institucionales (pp. 1-3). Su razonamiento era que cada sistema político dispone de

un mayor o menor grado de consenso en torno a sus símbolos legitimadores, y que los ciudadanos contribuyen al mantenimiento del sistema al conocer y apoyar estos símbolos. Un tipo especial era la cultura «cívica», la mezcla de orientaciones de súbdito, ciudadano y activista que sustenta una política democrática.

Incluso en su mejor momento, este concepto de cultura nunca se aplicó realmente a la acción colectiva. Había dos grandes problemas. En primer lugar, en la creación y propagación de las actitudes de los ciudadanos no había ningún agente activo. Los valores que estudiaron Almond y Verba —como el sentido de eficacia política de los ciudadanos, su apoyo a la democracia, y la confianza y cooperación mutuas— habían sido generados por la historia, las instituciones, los hábitos y los resultados; pero en ningún caso eran producto de decisiones culturales explícitas por parte de la gente. En segundo lugar, Almond y Verba interpretaban la disensión en términos de los valores que consideraban requisitos básicos para el mantenimiento del consenso democrático. Para explicar los valores que quedaban fuera de ese consenso recurrían al concepto de «subcultura» (pp. 26-29). El resultado era que los símbolos que animaban la acción colectiva contenciosa seguían siendo residuales para la cultura de la democracia⁷.

La cultura fluctuante

Recientemente, los historiadores de la cultura y los antropólogos políticos han venido usando el concepto de «cultura política» para

⁷ Por ejemplo, al analizarlos por regiones, los datos recopilados por Almond y Verba para el sur de Italia mostraban que la mayoría de sus habitantes compartían una cultura de apatía, cinismo y falta de participación en la política. Los hallazgos de Almond y Verba eran correctos en lo que se refiere a la actitud pasiva de los italianos del sur hacia el gobierno. Pero desde 1848 han venido levantándose periódicamente en *jacqueries*, huelgas, ocupaciones de tierras, rebeliones organizadas y movimientos sociales —el más reciente cuando los sicilianos organizaron una campaña antimafia, como muestran Schneider y Schneider en «From Peasant Wars to Urban Wars»—. Los símbolos de la revuelta en muchos de estos episodios eran muy similares, pero estaban muy alejados de la cultura de la indiferencia que impregna la vida pública del sur de Italia y se analizaron en *The Civic Culture*. Para un estudio clásico de la cultura de la alienación en el sur de Italia, véase Edward Banfield, *The Moral Basis of a Backward Society*. Para un análisis regional de los datos de *Civil Culture*, véase Sidney Tarrow, *Peasant Communism in Southern Italy*, cap. 4.

estudiar el cambio revolucionario. El primero en hacerlo —y el que hasta ahora ha tenido mayor éxito— fue George Mosse en su reconstrucción de la creación del mito nacional alemán. En su libro *The Nationalization of the Masses*, Mosse partió del modo en que los jacobinos manipularon los símbolos de la Revolución Francesa. Centrándose en la construcción del mito nacional alemán, consideró toda la tradición política de masas surgida de la Revolución Francesa como una especie de representación, inmersa en el ritual e inherentemente antiparlamentaria en la medida en que planteaba una relación no mediatizada entre la gente y sus líderes (p. 2).

Mona Ozouf escogió el episodio revolucionario francés como tema de estudio, mostrando cómo los cambios en el mismo reflejaban la dinámica de los regímenes en el poder (1988). Keith Baker fue más allá argumentando que los símbolos generados por la revolución crearon una «metanarración» a la que podían recurrir posteriores generaciones (1990). Lynn Hunt estudió el modo en que tanto los monumentos públicos (1984) como las calumnias pornográficas contra la monarquía (1992) reflejaban la necesidad por parte de la revolución de construir un nuevo mito nacional y destruir la legitimidad de la familia real. Benedict Anderson (1990; 1991) escribió acerca de cómo las naciones construían significados y, al hacerlo, se inventaban a sí mismas.

Estos nuevos enfoques de la cultura política descansaban en una creativa mezcla de historia, antropología, política y análisis literario. Por ejemplo, en su estudio *Ritual, Politics and Power*, el antropólogo David Kertzer sostenía que el poder de los símbolos se extiende desde los rituales de consagración hasta la lucha por el poder entre los desaffectos y el Estado (1988: caps. 6 y 7). Benedict Anderson combinó sus conocimientos sobre la política del Sudeste asiático, la historia del nacionalismo y un marxismo con un fuerte tinte cultural para mostrar cómo las naciones, antes de existir como tales, «se imaginan» a través de los medios impresos, la tecnología y el colonialismo (1990; 1991).

En buena parte de esta literatura, la cultura política aparecía extrañamente descorporeizada, al mismo tiempo que se le atribuía un enorme poder para cambiar la vida de la gente. Por ejemplo, Baker ve la Revolución Francesa en su totalidad como un «guión», un «ordenamiento simbólico de la experiencia humana», una «narración prototípica del tiempo y el espacio». «Todo esto —continúa— era un

acto retórico —es decir, a la vez cultural y político—, parte de la competencia para fijar el significado de una situación que es inherente a cada momento político» (p. 204, la cursiva es mía). Si los significados quedan «fijados» por tales formulaciones retóricas, ¿quién es el artífice de las mismas? ¿No requerirán en el futuro los movimientos otros agentes para ser movilizadas? ¿Es suficiente establecer un discurso para anegar de significados a la sociedad que le subyace?

Los mismos problemas de sujeto-agente y estrategia aparecen en el tratamiento dramático dado al movimiento estudiantil chino de 1989 por dos investigadores estadounidenses sensibles a la cultura, Joseph Esherick y Jeffrey Wasserstrom. Éste muestra cómo las formas de teatro político empleadas por los estudiantes tenían precedentes en la cultura política china (1990). ¿Qué hay de la Estatua de la Libertad de *papier maché* que los estudiantes construyeron y portaron por la plaza de Tiananmen? Se nos perdonará la sospecha de que esto tuvo más relación con el deseo de atraer la atención de los medios internacionales hacia el movimiento chino en favor de la democracia que con la evocación de los rituales del pasado.

Estas dificultades surgen también en el modo en que Benedict Anderson estudia la difusión espacial del nacionalismo. Presta especial atención a la distinción entre la difusión de la *gramática* del nacionalismo y sus textos: la primera es inherente al capitalismo y la tecnología, y los acompaña en todo el mundo; los segundos son culturalmente específicos y están arraigados en países concretos. Anderson propone que el nacionalismo moderno se difundió por el globo a través de la prensa, el ferrocarril, los censos, los mapas y los museos. Pero incluso dando por buena su afirmación de que las naciones son «imaginadas» —y hay motivos para pensar que los conflictos de intereses tienen mucho que ver con esa «imaginación»—, ¿hemos de creer que estas entelequias son difundidas automáticamente sin modificación alguna por los movimientos nacionalistas en lugares tan distintos de Francia y Estados Unidos como Beijing y Yakarta, Manila y Singapur?

Incluso dentro de Europa, el mensaje de la Revolución Francesa fue interpretado de forma diferente en Italia y en Bélgica, por no mencionar a Prusia y Austria. Como Mosse y Baker, Anderson nos enseña que la construcción simbólica constituye una parte importante de la política, pero desenfoca hasta tal punto el proceso de difusión y asimilación del nacionalismo en la transmisión de una gramática uni-



versal, que la estrategia política y la movilización del consenso —donde se lleva a cabo el trabajo práctico de los movimientos sociales— queda a la imaginación de sus lectores.

Podemos aprender mucho de estos enfoques sobre la construcción del significado, pero el supuesto básico del presente capítulo será que los símbolos de la acción colectiva no pueden leerse como un «texto», independientemente de las estrategias y las relaciones conflictivas de los movimientos que los difunden en el tiempo y el espacio. A partir de una serie de posibles símbolos, los promotores de un movimiento —reflejando siempre sus propias convicciones y aspiraciones— escogen aquellos que esperan mediarán óptimamente entre los sustratos culturales de los grupos a los que apelan, las fuentes de la cultura oficial y los militantes de sus movimientos. Para relacionar texto y contexto, gramática y semántica, necesitamos un concepto más adecuado a la naturaleza interactiva de los movimientos sociales y sus sociedades. Un grupo contemporáneo de estudiosos ofrece un concepto así con su propuesta de los «marcos» para la acción colectiva.

Los marcos para la acción colectiva

En una importante serie de trabajos, el sociólogo David Snow y sus colaboradores han adoptado el concepto de «enmarcado» de Erving Goffman (1974) y sostienen que existe una categoría especial de sobrentendidos cognitivos —marcos para la acción colectiva— que están relacionados con el modo en que los movimientos sociales construyen el significado⁸. Un marco, en palabras de Snow y Robert Benford, es un

esquema interpretativo que simplifica y condensa el «mundo de ahí fuera» puntuando y codificando selectivamente objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno (1992: 137).

⁸ Sus aportaciones teóricas más importantes son: Rochford, Worden y Benford, «Frame Alignment Processes»; Snow y Benford, «Ideology, Frame Resonance, and Participation Mobilization» y «Master Frames and Cycles of Protest». Acerca de la aplicación del concepto a un movimiento específico, véase Robert Benford, «Frame Disputes Within the Disarmament Movement».

Los marcos para la acción colectiva actúan como dispositivos de acentuación que o bien «subrayan y 'adornan' la gravedad y la injusticia de una situación social o redefinen como injusto o inmorral lo que previamente era considerado desafortunado, aunque tal vez tolerable» (p. 137). Una tarea fundamental de los movimientos sociales es la tarea de «señalar» agravios, vincularlos a otros agravios y construir marcos de significado más amplios que puedan encontrar eco en la predisposición cultural de una población y transmitir un mensaje uniforme a quienes ostentan el poder y a otros estamentos (p. 136).

Una modalidad de discurso típico de los movimientos se construye en torno a lo que William Gamson llama un «marco de injusticia» (1992: cap. 3). «Todo movimiento contra la opresión —escribe Berrington Moore— tiene que desarrollar un nuevo diagnóstico y un nuevo tratamiento para las formas de sufrimiento existentes, un diagnóstico y un tratamiento a través de los cuales se condene moralmente ese sufrimiento» (p. 88). Pero no es cosa fácil convencer a los más timoratos de que las indignidades de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a algún agente, y de que pueden cambiar su situación por medio de la acción colectiva. La actividad clave de los movimientos sociales consiste en inscribir agravios en marcos globales que identifican una injusticia, atribuir la responsabilidad de la misma a otros y proponer soluciones. Esto es lo que Snow y sus colaboradores denominan «enmarcado».

Al igual que Gamson y Moore, Snow y sus colaboradores creen que marcos como la injusticia son recursos de movilización poderosos, pero no afirman que los organizadores los construyan de la nada. Por el contrario, salvo en los grupos más furibundamente sectarios, los organizadores relacionan sus objetivos con las predisposiciones de su público destinatario. Son pues, en cierto sentido, *consumidores* de significados culturales existentes, además de productores de otros nuevos. Veremos cómo se plasmó esto en los casos del movimiento por los derechos civiles y en el de Solidaridad.

Los potenciadores del movimiento no se limitan a adaptar marcos de significado a partir de símbolos culturales tradicionales. Si lo hicieran, no serían más que un reflejo de sus sociedades, y no podrían cambiarlas. Orientan el marco de sus movimientos a la acción y le dan forma en la intersección existente entre la cultura de

una población objetivo y sus propios valores y fines. Esto es lo que Snow y sus colaboradores llaman «alineamiento de marcos» (1986)⁹.

Tal proceso no es siempre fácil, claro o indiscutido. En primer lugar los líderes compiten con otros movimientos, agentes de los medios o con el Estado en pos de la supremacía cultural. Estos competidores tienen a menudo recursos culturales inmensamente poderosos a su disposición. En segundo lugar, los movimientos que se adaptan demasiado bien a las culturas de sus sociedades pierden la fuerza de su oposición y el apoyo de sus seguidores más militantes. En tercer lugar, los participantes en el movimiento a menudo hacen su propia «lectura» de los acontecimientos, que difiere de la de sus líderes. En el caso del movimiento por los derechos civiles, esto llevó a una grave división del movimiento en la segunda mitad de la década de los sesenta; en el de Solidaridad, la adversidad mantuvo unido al movimiento hasta que su líder llegó al poder.

En otras palabras, el proceso de enmarcado está codificado culturalmente, pero no es en absoluto una reproducción automática de textos culturales. Los líderes se apropian los símbolos heredados —la Revolución Francesa, los derechos de los hombres libres ingleses, el derecho de la mujer a controlar sus funciones reproductoras—, pero de manera consciente y selectiva. Cuando la organización de un movimiento escoge símbolos con los que enmarcar su mensaje, establece un curso estratégico entre su entorno cultural, sus oponentes políticos y los militantes y ciudadanos de a pie cuyo apoyo necesita. Sólo inscribiendo nuestro análisis del discurso del movimiento en una estructura de relaciones de poder podremos comprender por qué los movimientos emplean determinadas prácticas simbólicas y no otras, y si tienen alguna posibilidad de éxito.

⁹ En su artículo de 1986, Snow y sus colaboradores describen cuatro procesos de realineamiento a través de los cuales los movimientos formulan sus mensajes en relación con la cultura política existente. Los tres primeros sólo hacen aportaciones aditivas al simbolismo. A través de la «vinculación de marcos», la «amplificación de marcos» y la «extensión de marcos», los movimientos conectan los marcos culturales existentes con una cuestión o problema concreto, clarifican y vigorizan un marco que incide sobre una cuestión determinada y expanden los límites del marco primario de un movimiento hasta abarcar intereses o puntos de vista más amplios (pp. 467-476). La estrategia más ambiciosa, la «transformación del marco», es importante para los movimientos que buscan cambios sociales sustanciales. Hace referencia a la redefinición de «actividades,

La movilización del consenso y la acción

Los símbolos de la acción colectiva se instalan en un movimiento en dos procesos principales: a la larga, mediante un lento proceso de difusión capilar de formación del consenso y movilización; y, a más corto plazo, gracias a las transformaciones producidas en la cultura popular por la acción colectiva. El primer caso se pone de manifiesto en el modo en que los procesos interaccionan con las fuentes más autónomas de cultura, mientras que el segundo requiere atender al propio proceso de acción colectiva. La secuencia de formación y movilización del consenso, y el papel que la acción colectiva desempeña en la producción de nuevos marcos culturales, ocuparán el resto de este capítulo.

La formación del consenso y la movilización

En un artículo escrito en 1988, el psicólogo social Bert Klandermans formuló una importante distinción entre formación del consenso y movilización del consenso. La formación del consenso es resultado de la convergencia espontánea de significados en las redes y subculturas sociales, y tiene lugar al margen de cualquier control. En el seno de estas redes y subculturas, escribe Klandermans, «los procesos de comparación social producen definiciones colectivas de una situación» (p. 175). Estas definiciones colectivas a menudo permanecen ocultas tras la cultura oficial como, por ejemplo, el profundo enajenamiento de los ciudadanos subyacente bajo la aceptación formal del socialismo de Estado hasta 1989 en Europa del Este (Kuran, 1991).

La formación del consenso genera definiciones colectivas de una situación, pero ni produce acción colectiva ni ofrece pistas sobre el camino a seguir para quienes desean guiar a la gente hacia un movimiento social. Para que ocurra una cosa así es necesaria una *movilización* del consenso (Klandermans, 1988: 183-191). La movilización del consenso consiste en intentos deliberados de difundir los puntos de vista de un determinado actor social entre los estratos de una

acontecimientos y biografías que son ya significativas desde el punto de vista de algún marco primario, de modo tal que los participantes los ven ahora como algo sustancialmente distinto» (p. 474).

población (p. 175). Entre los que intentan lograrla se encuentran las organizaciones del movimiento. Klandermans enumera más de treinta medios utilizados por las organizaciones para movilizar el consenso (p. 184). Al hacerlo, compiten con otras organizaciones, con iglesias y gobiernos, con los medios de comunicación y con predisposiciones culturales extendidas que van contra sus objetivos o son irrelevantes para ellos. La disputa a menudo es desigual, como sugieren los siguientes ejemplos.

Los trajes del consenso

En su ingenioso libro, *Comrades and Christians*, David Kertzer analiza la adopción de festividades católicas para mostrar cómo los comunistas italianos intentaron adaptar sus propias celebraciones a las prácticas locales del pueblo estudiado (1980). Antes de la II Guerra Mundial, el momento culminante del año en Alborio había sido la *festa* en honor de la Madonna. Cuatro hombres, vestidos con túnicas blancas, tenían el honor de portar una gran estatua de la Virgen a través de las calles de la parroquia. Tras la procesión, la celebración continuaba en la iglesia, donde se servía comida y bebida, se organizaban juegos, se interpretaba música y se vendían baratijas (pp. 147-48).

Tras la guerra, los líderes comunistas explotaron deliberadamente esta tradición en sus propias celebraciones, con la diferencia de que éstas se «organizaban para glorificar al partido, politizar a las masas y recaudar dinero para la prensa comunista» (p. 149). La iglesia local contraatacó, compitiendo por la supremacía ritual, pero dada la fuerza del gobierno local comunista, sólo unos cuantos fieles siguieron asistiendo al día de fiesta tradicional.

La historia de Kertzer muestra cómo los promotores políticos movilizan el consenso en torno a las prácticas culturales heredadas de una sociedad católica, pero también ilustra los dilemas de tal estrategia. Fue durante los años en los que Kertzer observó la adopción de símbolos culturales tradicionales por parte del partido cuando éste se estaba convirtiendo en uno de los pilares de una democracia capitalista¹⁰. La desintegración de su subcultura se produjo poco después.

¹⁰ Acerca de este periodo de la estrategia comunista italiana, véase *Italian Communism in Transition*, de Stephen Hellman, caps. 5 y 6.

En 1990 hasta había prescindido de su nombre y había ocultado la hoz y el martillo de su bandera en un campo verde.

Una alternativa es que el simbolismo de los movimientos beba en las fuentes de sobrentendidos culturales sin asumir sus prácticas. Ésta fue la estrategia que adoptó la rama mayoritaria del movimiento pacifista estadounidense en los ochenta. Poderosamente influido por la beligerancia del Estado —en contraste con los movimientos europeos de la misma década—, su facción mayoritaria sólo pedía una «congelación» del armamento nuclear (Benford, 1993). Cuando el ejército iraquí invadió Kuwait y los estadounidenses y otros gobiernos occidentales se preparaban para contraatacar, se organizaron manifestaciones pacifistas con abundante ondear de banderas en Washington y la Costa Oeste (*New York Times*, 27 de diciembre de 1991).

Durante los mítines, se exhibieron toda una variedad de signos físicos de la subcultura de la oposición que venía manteniéndose desde los sesenta. Pero, en un clima de opinión favorable a la política bélica del presidente, el simbolismo dominante en el que intentaron enmarcar su protesta los manifestantes era patriótico. Como lo resumía para sus lectores el *Now National Times*:

Había banderas nacionales, cintas amarillas, madres y padres preocupados, esposas y esposos, hermanas, hermanos y amigos que pensaban que el mejor modo de apoyar a nuestras tropas en Oriente Medio era traerlas vivas de vuelta a casa (marzo-abril 1991: p. 1).

¿Qué estaba ocurriendo en esta protesta? Sin duda, no se trataba de una imitación mecánica de los símbolos heredados del sueño americano, sino más bien de una estrategia consciente por parte de los líderes del movimiento para dar a los símbolos consensuales tradicionales significados de oposición. El intento fue ingenioso, pero en lo que se refiere a contrarrestar la ola de apoyo popular a una guerra justa librada por un presidente popular contra un villano hitleriano, la batería de símbolos consensuales no representó la más mínima diferencia. El traje del consenso no puede movilizar el apoyo público y volverlo contra el propio sistema que lo ha producido.

¿Por qué parece tan difícil construir símbolos realmente opositoristas? Una razón puede ser que los líderes del movimiento tienen un deseo genuino de mantenerse dentro de los márgenes del consenso político. Desde luego, éste era el caso de la mayoría de los

pacifistas norteamericanos. Otra razón es que el temor que despierta el Estado es tal que incluso los mensajes de ruptura se enmarcan en términos de consenso. Y hay una tercera razón que está relacionada más directamente con la estructura de la comunicación en las sociedades de hoy en día: los movimientos que desean llegar a un público más amplio tienen que recurrir a los medios de comunicación para hacerlo, y éstos no son neutrales en lo que se refiere a los símbolos que reciben y transmiten.

*El enmarcado en los medios de comunicación
y la estrategia del movimiento*¹¹

Los medios de masas han transformado la comunicación política desde los tiempos de la Revolución Francesa. En la Francia de la década de 1790, las imágenes físicas de la revolución —el gorro frigio, la escarapela, la carmañola— desempeñaban una función movilizadora del consenso que ya no es necesaria en los movimientos de hoy, en los que la gente sabe leer, distingue con facilidad entre los grupos en competencia y es capaz de evaluar los riesgos de la disensión sin necesidad de presenciar cómo ruedan las cabezas en la guillotina. No obstante, la movilización de símbolos es tan importante en los movimientos actuales como lo era hace dos siglos. Por ejemplo, lo que Aldo Marchetti recuerda de las manifestaciones que presenció en Milán a finales de los sesenta es que tenían un ambiente carnavalesco. Los trabajadores:

portaban efigies de sus jefes y de ministros del gobierno colgando de horcas, y éstas fueron quemadas a las puertas de la fábrica al final de la marcha... Como en carnaval, la manifestación creaba la sensación de que el mundo se había vuelto del revés. Durante un día o una mañana, los roles se invertían, y los obreros se convertían en dueños de su propio tiempo, de la calle, del centro financiero de la ciudad y de sí mismos¹².

¿Qué explica el uso continuado de este simbolismo evocador? Una razón es que contribuye a la construcción de identidades colec-

¹¹ Mi agradecimiento a Sarah Soule por ayudarme a reunir los materiales sobre los que se basa la discusión del enmarcado por los medios.

¹² Traducido por Bob Lumley y citado en su *States of Emergency*, p. 223.

tivas; otra es que proyecta, de cara a los observadores y antagonistas, la ferocidad o el regocijo, la seriedad o el espíritu lúdico del movimiento (Lumley: 223). Pero lo principal es que en el mundo de nuestros días los movimientos se comunican con un público amplio a través de los medios de comunicación de masas, y que se usan símbolos espectaculares, dramáticos o desproporcionados para atraer su atención.

Aunque tanto la radio como la prensa desempeñan un papel importante en la difusión de información¹³, fue la televisión, con su incomparable capacidad de captar situaciones complejas en imágenes visuales breves, la que trajo consigo una revolución en las tácticas de los movimientos. El alcance de esta revolución se puso de manifiesto por vez primera en la década de los sesenta. El movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos «fue la primera noticia recurrente, en gran medida gracias a sus elementos visuales» (Kielbowicz y Scherer: 83). La coincidencia de la aparición del movimiento con el inicio de las retransmisiones de noticias en directo por parte de la televisión fue de ayuda en tres aspectos.

En primer lugar, atrajo la atención de la nación hacia agravios largo tiempo ignorados, especialmente por lo que se refiere a los espectadores del norte. En segundo lugar, contrastaba visualmente los objetivos pacíficos del movimiento con la brutalidad de la policía. Los agentes de Bull Connor no sólo atacaron a los pacíficos manifestantes con mangas contra incendios, sino que todo el mundo les vio hacerlo en la televisión nacional. En tercer lugar, la televisión también era un medio de comunicación en el seno del movimiento. Ayudó a difundir lo que el movimiento estaba haciendo demostrando visualmente cómo realizar la ocupación pacífica de un autoservicio, cómo manifestarse pacíficamente por los derechos civiles y cómo responder al ser golpeados por la policía y atacados con mangueras de alta presión.

El movimiento estudiantil fue el segundo campo de pruebas importante por lo que se refiere al impacto de la televisión sobre los movimientos. La celebración cronológicamente simultánea de ma-

¹³ Por ejemplo, los acontecimientos del Mayo francés fueron cubiertos fielmente por la radio gubernamental, que informó a todo el país de las marchas, las huelgas y las ocupaciones de fábricas. Durante la Guerra Fría, la BBC y Radio Europa Libre desempeñaron un importante papel en la difusión de información a Europa del Este, especialmente después de que los disidentes de esos países aprendieran a filtrar comunicados de prensa a esos medios de comunicación.

nifestaciones estudiantiles en todo el mundo occidental en 1968 —muchas de ellas con las mismas consignas y formas de acción— fue, en parte, resultado del impacto de la televisión. Como concluyen, en referencia a la televisión, dos estudiosos del efecto de los medios: «Para los miembros de la audiencia cuyas propias experiencias son similares a las de los casos televisados, semejante atención por parte de los medios puede servir para cultivar una conciencia colectiva, sentando las bases de un movimiento social» (p. 81).

Los medios de comunicación de masas se convierten en un recurso externo de los movimientos en tres fases del desarrollo de éstos. En primer lugar, suministran un vehículo difuso para la formación de consenso que los movimientos jamás lograrían por sí mismos. Por ejemplo, al estudiar las reacciones que habían producido los accidentes nucleares en la prensa desde la década de los cincuenta a la de los ochenta, William Gamson descubrió un cambio radical en el modo en que los periodistas abordaban la cuestión (1988). Partiendo de la actitud de «fe en el progreso», dominante en los medios de comunicación en los cincuenta, el discurso acerca de la energía nuclear se diversificó y agrió hasta que, cuando se produjo lo que pudo haber sido un desastre en Three Mile Island en 1979, la hegemonía de la «fe en el progreso» ya estaba muy erosionada. Cuando se produjo el accidente de Chernobyl, en el discurso nuclear predominaba el marco de «responsabilidad ante el público», que hacía hincapié en las responsabilidades del gobierno en lo referente a la seguridad nuclear (p. 238).

Los medios de comunicación ayudan a los movimientos a obtener una atención inicial y ésta puede ser la fase más importante de su impacto. Así, las investigaciones de Eddie Goldenberg en Estados Unidos demostraron que los cuatro grupos urbanos que estudió habían organizado protestas en sus comienzos (1975). De modo similar, un movimiento estudiantil de izquierdas analizado por el autor obtuvo atención a nivel nacional cuando consiguió bloquear la línea de ferrocarril nacional entre Roma y el norte de Italia (Tarrow 1989a: cap. 10). En los Países Bajos, la celebración de actos públicos fue crucial a la hora de establecer la imagen pública del movimiento de las mujeres holandesas (van Zoonen: 13).

La cobertura de los medios ayuda a los movimientos establecidos a conservar sus apoyos reforzando el sentimiento de estatus de sus miembros y manteniendo a sus seguidores al corriente de sus activi-

dades (Molotch, 1979). Esta atención por parte de los medios evita a los líderes la necesidad de disponer de personal con dedicación exclusiva o de crear una pirámide de organizadores para mantenerse en contacto con sus simpatizantes. Cuando una organización del movimiento desea transmitir un cambio de táctica o de política a sus bases, o abrirse camino hacia un nuevo círculo de seguidores en potencia, a menudo el modo más sencillo de hacerlo es celebrar un acto que pueda interesar a los medios de comunicación.

No obstante, este recurso es origen de un importante problema: los medios no permiten pasivamente que los movimientos se sirvan de ellos para sus propios fines. Si bien es posible que en las democracias capitalistas no trabajen directamente para la clase dominante (p. 75), desde luego no lo hacen para los movimientos sociales, aunque ocasionalmente éstos puedan utilizar a los periodistas que simpatizan con ellos (Gitlin, 1980: 26). Al menos en una sociedad capitalista, los medios están para dar noticias y sólo pueden subsistir si informan sobre lo que interesa a los lectores, o sobre lo que los editores piensan que puede interesarles.

Los modos en que los medios cubren los movimientos y éstos son percibidos por el público se ven afectados por la estructura de la industria de la comunicación. Como afirman Kielbowicz y Sherer, a los movimientos les afecta la preferencia de los medios por los acontecimientos dramáticos y de gran impacto visual, la dependencia de los reporteros de fuentes dignas de todo crédito, los ciclos o ritmos de noticias de interés, la influencia de los valores profesionales o la orientación de los periodistas y hasta qué punto influye sobre la información el entorno mediático, fundamentalmente el nivel de competencia (pp. 75-76). Como resultado, la capacidad de las organizaciones para servirse de los medios para sus propios fines es limitada.

De hecho, la influencia de los medios sobre la forma en que el público percibe los movimientos es un arma de doble filo. Por una parte, para ganar la atención de los medios, los organizadores pueden convocar actos espectaculares —«antirrutinas» es el término de Molotch (p. 77)—, pero estas actividades pierden interés para los medios a menos que se produzca un cambio en sus rutinas. Una solución es incrementar el número de participantes en cada manifestación, como ocurrió en las concentraciones del movimiento por los derechos civiles que Doug McAdam sometió a estu-

dio (1983). La otra solución consiste en aumentar el grado de espectacularidad. Cuando esto ocurre, los medios continúan ofreciendo cobertura, pero dan inmediatamente prioridad a los aspectos violentos o extraordinarios de la protesta, centrándose a menudo en los pocos miembros de una manifestación pacífica que están empeñados en boicotearla. Aunque los organizadores son conscientes del peligro, los disidentes, los compañeros de viaje y los simples aventureros no tardan en descubrir lo fácil que es captar la atención de las cámaras.

La tendencia de los medios a centrar su interés en lo que «es» noticia refuerza el paso de la disrupción a la violencia que describíamos en el capítulo anterior¹⁴. Un único estudiante tirándole piedras a la policía es mejor noticia que cualquier número de manifestantes marchando pacíficamente por las calles de una ciudad. De este modo, los medios «acentúan las tendencias militantes presentes en toda agrupación de activistas» (Kielbowicz y Scherer: 86). En su búsqueda de la novedad, los medios pueden incluso asignar a un movimiento una imagen violenta o juvenil, especialmente cuando las redes de televisión sólo permiten emitir el metraje que encaje en las noticias de la noche.

La cobertura por parte de los medios puede también favorecer a una rama del movimiento por encima de otras a la hora de crear su imagen pública. Por ejemplo, Liesbet van Zoonen descubrió que una serie de actos públicos organizados por el movimiento de mujeres holandesas aportaron los tres elementos fundamentales que reproducían prácticamente todos los medios. Estos «elementos de enmarcado» constituyeron la piedra angular de la futura identidad pública del movimiento (p. 13). Establecían límites feministas liberales a la interpretación de la lucha de las mujeres y describían otras corrientes del movimiento (radical y socialista) desde el punto de vista de las ideas liberales (pp. 13-14).

Cuando se organiza una campaña o una manifestación importante en Washington o París, Amsterdam o Berlín, la cobertura por parte de los medios llega a millones de personas. Pero los

¹⁴ Esto fue evidente en los movimientos por los derechos civiles cuando, tras las primeras manifestaciones en el sur, los medios sólo informaron acerca de los de mayor participación o los que condujeron a la violencia, según Herbert Gans en *Deciding What's News*, p. 169.

movimientos contemporáneos dependen más de la formación del consenso a través de los medios que los medios de ellos. Para lograr una base amplia, comunicarse con ella a nivel nacional e impresionar con su fuerza a quienes ostentan el poder y a terceras partes, los movimientos enmarcan las cuestiones de modo que sean transmitidas por los medios. Sin embargo, los medios de comunicación, que tienden a pasar rápidamente de una noticia a otra, no dependen de las actividades de los movimientos para obtener noticias. Los movimientos «son noticia» breve, provisional y, a veces, espectacularmente; pero los movimientos sociales no pueden hacer que los medios publiquen las noticias como ellos quisieran.

La construcción de la acción colectiva

Dado el peso de los marcos culturales existentes y el papel de los medios en la transmisión de las acciones de los movimientos, empezamos a percibir por qué es tan difícil el enmarcado de un nuevo movimiento. Y aún así se construyen continuamente nuevos movimientos. Los de mayor éxito trascienden los marcos culturales de sus sociedades y, en algunos casos, conducen a revoluciones. Los casos del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y el de Solidaridad en Polonia mostrarán cómo es posible combinar los marcos culturales heredados con opciones estratégicas aprovechando las oportunidades políticas a través del proceso de acción colectiva.

El marco de los derechos en Estados Unidos

Resulta llamativa la naturalidad con la que los norteamericanos enmarcan sus exigencias en términos de derechos, ya sean éstos de las minorías, de las mujeres, de los gays y lesbianas, de los animales o de los niños no nacidos. Los movimientos europeos son mucho menos propensos a emplear el discurso de los derechos, aunque sus colectivos de destino sean similares; pero para los afroamericanos, el respeto a los derechos se ha caracterizado habitualmente por su ausencia. Así pues, ¿por qué se centró en ellos hasta tal punto el movimiento por los derechos civiles de los sesenta?

Esto se debió, en primer lugar, al hecho histórico de que el terreno inicial del movimiento fueron los tribunales, partiendo del concepto de la igualdad de derechos en la educación. Los derechos no eran una jerga que los afroamericanos adoptaran con facilidad, convencidos como estaban de la arraigada injusticia racial del sistema, pero habían resultado prometedores *antes* de que se desarrollara el momento más conflictivo del movimiento. Sin que nadie lo pretendiera, la década de sentencias favorables a los derechos civiles, la de 1950, sirvió de instrumento de formación de consenso para una generación de futuros activistas de los derechos civiles. Como escribe Charles Hamilton, este contexto «creó un cuadro de abogados constitucionalistas que se convirtieron, en un sentido muy real, en los puntos focales de la lucha por los derechos civiles» (p. 244).

La segunda razón por la que los derechos se convirtieron en el marco central del movimiento por los derechos civiles fue de índole estratégica. El derecho a la igualdad de oportunidades era un puente útil —basado en la retórica política tradicional norteamericana— entre la mayoría de la base interna del movimiento, la clase media negra sureña y los «seguidores de conciencia» blancos, cuyo apoyo era necesario para respaldarlo desde el exterior. Era fácil atraerse a los liberales resaltando la contradicción entre el valor que Estados Unidos atribuía a los derechos y la falta de igualdad de oportunidades para los afroamericanos. Los derechos tenían la doble función de apoyarse en una formación de consenso previa y de tender puentes entre los liberales blancos y la clase media negra, de la que procedía el núcleo del movimiento.

¿Era el concepto de «derechos» del movimiento por los derechos civiles tan sólo el disfraz convencional del consenso estadounidense? De ser así, ¿por qué no surgió el movimiento hasta los años sesenta y cómo pudo lograr todo lo que logró? La respuesta es que el marco de los derechos tradicionales se amplió y sólo se convirtió en un marco de acción colectiva cuando se combinó con un repertorio innovador. Las opciones culturales enmarcaron el movimiento en torno a los derechos al mismo tiempo que se escogió una táctica que expandió el significado de la igualdad de oportunidades y transformó la pasividad en activismo.

A partir de finales de los cincuenta, el modesto marco de la igualdad de oportunidades fue acompañado de una *práctica* espec-

Guerrilla, en 70
tacular de confrontación: la acción directa no violenta. Si la doctrina de los derechos salvaba retóricamente el abismo entre el estatus subalterno tradicional de los negros sureños y sus aliados liberales blancos, la acción directa no violenta transformaba la aquiescencia en acción. En vez de oponer un arriesgado marco de revuelta a esta cultura aquiescente, los líderes del movimiento desarrollaron una práctica de militante aquiescencia en el seno de la institución más tradicional que poseían, la Iglesia negra. No fue la gramática de los derechos sino la acción de la resistencia pacífica lo que convirtió la aquiescencia cultural en acción.

Desde el principio, la transformación del marco de los derechos fue interactiva. Dos actores fundamentales desempeñaron un papel crucial: una generación de universitarios que había crecido en ciudades en las que no se daban las peores prácticas racistas, y los agentes de la estructura del poder blanco, cuya conducta violenta hizo el juego al movimiento, ¡y con las cámaras de televisión delante! Mientras los estudiantes, vestidos correcta y decorosamente, hacían sentadas, se manifestaban, cantaban y rezaban, la policía y el Klan respondieron a la no violencia con la violencia, enfrentándose a las palomas de la paz con los temibles perros-policía. Cuanto más violenta y anticristiana fuera la conducta de los blancos que ostentaban el poder, mayor parecía la superioridad moral de la táctica de los estudiantes, y más razonable su programa. Bajo el escrutinio de la televisión nacional, hasta la titubeante Administración de Kennedy, debido a su escasísimo margen electoral, se vio obligada a apoyar al movimiento. Fue a través del proceso de lucha como la retórica heredada de los derechos se transformó en un nuevo marco para la acción colectiva.

La lección que nos ofrece el movimiento estadounidense de los derechos civiles es que los símbolos de la revuelta no se descuelgan por las buenas de un perchero cultural y se exponen, ya elaborados, ante el público. Tampoco los nuevos significados surgen de la nada. Los ropajes de la revuelta se tejen en una combinación de fibras heredadas e inventadas para formar marcos de acción colectiva sintéticos en la confrontación con los oponentes. Una vez establecidos, no son ya propiedad exclusiva de los movimientos que los produjeron, sino que —al igual que las formas modulares de acción colectiva— quedan a disposición de otros. Esto nos lleva al concepto del «marco maestro».

El marco maestro

Una vez formulado y empleado con éxito, el marco de la acción colectiva empleado en la campaña de un movimiento es a menudo importado a los mensajes de otros movimientos. Por ejemplo, al ampliar el significado de los derechos, el movimiento por los derechos civiles tuvo eco en la sociedad norteamericana. Snow y Benford señalan que, una vez enunciado en el contexto de un periodo de turbulencia general, un marco para la acción colectiva puede incluso llegar a convertirse en lo que ellos llaman un «marco maestro» (1992). Los marcos maestros contribuyen a animar todo un sector del movimiento social. En Estados Unidos, durante las décadas de 1960 y 1970, los «derechos» se convirtieron en la piedra de toque de una serie de movimientos diferentes. En palabras de Hamilton: «Empezamos a presenciar una creciente politización de otros grupos, en especial los de las feministas, los ambientalistas, los ancianos, los niños, los discapacitados y los homosexuales, que se organizan y empiezan a reivindicar sus 'derechos'» (p. 246).

De manera similar, en la Europa de la década de los sesenta, el concepto de «autonomía», que aparece por primera vez entre los estudiantes y después en la clase trabajadora, se convirtió en un mensaje modular, aplicado inicialmente a la autonomía de los estudiantes respecto a sus burocráticas universidades, después a la autonomía de los trabajadores respecto a sus sindicatos conservadores y finalmente a la autonomía de la nueva izquierda respecto a sus mentores de los partidos comunistas y socialistas (Tarrow, 1988). En el proceso cambió el significado del marco de la autonomía, desempeñando el papel de lo que Gamson denomina un «paquete» ideológico, capaz de contener toda una variedad de reivindicaciones específicas, algunas de ellas conflictivas (1988).

El aspecto más importante de un marco de acción colectiva «maestro» es que, en un contexto de turbulencia generalizada, permisividad y entusiasmo, es adaptado, ampliado y matizado por la práctica de una variedad de actores sociales entregados a diferentes luchas contra distintos oponentes. Aunque en la decepción y la depresión que suelen seguir a tales periodos de movilización las versiones más conflictivas del marco caen en desuso, bajo la superficie siguen estando disponibles para futuras generaciones de insurgentes. Lo que emerge es un residuo flexible y adaptable de marco de opo-

sición que puede convertirse en un rasgo permanente de la cultura política.

Solidaridad en Polonia

En su original estudio de Solidaridad, Roman Laba describe la profundidad del simbolismo religioso que descubrió en la propaganda del movimiento que había de convertirse en *Solidarnosc* (p. 7). En un capítulo que constituye la contrapartida irónica del análisis de Kertzer de cómo los comunistas italianos se apropiaron del símbolo de la *festa* católica, Laba reproduce una caricatura de Lech Walesa con el puño en alto, haciendo el saludo de los trabajadores, junto a la del Papa con la mano en alto haciendo el saludo papal (p. 141). Reproduce un cartel de la huelga de los astilleros de Gdansk en el que se ve una corona de espinas en conmemoración de los mártires de pasados conflictos colectivos (p. 150). ¡Jamás la práctica de la revuelta pareció apoyarse tanto en los símbolos heredados del consenso!

Sin embargo, desde sus mismos inicios, el movimiento no fue tanto la expresión de un pueblo católico como un movimiento de trabajadores industriales en busca de un sindicato libre (cap. 8). Los símbolos que guiaban a los obreros de Gdansk en 1980 no eran fundamentalmente religiosos, pero recurrían a la imaginería católica para recordar una oleada de huelgas y sacar fuerzas de ella. En diciembre de 1970, los trabajadores habían atacado la sede del Partido Comunista en Gdansk y varios fueron abatidos por el ejército (Garton Ash, 1984: 12-13; Laba: cap. 2)¹⁵. «El mito de los mártires creció en el fértil subsuelo de la conciencia nacional», escribe Garton Ash (p. 12), para emerger periódicamente como recurso con el que construir solidaridad y enmarcar nuevas exigencias.

Ya en diciembre de 1970 aparecían fusionadas en las calles de Gdynia y en Gdansk las imágenes de una Polonia mártir y de los sufrientes proletarios. En 1971, en el desfile del 1 de Mayo, los tra-

¹⁵ Es significativo que, en agosto de 1980, en la puerta del Astillero Lenin, sobre una cruz de madera, varios retratos del Papa, una foto de la Virgen Negra de Czestochowa y el Águila Coronada Blanca de Polonia, ondeara una pancarta con la leyenda «¡Obreros de todas las fábricas, uníos!». Laba, *Roots of Solidarity*, p. 130.

bajadores llevaban una pancarta en la que exigían una placa para conmemorar a los muertos en las huelgas del año anterior (Laba: 126). En 1977, los grupos que posteriormente dieron lugar a los Sindicatos Libres del Báltico y al movimiento Joven Polonia adoptaron el mismo lema (p. 136). La exigencia se repitió en la manifestación de 1979 frente al astillero Lenin. Durante los dieciséis meses de existencia legal de Solidaridad se erigieron monumentos a los mártires trabajadores de 1970 en Gdansk, Gdynia y Poznan.

Es significativo que el electricista de los Astilleros Lenin que se hizo con el liderazgo del movimiento de Gdansk en el verano de 1980 considerara un deber —casi una obsesión— honrar la memoria de los mártires de 1970. Lech Walesa ganó notoriedad por primera vez en una manifestación de 1979 en el astillero Lenin. Eludiendo el arresto para asistir a la manifestación, «irrumpió en escena» exigiendo la construcción de un monumento para honrar a los muertos de 1970. «Todos debemos volver aquí el año que viene, al mismo lugar, a la misma hora —dijo—, y *todos debemos traer una piedra*.» Si las autoridades se negaban a construir un monumento, lo construirían ellos mismos con las piedras que llevaran en los bolsillos (Garton Ash: 31).

Los acontecimientos que llevaron a la ocupación del astillero Lenin en julio de 1980 se desencadenaron por el tema de los mártires. Cuando una popular militante de los Sindicatos Libres, Anna Walentynowicz, fue a un cementerio local en busca de restos de velas que quemar en memoria de las víctimas de 1970, fue despedida por los gerentes de la planta, lo que añadió un aliento de ira a los rescoldos del descontento de los trabajadores. «Era inevitable que la demanda de readmisión obtuviera apoyo», escribe Garton Ash (p. 38), y los militantes de los Sindicatos Libres asumieron su causa, sin perder de vista sus demandas salariales.

Al amanecer del 14 de agosto, militantes del grupo eludieron a los guardas de la fábrica. Llevaban carteles que exigían la readmisión de Walentynowicz y una subida salarial de mil zlotys. Al ponerlos por todo el recinto desencadenaron una manifestación interna que fue captando partidarios sobre la marcha. Así comenzó la cadena de acontecimientos que había de llevar al establecimiento de *Solidarnosc* y su triunfo temporal sobre el gobierno. La huelga tenía bien poco que ver con la religión, pero construyó un movimiento en favor de los derechos de los trabajadores dentro de un

marco extraído del cajón de las herramientas culturales de una sociedad católica. Cuando las negociaciones comenzaron a resolver la huelga en agosto de 1980, entre las principales demandas de los trabajadores se encontraba la construcción de un monumento a las víctimas de 1970 (Garton Ash: 39).

El enmarcado en el seno de la acción

El peso de los símbolos religiosos que rodeaban el movimiento de los trabajadores cuando estalló en la costa del Báltico en 1980 puede servir para respaldar la idea de que el simbolismo debe poseer resonancias culturales para tener eco en la mente de las personas. No obstante, estos símbolos habían estado disponibles durante décadas, incluso en la Polonia popular. Al igual que en el caso del movimiento estadounidense por los derechos civiles, no fue un símbolo heredado del pasado el que llevó al movimiento a su fase más radical, sino uno nuevo —el símbolo de la solidaridad entre los trabajadores—, que emergió al presentarse una nueva oportunidad para la acción colectiva. Se desarrolló en el curso de la lucha y desempeñó una función estratégica para los militantes enfrentados a poderosos oponentes.

El éxito crucial de los huelguistas de Gdansk y sus seguidores en el exterior no fue su capacidad de recurrir a los símbolos tradicionales de la piedad católica, sino la creación de solidaridad entre los trabajadores de diferentes fábricas y sectores. Esto fue lo que contrarrestó la estrategia del gobierno de ofrecer concesiones salariales a algunos trabajadores y no a otros. De hecho, el símbolo mismo de «Solidaridad» fue producto de esa lucha y no una de sus condiciones previas. Como escribió más adelante el diseñador del símbolo *Solidarnosc*:

Vi cómo surgía la solidaridad entre la gente, cómo nacía un movimiento social. Escogí la palabra [*Solidarnosc*] porque era la que mejor describía lo que estaba ocurriendo. El concepto surgió de su semejanza con la imagen de multitudes de personas, apoyándose unas en otras. Eso era característico de las multitudes frente al portón [del astillero Lenin] (Laba: 133).

Conclusiones

¿Qué lecciones podemos extraer de los casos del movimiento por los derechos civiles y del movimiento de los trabajadores de Gdansk acerca del poder del simbolismo en la acción colectiva?

En primer lugar, lo más evidente es que los símbolos culturales no están inmediatamente disponibles como símbolos de movilización, sino que requieren la intervención de un agente para convertirse en marcos de acción colectiva. Al igual que la acción directa no violenta se vio impulsada por la capacidad de la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People) para expandir el significado de los derechos en una década de litigios judiciales y la práctica de la resistencia no violenta, el movimiento de Gdansk tuvo éxito cuando sus líderes unieron el símbolo religioso de sus camaradas muertos a las reivindicaciones planteadas en las huelgas.

En segundo lugar, ni en Polonia ni en Estados Unidos la cultura política heredada servía para explicar *qué* símbolos dignificarían y darían vitalidad a la acción colectiva y cuáles no. Los derechos en Estados Unidos y el catolicismo en Polonia habían estado disponibles durante generaciones sin contribuir visiblemente a que los afroamericanos o los trabajadores polacos se librasen de la opresión. Es el entretejido de nuevos materiales en una matriz cultural lo que produce marcos de acción colectiva en expansión. El modo de combinarlos dependerá de los actores que participen en la lucha, de los oponentes a los que se enfrenten y de su acceso a un público más amplio a través de las formas de acción colectiva que empleen y las oportunidades políticas que exploten.

Es en la lucha donde los antagonistas descubren qué valores comparten —así como qué les divide— y configuran nuevos marcos sintéticos que pueden emplear en otras batallas y que evolucionan hasta convertirse en marcos maestros para otros. A menudo fracasan, pero, cuando tienen éxito, surge un movimiento como Solidaridad. Como escribe Laba:

Normalmente se da por supuesto que Solidaridad no era más que un movimiento nacionalista, que su simbolismo era tan sólo una continuación de la tradición del siglo XIX, anterior a las contiendas mun-

diales. Tal análisis pasa por alto el carácter innovador de Solidaridad, *el grado en que los símbolos dominantes fueron inventados durante las huelgas* y en que los símbolos y rituales dominantes fueron extraídos de las tradiciones nacionalista y socialista y transformados (la cursiva es mía) (p. 128).

Desde que los movimientos sociales se convirtieron en una fuerza de cambio en el mundo moderno, la cuestión de los efectos de la organización ha interesado tanto a observadores como a activistas. Algunos teóricos han argumentado que, sin el ejercicio de la autoridad a través de las organizaciones, la rebelión no pasa de ser «primitiva» y se desintegra en poco tiempo (Hobsbawm, 1959). Otros, siguiendo los pasos del importante trabajo de Michels de 1962, *Political Parties*, están convencidos de que, lejos de animar a la gente a la acción, los líderes pueden privarles de su principal poder, el de la disrupción (Piven y Cloward, 1979)¹.

Resulta evidente que, en situaciones concretas, a través de ciertos tipos de organizaciones algunos líderes logran transformar la acción colectiva en movimientos viables, mientras que otros no. Es igualmente obvio que los movimientos pueden emerger sin líderes, produciendo a menudo profundos cambios políticos. En ocasiones, los organizadores son meros espectadores al nacer el movimiento y pos-

¹ Para una comparación de los enfoques de Hobsbawm y Piven y Cloward, véase la introducción a mi *Struggle, Politics and Reform*. Véase también la interesante recensión del trabajo de Piven y Cloward realizada por Hobsbawm en «The Left and the Crisis of Organization» y la respuesta de Piven y Cloward a sus críticos en el prefacio a la edición de 1979 de *Poor People's Movements*.

teriormente sacan partido de él para obtener seguidores. Sin embargo, con mucha frecuencia son producto de los movimientos más que su causa. ¿Cómo explicar esta diversidad de roles organizativos?

Tres elementos de la organización del movimiento

En parte, la razón de tanta confusión es que a menudo no alcanzamos a distinguir entre tres aspectos diferentes de la organización del movimiento. El significado dominante del término en los debates contemporáneos es el de *organización formal*. Es lo que Zald y McCarthy llaman «SMO» [organizaciones del movimiento social] y definen como «una organización compleja, o formal, que identifica sus objetivos con las preferencias de un movimiento o un contramovimiento social, e intenta materializar esos objetivos» (1987: 20). Estas organizaciones suelen estar presentes en los movimientos, pero en ocasiones compiten con otras similares en un terreno amplio, multiorganizativo y con actores *no organizados*, intentando convertirse en puntos focales de la confrontación (Schelling 1978: 57 y ss.).

Un segundo significado, que no ha de confundirse con el primero, es el de *organización de la acción colectiva*, o la forma en que se llevan a cabo las confrontaciones con los antagonistas. La organización de la acción colectiva va desde agrupaciones temporales de gente insatisfecha hasta la creación de células, ramas y milicias estables. O bien está controlada por organizaciones formales del movimiento que mantienen contacto con las mencionadas formaciones o son completamente autónomas de ellas. En cualquier movimiento dado puede existir toda una variedad de formas de organización de la acción colectiva, algunas de ellas autónomas, otras bajo el control de un liderazgo y aun otras con algún tipo de relación informal con organizaciones formales. La organización óptima de la acción colectiva se apoya en las redes sociales en las que normalmente vive y trabaja la gente, ya que es más fácil transformar su confianza mutua en solidaridad.

El tercer elemento es el más frecuentemente ignorado: las *estructuras conectivas de movilización*, que vinculan a los líderes con la organización de la acción colectiva —el centro con la periferia—, permitiendo la coordinación del movimiento y que éste perdure en el tiempo. Cuando en un movimiento aparece una organización formal, sus líderes intentan desarrollar estructuras de movilización para

hacerse cargo de las actividades de la base. Pero las estructuras de movilización pueden existir previa y autónomamente respecto al liderazgo del movimiento y, en algunos casos, operar a través de otras organizaciones o en el seno de las instituciones.

Un movimiento sólo queda bajo el dominio de una única organización cuando las estructuras de movilización son internalizadas y la organización de la acción colectiva queda bajo el control de líderes de nivel superior. Éste es el tipo de organización que condenaba Michels, pero es mucho menos común de lo que normalmente se cree. El poder de los movimientos centralizados a menudo no es más que un espejismo. Por otra parte, los movimientos descentralizados carecen de coordinación y son fácilmente disueltos y reprimidos. Sólo cuando las estructuras de movilización de un movimiento se encargan de coordinar sus elementos queda resuelto el problema de la coordinación dejando suficiente autonomía a nivel de base. El problema para los organizadores del movimiento es crear modelos organizativos que sean lo suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes, pero lo bastante flexibles para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de su base.

En este capítulo, la insurrección de 1851 en Francia —un ejemplo que fracasó en el siglo XIX— nos mostrará hasta qué punto es necesario que se den los tres elementos: organizaciones formales, estructuras de movilización y organización de la acción colectiva. A continuación se exponen dos soluciones alternativas al problema de la organización —la socialdemocracia y la anarquía—, que muestran hasta qué punto están polarizados los tipos de organización en los movimientos sociales. Entre los dos extremos existe toda una variedad de soluciones intermedias, en su mayor parte inestables, que a menudo acaban siendo organizaciones formales. En la segunda mitad del capítulo se discutirán las innovaciones formales aparecidas desde la década de 1960. El corolario del capítulo es que las formas más efectivas de organización se basan en redes sociales autónomas e interdependientes vinculadas por estructuras de movilización informalmente coordinadas.

Un fracaso y dos soluciones

Durante la madrugada del 2 de diciembre de 1851, tropas leales al presidente Luis Napoleón ocuparon la Asamblea Nacional fran-

cesa, poniendo en marcha el golpe de Estado que la historia recuerda como el 18 Brumario². En París, donde fueron detenidos cientos de republicanos, la resistencia fue sofocada rápidamente. Pero en el sur y el oeste franceses, donde se había desarrollado una dispersa red informal de republicanos *montagnard*, la historia fue muy diferente.

En los días posteriores al golpe se desató una insurrección armada en todo el sur y el centro de Francia. «Los rebeldes de las provincias —escribe Ted Margadant— proclamaron comisiones revolucionarias en más de un centenar de comunas, se hicieron con el control de un departamento y de una docena de capitales de *arrondissement*; y se enfrentaron violentamente a las tropas y gendarmes en treinta localidades diferentes» (p. vii). Pero para el 10 de diciembre el ejército ya había hecho huir en desbandada a los rebeldes, especialmente en las ciudades. Sus organizaciones se desmoronaron rápidamente y cuando su forma preferida de acción colectiva —la manifestación armada— se desmembró ante las fuerzas armadas, fueron incapaces de coordinar la resistencia en diferentes partes del país.

En muchos aspectos, la insurrección de 1851 parece una de las «rebeliones primitivas» de Hobsbawm. El patrón resulta familiar: a un pueblo llegan noticias de un ultraje, real o imaginario. Víctimas de una situación económica precaria e indignados por la violación de sus derechos, los aldeanos se aglutinan ante la convocatoria, con las armas listas. Su solidaridad queda simbolizada por signos primitivos: trapos de tela roja, imágenes de la Virgen, horcas y rifles de caza. Envalentonados por su número y la retórica de su líder, se enfrentan a las autoridades en algún lugar céntrico, son arrollados por fuerzas manifiestamente superiores y los supervivientes regresan a sus granjas. Como resultado de tales imágenes, el alzamiento provincial más importante de la Francia del siglo XIX fue largo tiempo recordado como «una *jacquerie*, una insensata explosión de odio de las clases bajas contra los ricos y cultivados»³.

No obstante, la insurrección presentaba una serie de rasgos que haríamos bien en no ignorar antes de archivarla como una expresión

² La sección siguiente debe mucho al trabajo de Ted Margadant, cuyo *French Peasants in Revolt. The Insurrection of 1851* es un modelo de historia política y social teóricamente informada.

³ Véase la breve recensión de la literatura sobre la revolución en Margadant, pp. xvii-xxii. La cita proviene de la p. 39 de su *French Peasants in Revolt*.

tradicional de ira rural. Por una parte, no fue «rural» en un sentido estricto, ya que combinaba a republicanos de las ciudades y pueblos con campesinos y trabajadores rurales (p. 29). Por otra parte, sus planteamientos eran nacionales y políticos, no locales y limitados⁴. Finalmente, la revuelta puso de manifiesto una sustancial interdependencia entre los actores y las convicciones de una amplia variedad de grupos sociales, urbanos y rurales, campesinos y artesanos, líderes y seguidores, que se unieron para enfrentarse a los ostentadores del poder. Fue un movimiento social moderno.

Dos signos llamativos de la semejanza entre la revuelta y los movimientos modernos fueron la rapidez de su difusión y la similitud de sus formas de acción. Extendiéndose casi automáticamente sobre extensas áreas del sur y el centro de Francia, en ella participaron, según las estimaciones de Margadant, casi 100.000 personas en unos 900 municipios, de las cuales unas 70.000 habían tomado las armas cuando el movimiento fue reprimido. Si seguimos las pautas de difusión vemos también que, en vez de extenderse por el laberinto de caminos poco transitados de la Francia rural, lo hizo desde las ciudades y grandes burgos a las aldeas (pp. 5-8).

¿Estaba organizado el movimiento? Eso depende de lo que entendamos por organización. A algún nivel mínimo, la insurrección de 1851 poseía los tres elementos organizativos señalados más arriba. En la cumbre había un puñado de sólidas organizaciones republicanas dirigidas por los hombres de 1848. La mayor parte pertenecían a la clase media, muchos eran intelectuales y difundían las ideas republicanas, tomaban juramento y en algunos lugares dieron la orden de desencadenar la resistencia al golpe de Estado. La policía, incapaz de creer que humildes campesinos fueran capaces de organizar bandas armadas, exageró el poder de estos grupos republicanos, pero sin duda fueron puntos focales del movimiento.

En la base del movimiento se encontraban los centros de acción colectiva que atacaban las *mairies*, luchaban contra las tropas e incitaban a la acción a las aldeas vecinas. No se trataba de agrupaciones fortuitas de revoltosos rurales; procedían de redes sociales y familiares estables, muchas de ellas incubadas en *cham-*

⁴ Los rebeldes que atacaron Béziers proclamaban: «¡En nombre del Pueblo Francés! El presidente de la República ha violado la Constitución, así que el Pueblo Reivindica sus derechos», en *French Peasants*, p. 5.

brées, los locales donde se reunían y bebían. Su confianza interpersonal y los vínculos familiares les daban la necesaria solidaridad para apoyar la acción colectiva. La brutal represión de la que fueron objeto evidencia que esto no era suficiente para organizar la resistencia armada.

Fueron los vínculos entre el centro y la periferia —lo que he llamado aquí «estructuras de movilización»— los que conectaron a los *montagnards* republicanos con las redes locales que organizaban la acción colectiva. Estos vínculos no se habían internalizado en una organización ni habían aparecido espontáneamente. Desarrollados inicialmente sobre la base de los lazos comerciales existentes entre las ciudades y las aldeas, tras la declaración de la República en 1848 adoptaron una forma política en las organizaciones electorales republicanas (pp. 115-116).

Estas estructuras de movilización eran lo suficientemente eficaces para desencadenar la acción colectiva y difundir noticias del levantamiento a otras regiones. Pero los vínculos entre los *montagnards* urbanos y las redes locales de las aldeas eran personales e intermitentes y, en la guerra que no tardó en desencadenarse, se vinieron abajo rápidamente. Como escribe Margadant, una vez que aparecieron en público las bandas armadas locales, «la falta de comunicaciones y las medidas administrativas limitaron la extensión de la acción regional concertada» (pp. 232-233). Los grupos locales eran más propensos a responder a la noticia de un levantamiento en otro lugar que a las órdenes, emanadas desde arriba, de desconocidos burgueses republicanos. La carencia de estructuras verticales estables y que generasen confianza para unir el centro y la periferia del movimiento constituyó su principal problema. Fue a la solución de este problema a la que dedicó sus esfuerzos la siguiente fase de los movimientos sociales europeos.

La solución socialdemócrata

Al final de la Revolución de 1848, los republicanos, socialistas y liberales supervivientes, que habían perdido la batalla ante las fuerzas de la reacción, se refugiaron en la emigración, las actividades intelectuales y las «estructuras de reserva» que mantuvieron viva la trémula llama de la revolución (Rupp y Taylor, 1987). En las siguientes

décadas hizo su aparición un nuevo actor social —el proletariado industrial— que naturalmente reorganizó la acción colectiva en la base y dio lugar a nuevas organizaciones en el vértice, los movimientos socialdemócrata y de los trabajadores.

Sin embargo, entre las organizaciones de la socialdemocracia europea y los trabajadores de base no había inicialmente unas estructuras de movilización naturales o coherentes. De hecho, en algunos países la distancia entre los trabajadores sindicalistas y los parlamentarios socialistas era tan grande que se formaron organizaciones competidoras. Pero el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), con característica determinación, se planteó formalizar las relaciones entre el vértice y la base, y hacerlas permanentes. El resultado fue privar al movimiento de su espontaneidad y energía y dejarle incapacitado para hacer frente a la amenaza que surgió en los años veinte.

Los socialdemócratas encuadraron a sus miembros en estructuras federales permanentes, que iban de las ramas locales, pasando por federaciones provinciales y regionales, a los comités centrales y las ejecutivas nacionales, en la cima. Se proclamaban programas a corto y largo plazo que se debatían en congresos nacionales. Se esperaba disciplina de todos los afiliados y periódicamente se organizaban acciones colectivas por los objetivos del movimiento. A partir de una red dispersa de grupos insurgentes y sociedades secretas, el movimiento de los trabajadores se convirtió en una gigantesca organización formal.

Las circunstancias de la Alemania semiautoritaria reforzaron la tendencia a la internalización de los socialdemócratas. Las ideas imperiales de Bismarck y su actitud hacia la clase obrera derivaban directamente de su feroz reacción a la Revolución de 1848. En semejante entorno, la socialdemocracia necesitaba disciplina y apoyo de masas para sobrevivir. Con la legalización se desarrolló una estructura interconectada de partidos, sindicatos y organizaciones de salud y de ocio para vincular el partido a la base⁵.

⁵ Este bosquejo esquematiza en exceso una evolución interesante de movimiento a partido. En inglés puede consultarse Vernon Lidtke, *The Outlawed Party*, especialmente el cap. 7; Guenther Roth, *The Social Democrats in Imperial Germany*, en especial el cap. 10, y Douglas Chalmers, *The Social Democratic Party of Germany*, cap. 1, sobre los principales periodos de la formación de los partidos.

Tan grande era el prestigio internacional del PSD que su modelo organizativo fue imitado en todo el centro, norte y este de Europa⁶. El modelo menos disciplinado del Partido Laborista británico también tuvo influencia, pero hasta los oponentes políticos del PSD siguieron su ejemplo. Alarmados por el peligro de colectivización que veían en la socialdemocracia, los líderes católicos desarrollaron movimientos sociales y políticos competidores, adoptando como modelo las cooperativas y las sociedades de socorro mutuo que habían inventado los socialdemócratas. Por último, y en la misma línea, formaron partidos confesionales⁷.

Allá donde los católicos, los protestantes y los socialistas luchaban por la supremacía, como en los Países Bajos, este proceso de mimetismo organizativo hizo que la vida política pareciera una enconada batalla entre ejércitos burocráticos, cada uno de ellos con su «basamento» de escuelas, cooperativas, periódicos y ramas del partido⁸. A finales del siglo XIX, la vida política europea estaba polarizada en monolitos políticos opuestos, cada uno de ellos con su liderazgo central, personal fijo, cuadros de base y ejércitos de reserva de miembros con carné.

Éste era el modelo de organización —el movimiento de la clase trabajadora centroeuropeo, con su panoplia de sindicatos, cooperativas y servicios— que Michels tenía en mente cuando formuló su Ley de Hierro. Nunca fue un modelo universal, sino el resultado de la configuración política concreta de una Alemania semiautoritaria y de su difusión a otros contextos. Para enfrentarse a un entorno hostil, proteger a los trabajadores y utilizar eficazmente el voto, los socialdemócratas convirtieron las redes del movimiento en su base

⁶ Acerca de la formación del SAP, véase Donald Blake, «Swedish Trade Unions and the Social Democratic Party: The Formative Years». Acerca del partido austriaco y su relación con el modelo alemán, véase Vincent Knapp, *Austrian Social Democracy, 1889-1914*, cap. 1. Sobre la influencia del marxismo alemán en el desarrollo de la socialdemocracia rusa, véase John Plamenatz, *German Marxism and Russian Communism*, pp. 317-329.

⁷ Otto Kirschheimer, en su histórico artículo de 1966, «The Transformation of the Western European Party Systems», los denomina «partidos de masas denominacionales», por contraste con los «partidos de masas de clase» creados por los socialistas.

⁸ El estudio del *verzuiling* holandés de Arendt Lijphart, en su *The Politics of Accommodation*, hace hincapié en el acomodo entre estos pilares, pero estudiosos anteriores se mostraban más inclinados a subrayar su potencial para el estancamiento y el conflicto.

en ramas permanentes, controlando así la organización de la acción colectiva. Nadie debería sorprenderse de que la militancia se diluyera una vez alcanzada la representación para las clases inferiores. Esto no sorprendió en absoluto a un determinado grupo de competidores.

El contramodelo anarquista →

Mientras los socialdemócratas alemanes estaban construyendo un «Estado dentro del Estado», en otras partes de Europa y Estados Unidos algunos estaban agrupándose en torno a modelos organizativos diferentes. El desafío más serio fue el de los anarquistas, cuya teoría y práctica políticas eran opuestas a la socialdemocracia en todos los aspectos. Mientras que los partidos socialdemócratas, encabezados por políticos e intelectuales, tenían como objetivo hacerse con el control del Estado burgués en nombre de los trabajadores pertenecientes a organizaciones establecidas, los anarquistas desconfiaban de la política e intentaban destruir el Estado mediante la energía y la combatividad naturales de los trabajadores. Tachaban a la socialdemocracia de «autoritaria» y vituperaban a los intelectuales que la lideraban, por considerarles traidores a la causa.

Los anarquistas se oponían a la tendencia a formar un partido. Su modelo organizativo instintivo era el propuesto por Proudhon, que había teorizado que una red de asociaciones de trabajadores, democráticamente organizadas e informalmente vinculadas en una federación voluntaria, podría llegar a reemplazar tanto al Estado como al capitalismo⁹. Al carecer este modelo de un patrón organizativo como el de sus oponentes, el resultado fue una mentalidad de estéril *ouvriérisme*: la convicción de que la revolución surgiría de los sanos instintos de la clase obrera. Fue en el sur y el este de Europa, donde las condiciones económicas eran de atraso y la organización política estaba menos desarrollada, donde el anarquismo siguió siendo un movimiento de masas hasta bien entrado el siglo XX.

⁹ Los materiales básicos sobre movimiento tan mal comprendido pueden hallarse en Daniel Guérin, *Anarchism: From Theory to Practice*; Irving Lois Horowitz, ed., *The Anarchists*, y James Joll, *The Anarchists. Marxism: An Historical and Critical Study*, pp. 222-233, de George Lichtheim, presenta un sucinto análisis doctrinal del anarquismo y su comparación con el marxismo y el sindicalismo.

Aislados de las masas populares por el carácter milenarista de su mensaje, los *narodniki* rusos se arrojaban contra la estructura de poder, imaginando que su coraje y valor desencadenarían el potencial para la rebelión que creían oculto en los campesinos. Éstos respondieron con indiferencia, cuando no con hostilidad, y el destino de muchos populistas se plasmó en largos periodos de encarcelamiento y desencantados libros de memorias. De modo similar, los anarquistas italianos, acosados por la policía y las autoridades, se encerraron en células herméticas en las que fraguaban utopías y planeaban la destrucción del Estado. Como escribe Daniel Guérin:

Se daba rienda suelta a las doctrinas utópicas, que combinaban prematuras anticipaciones con nostálgicas evocaciones de una era dorada... Los anarquistas se concentraron en sí mismos y se organizaron para la acción directa en pequeños grupos clandestinos que eran fácilmente infiltrados por los informadores de la policía (p. 74).

Al igual que el sueño de la huelga general inspiró a sus homólogos franceses, la ilusión de que el Estado estaba ligado a las personas de sus gobernantes llevó a los anarquistas italianos y rusos a cometer actos de violencia: una oleada de bombas que puso bajo sospecha a la totalidad de la izquierda y les aisló aún más. Si la jerarquía de la socialdemocracia contribuía a transformar un movimiento en un partido, la obsesión de los anarquistas por la acción colectiva y su alergia a la organización les convertía en una secta.

Nuevas polarizaciones

La polarización entre institucionalización y disrupción que hemos visto en los casos de la socialdemocracia y el anarquismo tuvo su réplica, en cierta medida, en los movimientos de los años sesenta. Por ejemplo, a comienzos de la década, la mayor parte del movimiento por los derechos humanos estaba institucionalizado (Piven y Cloward: cap. 4). De las calles de Selma, la batalla por los derechos civiles gravitaba hacia los *lobbies* del Congreso y las organizaciones comunitarias vecinales subsidiadas por el gobierno. La mayoría de las grandes organizaciones en favor de los derechos civiles no tardaron en verse constreñidas por las reglas del juego de la política diaria.

→ Ese mismo desplazamiento hacia las instituciones se apreció en la mayor parte de la nueva izquierda, tanto en Europa como en Norteamérica. En Estados Unidos, de las ocupaciones pacíficas y la quema de tarjetas de reclutamiento de mediados de los sesenta, muchos activistas contra la guerra de Vietnam pasaron a integrarse en los grupos de interés público y *lobbies* por la paz que florecieron en los años setenta y ochenta. Los organizadores estudiantiles franceses e italianos dejaron de plantar cara a la policía y organizar a los pobres urbanos para constituir organizaciones políticas e incorporarse a los sindicatos y al Partido Comunista.

Simultáneamente, otros militantes más decididos, que criticaban la «larga marcha a través de las instituciones», se escindieron en organizaciones más radicales para llevar la lucha hasta el corazón del capitalismo organizado. Del mismo modo que los anarquistas se habían opuesto a la moderación de los socialdemócratas con llamamientos extremistas y bombas, hubo fracciones del movimiento por los derechos civiles y sectores de la nueva izquierda que intentaron desbordar a sus competidores trazando claros límites entre su propia militancia y la moderación de sus oponentes.

Parte del movimiento por los derechos civiles tildó a algunos respetados líderes negros de «tíos Tom» y los activistas blancos fueron expulsados de organizaciones como SNCC y CORE en nombre del autodesarrollo negro. La *New Left*, nacida en 1961 en Port Huron sobre una plataforma de unidad, dio lugar a grupos terroristas como el Weather Underground¹⁰. En Europa occidental hubo facciones de los movimientos de 1968 que se volvieron más radicales y generaron organizaciones clandestinas. El progresivo acercamiento del tronco de la nueva izquierda a la política institucional empujó a estos grupos militantes aún más hacia el sectarismo y la violencia.

Italia nos ofrece el ejemplo más notorio. Justamente cuando la mayor parte de la Nueva Izquierda pasaba de la disrupción al proceso político, una segunda generación de militantes se alejó de ella e intentó destruir el Estado con actos de violencia ejemplares. Cada nueva generación sobrepasaba a la anterior y buscaba espacio

¹⁰ Los conflictos en el seno del movimiento que condujeron a la aparición del «poder negro» aún no han sido objeto de un estudio histórico adecuado. Acerca de la evolución y las divisiones en la *New Left* que dieron lugar al Weather Underground, véase *Democracy in the Streets*, de James Miller, cap. 12.

político con acciones cada vez más escandalosas. Adoptaron primero la forma de «grupos extraparlamentarios» que ensalzaban la violencia de masas; después, la de células clandestinas, que recurrían a la «violencia de la vanguardia» y a la «expropiación proletaria». Y una vez que la violencia les hubo marcado como enemigos del Estado, no tenían más forma de sobrevivir que pasar a la clandestinidad, donde su aislamiento ideológico y organizativo les llevó al único tipo de acción que son capaces de producir los grupos pequeños y sectarios: el terror organizado¹¹. La polarización del siglo XIX entre anarquismo y socialdemocracia se reprodujo a la sombra de la Nueva Izquierda.

Entre la jerarquía y la disrupción

La socialdemocracia y el anarquismo no eran los únicos modelos disponibles de organización del movimiento. En otros lugares había movimientos cuyos líderes buscaban soluciones intermedias. Mientras que los socialdemócratas deseaban internalizar el movimiento en la organización y los anarquistas diluir toda organización en la acción colectiva, los movimientos cívicos norteamericanos del siglo XIX, que combatieron la esclavitud y el alcohol y llevaron adelante las causas del sufragio femenino y el populismo agrario, construyó organizaciones flexibles en el seno de movimientos más amplios. Estas organizaciones constituían una cobertura informal que coordinaba —en vez de internalizar— a sus integrantes a nivel de base. Esto permitía al movimiento residir en las estructuras cotidianas de la vida y la religión, así como movilizar y desmovilizar a sus seguidores en función de los asuntos de su agenda.

La organización de la acción colectiva de estos movimientos iba desde las redes sociales informales integradas por hombres y mujeres con espíritu cívico a las iglesias locales y las fraternidades. Las estructuras de movilización que coordinaban el centro y la periferia iban de contactos episódicos entre militantes, giras de conferencias y reuniones religiosas, a federaciones estatales y partidos políticos. La

¹¹ La mejor exposición de esta progresión es la de Donatella della Porta en «Recruitment Processes in Clandestine Political Organizations» y su definitivo estudio sobre el terrorismo de izquierdas en Italia, *Organizzazioni politiche clandestine*.

mayoría eran informales y requerían tan sólo un mínimo de recursos para mantenerse.

Estas organizaciones surgían y caían con frecuencia cíclica, junto con las oleadas de movimientos cuyo entusiasmo reflejaban. En el punto culminante de cada ciclo, cuando podían nutrirse de las redes sociales existentes y las iglesias locales, resultaban enormemente eficaces a la hora de movilizar a la gente contra sus oponentes y ejercer presión sobre el Estado. Una vez conseguidas las reformas, o si disminuía la movilización, los militantes desaparecían en la vida privada o en «estructuras de reserva», como iglesias o logias. Cuando surgía un nuevo ciclo de protesta, estos contactos entre organizaciones eran muy útiles (Buechler, 1986; Blocker, 1989).

Aunque los europeos veían la organización del movimiento en términos de la polarización entre socialdemocracia y anarquismo, los modelos intermedios basados en una organización entusiasta, semiformal y episódica, y arraigados en redes sociales informales, también eran comunes en Europa. Tal fue el caso, por ejemplo, de los cartistas en Gran Bretaña y de los republicanos que reemergieron en Francia en la década de 1860. En la Comuna de París de 1871, Roger Gould comprobó que los grupos de alistamiento de la Guardia Nacional de París resultaban especialmente eficaces cuando estaban basados en lazos sociales enraizados en los vecindarios¹².

El mismo modelo de organización informal, inestable y entusiasta reapareció con los «nuevos» movimientos sociales de los años setenta y ochenta. Éstos reprodujeron muchos de los modelos organizativos de sus predecesores del siglo XIX (d'Anieri, Ernst y Kier, 1990; Calhoun, 1993). Tanto en la dirección como en la base, sus líderes desarrollaron una variedad de innovaciones y variantes organizativas. Pero, al igual que en 1851, los problemas más difíciles surgieron a la hora de conectar la dirección con la base.

Innovaciones en el vértice

Como en otros muchos aspectos, la década de los sesenta fue un punto de inflexión para las innovaciones organizativas. Esto obe-

¹² Véase su artículo «Multiple networks and Mobilization in the Paris Commune, 1871».

deció no sólo a que en esos años se produjo una gigantesca oleada de movimientos —desde los nacionalistas en el Tercer Mundo y los movimientos por los derechos civiles de comienzos de la década hasta la Nueva Izquierda, el feminismo y el movimiento de oposición a la guerra que les sucedieron—, sino también a que en un periodo de cambios tecnológicos y sociales les ofrecían nuevos recursos y conexiones con los que podían trabajar sus organizadores.

Esto tuvo profundas implicaciones para la organización del movimiento: si se podían transmitir mensajes a millones de personas a través del éter, animando a algunas a seguir su ejemplo y a un número mayor a simpatizar con determinadas reivindicaciones, era posible crear un movimiento sin incurrir en el coste de construir una organización de masas. Esto ya se había constatado en el pasado con el advenimiento de la prensa barata. Pero si los periódicos sólo transmitían lo que deseaban los movimientos, la televisión mostraba gráficamente cómo se comportaban éstos y cómo respondían sus oponentes, en una forma de espectáculo público que exigía bien poco en lo que a estructuras formales de movilización se refiere, y que podía ser copiado.

Una segunda serie de cambios se produjo en torno a la creciente cantidad de dinero, tiempo libre y capacitación de que disponían los jóvenes en los años del *boom* de la postguerra (McCarthy y Zald, 1973; 1977). Tras la II Guerra Mundial aumentó sustancialmente el salario familiar neto en todo el mundo occidental. Al llegar los años sesenta, los jóvenes se habían convertido en un mercado objetivo para los bienes de consumo y en el centro de una nueva cultura juvenil (McAdam, 1988: 13-19). Tanto en Europa como en Estados Unidos accedían a la universidad cada vez en mayor número. En ella disponían de más tiempo libre y tomaban contacto con corrientes de ideas mucho más amplias que en el pasado. Aunque no fuera más, surgieron multitud de seguidores concienciados que pasaron a engrosar los movimientos minoritarios aportando su formación (Marx y Useem, 1971).

Los seguidores concienciados y con recursos no son nada nuevo en el mundo de los movimientos sociales. Ni los miembros de la intelectualidad rusa que se sumaron a la actividad radical, ni los acomodados caballeros de Nueva Inglaterra que encabezaron el movimiento abolicionista actuaban por propio interés, como tampoco lo hacían los blancos que se sumaron a los activistas negros del CORE y

el SNCC en el Sur, o los intelectuales que luchaban por los derechos de los intocables en India. Si existe una diferencia, ésta reside en la mayor movilidad de los nuevos activistas y su mayor capacidad para usar sus recursos en beneficio de otros.

Los organizadores no han sido beneficiarios pasivos de estos cambios. No han tardado en sacar partido a los mismos adelantos en las comunicaciones y la recaudación de fondos que emplean grupos políticos y de interés más convencionales —inicialmente a través de la multicopista, después mediante listas de *mailing* directo por ordenador, y más recientemente el fax, la red de correo electrónico y la cámara de video—¹³. Como resultado de éste y otros cambios pueden organizar y coordinar la acción colectiva en grandes extensiones de territorio sin necesidad de estructuras formales de movilización. Aunque hubo precedentes en el siglo XIX, los primeros ejemplos modernos de esta nueva flexibilidad y versatilidad organizativas se remontan a la década de los sesenta cuando «equipos provisionales» de organizadores agrupaban, disolvían y volvían a unir a la gente en torno a cuestiones y campañas concretas, primero en el movimiento por los derechos civiles y después en la Nueva Izquierda.

Otros movimientos sacaron partido de recursos externos como las donaciones de las fundaciones y la generosidad del gobierno para crear organizaciones profesionales del movimiento en torno a cuestiones como la mejora de los barrios, el medio ambiente, la conducción bajo los efectos del alcohol o cuestiones relacionadas con el sexo y los derechos de los gays. Sus actividades iban de los esfuerzos educativos y las presiones parlamentarias a la participación ocasional en protestas, pero se centraban en manifestaciones fijas como el Día de la Tierra y las marchas sobre Washington¹⁴. Al igual que los grupos de interés público a los que cada vez se asemejaban más, se hicieron expertos en el arte de organizar campañas directas por correo y —como los equipos provisionales de activistas del mo-

¹³ Por ejemplo, durante las protestas contra el *apartheid* en Estados Unidos, entre los grupos de estudiantes circuló el «Divestment Disk» —un disco de ordenador con listas de afiliación y las estrategias que se estaban utilizando en diferentes *campus*. Mi agradecimiento a Sarah Soule por esta información.

¹⁴ Las investigaciones realizadas por la escuela de la «movilización de recursos» han sido las que más han contribuido a explicar este tipo de organización profesional. Véanse los ensayos en Zald y McCarthy, *Dynamics of Social Movements*, y los artículos de sus colaboradores recopilados en *Social Movements in an Organizational Society*.

vimiento— crearon una imagen pública sin recurrir a grandes estructuras de movilización.

Las organizaciones del movimiento se nutrieron también de profesionales en el sentido tradicional. Es el caso, por ejemplo, de los científicos y expertos técnicos que prestaban su autoridad y su experiencia a los movimientos ecológico y antibélico. Lo mismo puede decirse del movimiento de las mujeres, que dependía cada vez más de los servicios de las abogadas feministas, que otorgaban un marco legal a buena parte de las actividades del movimiento (Mansbridge, 1986). La tendencia a la profesionalización ha afectado también a movimientos más controvertidos, como el de los derechos de los homosexuales. Como escribe John d'Emilio: «El movimiento gay, especialmente en su sector masculino, ha reducido cada vez más sus objetivos en torno a los tribunales y los esfuerzos por presionar al poder legislativo» (p. 192). Pero la profesionalización no es sólo una herramienta de los principales «movimientos por consenso» (McCarthy y Paul, 1992).

Campañas y coaliciones

Si las nuevas organizaciones del movimiento, más livianas y «externalizadas», tienen un punto débil, es la carencia de un cuadro permanente de activistas de base. En parte por esta razón cultivan relaciones con otros grupos de ideas similares, intentando compensar la debilidad de su base con la concentración de sus seguidores en lugares y momentos estratégicos. Tales grupos rara vez organizan grandes manifestaciones por sí mismos, sino en coaliciones, que se forman de cuando en cuando en torno a cuestiones puntuales. Las coaliciones contra la guerra de finales de los sesenta, los movimientos en favor del derecho al aborto y el movimiento por la paz de los ochenta desarrollaron esta técnica de colaboración hasta niveles muy elevados y en ocasiones formaron organizaciones casi permanentes a nivel de dirección con el fin de coordinar sus esfuerzos.

Para compensar su debilidad, el movimiento por la paz norteamericano perfeccionó la técnica de organizar actividades en campañas coordinadas incluso antes de los sesenta (Kleidman 1992). Durante los años treinta, el periodo de la postguerra y la década de los sesenta, los activistas por la paz experimentaron con diferentes

formas y grados de cooperación. Al llegar los años setenta, escribe Tom Rochon, tanto en Europa como en Estados Unidos «muchas de ellas eran federaciones de organizaciones existentes, aglutinadas para aprovechar las nuevas posibilidades de movilización» (p. 79)¹⁵. Tan común se ha vuelto la práctica de las campañas conjuntas organizadas por coaliciones que Jürgen Gerhards y Dieter Rucht han acuñado una nueva palabra para describirla: «mesomovilización» (1992).

Gerhards y Rucht describen dos campañas de movilización en Berlín a finales de los ochenta en las que tales alianzas desempeñaron un papel crucial. Una fue una convocatoria para protestar por la visita de Ronald Reagan a la ciudad en 1987; la otra fue una campaña en contra del FMI en 1988. En ambas un gran número de grupos de apoyo —140 en la campaña anti-Reagan y 133 contra el FMI— llevaron a cabo gran cantidad de acciones semicoordinadas, pero organizadas autónomamente. Los comités formados para coordinar ambas campañas se disolvieron una vez finalizadas éstas. Cuando en 1991-1992 comenzaron los ataques contra los emigrantes, se empleó la misma técnica de constituir un comité coordinador provisional entre muchas organizaciones dispares.

En contraste con las organizaciones de sus predecesores socialdemócratas, más incluyentes, estas campañas de Berlín poseían una flexibilidad organizativa que dejaba espacio libre para el pluralismo ideológico, social y político. Convocaron toda una variedad de actividades, dando a cada grupo la oportunidad de hacer hincapié en sus intereses particulares y de no sentirse perdidos en la multitud. A diferencia de las organizaciones centralizadas del movimiento social en el pasado, poseían una flexibilidad organizativa y una pluralidad

¹⁵ Por ejemplo, el Dutch Committee Against Cruise Missiles aglutinó al menos a diez grandes organizaciones pacifistas, además de a las mayores federaciones de sindicatos y los principales partidos de izquierdas en una serie de manifestaciones pacifistas a nivel nacional. Véase Rochon, *Mobilizing for Peace*, pp. 79-80, y Schennink, «From Peace Week to Peace Work». En Francia, veinticuatro grandes organizaciones pacifistas se unieron en 1981 para formar el Comité por el Desarme Nuclear, según *Mobilizing for Peace*, de Rochon, p. 79. En Estados Unidos, cada ola de protestas por la paz conducía a coaliciones y campañas conjuntas. El análisis de Robert Kleidman de tres campañas pacifistas norteamericanas muestra que «cuando las OMS formales controlaban de cerca las campañas, el activismo tendía a ser menos de base y más efímero que cuando permitían que las campañas desarrollaran organizaciones independientes». Véanse «Organizations and Coalitions in the Cycles of the American Peace Movement» y *Organizing for Peace: Neutrality, the Test-Ban and the Freeze*.

ideológica que probablemente incrementarían la tasa global de activismo. No obstante, una vez finalizada la campaña, no quedó ninguna organización capaz de ejercer presión sobre los legisladores o de proteger a los inmigrantes de las agresiones.

Innovaciones en la base

Si la extensión de la afluencia y las comunicaciones de masas ha suministrado nuevos recursos a la dirección de las organizaciones, también ha privado a los movimientos de la participación regular en la base con la que podían contar los movimientos de antes de la guerra a través de las ramas del partido y los sindicatos locales. La gente que ve la televisión por la noche y sale de viaje los fines de semana está menos interesada en asistir a mítines y acudir a manifestaciones dominicales que sus padres durante los años treinta y cuarenta (Allardt, 1962). Si bien ciertos movimientos, como los de los comunistas franceses e italianos, intentaron mantener estas estructuras hasta bien entrada la década de los ochenta, la participación fue haciéndose cada vez más indiferente y no tardó en resultar más oneroso mantenerla que abandonarla (Hellman, 1988).

Los movimientos contemporáneos se nutren de otras estructuras de movilización —no creadas primariamente para la acción colectiva— para reclutar seguidores y ganar aliados sin necesidad de crear organizaciones permanentes. La disciplina y uniformidad del modelo socialdemócrata son sustituidas, como incentivos para la participación, por la autonomía y la democracia en la base. La estrategia de sacar partido a las estructuras de solidaridad ya existentes puede debilitar los lazos entre el centro y la base, pero, cuando tiene éxito, la heterogeneidad e interdependencia resultantes producen movimientos más dinámicos que la homogeneidad y disciplina que eran el objetivo en el viejo modelo socialdemócrata.

Algunas de las estructuras de movilización en cuyo seno reclutan los movimientos a sus seguidores resultan sorprendentes. Buena parte de la teoría del movimiento social lo concibe como si siempre se desarrollara a través de la «ruptura» con las instituciones (Melucci, 1980; Touraine, 1988). Pero Mayer Zald y Michael Berger han demostrado que los movimientos emergen a menudo *dentro* de instituciones, empleándolas para establecer contactos entre redes de disi-

dentes y utilizando la ideología de las mismas, interpretada literalmente, contra sus propios portadores oficiales (1978). De hecho, dada la escasez de recursos de los nuevos movimientos, disponer de una posición en el seno de una institución «huésped» les ofrece oportunidades para la comunicación y la movilización de consenso de las que, en caso contrario, carecerían (Katzenstein, 1990; Tarrow, 1988).

Con su estructura centralizada y su dogma oficial, la Iglesia católica viene cobijando desde hace largo tiempo a movimientos heterodoxos emergentes. Más recientemente, se ha desarrollado una insurgencia similar en el seno del sector históricamente más pasivo de la Iglesia estadounidense: sus órdenes monásticas femeninas¹⁶. En Oriente Medio, las estructuras flexibles del Islam han permitido el florecimiento del fundamentalismo. En Irán, Argelia y, más recientemente, en Sudán y Egipto, el clero radical induce a jóvenes sin empleo a niveles de militancia desconocidos en Occidente desde los años treinta. Cuando la policía les persigue, buscan refugio en las mezquitas.

Los movimientos de los sistemas democráticos son más propensos a reclutar activistas a través de organizaciones amigas —lo que los sociólogos Fernández y McAdam llaman el uso de «campos multiorganizativos»¹⁷. Ya sea mediante la captación en bloque o individual, los movimientos emplean los buenos oficios, las publicaciones e incluso los recintos de asociaciones con las que tienen afinidades para reclutar seguidores y dar a conocer las campañas. Por ejemplo, buena parte del reclutamiento en el movimiento pacifista europeo se

¹⁶ Mayer Zald y Michael Berger muestran la importancia de la rebelión intraorganizativa en el nacimiento de nuevos movimientos en «Social Movements in Organizations». Sobre las comunidades de base en América Latina, véase Daniel H. Levine, «Popular Groups, Popular Culture, and Popular Religion», pp. 721-726. Para Italia, véase Tarrow, «Old Movements in New Cycles of Protest: The Career of an Italian Religious Community». Sobre el papel de las monjas en la Iglesia católica americana, véase Mary F. Katzenstein, «Feminism Within American Institutions: Unobtrusive Mobilization in the 1980s».

¹⁷ Fernández y McAdam escriben que en esos casos los individuos son atraídos al movimiento «en virtud de su participación en organizaciones que actúan como la red asociativa de la que emerge un nuevo movimiento». Véase su «Multiorganizational Fields», p. 317. En un reciente reanálisis de estos datos, McAdam y Paulsen concluyen: «Lo que tiende especialmente a fomentar la participación es una poderosa identificación subjetiva con una identidad concreta, reforzada por vínculos organizativos o individuales.» Véase su «Specifying the Relationship Between Social Ties and Activism».

produjo a través de organizaciones religiosas, sindicales y de partido amigos¹⁸. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los participantes en la campaña Mississippi Freedom Summer. Fernández y McAdam descubrieron que era más probable que los participantes en el Freedom Summer hubieran participado activamente en su «campo multiorganizativo» que la gente que se apuntó inicialmente al proyecto y después se retiró (p. 377).

La captación de seguidores a partir de organizaciones existentes difícilmente podría considerarse un fenómeno nuevo. Como hemos visto, muchos de los participantes en la insurrección francesa de 1851 fueron reclutados en las *chambrées* y sociedades afines de sus aldeas (Agulhon, 1982). Una gran proporción de las mujeres norteamericanas presentes en los albores del movimiento feminista procedía de iglesias y asociaciones de voluntarias (Rosenthal et al., 1985). Lo que resulta inusual en los movimientos contemporáneos es la densidad de la matriz organizativa de la cual pueden reclutar gente. Ahora que existen más organizaciones disponibles como reservas para el reclutamiento, quizá nos hallemos en los albores de una sociedad del movimiento.

Espacios libres y lugares permanentes

La democracia interna es una preocupación recurrente de la cultura política de las organizaciones del movimiento (Rosenthal y Schwartz, 1990). Elaborando sus ideas a partir de movimientos que van desde los Knights of Labor del siglo XIX hasta el movimiento por los derechos civiles y el de las mujeres de los sesenta, Sara Evans y Harry Boyle sostienen que los movimientos democráticos que tienen éxito albergan «entornos en los que la gente puede adquirir un nuevo respeto por sí misma, una identidad de grupo más firme, habilidades para manejarse en público y valores de cooperación y virtud cívicos» (1992: 17-18). Si la socialdemocracia europea resolvía el problema de la coordinación encuadrando a la clase obrera en organizaciones permanentes, y los anarquistas intentaban provocar la

¹⁸ Ben Schennink, en su «From Peace Week to Peace Work», pp. 259 y ss., detalla cómo el Consejo Interdenominacional Holandés (IKV) se sirvió de una red de organizaciones religiosas y políticas para reclutar seguidores y obtener apoyo financiero.

revuelta de las masas organizando espectaculares ataques contra la autoridad, la fuerza de los movimientos basados en comunidades es que implican a la gente en la toma democrática de decisiones en la base.

Los teóricos de los «nuevos» movimientos sociales de los años setenta y ochenta intentaron ligarlos a cuestiones tecnológicas y al Estado del bienestar keynesiano que se desarrolló en las democracias capitalistas europeas de la postguerra. Pero mucho antes de que existiera un Estado de bienestar, los «nuevos» movimientos ya se basaban en formas similares de construcción de la identidad «cara a cara», como escribe el sociólogo Craig Calhoun (1993). En el movimiento obrero de comienzos del siglo XIX, las comunidades religiosas y los movimientos feministas, las redes sociales primarias tenían procesos internos tan participativos como la vida interna de los nuevos movimientos sociales de hoy en día (d'Anieri, Ernst y Kier, 1990). Y en los movimientos del Tercer Mundo, como el de los maestros mexicanos estudiado por Maria Cook (1990), la gran participación de los miembros contribuyó a defender al movimiento de la represión.

Lo que tienen de «nuevo» los «espacios libres» de los movimientos contemporáneos es que los organizadores han comprendido el poder del contacto directo y han intentado crear técnicas para imbricarlos en movimientos más amplios, ~~sin~~ encapsularlos en jerarquías rígidas. La fase de «concienciación» del movimiento de las mujeres es un ejemplo de tales técnicas deliberadas (Evans, 1980); el estilo participativo de muchos grupos pacifistas y ecologistas es otro (Rochon: 83). Como observan los sociólogos Naomi Rosenthal y Michael Schwartz: «Los grupos primarios del movimiento constituyen el sector de crecimiento de los movimientos sociales» (p. 54).

En Berlín y Amsterdam, Berkeley y Ann Arbor, las redes de activistas en potencia florecen en el seno de una contracultura sin cohesión, aportando una base de reclutamiento —aunque también obstáculos a la incorporación permanente— para campañas intermitentes de movimiento. El problema es que —como muestra el rápido declive del movimiento pacifista de los ochenta— los organizadores no han estado muy afortunados a la hora de transformar tales «espacios libres» en plazas permanentes; es decir, a la hora de mantener la actividad del movimiento. Entre el pequeño número de cuadros pro-

fesionalizados de la dirección de estos movimientos y sus heterogéneas fuentes de movilización en la base, el problema de la vinculación centro-periferia requiere una solución permanente que choca con la cultura política de base de muchos de estos movimientos.

Vinculación de la dirección con la base

Los socialdemócratas europeos vincularon la dirección con la base a través de una jerarquía formal de ramas, comités y organizaciones. Los anarquistas respondieron negando la distinción entre dirección y base, privándose en última instancia de ésta. Los nuevos movimientos de nuestros días vinculan el vértice con la base a través de toda una variedad tanto de mecanismos formales como de conexiones informales que se nutren de los lazos sociales de la gente, sus hábitos de trabajo y vida, y de su entusiasmo por planificar y llevar a cabo acciones colectivas.

Algunas de estas conexiones son resultado de los nuevos recursos y capacidades descritos más arriba. Cuando un movimiento puede dar a conocer su programa y sus actividades a través de los medios de comunicación, en alguna medida externaliza los costes de la acción colectiva. Pero la otra cara de la moneda también existe, ya que los medios tienen una lógica que sólo ocasionalmente coincide con los objetivos del movimiento. La dependencia de los movimientos profesionales de las contribuciones financieras de suscriptores adinerados tiene también un coste, especialmente a la hora de enfrentarse a oponentes que tienen el nivel de compromiso y el tiempo libre necesarios para salir a la calle (McCarthy, 1987).

Los organizadores de los movimientos han descubierto que la vinculación del vértice con la base no requiere las vastas redes burocráticas del viejo modelo socialdemócrata. Pero sí exige vínculos más holgados para mantener el contacto con los seguidores y movilizarlos cuando se organizan campañas de acción colectiva. Por plantearlo más analíticamente, las organizaciones han de desempeñar la función de coordinación necesaria para una acción colectiva eficaz, manteniendo a la vez la autonomía necesaria en la base para ofrecer incentivos participativos a sus seguidores. Para ser eficaz, un movimiento no necesita tanto crear una organización permanente como asegurarse el contacto con redes sociales autónomas a través de lo

que podríamos llamar, con Thomas Ohlemacher, un juego de «relés sociales»¹⁹.

Dos antropólogos, Luther Gerlach y Virginia Hine, identificaron estos lazos centro-periferia en los movimientos que estudiaron en Estados Unidos durante la década de los sesenta (1970). Ni el movimiento pentecostalista ni el del Poder Negro fueron erupciones espontáneas de acción colectiva ni burocracias centralizadas, sino, como afirman Gerlach y Hine, «manifestaciones descentralizadas, segmentadas y reticuladas»²⁰. Y continúan: «Estas características son altamente adaptativas en el sentido de que promueven el crecimiento del movimiento, impiden su represión efectiva y promueven los cambios personales y sociales deseados» (pp. 64-65).

Los movimientos nacionales institucionalizan ocasionalmente este modelo descentralizado de relaciones centro-periferia otorgando «franquicias» a afiliados locales (McCarthy y Wolfson, 1993: 4-6). Tales franquicias organizativas permiten que una pequeña organización paraguas de ámbito nacional coordine las actividades de una amplia base sin invertir recursos escasos en internalizarla. Un caso especialmente espectacular fue el del Comité por el Desarme Nuclear (CND) en Gran Bretaña en los años ochenta. Tras casi dos décadas de vivir en los márgenes de la política británica, el CND contaba con pocos miembros y con una organización nacional esquemática (McGuire, 1990). Con todo, fue capaz de capitalizar rápidamente el creciente sentimiento antibélico en Gran Bretaña, formando

¹⁹ Thomas Ohlemacher resume las características definitorias de los relés sociales en su «Social Relays» en cuatro puntos: «En primer lugar, conectan redes previamente desconectadas, actuando como intermediarios o transmisores de contactos entre extraños o grupos de extraños. En segundo lugar, forman el entorno inmediato, el trasfondo organizativo, o la base institucional de varias redes de contacto directo. En tercer lugar, algunas de las redes de este entorno generan nuevas redes, 'cargando' los contactos preexistentes de un modo nuevo. En cuarto lugar, los relés sociales extienden la movilización a redes exteriores a ellos» (p. 7).

²⁰ Al hablar de descentralización, Gerlach y Hine se refieren a la ausencia de un liderazgo único y del concepto de afiliación con carné. Véase *People, Power and Change*, pp. 34 y ss. Al hablar de segmentación se refieren a que el movimiento «está compuesto por una gran variedad de grupos o células localizados que son esencialmente independientes, pero que pueden combinarse para formar configuraciones de mayor tamaño o dividirse en unidades menores» (p. 41). Y al hablar de reticulación, se refieren a una estructura reticular «en la que las células o nodos están vinculadas entre sí, no a través de un punto central, sino más bien de juegos entrecruzados de relaciones personales y otros vínculos intergrupales» (p. 55).

una alianza informal de grupos locales y grupos con objetivos especiales que no recibían órdenes desde arriba. Mientras perduró el ciclo de protestas por la paz, el CND nacional sólo tenía que informar a sus ramas y grupos afiliados de la inminencia de una campaña para generar una acción colectiva.

La tiranía de la descentralización

Pero semejantes estructuras tienen los defectos propios de sus virtudes. Si bien fomentan la autonomía de base y dejan a los activistas espacios libres para la democracia y la participación, permiten —y de hecho favorecen— la falta de coordinación y la discontinuidad. Por ejemplo, si bien es cierto que las mujeres del campamento por la paz de Greenham Common mantuvieron a raya al ejército británico durante meses, su devoción a la democracia interna las llevó a enconadas disputas sobre si debían o no permitir que sus camaradas masculinos pasaran allí la noche (Rochon: 82). De modo similar, en los grupos de mujeres que estudió Judith Hellman en Italia, el personalismo se convirtió en una especie de «tiranía» que hacía imposibles las decisiones formales y, ocasionalmente, provocaba que las no iniciadas se sintieran excluidas (pp. 195-196).

Lo máximo a lo que pueden aspirar a largo plazo los organizadores es a construir o utilizar vínculos informales entre redes de activistas que comparten lazos de solidaridad y son interdependientes. Tales redes son especialmente naturales cuando surgen de vínculos ocupacionales, vecinales o familiares. A veces se crean redes sociales en el transcurso de la acción colectiva. Pero duran más tiempo y es más probable que produzcan un movimiento social viable cuando están arraigadas en lazos sociales preexistentes, en hábitos de colaboración y en el deseo de planificar y llevar a cabo una acción colectiva que derivan de una vida en común.

Conclusión

No existe un modelo único de organización del movimiento. Como sostienen Marwell y Oliver, la heterogeneidad y la interde-

pendencia son mejores acicates para la acción colectiva que la homogeneidad y la disciplina (1993). El encapsulamiento de la clase obrera europea en partidos y sindicatos de masas fue una solución a largo plazo que dejó a las masas desprevenidas para la acción colectiva cuando la crisis se abatió sobre ellas. El contramodelo anarquista fue un arma organizativa a corto plazo que aisló a sus defensores de las supuestas bases de masas. Los modelos contemporáneos —agrupaciones provisionales, grupos profesionales del movimiento, organizaciones descentralizadas y espacios libres— son combinaciones y variaciones sobre estas experiencias. Lo que subyace a los de mayor éxito, desde la insurrección de 1851 al movimiento pacifista de los ochenta, es la movilización de solidaridades preexistentes a través de redes de movimientos autónomos que estimulan la participación de un público más amplio en la acción colectiva.

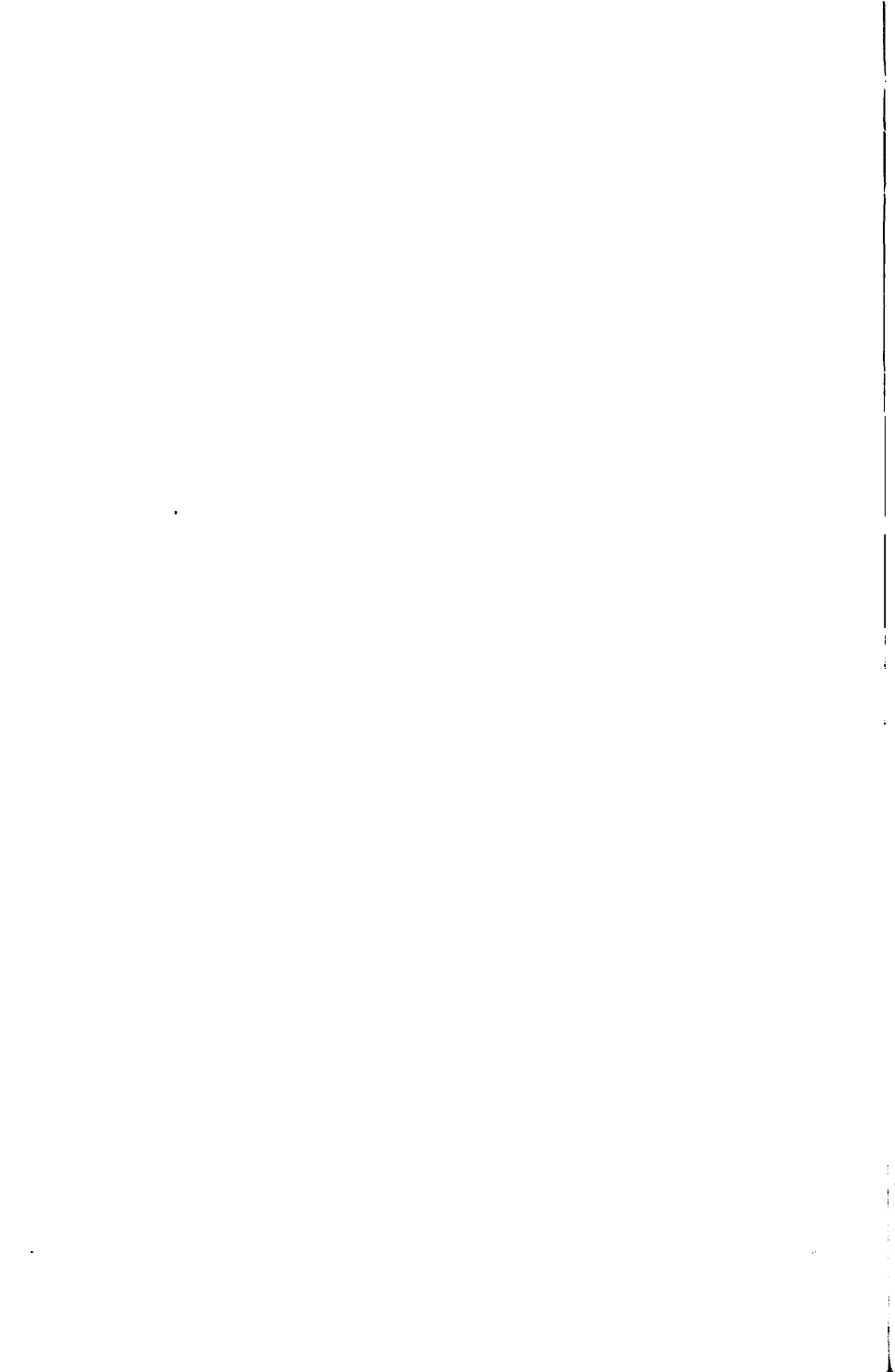
Tales movimientos no pueden formarse artificialmente, ni mantenerse dispuestos permanentemente. El dilema de las organizaciones del movimiento es que cuando internalizan su base de manera permanente pierden su capacidad de disrupción, pero cuando se mueven en la dirección opuesta, no consiguen mantener una interacción continuada con sus aliados, las autoridades y sus seguidores potenciales. La «solución» no es en absoluto un recurso o una estructura internos, sino la aparición de oportunidades políticas, lo que suele estar fuera del control de los organizadores.

La acción colectiva puede producirse bajo toda una serie de circunstancias y en la sociedad moderna se dan continuamente movimientos aislados. No obstante, el gran poder del movimiento surge cuando las oportunidades se amplían, las elites están divididas y se producen realineamientos. En tales ocasiones, hasta los movimientos poco organizados pueden aprovechar las oportunidades generalizadas. Los organizadores imaginan a menudo que tienen el poder de crear movimientos sociales, pero el frecuente desmoronamiento de movimientos que *parecían* bien organizados y brillantemente liderados sugiere que las fuentes del poder de los movimientos, así como sus límites, son resultado de oportunidades políticas. Tanto la aparición como los cambios en las oportunidades se ponen de manifiesto con especial claridad en los ciclos de protesta, recurrentes en la historia moderna, que examinaremos en el siguiente capítulo.

Parte III

LA DINÁMICA DEL MOVIMIENTO





Capítulo 9

CICLOS DE PROTESTA

Los poderes de los movimientos sociales son una combinación de recursos internos y externos. Que los organizadores del movimiento consigan movilizar a la base no depende de la organización formal, sino de las redes sociales en las que se encuentran los seguidores y de las estructuras de movilización que las vinculan. Si los líderes enmarcan la acción colectiva con sus exigencias e ideologías, sus propuestas quedan entretejidas en una matriz cultural y, en las sociedades modernas, se apoyan en los medios de comunicación de masas para transmitirlos a aliados y enemigos. La mayoría de las innovaciones introducidas en las formas de acción colectiva que utilizan los movimientos son cambios marginales en el repertorio convencional que emplean para llegar a un público más amplio. Por último, son las oportunidades políticas creadas por los estados modernos y las oportunidades cambiantes en su entorno las que dan a un movimiento los incentivos para promover y difundir la acción colectiva a movimientos más amplios. Este capítulo está dedicado al examen de dichos movimientos y de los ciclos de protesta en los que surgen.

Cuando empleo el término «ciclo de protesta», me refiero a una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos

o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución.

Cuando recurrimos a las investigaciones de los politólogos sobre los flujos de acción colectiva, encontramos una curiosa paradoja. Aun reconociendo su importancia para los movimientos sociales, tienden a prestar atención a los individuos, los movimientos y especialmente las organizaciones del movimiento social. Incluso los estudiosos de la revolución han ignorado a menudo la relación entre ciclos y situaciones revolucionarias, como ha señalado Tilly en su reciente *European Revolutions* (1933b: 13-14). Si los ciclos de protesta son puntos de inflexión para el cambio social y político tan importantes como yo sostengo, ¿por qué disponemos de tan pocos trabajos sobre tales periodos?

Una razón es que las organizaciones del movimiento son más fáciles de fijar en el tiempo y el espacio que los ciclos de protesta más amplios, y resultan más accesibles para los investigadores. Los ciclos de protesta, por contraste, a menudo comienzan en el seno de las instituciones, se extienden a confrontaciones entre gente corriente y sitúan al investigador ante algunos de los aspectos menos edificantes de la acción colectiva: la turba, el tumulto y la insurrección armada. Cuando acaban en represión y decepción, como las revoluciones de 1848, su análisis constituye una lectura deprimente para los simpatizantes del movimiento.

Una segunda razón para pasar por alto los ciclos es que no ocupan un espacio claramente demarcado respecto a la política institucional. Los estudiosos de la «conducta colectiva», por ejemplo, distinguen ésta de la conducta dentro de las instituciones. Sin embargo, una breve reflexión acerca de los sucesos de 1848 y otros ciclos muestra que las insurrecciones comienzan a menudo en el seno de instituciones, y que incluso los movimientos organizados se implican rápidamente en el proceso político, en el que interaccionan con grupos de interés, sindicatos, partidos y las fuerzas del orden. Para abarcar los ciclos, es necesario vincular los movimientos sociales con las luchas por el poder, tanto en las instituciones como fuera de ellas. Esto requiere que adoptemos un grado de sincretismo metodológico contrario al espíritu de división del trabajo imperante en la ciencia social contemporánea.

✕ La idea de que sistemas enteros experimentan cambios cíclicos está presente en tres grandes grupos de estudiosos: los teóricos de la cultura que ven los cambios en ésta como fuente del cambio político y social (Brand, 1990; Swidler, 1986); los historiadores políticos y económicos, que buscan ciclos regulares de cambio político o económico (Schlesinger, 1986; Hirschman, 1982); y los teóricos sociales que interpretan los cambios en la acción colectiva como resultado de los cambios en el Estado y el capitalismo (Tilly, 1984: cap. 1).

La primera escuela pone el énfasis en la naturaleza global de los ciclos, la segunda en su regularidad y la tercera en que derivan de configuraciones de cambio estructural. Las tres pueden resultar útiles, pero todas ellas se basan en relaciones macropolíticas y macrosociales *entre* los ciclos; ninguna examina la estructura del ciclo en sí misma. Lo más importante acerca de esta estructura es la ampliación de las oportunidades políticas por parte de los «madrugadores» del ciclo; las externalidades que reducen los costes sociales transaccionales de la confrontación, incluso para los actores débiles; el alto grado de interdependencia entre los actores del ciclo; y el cierre de las oportunidades políticas al finalizar éste.

Las organizaciones y las autoridades, los movimientos y los grupos de interés, los miembros del sistema político y los disidentes interaccionan, experimentan la confrontación y cooperan en tales periodos, y la dinámica del ciclo es el resultado de su interacción. «Las acciones —como escribe Pam Oliver— pueden afectar a la probabilidad de que se produzcan otras acciones creando ocasiones para las mismas, alterando las condiciones materiales, cambiando la organización social de un grupo, modificando las creencias o aportando nuevos conocimientos» (1989: 2). Estas acciones crean incertidumbre e invalidan los cálculos sobre los que se basan los compromisos y alianzas existentes, llevando a los partidarios del régimen a recoger velas y a los oponentes a realizar nuevos cálculos de intereses y alianzas. El resultado de interacciones tan multilaterales depende menos del equilibrio del poder y los recursos de dos antagonistas dados que de la naturaleza generalizada y multipolar de la confrontación. Por esto, como veremos, aunque los comienzos de los ciclos de protesta sean similares, sus conclusiones son mucho más dispares.

A continuación bosquejaré los principales elementos de un ciclo de protesta para entender mejor cómo se desarrollan y finalizan los

ciclos. El concepto clave es la apertura, difusión y cierre de las oportunidades políticas. Después trazaré las principales líneas del primer gran ciclo internacional de protesta —la Revolución de 1848— antes de comparar tres ciclos de la historia reciente, la década de 1930, la de los sesenta y los movimientos de liberación en Europa del Este a lo largo de los últimos diez años.

Oportunidades y ciclos

La generalización del conflicto en un ciclo de protesta se produce cuando se abren oportunidades políticas para «madrugadores» bien situados, cuando éstos plantean exigencias que encuentran eco en las de otros, y cuando éstas dan lugar a coaliciones objetivas o explícitas entre actores dispares y crean o refuerzan la inestabilidad en la elite. Las exigencias que aparecen inicialmente en un ciclo cumplen dos funciones: en primer lugar, demuestran la vulnerabilidad de las autoridades a tales demandas, lo que indica a otros disidentes que puede haber llegado el momento de plantear sus propias reivindicaciones; y, en segundo lugar, «cuestionan inevitablemente los intereses de otros grupos, bien porque los beneficios que reciba un grupo reduzcan los que queden disponibles para otro, o porque las exigencias ataquen directamente a los intereses de un grupo establecido» (Tilly, 1993b: 13).

Aunque los ciclos no tienen una frecuencia uniforme ni se extienden por igual a poblaciones enteras, existe una serie de rasgos que caracterizan tales periodos en la historia reciente¹. Éstos incluyen la intensificación del conflicto, una difusión sectorial y geográfica amplia, la expansión del repertorio de confrontación, la aparición de nuevas organizaciones del movimiento y el reforzamiento de otras antiguas, la creación de nuevos «marcos maestros» que vinculan las acciones de grupos dispares entre sí y la intensificación de la interacción entre los disidentes y el Estado.

¹ Lo expuesto a continuación refleja la experiencia de Europa occidental y Estados Unidos desde la década de los sesenta y se desarrolló en el contexto de una investigación sobre Italia, tal vez no un caso típico. La investigación empírica deberá determinar si y cómo esta descripción se asemeja a las olas de acción colectiva en otros sistemas y otros periodos de la historia. Para una comparación con la experiencia de Alemania occidental, véase «The Dynamics of Protest Waves» de Koopmans.

Conflicto y difusión

Los ciclos de protesta se caracterizan por una intensificación de los conflictos: no sólo en las relaciones laborales, sino en las calles; y no sólo en las calles, sino también en las aldeas y las escuelas. En periodos así la magnitud de la acción colectiva conflictiva de diferentes tipos supera apreciablemente el nivel típico, tanto anterior como posterior. Ciertos grupos aparecen regularmente a la cabeza de las oleadas de protesta social (por ejemplo, los mineros, los estudiantes), pero a menudo se les unen, en el clímax del ciclo, grupos no conocidos precisamente por su tendencia a la rebelión (por ejemplo, campesinos, obreros de pequeñas industrias, trabajadores especializados).

Los ciclos de protesta tienen también algunas vías localizables de difusión desde las grandes ciudades a la periferia rural o, como ocurre a menudo, de la periferia al centro. Es frecuente que se extiendan de áreas con industrias pesadas a zonas agrícolas y de industria ligera adyacentes, a lo largo de los valles de los ríos o a través de otras grandes vías de comunicación. Aparecen entre miembros del mismo grupo étnico o nacional cuya identidad es activada por las nuevas oportunidades y amenazas. La incertidumbre creada por las confrontaciones generalizadas aumenta la importancia de los rasgos étnicos o de otras características comunes de reconocimiento, confianza y cooperación (Bunce, 1991).

Lo que resulta más distintivo de estos periodos no es que sociedades enteras «se alcen» en la misma dirección a la vez (rara vez lo hacen) o que determinados grupos de población actúen del mismo modo repetidamente, sino que el efecto expansivo de la acción colectiva de un pequeño grupo de «madrugadores» desencadena una variedad de procesos de difusión, extensión, imitación y reacción entre grupos normalmente aquiescentes.

La difusión queda mal definida si sólo se ve como un contagio de la acción colectiva a grupos similares que plantean las mismas reivindicaciones ante oponentes equivalentes. Una característica clave de los ciclos de protesta es la extensión de la proclividad a la acción colectiva tanto a grupos no relacionados como a los antagonistas. Los primeros responden al efecto expansivo de una acción colectiva que tiene éxito, o al menos no es reprimida, mientras que los segundos producen los contramovimientos, que son una reacción frecuente al inicio de la acción colectiva.

Repertorios y marcos

Los ciclos de protesta son los crisoles en los que se forjan nuevas armas para la protesta: las barricadas de las revoluciones francesas del siglo XIX, los comités de fábrica de 1919-1929; las huelgas de brazos caídos del Frente Popular francés y del *New Deal* americano; las «acciones directas» del periodo 1968-1972 en Italia. En medio de la incertidumbre y experimentación de un ciclo de protesta, la innovación se acelera y las nuevas formas de acción colectiva disponen de espacio para desarrollarse y perfeccionarse.

Por supuesto, no todas las innovaciones que aparecen en la acción colectiva durante estos periodos de confrontación generalizada sobreviven más allá del final del ciclo. Algunas están directamente vinculadas al momento culminante del enfrentamiento, cuando parece que todo es posible y que el mundo se va a transformar (Zolberg, 1972); otras son resultado de los elevadísimos niveles de participación característicos de los ciclos, y no pueden mantenerse cuando el grado de movilización decae. Al disminuir la participación y desvanecerse la utopía en la distancia, empiezan a dominar formas más convencionales, y quienes creyeron en la llegada de un mundo feliz o bien se retiran a la vida privada u optan por actos de violencia cada vez más desesperados. Las formas nuevas de mayor éxito se convierten en parte del futuro repertorio de acción colectiva.

Con una lógica similar, los ciclos de protesta generan símbolos, marcos de significado e ideologías nuevas o transformadas para justificar y dignificar la acción colectiva y ayudar a los movimientos a poner en marcha a sus seguidores. Típicamente surgen entre grupos insurgentes —así es como el concepto tradicional de «derechos civiles» se expandió por Estados Unidos en la década de los sesenta— y después se extienden por el sistema, como cuando el marco americano de los «derechos» se extendió a las mujeres, los gays y las lesbianas, a los nativos norteamericanos y a las campañas por los derechos de los no nacidos, e incluso de los animales, en los años setenta y ochenta. Las oleadas de movilización son los crisoles en cuyo seno nacen, se ponen a prueba y se perfeccionan nuevas estructuras culturales. Éstas pueden incorporarse después a la cultura política en forma más difusa y menos militante, y ser una fuente de símbolos en torno a los cuales movilizarán a sus seguidores los futuros impulsores del movimiento.

Las organizaciones del movimiento

El incremento en la acción colectiva al aproximarse el clímax de un ciclo crea incentivos para la formación de nuevas organizaciones y para que las antiguas radicalicen sus tácticas. Los ciclos de protesta casi nunca están controlados por una sola organización. El punto más alto de la ola lo marca la aparición de acciones colectivas «espontáneas»; pero, en realidad, sus estrategias y resultados son estructurados tanto por las tradiciones organizativas previas como por los nuevos movimientos organizados. Tampoco es cierto que las «viejas» organizaciones cedan necesariamente el paso a las nuevas en el transcurso del ciclo. Muchas de ellas adoptan las tácticas radicales de sus competidores y ajustan su discurso para que refleje una posición pública más amplia y agresiva.

En la medida en que las organizaciones se conviertan en los principales portadores de una oleada de protesta, la confrontación no cesará sólo porque un determinado grupo haya quedado satisfecho, haya sido reprimido o se canse de estar en las calles. Las organizaciones nacidas de la acción colectiva siguen usándola. Una vez formadas, las organizaciones del movimiento compiten por el apoyo de los seguidores a través de la acción colectiva. La espiral de radicalización observada en muchos ciclos de protesta es resultado de esta competencia en busca de apoyo. Un elemento clave en el ocaso de los movimientos son las disputas sobre la táctica, en las que algunos militantes insisten en radicalizar su estrategia mientras otros intentan consolidar sus organizaciones y ofrecer beneficios concretos a sus seguidores.

El aumento de la interacción

Finalmente, durante los periodos en los que se intensifica la confrontación aumenta la frecuencia e intensidad de la interacción entre los grupos de disidentes y las autoridades, y se vuelve multipolar en vez de bipolar. Los conflictos entre las elites llegan a ser profundas divisiones entre grupos sociales. Se desarrollan nuevos centros de poder —por provisionales y efímeros que sean— que convencen a los insurgentes de que el viejo sistema se está hundiendo y dan lugar a nuevas y a veces extrañas alianzas entre rebeldes y defensores del

régimen. Estas coaliciones constituyen en ocasiones la base de nuevos pactos de gobierno. Pero lo más frecuente es que se dividan, al buscar algunas ramas del movimiento un cambio más radical mientras otras intentan institucionalizar sus avances.

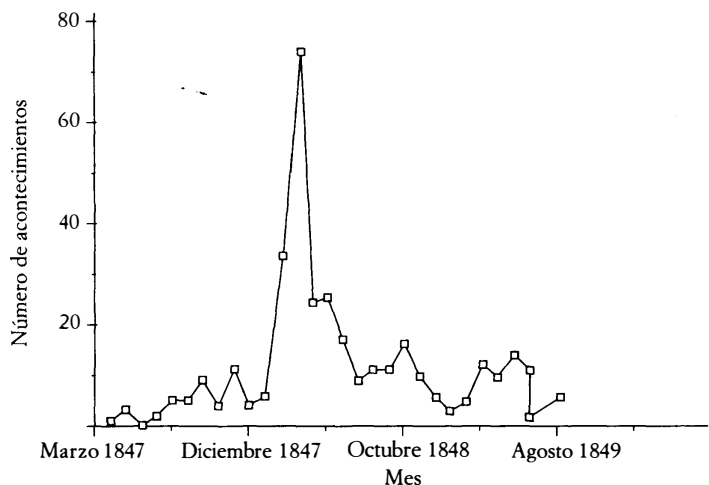
Estas características pueden hallarse en muchos ciclos modernos de protesta, empezando por las revoluciones de 1848. El conflicto produjo grandes hitos de turbulencia, acción colectiva y enfrentamiento político prácticamente en toda Europa. En cada país, la insurgencia de base se vio favorecida por las oportunidades existentes en la cumbre, expandida por los conflictos en el seno de la elite y movilizadora por grupos organizados que aprovechaban estas oportunidades para alterar el orden, desafiar a los oponentes y, en algunos casos, atacar al régimen. Pero, al igual que los ciclos del siglo XX, las revoluciones contenían también elementos de mediación política, reforma y adaptación. A partir de ellos se formaron movimientos posteriores, se crearon nuevos marcos de acción colectiva y se trazaron futuras divisiones políticas.

El primer ciclo moderno

Durante la primavera y el verano de 1848 estallaron rebeliones en toda Europa². En algunas partes del continente, las malas cosechas parecían ser la causa principal de los levantamientos, pero en otras áreas las cosechas no habían dejado de mejorar desde la desastrosa de 1846³. En algunos países, el desencadenante de la agitación fueron las disputas sobre el sufragio, mientras que en otros el sufragio ya se había ampliado y en algunos más sólo llegó a convertirse en un tema a debate tras la revolución. Por último, las divisiones religiosas y étnicas fueron motivo de importantes luchas

² La siguiente sección resume partes del análisis de Soule y Tarrow en «Acting Collectively, 1847-1849: How the Repertoire of Collective Action Changed and Where It Happened», presentado en 1991 a la Annual Conference of the Social Science History Association, New Orleans. Mi agradecimiento a Sarah Soule por su colaboración en el análisis de los datos en los que se basa esta sección y por sus valiosos comentarios sobre un borrador de este capítulo.

³ Para un estudio de las principales «causas de fondo» de las revoluciones en los diversos países europeos, véase Roger Price, *The Revolutions of 1848*, y la excelente bibliografía básica que aporta.



FUENTE: Sarah Soule y Sidney Tarrow, «Acting Collectively, 1847-1849: How the Repertoire of Collective Action Changed and Where it Happened», trabajo presentado ante la conferencia anual de la Social Science History Association, Nueva Orleans, Louisiana. 1991.

FIGURA 9.1. *Los acontecimientos de 1848 por meses, marzo 1847-agosto 1849*

en algunos países, pero en otros no había ningún conflicto comunal aparente⁴.

Aunque surgieron de toda una variedad de fuentes, los levantamientos de comienzos de 1848 impactaron a los observadores como

⁴ En términos generales, las divisiones religiosas eran dominantes en Suiza, las étnicas y nacionalistas en el Imperio de los Habsburgo fuera de Austria y las cuestiones de representación política en Francia y Alemania. Aunque la cuestión nacional acabó dominando el *quarantotto* italiano, éste comenzó con agitaciones en favor de una reforma liberal en Roma y el reino de las Dos Sicilias, y sólo al desplazarse hacia el norte, a las áreas controladas por los Habsburgo, adquirió un carácter nacionalista. En Francia y Alemania, aunque hubo disturbios por la comida en las primeras fases de la conflagración, los ejes principales del conflicto se centraron en las instituciones representativas y los derechos de los trabajadores.

un evento de magnitud continental. Engels invirtió considerables recursos en potenciar insurrecciones en Alemania justo en el momento en que comenzaba la carrera de Bismarck como opositor de la democracia. Mazzini se abrió camino hasta Roma, donde contribuyó a acelerar el fin de la República romana, mientras que Garibaldi regresó de Latinoamérica para fomentar insurrecciones en los estados italianos. Tocqueville vio la revolución como la última oportunidad de que Francia combinara la representación popular con un gobierno limitado (1987: 61 y ss.). En su programa de 1847 para la oposición moderada, había previsto la naturaleza gigantesca de la inminente conflagración. «Se acerca el día en que el país quedará de nuevo dividido entre dos grandes partidos —profetizó—. Pronto se librará la lucha política entre los que tienen y los que no tienen nada; la propiedad será el gran campo de batalla» (pp. 12-13).

A mediados de 1848 los regímenes de todas las grandes naciones europeas se tambaleaban o habían sido derribados. La gente se manifestaba, se reunía, organizaba asambleas y comités, y levantaba barricadas. Los gobernantes o bien corrieron a refugiarse a lugares seguros o introdujeron reformas a toda prisa para prevenir ulteriores rebeliones. La figura 9.1 demuestra el espectacular crecimiento y disminución de conflictos y respuestas, combinando el número de acontecimientos públicos señalados en la cronología de Jacques Godechot para todos los grandes estados europeos sobre los que ofrece información respecto a la acción colectiva en las revoluciones de 1848⁵.

La serie de Godechot comienza en marzo de 1847, cuando se produjeron los principales acontecimientos, y se prolonga a lo largo de treinta meses hasta finales de agosto de 1849. Incluye un esbozo detallado de acontecimientos de importancia nacional en Austria-Hungría, Bélgica, Gran Bretaña, Francia, los estados alemanes e italianos, los Países Bajos, Polonia, España y Suiza. Algunos de estos acontecimientos fueron conflictivos y violentos, otros fueron actos electorales y legislativos rutinarios, otros fueron obra de las autoridades públicas y otros fruto de la intervención de potencias extran-

⁵ Del rico compendio de Jacques Godechot, *Les Révolutions de 1848*. Godechot no ofrece información alguna sobre Escandinavia (excepto sobre la breve guerra entre Dinamarca y Prusia por Schleswig-Holstein), Grecia, Portugal y las partes europeas del Imperio Otomano. Para un análisis más detallado de sus datos y algunos de los problemas que presentan, véase Soule y Tarrow, «Acting Collectively».

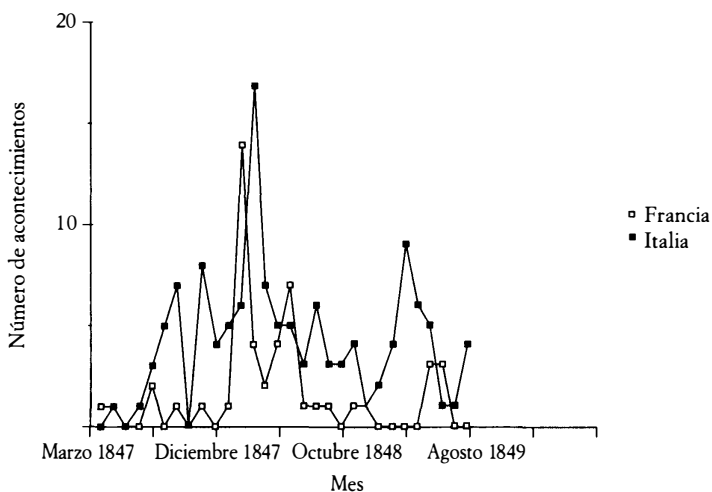
teras. Su cronología nos permite registrar sólo el *número* de eventos, no su duración o el número de participantes, pero nos ofrece una imagen gráfica de la rápida expansión de la confrontación y de las respuestas políticas y militares en toda Europa durante las revoluciones de 1848, y nos ayudará a plantear la dinámica de los ciclos de protesta.

Un movimiento transnacional

Al presentar la suma de estos acontecimientos, ocurridos en toda Europa, la figura 9.1 oculta la naturaleza transnacional de las revoluciones de 1848. Aquí me centraré sólo en cuatro grandes unidades continentales: Italia, Francia, Alemania y las regiones del Imperio de los Habsburgo. La serie temporal de los acontecimientos extraída de la cronología de Godechot se representa en la figura 9.2 para Italia y Francia, y para Alemania y Austria en la figura 9.3.

Los datos nacionales registrados en las figuras 9.2 y 9.3 muestran un ascenso irregular de las confrontaciones en la mayoría de los países antes de 1848 —con la excepción de Italia—, una explosión casi simultánea de conflictos en la primavera de 1848 y una variedad de pautas nacionales para el periodo restante. Esta pauta de comienzos similares y finales diferentes del ciclo obedeció en buena medida a la incidencia de la intervención extranjera al final del periodo. No obstante, seguirá siendo una característica destacada en los ciclos del siglo XX, que abordaremos más adelante en este mismo capítulo.

Aunque el movimiento más estudiado ha sido el francés, los acontecimientos de febrero de 1848 en París fueron presagiados en tres áreas menos centrales: Suiza, Bélgica e Italia. No era la primera vez en la historia que una revolución que atacaba el núcleo del sistema de poder europeo comenzaba en su periferia. En Suiza, las divisiones entre católicos, liberales y radicales daba a los cantones protestantes, más liberales, márgenes inusuales de maniobra contra sus antagonistas católicos. Sus éxitos militares de noviembre de 1847, el apoyo del que disfrutaban por parte de los británicos y la incapacidad de los austríacos para intervenir favoreció a los partidarios del cambio en toda Europa. Un historiador tan indudablemente francés como Halèvy afirmaría más adelante que «la revolución de 1848 no



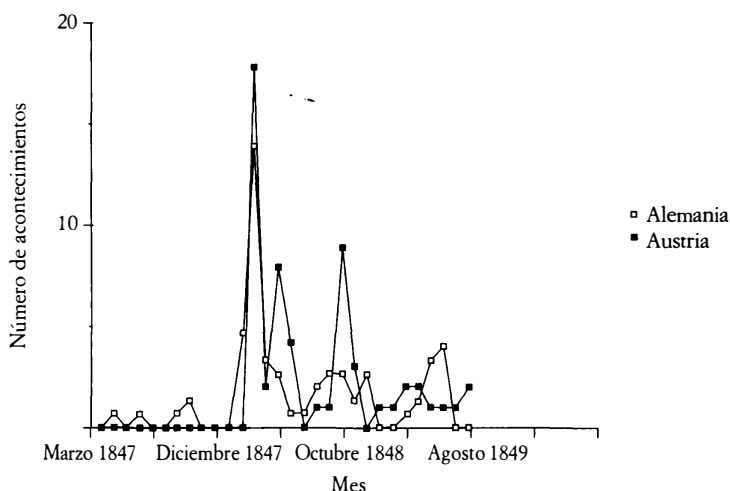
FUENTE: Sarah Soule y Sidney Tarrow, «Acting Collectively, 1847-1849: How the Repertoire of Collective Action Changed and Where it Happened», trabajo presentado ante la conferencia anual de la Social Science History Association, Nueva Orleans, Louisiana. 1991.

FIGURA 9.2. *Los acontecimientos de 1848 por meses, 1847-1849; Francia e Italia*

nació en las barricadas parisienses, sino en la guerra civil suiza» (Sigmann: 193).

Los acontecimientos de Bruselas —recientemente unida a París por ferrocarril— fueron otra fuente de incentivos para la oposición francesa. Si el rey de los belgas podía nombrar un gobierno liberal, los parlamentarios liberales franceses se sentían emplazados a presionar al gobierno francés en favor de la ampliación del limitado sufragio en Francia. Aunque una llamada «legión belga» realizó un fútil intento de penetrar en Bélgica en marzo, esta vez fue Bélgica la que influyó en Francia, y no al contrario⁶.

⁶ Basado en un manuscrito inédito que amablemente me facilitó Aristide Zolberg y que se publicó en forma abreviada como «Belgium», en Raymond Grew, ed., *Crises of Political Development*.



FUENTE: Sarah Soule y Sidney Tarrow, «Acting Collectively, 1847-1849: How the Repertoire of Collective Action Changed and Where it Happened», trabajo presentado ante la conferencia anual de la Social Science History Association, Nueva Orleans, Louisiana. 1991.

FIGURA 9.3. *Los acontecimientos de 1848 por meses, 1847-1849; Alemania y Austria*

Los sucesos de 1847 en Italia fueron aún más notables, dado que comenzaron en una Roma sumida en la oscuridad, donde acababa de ser elegido un papa aparentemente liberal, y alcanzaron su clímax en Sicilia, gobernada desde Nápoles por una dinastía borbónica que era todo menos liberal. De abril a julio de 1847, el papa Pío concedió reformas a los Estados papales, desencadenando la agitación tanto en Roma como en las ciudades del valle del Po, lo que llevó a los alarmados austríacos a ocupar Ferrara. Esto vino seguido, en el reino del sur, por una insurrección en Messina, tumultos en Nápoles y la concesión de un gabinete liberal en el sur por parte del asus-

tado rey Fernando⁷. Incluso en los atrasados reductos campesinos de Puglia y Calabria se formaron «clubes» y «círculos» siguiendo la pauta francesa (Soldani, 1973).

Las comunicaciones funcionaban en ambas direcciones. Al correrse hacia el norte la voz sobre la agitación en Roma y Messina, se habló ampliamente de ella en Milán y Venecia y fue cubierta en detalle por la prensa francesa y alemana. La revuelta comenzó en las zonas del norte de Italia ocupadas por Austria, y en el reino de Cerdeña el rey Carlos Alberto fue presionado para que otorgara una constitución a su pueblo. La paz establecida en Europa en el Congreso de Viena empezaba a desmoronarse por la periferia, donde su vulnerabilidad quedó demostrada para los reformadores y radicales del centro.

Políticamente, ese centro siempre había sido París y, en febrero de 1848, París no defraudó a los radicales. Aunque Italia le sacó la delantera a Francia en la secuencia inicial de acontecimientos, las figuras 9.2 y 9.3 sugieren su importancia en el desencadenamiento de rebeliones en las demás áreas importantes de Europa. El signo más dramático de que estaba en marcha una oleada internacional de protesta fue el aumento del número de conflictos fuera de Francia tras la caída de la Monarquía de Julio. París no fue el detonante de todas las revueltas europeas de la época, pero fue el catalizador de su fase más intensa.

La creación de oportunidades

Las historias de las revoluciones a menudo se concentran en sus condiciones estructurales previas o en sus momentos cumbre. Pero las condiciones inmediatas de tales explosiones se encuentran en la aparición de oportunidades en el seno del sistema político. No sólo en el sentido de que queda al descubierto que el sistema está «maduro» para el cambio, sino en otro más dinámico: los alineamientos en su seno varían, se abren accesos, las elites se dividen y aparecen alia-

⁷ Esto fue especialmente cierto en Calabria, donde, en vísperas de los acontecimientos de 1848, el gobierno estaba tan alarmado que creó una comisión para compensar a los campesinos que habían sido privados de sus derechos consuetudinarios. Acerca de este episodio, véase John Davis, *Conflict and Control: Law and Order in Nineteenth Century Italy*, pp. 47-49.

dos para los descontentos de fuera del sistema. Son los elementos de la oportunidad política que examinamos en el Capítulo 5.

En las revoluciones de 1848, los conflictos en la cumbre al principio ofrecieron oportunidades a los moderados, luego a las organizaciones exteriores a la elite y, finalmente, a la gente de a pie. Estos cambios no fueron iniciados por las masas oprimidas, sino por elites institucionales y sociales, cuyos conflictos ofrecían oportunidades a otros para organizarse y movilizarse. Los incentivos pasaron de las elites a las masas a través de la prensa, de organizaciones políticas legales e ilegales y, cada vez más, de acciones colectivas que demostraban la audacia de la oposición y la vulnerabilidad de los regímenes.

En la víspera de la «primavera de los pueblos», tales luchas empezaron a brotar en muchos países de Europa. De las principales capitales, sólo Viena queda excluida de la cronología de Godechot hasta 1848 —salvo por las derrotas que sufrió en Suiza e Italia⁸. En París, Berlín y Roma, la insurrección vino presagiada por realineamientos en la clase política que abrieron oportunidades a terceros. La sucesión de acontecimientos en Francia de 1847 a 1848 sirve para ilustrar este proceso.

A comienzos de la década de 1840, la mayoría de los regímenes de Europa central y occidental, incluyendo el de Francia, tenían gobiernos semiconstitucionales que dejaban un espacio considerable para el debate de las elites, cada vez más centrado en la cuestión del sufragio (Anderson y Anderson: 307-317). Los reformistas franceses no eran tan temerarios como para propugnar el voto universal, pero la agitación en torno al sufragio puso de relieve la existencia de grietas en la elite y de incertidumbre en el gobierno, lo que fue clave para que los desheredados iniciaran su campaña de confrontaciones.

La primera fase del desmembramiento del régimen fue su respuesta a las exigencias de reforma de la oposición parlamentaria. El rechazo de sus modestas propuestas dejó a los moderados en manos de los republicanos, poniendo en marcha la campaña de «banquetes» —que no eran más que manifestaciones escasamente disfrazadas en

⁸ Pero el resto del Imperio de los Habsburgo estaba mucho menos tranquilo. Sobre la agitación en el Imperio, especialmente en Bohemia y Hungría, véase *The Revolutions of 1848*, pp. 28.29, de Price.

favor de la reforma— que llevó el debate de la Cámara a las calles y de París a las provincias. Dado que estos banquetes eran patrocinados por la oposición legítima y eran totalmente pacíficos, el gobierno titubeaba a la hora de reprimirlos. Pero como tendían puentes entre los intereses tácticos de grupos parlamentarios y extraparlamentarios, la campaña pasó rápidamente de la oposición parlamentaria a estar en manos de un grupo de agitadores y periodistas extraparlamentarios, que repentinamente publicaron un programa solicitando la asistencia al banquete final de la Guardia Nacional como cuerpo (Tocqueville, 1987: 26-27). Los liberales intentaron dar marcha atrás, pero cuando llegó el día previsto para el mayor banquete de todos —que se celebraría en París el 22 de febrero— ya era demasiado tarde, y la iniciativa pasó a manos de la Guardia y los pobres urbanos (p. 20).

La primera fase de la revolución estuvo centrada en la Cámara, pero antes de que hubiera llegado muy lejos, las barricadas se adueñaron de las calles de París. Los conductores de diligencias aprovecharon el tumulto para destruir las líneas de ferrocarril, los judíos fueron atacados en las provincias del este y se invadieron propiedades privadas. Pero las fortificaciones de la Monarquía de Julio ya habían sido minadas desde el interior antes de ser atacadas desde el exterior. Según lo expresa Ronald Aminzade: «En cuanto examinamos, siquiera someramente, el contexto histórico de los sucesos de 1848, se hacen evidentes las continuidades entre la política institucionalizada y la del movimiento» (1994: 4).

El clímax del ciclo

Al igual que en muchos de los ciclos de protesta que le siguieron, el clímax de la confrontación, en la primavera de 1848, vino marcado por la ampliación de las formas de acción colectiva. En 1848, éstas eran el mitin público, la manifestación, la barricada y la violencia contra otros. Aunque la Revolución de 1848 se recuerda más por sus confrontaciones, la coincidencia de estas formas de acción colectiva nos muestra hasta qué punto era amplia la participación. Mientras los caballeros liberales y conservadores celebraban sobrias reuniones y eruditas conferencias, los trabajadores y artesanos construían barricadas y los campesinos atacaban a los terratenientes y se apropiaban de las reservas forestales.

Las barricadas fueron la pieza disruptiva central de las diversas *journées* parisienses (Traugott, 1990; 1993). Se levantaron en los días de febrero en los que fue depuesta la monarquía; en abril en Rouen, donde los trabajadores las alzaron tras la derrota de los candidatos republicanos a los que habían apoyado en las elecciones; en junio, después de que la Asamblea disolviera los clubes de discusión nacionales; y una vez más en junio de 1849, cuando un ejército francés desembarcó en Civitavecchia para reinstaurar al Papa. Las barricadas se extendieron rápidamente por toda Europa allá donde la revolución adoptó un carácter radical.

Pero los puntos culminantes de los ciclos de protesta también vienen marcados por un aumento de la violencia. Los ataques contra los judíos en la primavera de 1848 fueron un preámbulo de los conflictos étnicos que señalaron el desplazamiento de la revolución hacia el Este. En Alemania, los primeros meses de la revolución vinieron marcados por docenas de ataques. Cuando los terratenientes húngaros se libraron del yugo de Viena, no tardaron en ponerle la bota en el cuello a los súbditos serbios. Como ocurrió en Yugoslavia tras la revolución de 1989, en el este de Europa el desmoronamiento del orden de 1848 abrió la caja de Pandora de las oportunidades para la violencia interétnica.

Pero las revoluciones también dieron lugar a innumerables reuniones públicas, así como a eruditas conferencias y a reuniones parlamentarias. ¿Qué hicieron los rebeldes sicilianos cuando se apoderaron de Palermo en enero de 1848? Formaron comités para restablecer el orden, garantizar el abastecimiento, obtener financiación y controlar la información (Tilly, Tilly y Tilly: 130). ¿Cómo respondieron los liberales alemanes cuando el rey de Prusia disolvió el *Landtag* en junio de 1847? Se reunieron en Offenberga en septiembre y en Oppenheim en octubre para discutir acciones futuras (Godechot: 199-200). Incluso en Serbia, Croacia y Transilvania, gobernadas por los austríacos, los acontecimientos revolucionarios de febrero y marzo de 1848 generaron mítines y comités. El más duradero —y menos productivo— fue el «Parlamento de los profesores» en Frankfurt, que fue inicialmente tolerado y después desmantelado.

Las manifestaciones de masas fueron una tercera e importante parte del repertorio de 1848. De hecho, la manifestación alcanzó su mayoría de edad en Francia ese año. Si asumimos una semejanza

entre la «*manifestation*» de Godechot y nuestra «manifestación»⁹, en su cronología encontramos 31 grandes concentraciones en los doce meses que van de julio de 1847 a junio de 1848. Pero es de febrero a abril de 1848 donde descubrimos el mayor número de manifestaciones. En Francia e Italia, Alemania y Austria hubo concentraciones de masas propiciadas por liberales y demócratas, estudiantes y trabajadores. La ocupación pacífica de espacios públicos, el mitin público y la barricada, así como los tradicionales ataques a otros, fueron las improntas del punto culminante del ciclo.

El declive cíclico

Después de la efervescencia de la primavera de 1848, la manifestación pacífica y el mitin público empiezan a desaparecer de la cronología de Godechot, siendo reemplazados por términos como «ataque», «choque», «disolución», «intervención» y «derrota». La última manifestación pública que cita Godechot se produjo el 31 de octubre en Berlín en demanda de trabajo, y fue seguida de cerca por la revocación de las reformas que el Kaiser había concedido la primavera anterior. La gente dejó de manifestarse cuando se empezó a emplear la fuerza armada contra ella.

Los enfrentamientos armados adoptaron una dimensión cada vez más internacional. Los ejércitos austríacos atacaron a los liberales en el norte de Italia, los franceses intervinieron en Roma y las tropas rusas se movilizaron contra los húngaros en auxilio de los Habsburgo. La cronología de Godechot nos ofrece, para finales de 1849, una imagen de enfrentamientos casi continuos, de intervenciones extranjeras y de hundimiento de la acción colectiva popular. En Francia, el ciclo se prolongó a lo largo de la II República y sólo llegó a su término con el golpe de Luis Napoleón en 1851.

Al igual que muchos otros ciclos de protesta, la Revolución de 1848 dejó recuerdos especialmente amargos allí donde había despertado mayores esperanzas. Los revolucionarios de 1848, a los que

⁹ Aquí debemos mostrarnos cautelosos, dado que el término «*manifestation*» de Godechot puede carecer de la especificidad de la forma de acción colectiva a la que hoy damos ese nombre; lo que Pierre Favre, en *La Manifestation*, define como «un movimiento colectivo organizado en un espacio público con el fin de producir un resultado político por medio de la expresión pacífica de una opinión o exigencia» (p. 5).

habían dado inicialmente la bienvenida los radicales y demócratas de toda Europa, no tardaron en ser denunciados por su «retórica huera, su idealismo místico... y sus generosas ilusiones» (Sigmann: 10). En Alemania, el año no tardó en recibir el calificativo de «*das tolle Jahr*», mientras que el embajador británico en París, lord Normanby, escribió que 1848 dejó «menos feliz a prácticamente todo el mundo, menos prósperas a las naciones y no sólo menos libres, sino con menos esperanzas de alcanzar la libertad en el futuro, a los pueblos» (Postgate: 266). El recuerdo que dejó en Italia fue de confusión y caos. Incluso hoy en día la expresión «*fare un quarantotto*» significa crear confusión. «Lo que más recordamos» tras la ebriedad de un «instante de locura», escribe Aristide Zolberg, «es que los momentos de entusiasmo político van seguidos de la represión burguesa o del autoritarismo carismático, a veces del horror, pero siempre de la restauración del aburrimiento» (1972: 205).

Tres ciclos modernos

Las mismas características que se aprecian en la Revolución de 1848 pueden verse en tres ciclos de la historia reciente para los que tenemos información significativa: el periodo del Frente Popular en Francia y el New Deal americano; los movimientos de los años sesenta en Europa occidental; y la democratización del este de Europa, que comenzó en Polonia en 1980 y finalizó con la descomposición de la URSS en 1991. El primero se centró en los trabajadores organizados, aunque también estuvieron presentes otros grupos ocupacionales, como los agricultores y los desempleados; el segundo partió de los estudiantes, aunque en Europa occidental también incorporó a trabajadores y movimientos urbanos; y el tercero, aunque se inició entre los trabajadores e intelectuales, se propagó rápidamente a poblaciones enteras.

El Frente Popular y el New Deal

Desde 1934 hasta 1936 recorrió Francia una oleada de protestas que llevó a los demócratas a temer un asalto contra la República desde la derecha y a los propietarios la anarquía desde la izquierda.

Mientras las ligas de campesinos cuestionaban el orden en las provincias, formaciones de derechas reminiscentes de los camisas pardas alemanes llenaban las plazas de París. Enfrentado a estas presiones, el gobierno cayó, se convocaron nuevas elecciones y ascendió al poder un Frente Popular encabezado por el socialista Leon Blum. Como obedeciendo a una señal previamente acordada, los trabajadores de toda Francia ocuparon las fábricas y paralizaron la economía¹⁰.

España tuvo también un Frente Popular a mediados de los treinta. Como resultado de una oleada de huelgas en Asturias y Cataluña, el gobierno de centro derecha cayó y subió al poder una coalición de izquierdas. Se legalizaron las huelgas, se extendió la participación a los centros de trabajo y las reivindicaciones separatistas de los catalanes y vascos recibieron el apoyo del gobierno. Al igual que en Francia, el Frente Popular fue para el Partido Comunista Español el primer gobierno al que podía prestar apoyo desde su fundación a comienzos de la década de los veinte.

Más o menos al mismo tiempo, los trabajadores fabriles de Flint, Michigan y Akron, Ohio, estaban recurriendo a huelgas de brazos caídos similares a las de los trabajadores franceses, paralizando la producción y ocupando los locales de Fisher Body y Goodyear Rubber (Piven y Cloward, 1979: cap. 3). Sus reivindicaciones eran distintas y sus ideologías menos articuladas que las de sus homólogos europeos, pero también ellos actuaban dentro de un movimiento de alcance nacional en favor de la reforma política, el New Deal de Franklin Roosevelt.

*Los movimientos estudiantiles europeo y norteamericano*¹¹

Desde 1968 hasta 1972 se desató en Europa una oleada de agitación estudiantil y laboral que, con el tiempo, acabaría afectando a

¹⁰ Para un estudio útil de la ocupación de la planta clave de Renault en Boulogne-Billancourt, véase *Strategie de la grève* de Bernard Badie, cap. 3.

¹¹ El análisis reciente más objetivo del Mayo francés es el de Jacques Capdevielle y René Mouriaux, *May 68: L'entre-deux de la modernité*. Para un compendio reciente de reflexiones al respecto, véase Mouriaux et al., 1968: *Exploration du Mai français*. Acerca del *sessantotto* italiano, véase Peppino Ortoleva, *Saggio sui movimenti del 1968 in Europa e in America*, y Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder*, cap. 6. En cuanto a Estados Unidos, las reflexiones más penetrantes sobre este periodo se encuentran en *The Sixties*, de Todd Gitlin, y en *Democracy Is in the Streets*, de James Miller.

prácticamente todas las áreas de la sociedad. Dos movimientos en particular alcanzaron proporciones históricas: en Francia, el breve pero explosivo «movimiento de mayo» estuvo a punto de derribar al arrogante régimen gaullista, mientras que, en Checoslovaquia, una breve primavera de reformas fue seguida de una brutal intervención militar. Aproximadamente al mismo tiempo, en Italia, un *maggio strisciante* cerraba colegios, universidades y fábricas, mientras que, en Alemania, una ola de protestas sacudía a la apoltronada clase política. Incluso en Polonia, la puesta en escena de la obra teatral de Adam Mickiewicz, *Antepasados*, desencadenó una serie de acontecimientos que llevaron a un movimiento de estudiantes universitarios (Wejnert, 1994).

En Estados Unidos, los años de esperanza comenzaron antes, con el movimiento por los derechos civiles de principios de los sesenta y la agitación contra la guerra de Vietnam, que culminaron en los «Días de la ira» durante la Convención del Partido Demócrata en Chicago. Al igual que en Europa, los estudiantes universitarios estuvieron en la vanguardia de los movimientos estadounidenses, pero los trabajadores, que desempeñaron un papel central en Francia e Italia, estuvieron en gran medida ausentes.

Lo que resulta más llamativo al volver la vista a los movimientos de los sesenta son los marcos comunes de acción colectiva en lo que Doug McAdam y Dieter Ruch llaman «la difusión transnacional de las ideas del movimiento» (1993). No sólo las ideas, sino también las tácticas del movimiento cruzaron el Atlántico en la década de los sesenta. Aunque —también retrospectivamente— los movimientos de los sesenta distaban mucho de ser revolucionarios, ilustran lo que escribe Tilly sobre la difusión transnacional de situaciones revolucionarias: «La demostración de que un Estado importante es vulnerable... indica la posibilidad de plantear demandas similares en otros lugares» y aporta experiencias y doctrinas transferibles (1993b: 14). Ése fue, espectacularmente, el caso de Europa del Este en 1989 y después.

El hundimiento del socialismo de Estado

En el verano de 1980 estalló en Polonia una protesta de los trabajadores de los astilleros de la costa del Báltico. Comenzó con una

En el verano de 1980 estalló en Polonia una protesta de los trabajadores de los astilleros de la costa del Báltico. Comenzó con una serie de conflictos en los centros de trabajo y —como en anteriores huelgas en Polonia— se desencadenó por el anuncio del gobierno de una subida de precios. Pero esta vez la existencia de un comité interfábricas nacido de la solidaridad de la clase trabajadora hizo que a las autoridades les resultara imposible dividir y vencer. Antes de llegar a su fin, la ola de protestas se había extendido a todo el país, a los agricultores y estudiantes, creando una institución única en el mundo comunista, un sindicato independiente llamado *Solidarnosc*¹².

Nueve años separaron las primeras huelgas en la costa del Báltico del desmoronamiento del socialismo de Estado en Europa del Este, por lo que en realidad no podemos hablar de un ciclo integrado. Pero la «revolución autolimitadora» de Polonia no sólo fue diferente, sino que prefiguró las pautas imperantes más adelante en otros lugares de la zona. Que los obreros de los Astilleros Lenin pudieran organizar la resistencia con otros trabajadores e intelectuales aún viviendo en la clandestinidad bajo la ley marcial hizo pensar a los disidentes de toda Europa del Este que ya les llegaría el momento. Éste se presentó cuando en Moscú, la fuente de autoridad, Gorbachov, prometió reformas y advirtió a los aliados del este de Europa que quedaban librados a sus propios medios.

Variaciones en la dinámica de los movimientos

Aunque cada una de estas oleadas de protesta adoptó una forma diferente, retrospectivamente parecen ser flujos internacionales de movilización y reforma. La agitación en Francia desde 1934 a 1936 fue una respuesta a la victoria del fascismo en Alemania en 1933; las protestas estudiantiles de los sesenta fueron expresión de un movi-

¹² Acerca de las respuestas casi instantáneas —y extremadamente politizadas— al fenómeno de Solidaridad, que en cierta medida reflejan el síndrome del «testigo privilegiado», véase *The Polish Revolution*, de Timothy Garton Ash, y *Poland's Self-Limiting Revolution*, de Jadwiga Staniszkis. Para los más reflexivos análisis en inglés, véase *The Roots of Solidarity*, de Roman Laba, y *Solidarity and the Politics of Anti-Politics*, de David Ost.

ral y, retrospectivamente, fueron los primeros signos del inminente hundimiento del imperio europeo de la Unión Soviética.

En la cresta de cada ola, los ciudadanos desarrollaron formas particulares de acción colectiva. Las ocupaciones de fábricas que marcaron las huelgas de 1936 en Francia fueron similares a las huelgas de brazos caídos de Flint y Akron, mientras que las ocupaciones de universidades en Berlín, Turín y París en 1968 vincularon a los estudiantes europeos a sus homólogos americanos. Por lo que a Solidaridad se refiere, las discusiones en mesa redonda entre sus líderes y el gobierno, que fueron el preludio de una forma de negociación que recorrió el este de Europa en 1989, resultaron ser su rasgo más llamativo.

En cada uno de estos casos la espiral de exigencias se fue abriendo a partir de conflictos iniciados en el seno de la élite, que produjeron oportunidades políticas para los de fuera. Las primeras reivindicaciones surgieron a partir de conflictos concretos de intereses; pero al extenderse las protestas, las coaliciones de descontentos formaron organizaciones y ampliaron sus demandas, a menudo radicalizándolas en desafíos generales contra la autoridad. La amplitud de estos movimientos y su rápida difusión pareció amenazar el orden establecido, dando lugar a contramovimientos, a exigencias de restablecimiento de la ley y el orden y, a veces, a reformas. Al final, lo que comenzó como una serie de conflictos en torno a reivindicaciones concretas quedó vinculado a la lucha por el poder.

Distintos finales

Vista desde la distancia, cada oleada de acción colectiva describió una parábola; del conflicto institucional a una cresta entusiasta y al hundimiento final. Tras obtener atención a nivel nacional y respuesta por parte del Estado, alcanzaron extremos de conflictividad marcados por la presencia de organizadores del movimiento que intentaban extender la protesta a un público más amplio. Al irse canalizando la participación en organizaciones, los movimientos, o partes de ellos, adoptaron una lógica más política: la negociación implícita con las autoridades. En cada caso, al ir apagándose el ciclo, la iniciativa pasó a las élites y los partidos.

Pero la multipolaridad de la interacción presente en estos ciclos

hizo que sus finales fueran menos parecidos que sus principios. La difusión de la acción colectiva desde los «madrugadores» a posteriores participantes y el desplazamiento de las oportunidades políticas de los disidentes a sus aliados, y después a las elites, incrementó el número de interacciones y proyectó a los ciclos en direcciones divergentes. De modo especial, la intervención de potencias extranjeras fue la responsable de que los finales de estos ciclos se orientaran en distintas direcciones.

En el caso del Frente Popular francés, la respuesta a las huelgas de 1936 fue el aumento de los salarios mínimos, la reducción de la jornada laboral y el fin de la tradición de combatir las huelgas con las porras de la policía, mientras que en España el resultado fue la guerra civil. Las reformas que acompañaron a las protestas estudiantiles de 1968 en Europa fueron llevadas a cabo por diferentes coaliciones gubernamentales y todas ellas finalizaron de modo distinto. En Francia fue una coalición conservadora, en Alemania una socialdemócrata y en Italia una secuencia de gobiernos de centro izquierda y centro derecha. Parte de estas diferencias se vieron reflejadas en los «nuevos» movimientos sociales de los setenta y ochenta (Koopmans, 1993). En Polonia, el gobierno de Jaruzelski declaró la ley marcial en 1981, encarcelando a los líderes de Solidaridad e intentando poner freno a la disensión. Su principal éxito fue prevenir la amenaza de una intervención militar soviética.

Tampoco puede decirse que estas oleadas de movilización finalizaran con su hundimiento. En Francia, el Frente Popular no tardó en ser derrotado, pero, después de la guerra, la IV República recurrió a sus propuestas de reforma como modelo para su Estado de bienestar. En Italia, Francia y Alemania, los movimientos de 1968 se escindieron y algunos de sus elementos se incorporaron a partidos políticos y sindicatos, otros fluyeron hacia movimientos culturales y religiosos, y los más extremistas se entregaron a la violencia armada. Los resultados de los ciclos de protesta hay que buscarlos en la lucha política. Son la naturaleza de esa lucha y la estrategia de los actores de cada país las que determinan el desenlace de cada ciclo, como veremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 10

LA LUCHA POR LA REFORMA

¡Extraño encabezamiento para introducir una discusión acerca de los resultados de los movimientos sociales! La mayoría de los movimientos persiguen mucho más que reformas y muchos rechazan directamente el reformismo. Los activistas del movimiento exigen cambios sociales fundamentales, el reconocimiento de nuevas identidades, la incorporación al sistema político, la destrucción de sus enemigos o el derrocamiento de un orden social, pero rara vez reformas. Cuando los movimientos se acumulan en un ciclo general de protesta, como vimos en el capítulo anterior, las reivindicaciones se hacen tan amplias y las elites se ven sitiadas hasta tal punto que forzosamente se incorporan cambios profundos a la agenda. No obstante, como argumentaré en este capítulo, la estructura política a través de la que se procesan las demandas de los movimientos los aboca a un crisol común, donde los resultados más probables de la lucha son reformas modestas.

La ambigüedad de los resultados de los movimientos

Existen casi tantas taxonomías de los resultados de los movimientos sociales como estudios sobre el tema. La tipología más conocida —la de William Gamson— es la más simple. En *The Strategy of*

Social Protest, Gamson distinguía entre dos tipos de resultados: obtener nuevas ventajas y ganar aceptación (1990: cap. 1). Dieter Rucht sugiere una tipología cuádruple, que se centra en los efectos internos y externos, los buscados y los no buscados, de los movimientos (1992). Paul Schumaker identificó cinco tipos de respuesta del sistema, que van desde la «respuesta de acceso» a la «respuesta de impacto» (1975). Paul Burstein y sus colaboradores añadieron los «impactos estructurales» a la lista de cinco de Schumaker (1991)¹.

Para complicar aún más las cosas, no es fácil identificar en un movimiento la causa concreta de un resultado político específico, dado que, a las voces de los movimientos, hemos de añadir el impacto de los grupos de interés, de los partidos y del ejecutivo, y la duración y desgaste del proceso político. Especialmente en el contexto de los ciclos de protesta, las elites no responden a las exigencias de un movimiento individual, sino a la confrontación generalizada por parte de los disidentes y a la competencia en el seno del sistema político. Las elites median entre las demandas que se les plantean, en busca de soluciones capaces de derrotar a sus enemigos, imponer el control social y satisfacer a sus aliados y seguidores.

En parte, ésta es la razón por la que los disidentes casi siempre quedan desilusionados por los resultados reformistas. Es también el motivo por el que no puede existir una correspondencia unívoca entre los esfuerzos y los recursos de un único grupo disidente, por una parte, y su éxito, por la otra. El «éxito» es el resultado de un paralelogramo de fuerzas en el que incluso un disidente débil puede lograr una situación mejor que otro fuerte cuando se halla en situación de aprovechar las oportunidades políticas. El proceso político no es del todo como una lotería, pero interviene activamente entre los recursos y objetivos de un movimiento y su éxito o fracaso.

¿Qué contribuye a que un movimiento tenga éxito? La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que es su poder de desafío o disrupción lo que les da el triunfo. Por ejemplo, revisando las recurrentes reformas en el sistema de asistencia y seguridad social en

¹ Cuando añadimos a la lista los objetivos no políticos como la transformación personal y la estabilización del movimiento, las dimensiones posibles del éxito se hacen aún mayores y se explica por qué Marx y Wood concluyeron que «el estudio sistemático de las consecuencias de los movimientos sociales está mucho menos desarrollado que el de las condiciones previas que los originan». Véase su «Strands of Theory and Research in Collective Behavior», p. 405.

Estados Unidos, Piven y Cloward escriben: «Los planes asistenciales se inician o expanden durante los brotes ocasionales de desorden civil producidos por el desempleo masivo» (1972: xiii). De modo similar, los Tilly concluyeron en su estudio de un siglo de conflictos en Europa que «ningún derecho político importante alcanzó carta de naturaleza sin la predisposición de algunos sectores de esos grupos [de protesta] a superar la resistencia del gobierno y de otros grupos» (1975: 184). Los investigadores del hundimiento del comunismo son más circunspectos, pero pocos negarían que la presión popular contribuyó a convencer a las elites de Europa del Este de que se dieran por muertas.

Si el desafío y la disrupción son los responsables de los resultados del movimiento, ¿desaparece el ímpetu por el cambio cuando ceden los desafíos, como ocurre invariablemente cuando los activistas se cansan, los seguidores quedan satisfechos o los movimientos son reprimidos? Algunos investigadores de los movimientos sociales sostienen que, una vez que disminuye la amenaza de disrupción, sus líderes son cooptados y sus organizaciones institucionalizadas (Lowi, 1971; Piven y Cloward, 1979). El final de un ciclo de protesta —sería el corolario— trae consigo un regreso al *status quo*.

Vista desde la distancia, la generalización parece válida. Por ejemplo, cuando fue reprimida la acción colectiva y los radicales se escindieron de los liberales, los resultados de las revoluciones de 1848 fueron casi uniformemente represivos. En Berlín y Viena, las constituciones otorgadas al calor del movimiento fueron anuladas; la República francesa de 1848 fue derribada por su propio presidente menos de tres años después de su proclamación; las minorías nacionales que se habían liberado del gobierno de los Habsburgo quedaron de nuevo bajo control austriaco; el Papa recuperó su trono y el rey de las Dos Sicilias regresó a Nápoles. Por lo que se refiere a los Estados alemanes, 1848 puso de relieve la debilidad política del liberalismo e impulsó el proceso de unificación bajo auspicios imperiales. Incluso en Gran Bretaña, la última gran manifestación cartista fue reprimida en 1848 y el movimiento desapareció.

Pero, a largo plazo, los efectos de 1848 no fueron ni mucho menos tan regresivos. Los acuerdos constitucionales de Piamonte y Suiza no sólo perduraron, sino que prosperaron: el primero sentó la base del Estado italiano unificado que surgió en 1861, y el segundo dio lugar a una democracia de clase media que constituiría un refugio

para los exiliados en los años futuros. Aunque Hungría cayó de nuevo bajo el control de los Habsburgo, al llegar la década de 1860 había alcanzado la igualdad en el seno del imperio. Por lo que se refiere a Francia, a mediados de la década de 1860 los republicanos que había sido derrotados en 1851 presentaban abiertamente candidatos a las elecciones locales; en 1871 la República ocupaba el poder. Los planes más ambiciosos de los hombres y mujeres de 1848 no se materializaron en ninguna parte, y muchos de ellos se dejaron llevar por el pesimismo o se exiliaron. «*Post coitum omnia animal triste*», escribe Aristide Zolberg, citando el viejo adagio para expresar cómo la desilusión sucede a un «momento de locura» (1972: 205-6).

Sin embargo, los ciclos de protesta no acaban sencillamente dejando a su paso tan sólo la situd o represión; tienen efectos indirectos y a largo plazo que emergen cuando la excitación inicial se desvanece y el desencanto se disipa. En especial cuando los movimientos transforman sus desafíos iniciales en un acceso permanente al poder y dejan redes estables de activistas, pueden reaparecer cuando surgen nuevas oportunidades una vez finalizado el ciclo (Amenta, Carruthers y Zylan, 1992). Hay tres tipos de efectos importantes —y crecientemente indirectos— a largo plazo. El primero es el efecto de los ciclos de protesta sobre la politización de la gente que participa en ellos; el segundo es el efecto sobre las instituciones y las prácticas políticas; y el tercero la contribución de los ciclos de protesta a los cambios en la cultura política. Los tres son inicialmente configurados y mediatizados por la estructura de las oportunidades políticas.

Lo político es personal

«Lo que mejor recordamos» tras la embriaguez de un ciclo de protesta, escribe Zolberg, «es que los momentos de entusiasmo político van seguidos de la represión burguesa o el autoritarismo carismático, a veces del horror, pero siempre por la restauración del aburrimiento» (1972: 205). El economista Albert Hirschman va aún más lejos; cita un «efecto rebote», en virtud del cual los individuos que se han lanzado a la vida pública con entusiasmo regresan a la vida privada con un grado de repugnancia proporcional al esfuerzo inicialmente invertido (p. 80).

Tanto a Hirschman como a Zolberg les llama la atención la decepción y el retroceso que se producen tras el fin de los movimientos. Pero la desilusión no procede del activismo en sí, sino del abismo existente entre el objetivo de un movimiento y su resultado real. Lo que es más, la desilusión puede ser sólo a corto plazo, como resultado de una decepción inmediata y del agotamiento. A largo plazo, el activismo puede generar más activismo, la radicalización puede dar lugar a posiciones más polarizadas y la actividad en el movimiento deja a su paso actitudes más favorables hacia éste. ¿Qué testimonios nos ofrece la literatura acerca de estas consecuencias?

La memoria y las generaciones

Jack Nelson, un abogado de éxito de Nueva Orleans que se había hecho cargo de una serie de procesos civiles en nombre del movimiento a comienzos de la década de los sesenta, empleó los siguientes términos para describir a la historiadora oral Kim Rogers el impacto personal que había tenido su actividad:

Cambié *mi* vida. En vez de intentar cambiar el mundo utilizando a esta persona o aquella organización, probablemente empecé a cambiar mi vida... Me dije: un momento, soy yo el que tiene que cambiar. Y cambié, y entonces todo resultó natural (p. 172).

Pero *no* todo resultaba natural para los entrevistados por Rogers. Para los activistas que entrevistó de la generación más joven del CORE y el SNCC, los años posteriores al movimiento habían resultado decepcionantes. «Desilusionados y cínicos —escribe—, desesperaban de lograr cambios significativos a través del proceso político.» Se mostraban «muy interesados pero ambivalentes respecto a la política y añoraban a menudo la intensidad colectiva de su pasado» (p. 174). Su decidido ataque contra la estructura del poder blanco, su implicación con los pobres rurales negros y sus subsiguientes fracasos dejaron a los activistas del CORE y el SNCC más profundamente decepcionados con los resultados del movimiento que a los integracionistas como Nelson.

El contraste entre Nelson y su generación y los activistas del CORE y el SNCC de la generación de la protesta encarna una dico-

tomía fundamental en el impacto que la experiencia del movimiento tuvo en las vidas de los participantes: una dicotomía entre la desilusión y la maduración personal. Ambos son correlatos comunes de la participación en el movimiento, pero sus implicaciones son opuestas. ¿Cómo pueden explicarse las diferencias?

Una hipótesis es que cuanto más arriesgada y costosa sea la participación, tanto mayor es la probabilidad de que el activista salga de ella desilusionado y abandone. El problema al que nos enfrentamos a la hora de evaluar esta hipótesis es la dificultad de encontrar información comparable respecto a activistas de alto y bajo riesgo que tengan lo suficiente en común para hacer que estemos seguros de que fueron sus experiencias —y no otros factores— las responsables de sus posteriores actitudes. Sin embargo, existe un notable trabajo que nos ofrece una perspectiva privilegiada del problema: el libro de Doug McAdam sobre el proyecto Mississippi Freedom Summer (1988). Esta obra y la información procedente de otros países pueden ayudarnos a dar respuesta a la pregunta.

*Calor blanco*²

Al describir sus esperanzas respecto al Verano de la Libertad, el organizador del SNCC, Bob Moses, había solicitado en 1964 un «proceso de fortalecimiento» en Mississippi. Significara esto lo que significara para la estructura de poder blanco en ese Estado, «en el 'calor blanco' de ese verano de Mississippi, los voluntarios que acudieron allí experimentaron su propio 'proceso de fortalecimiento'», escribe MacAdam (p. 186). Para muchos voluntarios del movimiento Freedom Summer, «la política se convirtió en la principal fuerza organizadora de su vida». A partir de ese momento, «todo lo demás —relaciones, trabajo, etc.— se organizó en torno a la política» (p. 187).

Los efectos politizadores de los movimientos de la década de los sesenta no quedaron limitados a los estadounidenses. En Italia, una elevada proporción de los nuevos cuadros reclutados por los partidos de la izquierda procedían de los movimientos de la década. Por ejemplo, un cuarenta por ciento de los nuevos afiliados al Partido

² Estoy en deuda con Doug McAdam por muchas de las ideas expuestas en esta sección, así como por sus útiles comentarios sobre una versión anterior de este capítulo.

Comunista Italiano como militantes activos durante los setenta llegaron al partido desde los movimientos estudiantiles, obreros y feministas de la década anterior, frente a menos de un veinte por ciento que se había incorporado al partido anteriormente³. Otros ciclos de movimiento en todo el mundo llevaron a una aglutinación similar de militancia y politización. En Indonesia, para quienes se unieron a las radicales Juventudes Socialistas tras la II Guerra Mundial,

la fascinación por la política no tenía límites. Cada persona sentía que no podía estar realmente viva sin ser política... ¡Política! ¡Política! Era lo mismo que el arroz bajo la ocupación japonesa (B. Anderson 1990: 38).

La participación en el movimiento no sólo politiza, sino que da poder, tanto en el sentido psicológico de aumentar la voluntad de correr riesgos como en el político de adquirir nuevas capacidades y ampliar la propia perspectiva. Al regresar de Mississippi a la Universidad de California en otoño de 1964, un voluntario del Verano de la Libertad le dijo a McAdam: «Freedom Summer te daba empuje. Sentías que venías de vuelta y que sabías de qué estabas hablando» (p. 166). Otro lo planteó de este modo: «Todo el mundo estaba al corriente del proyecto y todos querían preguntarme cómo era y... en ese instante yo era una autoridad, una autoridad sobre el movimiento por los derechos civiles» (1988: 170).

Como resultado de su politización a través del movimiento por los derechos civiles en Mississippi, muchos antiguos activistas desempeñaron papeles clave en el movimiento por la libertad de expresión en Berkeley y, posteriormente, en el movimiento estudiantil contra la guerra y en el de las mujeres (p. 203). Este último se vio especialmente afectado. Las mujeres que participaban en actividades por los derechos civiles aprendieron por experiencia que sus compañeros varones a menudo eran igual de sexistas y despreciativos con las mujeres que sus oponentes. Su resentimiento, sumado a la confianza adquirida en el Sur, fue un ingrediente clave en el nuevo movimiento de las mujeres nacido de la *New Left* (Evans, 1980: caps. 4 y 5).

³ Estas comparaciones se han tomado resumidas de Lange, Irvin y Tarrow, «Mobilization, Social Movements and Party Recruitment», Tabla 3. Los porcentajes incluyen a todos aquellos que afirmaron haber mantenido alguna actividad en algún movimiento social, al margen de su incorporación al partido. Para el análisis original de estos datos, véase Accornero et al., *L'identità comunista*, 1983.

Entrevistadas veinte años más tarde, las antiguas voluntarias se implicaban con mayor frecuencia en movimientos sociales contemporáneos que sus colegas varones, y eran más propensas a pertenecer a organizaciones políticas (p. 222).

La participación en un movimiento no sólo politiza a la gente; puede radicalizarla. Jack Blocker registra esta evidencia en relación con los movimientos por la templanza de la Norteamérica del siglo XIX, que comenzaron en forma de intentos de persuasión moral, adoptaron tácticas más agresivas cuando fracasaron otras y plantearon exigencias más categóricas a los políticos (Blocker: xvi). Lo mismo se aplica a otros movimientos más recientes. Cuando McAdam comparó la actitud política de los voluntarios que volvían del Verano de la Libertad con la de los aspirantes que no habían llegado a participar, descubrió que el primer grupo se había desplazado ideológicamente hacia la izquierda, mientras que el segundo mostraba una mayor moderación. Y cuando Carol Mershon constató la actitud de los sindicalistas italianos reclutados durante el «otoño caliente» con la de sus compañeros, descubrió que el primer grupo era más igualitarista y propenso a ver las relaciones laborales en términos descarnadamente clasistas (pp. 311-315).

Se ha fraguado el mito —fundamentalmente a partir de los guiones de Hollywood— de que los antiguos activistas abandonan sus ideas radicales y se integran en las tendencias políticas mayoritarias. No obstante, la única evidencia a favor de ese supuesto deriva de las biografías de unas cuantas figuras bien situadas, mientras que existen abundantes pruebas de lo contrario. Entre los adultos entrevistados en el estudio de Fendrich y Krauss, por ejemplo, el activismo juvenil era el mejor índice predictivo de actitudes radicales en los antiguos estudiantes japoneses y americanos (p. 248). Lo mismo ocurría en Italia: cuando se compararon las actitudes de los activistas comunistas reclutados en los movimientos de finales de los sesenta con las de sus camaradas sin una experiencia independiente en el movimiento, los primeros se mostraban más tolerantes hacia la protesta y menos propensos a condenar la violencia (Lange, Irvin y Tarrow: 34-36).

Los hallazgos más convincentes sobre los efectos de la participación en movimientos fueron analizados por la politóloga francesa Annick Percheron en el caso de los antiguos participantes en conflictos relacionados con la guerra de Argelia y los acontecimientos de mayo de 1968 (1991). El análisis de Percheron ofrece dos importan-

tes mejoras respecto a otros trabajos. En primer lugar, estudiando muestras nacionales, pudo comparar a los antiguos participantes con grupos de población que no habían intervenido en ninguna de las dos series de conflictos. En segundo lugar, dividiendo los resultados en función de la identificación con partidos políticos, pudo comparar las actitudes de antiguos «estudiantes radicales» con las de grupos de población no participantes pertenecientes a las tres grandes familias políticas francesas.

Percheron descubrió que, entre los seguidores de estos tres grandes grupos políticos, la participación en las protestas contra la guerra de Argelia o en los acontecimientos del Mayo francés no había producido rasgos distintivos, pero sí había reforzado las actitudes más características de sus respectivos grupos políticos. Más activos políticamente que sus compañeros, escribe, «expresaban de modo más extremista las opiniones que caracterizaban las identidades de sus respectivos partidos» (pp. 56-57). Si es posible atribuir estas diferencias a los efectos de mayo de 1968 o al conflicto de Argelia, y no a experiencias previas o posteriores, podemos inferir que el efecto de la participación en un movimiento es la polarización dentro de las familias políticas en torno a la dicotomía experiencia/no experiencia en el seno de los movimientos.

El aislamiento y el desengaño

En la resaca de los movimientos de la década de los sesenta se produjo una importante incidencia de la *Angst* metafísica predicha por Zolberg y Hirschman, tanto en Estados Unidos como en Europa. Al dar paso la cultura activista de los sesenta a las decepciones de los setenta y al personalismo de los ochenta, muchos activistas quedaron aislados en una subcultura del movimiento. Durante los años setenta, escribe McAdam: «La subcultura activista estaba desintegrándose lentamente, aislando más y más a los voluntarios que permanecían activos» (1988: 205).

El antiguo activismo también tuvo consecuencias sobre la vida personal de sus protagonistas. Por ejemplo, McAdam calcula que un cuarenta y siete por ciento de los voluntarios del Freedom Summer que se casaron después de ese verano se divorciaron entre 1970 y 1979. Entre los candidatos que no fueron a Mississippi, la cifra era

de menos de un 30 por ciento (p. 208). Los costes personales del activismo eran desproporcionadamente elevados en el caso de las mujeres voluntarias (pp. 220-221), no porque prefirieran una vida céntrica, sino porque su independencia y su izquierdismo las aislaban de una cultura política que iba desplazándose hacia la derecha.

Tanto en Estados Unidos como en Italia, los antiguos activistas padecían también inestabilidad ocupacional: cambiaban de trabajo y sufrían el desempleo en mayor medida que los no participantes. Muchos de los entrevistados por McAdam en Estados Unidos habían retrasado su incorporación al mercado de trabajo para seguir con su activismo hasta la estancada década de los setenta y no consiguieron recuperar nunca el tiempo perdido (pp. 109-212). Lo mismo puede decirse de los antiguos líderes del movimiento italiano *Lotta Continua*, muchos de los cuales seguían ganándose la vida con trabajos marginales cuando fueron entrevistados a mediados de los ochenta⁴.

Europa occidental difería de Estados Unidos en un aspecto importante. Muchos miembros de la generación de los sesenta tenían una salida profesional de la que carecían los activistas norteamericanos que conservaban la fe: podían incorporarse a los partidos de masas de la izquierda o a los sindicatos militantes. Por contraste, los antiguos activistas de Estados Unidos tenían pocas salidas en el sistema de partidos, especialmente tras la devastadora derrota de George McGovern en 1972. Por lo que se refiere a los sindicatos, aunque unos cuantos activistas se convirtieron en sindicalistas de base, el conservadurismo innato y el secular declive del movimiento obrero estadounidense convertía a éste en una pobre alternativa para el activismo.

*Mantener la fe manteniendo el contacto*⁵

Pero ni la apatía ni la profesionalización fueron los desenlaces más típicos de la generación de los sesenta. La mayoría de sus miembros volvieron a la vida privada, pero siguieron activos en un tipo u otro de movimiento social o de actividad política. Estos hallazgos se

⁴ Tarrow, *Democracy and Disorder*, cap. 11. Esta observación se basa en demasiados pocos casos como para presentarla estadísticamente, pero la marginalidad ocupacional era un hecho en la mayoría de los antiguos líderes entrevistados.

⁵ La primera parte del subtítulo está tomada de McAdam, en *Freedom Summer*, pp. 213-219, ¡pero era un título demasiado bueno como para no apropiármelo!

han visto refrendados por una serie de estudios. En Estados Unidos, casi la mitad de los antiguos voluntarios del Freedom Summer entrevistados por McAdam seguían en activo en al menos un movimiento social veinte años más tarde. Los antiguos activistas italianos entrevistados por este autor tendían a participar activamente en alguno de los partidos de izquierda tradicionales, en el Partido Verde o en algún movimiento social. Fendrich y Krauss descubrieron que los antiguos activistas japoneses participaban frecuentemente de forma activa en partidos o movimientos de izquierdas (p. 245). Y entre los participantes en las protestas contra la guerra de Argelia y en los acontecimientos de 1968 en Francia, Percheron descubrió un nivel mucho más elevado de compromiso político que entre otros seguidores de los mismos partidos (pp. 54-55).

Sin duda, el compromiso personal influye mucho en el mantenimiento del activismo, pero aquellos activistas de la década de los sesenta que seguían en activo en Europa occidental o Estados Unidos durante los ochenta a menudo estaban integrados en redes de antiguos activistas. El movimiento pacifista británico de los ochenta se apoyaba en los activistas que lucharon por el desarme nuclear unilateral durante los sesenta y mantuvieron su presencia viva durante los difíciles años setenta (Maguire, 1990). En Italia y Estados Unidos, en la década de los ochenta, aún era posible seguir la pista a los antiguos activistas, de un entrevistado a otro, a través de las redes⁶. Los activistas que carecían de tales redes tenían menos probabilidades de sobrevivir a la calma chicha que se instauró en los años setenta (Gelb: 281).

La feroz politización y radicalización que se producen en el clímax de un ciclo de protesta dejan desilusión a su paso y producen el abandono de algunos miembros de esa generación. Otros, amargados por el fracaso del activismo de masas, se entregan al utopismo o la violencia, como los militantes que acabaron en el Weather Underground en Estados Unidos o en las Brigadas Rojas en Italia. Pero una elevada proporción de los antiguos activistas de los sesenta emergió más madura, radicalizada y en contacto con redes informales de futuros activistas.

⁶ Ésta fue la experiencia tanto de Doug McAdams en su investigación de *Freedom Summer* como la mía al recopilar información sobre los grupos extraparlamentarios italianos para *Democracy and Disorder*.

Las oportunidades entre la lucha y la reforma

Pero existe una paradoja: las luchas de estos activistas de los sesenta rara vez condujeron más que a tímidas y casi imperceptibles reformas. ¿Por qué? Mi respuesta deriva del supuesto teórico general que subyace a este estudio. Dado que los movimientos nacen, se difunden y son procesados a través de la lógica de las oportunidades políticas, es la cambiante estructura de oportunidades que emerge de un ciclo de protesta la que determina quién gana y quién pierde, y cuándo la lucha conducirá a la reforma.

Para ilustrar esta tesis compararé dos movimientos diferentes. El primero —el movimiento estudiantil de 1968— fue considerado la maravilla del mundo occidental cuando estalló y, junto con sus aliados, paralizó la V República. El segundo —el movimiento de las mujeres norteamericanas— tardó en arrancar, hizo su aparición como una simple ramificación del movimiento por los derechos civiles y actuó, en su mayor parte, en el seno de instituciones políticas estadounidenses. Pero debido a sus respectivas estructuras de oportunidad, radicalmente diferentes, el primero supuso un éxito instantáneo y, aun así, un fracaso a largo plazo; mientras que el segundo, aunque aparentemente iba de decepción en decepción, ha traído consigo un profundo cambio en la política y la sociedad estadounidenses.

*Los estudiantes franceses*⁷

Mayo de 1968 en Francia es casi un caso de laboratorio para el estudio del impacto político de una gran ola de protestas. Como observan dos de sus más agudos historiadores:

A pesar del retroceso del movimiento y de su rechazo en las urnas, los acontecimientos fueron portadores de potencialidades que, por uno u otro medio, hipotecaron de forma duradera la escena política francesa de un modo que no admitía dilaciones (Capdevielle y Mouriaux: 219).

⁷ Este apartado es un resumen de mi artículo «Social Protest and Policy Reform: May 1968 and the Loi d'Orientation in France».

La ola de protestas de mayo de 1968 vino seguida de una importante reforma educativa, la Ley de Orientación para la Educación Superior, que atacaba las esclerotizadas estructuras de la educación francesa contra las que los estudiantes se habían alzado inicialmente. Pero al pasar la iniciativa de manos de los estudiantes a las de los reformadores y los grupos de interés del mundo educativo, y de ellos a la conservadora clase política, la reforma fue diluyéndose y quedó finalmente castrada. Un breve análisis de lo ocurrido mostrará cómo se reducen las oportunidades y se alteran las reformas al venirse abajo la disrupción y al recomponer su poder las elites.

A comienzos de la primavera de 1968, los estudiantes de izquierdas de la recién creada Universidad de Nanterre se manifestaron por una serie de razones contra la arbitrariedad de la autoridad administrativa, así como contra objetivos más globales. Su concentración en el patio de la Sorbona a comienzos de mayo fue acogida con una combinación de matonismo policial e incertidumbre gubernamental. Cuando un grupo de estudiantes fue arrastrado violentamente a los furgones policiales, los parisienses de clase media se soliviantaron. Y cuando la noticia se difundió a otras áreas, todas las universidades del país y una serie de escuelas secundarias cerraron a causa de huelgas y ocupaciones.

Las protestas de mayo se difundieron rápidamente por todo el país: grupos tan diferentes como cuadros, trabajadores de cuello blanco, empleados públicos, granjeros, católicos, asociaciones de padres e incluso jugadores de fútbol se vieron rápidamente inmersos en ellas. Al ir difundiéndose el movimiento, a la natural exaltación de los estudiantes envueltos en una acción colectiva se añadieron los deseos de sus líderes de ampliar su base para abarcar a más gente. Como resultado, las cuestiones concretas relativas al gobierno de la universidad que habían desencadenado el movimiento fueron desplazadas por reivindicaciones más amplias, e incluso por la exigencia de que el sistema de dominación capitalista fuera reemplazado y la imaginación liberada.

Rodeadas de contestación por tantos lados, las autoridades se pusieron a la defensiva. Cuando el movimiento se extendió a la clase trabajadora —el indigesto remanente de la política de la IV República— el gobierno comprendió que se enfrentaba a una revolución en potencia. La acción conjunta con los estudiantes fue esporádica en el mejor de los casos, pero la coalición objetiva entre estudiantes, tra-

bajadores y otros grupos otorgó a cada parte del movimiento una fuerza de la que habría carecido por sí misma.

Separar a la clase obrera de sus nuevos aliados fue la primera tarea del gobierno. En un giro copernicano de su política neoliberal, el primer ministro Pompidou negoció espectaculares aumentos salariales con los sindicatos (Bridgford, 1989). La segunda tarea fue amedrentar a la clase media con la amenaza de una revolución, lo que de Gaulle consiguió con la amenaza de recurrir al ejército y una contramanifestación masiva de sus seguidores. Cuando los partidos de la izquierda anunciaron su disposición a formar gobierno, de Gaulle encontró la oportunidad que necesitaba. La oposición sufrió una aplastante derrota en las elecciones de junio y los gaullistas y sus aliados regresaron al poder con una mayoría abrumadora.

En los meses posteriores a las elecciones de junio, las exigencias de cambio educativo que se habían planteado en mayo quedaron reducidas —no sin oposición— a una gran ley de reforma, la *Loi d'orientation*. Un nuevo ministro de Educación inclinado hacia la izquierda, Edgar Faure, recibió *carte blanche* para articular la educación superior en torno a los objetivos de participación, multidisciplinaridad y autonomía de las universidades. De estos tres objetivos, sólo el primero respondía a las demandas estudiantiles y al mandato de de Gaulle. Pero Faure necesitaba crear una coalición de apoyo entre los estudiantes, los profesores, los grupos de interés del mundo de la educación y los defensores de la centralización administrativa; de modo que amplió la agenda para incluir la creación de universidades multidisciplinarias, autónomas del ministerio.

Al llegar septiembre, se anunciaron las *grandes lignes* de una reforma fundamental. En septiembre, ésta fue presentada ante el Parlamento (Fomerand, 1974: cap. 5)⁸. Sería difícil imaginar que un cambio tan trascendente hubiera podido introducirse en la correosa estructu-

⁸ La reforma de Faure pretendía reemplazar las antiguas y generales facultades universitarias por departamentos especializados, desmembró la gigantesca Universidad de París en doce «campus» diferentes y suministró los mecanismos para que todas las universidades eligieran consejos de gobierno, que incluían a los estudiantes, y crearan sus propios estatutos internos. La tesis de Jacques F. Pomerand, «Policy-Formulation and Change in Gaullist France: The 1968 Orientation Act of Higher Education», es el mejor análisis existente del proceso político que rodeó a la Ley de Orientación y sus resultados políticos. Véase también su artículo «Policy Formulation and Change in Gaullist France. The 1968 Orientation Act of Higher Education».

ra educativa francesa sin el impulso de un gran terremoto político. Pero ¿fue la *Loi d'orientation* un triunfo para el movimiento estudiantil? La mayoría de los estudiantes, y sus apoyos en la izquierda, la consideraron un fracaso. Los movimientos no producen sus principales efectos directamente, sino a través de su interacción con fuerzas más convencionales y con la elite, cuando las oportunidades se desplazan al sistema político. Los estudiantes no tenían ningún plan para la reforma universitaria y, al llegar septiembre, su influencia se había debilitado, tanto por la satisfacción de las demandas salariales de la clase obrera como por el desmoronamiento de su propia solidaridad (Tarrow, 1993c: 589-592). Al desplazarse el centro de gravedad de las calles a la escena política y alejarse la amenaza de desorden, la capacidad de maniobra de los reformistas quedó reducida. Al llegar la primavera de 1969, tras la derrota de de Gaulle en su referéndum, su repentina retirada y la sustitución de Faure al frente del ministerio de Educación, quienes salieron ganando fueron el profesorado conservador y el mantenimiento del orden frente a los estudiantes insatisfechos.

¿Qué podemos concluir de esta secuencia de acontecimientos en el levantamiento más revolucionario que haya tenido lugar en Francia tras el Frente Popular? Aunque la ventana de la oportunidad abierta por el movimiento de mayo fue la causa principal de que un gobierno conservador se mostrara dispuesto a contemplar una reforma, no permaneció abierta el tiempo suficiente para permitir que su impulso liberador se transformara en éxito. La debilidad de la reforma se debió, en parte, al rápido hundimiento del movimiento y a las divisiones y la desmoralización de los estudiantes tras el fracaso de junio; y, en parte, al abandono de sus aliados de la clase obrera. Al igual que en el caso del «procesamiento» de la crisis racial en Estados Unidos (Lipsky y Olson, 1876), una lucha importante había sido procesada políticamente, lo que la transformó en una modesta reforma.

*Las mujeres norteamericanas*⁹

Los estudiantes fueron los «madrugadores» en el ciclo francés de 1968. Por contraste, si alguna vez hubo un movimiento que parecie-

⁹ Esta sección es una síntesis de lo que he averiguado acerca del movimiento de las mujeres norteamericanas gracias a las siguientes fuentes: Anne Costain, *Inviting*

ra depender de las oportunidades abiertas por otros, ése fue el movimiento de las mujeres norteamericanas de la década de los sesenta. Muchas de sus fundadoras tuvieron su primera experiencia pública en el movimiento por los derechos civiles y en la New Left (Evans, 1980: caps. 3-7), mientras que otras eran las herederas de anteriores grupos de presión moderados de mujeres mayores (Rupp y Taylor, 1987). Cuando a mediados de los sesenta apareció en escena el nuevo movimiento de las mujeres, «muchos observadores», escribe Anne Costain, lo consideraban «un fenómeno transitorio, que imitaba el movimiento por los derechos civiles de los negros, pero sin la capacidad de éste para perdurar» (1987: 1).

Pero el movimiento de las mujeres *sí* perduró y prosperó hasta la década de los noventa, mientras que buena parte del *élan* original del movimiento por los derechos civiles se consumía. Los signos de crecimiento del movimiento de las mujeres fueron a la vez ideológicos —al declarar cada vez más mujeres su simpatía hacia el feminismo— y organizativos: la afiliación a las principales organizaciones feministas llegó a unos 250.000 miembros a comienzos de la década de los ochenta (Klein, 1987; Mueller, 1987). Incluso durante los setenta, cuando entró en declive la cultura activista estadounidense, el movimiento se hizo más fuerte, ofreciendo a las mujeres «un vehículo para mantener su activismo así como una comunidad que apoyaba un estilo de vida más generalizadamente feminista» (McAdam, 1988: 202). Como resultado se produjeron avances en el terreno legislativo y un crecimiento espectacular en el número de mujeres elegidas para cargos públicos (Mueller, 1987: 96-97). Por ofrecer un indicador cuantitativo del éxito, el número de propuestas presentadas ante el Congreso relacionadas con cuestiones de la mujer casi se duplicó entre comienzos de la década de 1960 y 1973-1974 (Costain, 1992: 10-11).

El movimiento de las mujeres estadounidenses nunca entró en escena tan espectacularmente como el de los estudiantes franceses u otros movimientos de confrontación de la década de los sesenta. Muchos de sus defensores iniciales eran mujeres educadas de clase

Womens Rebellion; Sara Evans, *Personal Politics*; Mary Katzenstein y Carol Mueller, eds., *The Women's Movements of the United States and Western Europe*; Jane Mansbridge, *Why We Lost the ERA*, y Suzanne Staggenborg, *The Pro-Choice Movement*, y al trabajo de puerta en puerta con mi amiga y colega Mary Katzenstein.

media que trabajaban discretamente entre las bambalinas de la política convencional y los grupos de interés; otras eran abogadas feministas que trabajaban por el movimiento en los momentos que les dejaban libres sus carreras profesionales. La mayoría no se mostraba organizativamente activa en absoluto, o colaboraba en organizaciones cuyos principales objetivos eran el trabajo, los derechos civiles, temas relacionados con la familia o la sanidad pública. Lo que es más, el progreso del movimiento estuvo marcado por derrotas significativas, como el fracaso de la Enmienda por la igualdad de derechos de 1983, el recorte del derecho al aborto durante las administraciones de Reagan y Bush y la aprobación por el Senado en 1991 de la nominación de Clarence Thomas al Tribunal Supremo.

Pero los signos públicos de que nos hallábamos ante un movimiento dinámico estaban presentes por todas partes. Entre 1965 y 1975 se produjo un tremendo incremento en la cobertura otorgada por la prensa tanto a los acontecimientos relacionados con las mujeres en general (Costain, 1987: 9) como a sus acciones de protesta en particular (p. 19). Con la aparición en el electorado, en la década de los setenta, de un «desfase entre los géneros» los políticos empezaron a dar respuesta rápidamente a las demandas planteadas por las mujeres (Freeman: 206-8). La apoteosis del movimiento se produjo con las elecciones de 1992, en las que un gran número de mujeres fueron elegidas al Congreso mientras que otras ocuparon altos cargos en la Administración de Clinton. Éste fue un movimiento que comenzó lentamente, a la sombra de los derechos civiles y la Nueva Izquierda, pero que no dejó de crecer en fuerza e importancia.

¿Qué explica las espectaculares diferencias entre el éxito del movimiento de las mujeres en Estados Unidos y el fracaso de los estudiantes en Francia? En términos de los cuatro poderes de los movimientos que hemos examinado —repertorios de confrontación, marcos de acción colectiva, estructuras del movimiento y especialmente la estructura de las oportunidades políticas—, aunque las mujeres americanas tuvieron un comienzo lento, sus posibilidades eran mucho mayores. Las siguientes comparaciones, por supuesto, omiten los matices y la diversidad de cada movimiento, pero muestran cómo son, en parte, producto de recursos que escapan a su control.

Repertorios contenciosos y no contenciosos

Mientras que los estudiantes franceses emplearon un repertorio contencioso altamente disruptivo y potencialmente violento —que recordaba los momentos más conflictivos de la historia francesa—, el movimiento de las mujeres estadounidenses recurrió a una variedad de formas de acción colectiva —públicas y privadas— que tendían marcadamente a lo convencional y lo simbólico.

El movimiento estudiantil francés fue notablemente pacífico durante la primavera de 1968, volviéndose violento sólo raras veces durante el invierno y la primavera del siguiente año. El escaso número de bajas producidas en los acontecimientos de mayo fue, por una parte, resultado de una política de moderación por parte de la policía y, por la otra, del rápido ascenso y caída del movimiento. El «mayo deslizante» italiano, más prolongado, mostró lo fácilmente que podía estallar la violencia cuando la confrontación se prolongaba y la policía quedaba fuera de control. No obstante, las dramáticas confrontaciones, las barricadas y las ocupaciones de los estudiantes alarmaron a la clase media, actitud que se vio potenciada por las huelgas que privaron a los franceses de servicios básicos. Para cuando llegaron las elecciones de junio, el rechazo hacia los estudiantes *enragés* era generalizado, incluso entre la clase obrera.

Por contraste, aunque los boicoteos ocasionales, la desobediencia civil y las ocupaciones pacíficas marcaron puntos clave del movimiento de las mujeres norteamericanas, su confianza en los desafíos culturales y simbólicos, las marchas y manifestaciones convencionales y la actividad educativa y de los grupos de presión le situaba dentro de la corriente mayoritaria de la acción colectiva en Estados Unidos. Por añadidura, las feministas hacían real la consigna de «lo personal es político» (Evans, 1980: cap. 9) en los intersticios de la familia y los grupos de trabajo. Incluso en las fuerzas armadas, un bastión del dominio masculino, y en instituciones cerradas como la Iglesia católica, las mujeres actuaban colectivamente en lo que un observador denomina «movilización discreta» (Katzenstein, 1990).

Los marcos de la acción colectiva

Existían también importantes diferencias entre los discursos y el simbolismo de ambos movimientos. Los estudiantes empleaban un

discurso simbólico que les aislaba del lenguaje de los ciudadanos franceses de a pie. «¡La imaginación al poder!» y «¡La lucha continúa!» eran consignas capaces de atraer la atención estudiantil, pero que tenían escaso eco entre la gente que hacía cola para comprar gasolina o no podía recoger sus pagas. La asamblea permanente del teatro Odéon en mayo de 1968 produjo animados debates y generó un espíritu de camaradería, pero la suciedad y anarquía de la Sorbona ocupada parecía tan sólo un *chien-lit* a quienes seguían los acontecimientos en los periódicos¹⁰. Cuando la policía desalojó la universidad, los franceses exhalaban colectivamente un suspiro de alivio.

Por contraste, un aspecto importante del movimiento de las mujeres estadounidenses, y uno de sus mayores éxitos, fue la atención que prestaba al significado: «mujeres» en vez de «chicas», «género» en vez de «sexo», «compañera» en vez de «amiga». Tales cambios en el lenguaje común se han convertido en moneda corriente en la cultura popular norteamericana, pues las mujeres se dieron cuenta de que «poner nombre» a las cosas representa un importante paso adelante con miras a cambiarlas. El movimiento de las mujeres en Estados Unidos es el mejor ejemplo del que disponemos para ilustrar la observación del psicólogo social Bert Klanderman de que el discurso público puede tener un profundo impacto sobre las identidades colectivas, y que éstas se convierten posteriormente en un recurso para la acción colectiva (1992: 87-89).

Las estructuras de movilización

Las redes organizativas constituyen una tercer área de contraste entre los dos movimientos. Como muchos de los movimientos nacidos en la década de los sesenta, ambos propugnaban la autonomía, la descentralización y la espontaneidad. Pero el movimiento de los estudiantes franceses se extendió instantáneamente y se vino abajo rápidamente en cuanto los estudiantes se fueron de vacaciones en junio. Cuando regresaron para iniciar el siguiente curso académico, sólo los más militantes estaban dispuestos a oponerse a las elecciones previstas en el plan de Faure. Su nivel de militancia, su escaso número y su

¹⁰ La expresión «*chien-lit*», usada por el general de Gaulle para denigrar a los estudiantes, significa tanto mascarada como desorden.

aislamiento llevaron a estos grupos a utilizar métodos violentos para bloquear las elecciones, lo que hizo que el gobierno enviara a la policía al *campus*; esto desanimó a los estudiantes más moderados y convirtió a antiguos aliados de las facultades en oponentes.

A largo plazo, el principal problema organizativo del movimiento de los estudiantes franceses fue que su duración no excedía a la de las generaciones estudiantiles. Cuando los estudiantes se licenciaron y dispersaron en la sociedad, lo mismo ocurrió con su movimiento. En el siguiente ciclo de oportunidades para la movilización estudiantil, que no se presentó hasta mediada la década de los setenta, su lugar había sido ocupado por otra generación de estudiantes, y las redes creadas en 1968 se habían desvanecido hacía mucho.

Por contraste, el movimiento de las mujeres norteamericanas desarrolló una estructura de redes amplia, variada y en constante crecimiento, que iba de colectivos informales de mujeres a programas de estudios en las universidades y organizaciones formales como NOW, WEAL y NWPC¹¹. Existía ya una importante red de «derechos de la mujer» cuando hizo su aparición el «nuevo» movimiento de los sesenta (Rupp y Taylor, 1987). La nueva rama del movimiento puso un énfasis mayor en la informalidad y el personalismo, que sigue siendo evidente hoy en día en el estilo del movimiento. La importancia concedida a la experiencia personal en redes de grupos pequeños «en cuyo seno las mujeres pudieran compartir los aspectos íntimos de sus vidas» a menudo le ha costado caro al movimiento, pero es cierto que ofrecía espacios libres en los que se podía mantener el consenso y reclutar a nuevas activistas a partir de vínculos de amistad (Evans, 1980: 215). Incluso una importante derrota como la sufrida por la ERA no fue suficiente para desbaratar las redes de base.

¹¹ La organización ha sido el punto débil de los estudios sobre el movimiento de las mujeres, pues las estudiosas de tendencia feminista se centraban más en la conciencia que en la interesante estructura del movimiento, tal vez reflejo de su énfasis en el discurso y la identidad colectiva. No obstante, empiezan a multiplicarse los estudios que analizan la organización y especialmente las redes informales del movimiento. Por ejemplo, véanse Anne Costain, *Inviting Women's Rebellion*, cap. 3; Myra Marx Ferree y Patricia Yancey Martin, eds., *Feminist Organization: Harvest of the New Women's Movement*; Mary Katzenstein, «Feminism within American Institutions»; Jane Mansbridge, *Why We Lost the ERA*, caps. 12-13, y Suzanne Staggenborg, *The Pro-Choice Movement*.

La explotación y creación de oportunidades

Los repertorios, marcos y organizaciones de la acción colectiva son poderes importantes, pero sólo pueden poner en marcha movimientos cuando son activados por incentivos específicos. Los incentivos pueden ser personales y organizativos, pero los principales son las estructuras y cambios en las oportunidades políticas. Es a través de los cambios en sus respectivas estructuras de oportunidades como mejor pueden explicarse el fracaso del movimiento estudiantil francés y el éxito del movimiento de las mujeres estadounidenses.

Vimos anteriormente cómo los reformistas franceses utilizaron por primera vez la rutina de la política parlamentaria en un intento de adecuar el sistema educativo después de mayo, y cómo ésta erosionó posteriormente su iniciativa al ir desvaneciéndose la amenaza de desorden. Con una mayoría electoral reforzada y el control de la agenda parlamentaria, el gobierno francés pudo dirigir la reforma universitaria y guiarla hasta una conclusión políticamente segura, de un modo en que no pudieron hacerlo regímenes menos centralizados, como el estadounidense o el italiano.

El movimiento de las mujeres, que se basaba mucho menos en la amenaza del desorden que en la promesa de un realineamiento, tardó más en dar fruto, pero finalmente emergió como un factor importante en la política estadounidense. La estructura del sistema de partidos en Estados Unidos, especialmente la del Partido Demócrata, ha sido crucial para la estrategia y el éxito del movimiento (Costain, 1992; Freeman, 1987). Según Freeman, el Partido Demócrata reconoce a los grupos en función de «a quienes representan», y no de «a quienes conocen» (p. 236). Este factor ha otorgado a las mujeres un peso en los círculos del partido del que carecían en el Partido Republicano, convirtiendo a la plataforma demócrata en una caja de resonancia útil para las preocupaciones feministas.

Mientras que las mujeres francesas e italianas se han convertido en importantes bolsas de votos para los partidos de izquierdas en sus respectivos países, el movimiento de las mujeres norteamericanas ha desarrollado una difícil y cambiante alianza con el sistema de partidos. Sin embargo, son las oportunidades electorales las que han producido mayores incentivos para la introducción de cambios en la política relativa a los géneros. «Hemos sacado mucho partido a este desfase entre los géneros —decía una de las responsables de una

organización de mujeres—. No queremos cerrarlo... ¡Qué demonios, queremos ampliarlo!» (Costain y Costain, 1987: 206).

En resumen, los estudiantes franceses entraron en escena más espectacularmente que las mujeres norteamericanas, pero su repertorio descontrolado, su discurso oscuro y abstracto, su falta de estructuras consistentes de movilización y de redes permanentes y, especialmente, el desplazamiento de las oportunidades políticas de los movimientos de Mayo hacia el gobierno convergieron para reducir el poder de su movimiento. Las mujeres, que se movilizaron inicialmente a la sombra del movimiento por los derechos civiles, combinaron un repertorio rico y variado, una política discursiva significativa, una estructura de redes imbricada en la sociedad y las instituciones y una ventaja electoral que ha convertido su movimiento en uno de los de mayor éxito de la historia social americana y ha producido, entre otras cosas, un profundo cambio en la cultura política.

Los cambios en la cultura política¹²

La cultura política, como planteé en el Capítulo 7, es un concepto huido, difícil de exponer empíricamente. Pero no podemos evitar la impresión, por difícil que sea demostrarlo, de que los impactos de mayor alcance de los ciclos de protesta se encuentran en los cambios lentos y acumulativos de la cultura política. Podemos ver estos cambios de tres maneras: en el impacto de los movimientos en los marcos de acción colectiva, en los repertorios y en las agendas políticas.

En su sugerente artículo, Aristide Zolberg (1972) llegó a la conclusión de que los «momentos de locura» producen transformaciones significativas por tres vías. En primer lugar, por medio del «torrente de palabras» e ideas que implica una intensa experiencia de aprendizaje a través de la cual emergen nuevos conceptos, inicialmente formulados en tertulias o camarillas, como creencias compartidas por

¹² La siguiente sección se apoya en mi «Cycles of Collective Action: Between Moments of Madness and the Repertoire of Contentious», *Social Science History*, pp. 281-307.

públicos mucho más amplios. En segundo lugar, estas nuevas creencias quedan ancladas en nuevas redes de relaciones que se constituyen rápidamente durante periodos de actividad intensa. En tercer lugar, desde el punto de vista de la política, las formulaciones instantáneas que surgen en el clímax de un ciclo de protesta se convierten en objetivos irreversibles que a menudo son institucionalizados (p. 206). Cada uno de estos elementos implica un efecto indirecto y mediato —más que directo e inmediato— de los ciclos de protesta sobre la cultura. Por esto debemos ir más allá del final del ciclo para apreciar sus efectos.

Empezando por el primero de los cambios propuestos por Zolberg —la aparición de nuevas creencias entre un público más amplio—, en el momento en que las nuevas ideas se filtran desde sus promotores hasta quienes las «vulgarizan» y domestican, las nuevas formas de acción colectiva inventadas en el clímax del ciclo se vuelven modulares. No se trata simplemente de que la misma gente siga usando las mismas formas de acción; al ir siendo conocidas y aprendidas éstas a nivel de toda la sociedad, se convierten en formas convencionales de actividad que pueden emplear otros, incluso quienes no comparten los objetivos o preferencias de sus creadores.

En Estados Unidos, por ejemplo, la ocupación pacífica fue desarrollada y utilizada por los movimientos en favor de los derechos civiles y antibelicistas de los sesenta. De ahí se extendió a los movimientos ambientalista y pacifista de los setenta y, en última instancia, se la apropiaron movimientos antagonistas de las causas liberales, como el antiaborto. No es la invención en sí, sino sus productos destilados, refinados y convertidos en rutinas, lo que pasa a formar parte del repertorio de acción colectiva. Si además es absorbido por la cultura política, puede afectar en última instancia a la definición misma de ciudadanía.

En segundo lugar, del mismo modo que en el clímax de los ciclos de movimiento se forman redes de activistas que difunden a otros nuevas tácticas e ideas, éstas sustentan a los movimientos durante los periodos de inercia y reacción. Lo que Doug McAdam descubrió entre los antiguos participantes en el Freedom Summer es también aplicable a los firmantes checos de la Carta 77, que reemergieron de nuevo en el corazón del movimiento para derrocar al comunismo en 1989. En la medida en que los antiguos activistas permanecen inner-

sos en una comunidad, concluye McAdam, «tienden a sentir cierta presión en favor de mantenerse activos y también de sentirse más optimistas acerca de la efectividad de su activismo» (1988: 218).

Incluso durante largos periodos de estancamiento político, como la década de los cincuenta, las redes interpersonales mantienen viva la idea del movimiento entre pequeños grupos de activistas. «¿Feminismo en los cincuenta? —preguntan retóricamente Leila Rupp y Verta Taylor—: Pero si éstos fueron años de vida doméstica y conformidad para las mujeres norteamericanas, no de descontento y protesta» (p. vii). Pero Rupp y Taylor encontraron pruebas de que el feminismo sobrevivía entre mujeres cuyo activismo —por limitado que fuera— garantizaba la continuidad del movimiento en un clima de antifeminismo (pp. 110-111). Lo mismo podría decirse de las redes de mujeres en los años conservadores de la Administración de Reagan, cuando el movimiento se estancó y algunos de sus logros experimentaron una regresión. Esas mujeres, al permanecer en contacto, mantuvieron viva la llama del feminismo en redes interpersonales y asociaciones secundarias.

Finalmente, aunque los movimientos no salvan la distancia entre el presente y el futuro, como quisieran los entusiastas del «momento de locura» en el clímax del ciclo, a veces «la reducen drásticamente, y en ese sentido son verdaderos milagros» (Zolberg, 1972: 206). El mero hecho de introducir una nueva demanda en la agenda política de un modo expresivo y desafiante, al menos en los estados democráticos liberales, permite la formación de coaliciones en torno suyo y que éstas se alineen en el seno de marcos culturales generales.

No obstante, esto no sucede de manera directa, ni siquiera de un modo lineal. De hecho, al ser vulgarizadas y domesticadas sus ideas, los «madrugadores» de un ciclo de protesta desaparecen a menudo de la escena. Pero una parte de su mensaje se destila e incorpora a los marcos comunes de la cultura pública o privada mientras el resto se ignora. Así, las mujeres del primer movimiento sufragista americano desaparecieron rápidamente del escenario político al sumirse el país en una gran guerra civil y, posteriormente, en un rápido proceso de industrialización. No obstante, los objetivos que introdujeron en la agenda, e incluso algunas de sus justificaciones ideológicas, quedaron a disposición de quienes lucharon por ellos en circunstancias más propicias.

Los madrugadores de un ciclo de protesta y los responsables de

su éxito suelen angustiarse al ver que se desvía en direcciones que jamás imaginaron. Cuando dos de los fundadores de la República americana, John Adams y Thomas Jefferson, volvieron la vista hacia lo que su generación había logrado, se quedaron horrorizados. En vez de una república de la virtud, escribe Gordon Wood, «América había creado una sociedad gigantesca que crecía desordenadamente, más igualitaria, mediocre y dominada por los intereses de la gente corriente que cualquier otra que jamás hubiera existido» (p. 348). Debido al odio que sentía hacia la cultura de los negocios que se extendía por el país, Jefferson tampoco llegó nunca a apreciar «hasta qué punto sus principios democráticos e igualitarios habían contribuido a su nacimiento» (p. 367). «Todos, todos muertos —le escribí a un amigo cuando su vida estaba a punto de acabar—, y nosotros nos quedamos solos en medio de una nueva generación que ni conocemos ni nos conoce» (p. 368).

Los efectos de los ciclos de movimiento social son indirectos y en gran medida impredecibles. Actúan a través de procesos capilares bajo la superficie de la política, conectando los sueños utópicos, la solidaridad exaltante y la retórica entusiasta del clímax del ciclo al ritmo glacial, culturalmente constreñido y enfrentado a resistencias sociales del cambio social. Poca gente osa romper la corteza de la convención. Cuando lo hace, crea oportunidades y ofrece modelos de pensamiento y acción para que quienes los usen busquen objetivos más convencionales de un modo más institucionalizado. Lo que queda tras el entusiasmo del ciclo es un residuo de reforma.

Tales ciclos han surgido y se han venido abajo periódicamente a lo largo de los dos últimos siglos. Cada vez que aparecen, los críticos y entusiastas creen que el mundo se está volviendo del revés, pero, con la misma regularidad, el desgaste de la movilización, los conflictos que surgen entre sectores del movimiento y las oportunidades que éste crea para sus oponentes y las elites ponen fin al ciclo. Durante doscientos años, el poder del movimiento ha sido efímeramente galvanizante y ha parecido irresistible en su momento, pero se desgasta y queda integrado en el proceso político.

En el mundo contemporáneo, sin embargo, han cambiado muchas cosas. Los movimientos surgen más fácilmente y se extienden con mayor rapidez que antaño. Las conflagraciones violentas de la última década, desde Irán hasta la Unión Soviética y el este de Euro-



pa, han llevado a algunos a sospechar que se ha roto el ritmo cíclico del pasado, que estamos entrando en una fase de la historia en la que los movimientos surgirán de forma continua, escaparán a la atracción del proceso político y serán cada vez más violentos. ¿Vivimos, pues, en una «sociedad movilizada»? ¿O se trata simplemente de que la dinámica de los ciclos de protesta examinada en éste y el anterior capítulo está adoptando nuevas formas e integrándose en el proceso político a través de nuevos mecanismos? Éste es el interrogante que abordaré en el capítulo final.

Capítulo 11

¿UNA SOCIEDAD MOVILIZADA?

En 1789, cuando llegaron a Gran Bretaña noticias de la revolución, el abolicionista Thomas Clarkson cruzó el Canal para urgir a sus colegas franceses que se unieran a la movilización organizada en su país contra la esclavitud. Clarkson recorrió de nuevo el mismo camino en 1814, tras una segunda oleada de agitación en Gran Bretaña. Pero «las dos veces —escribe el principal estudioso americano de la lucha contra la esclavitud— fracasó de medio a medio» (Drescher, 1994). Aunque los franceses abolieron la esclavitud en sus colonias en 1794, esto no fue más que «una respuesta desesperada a las contingencias de la guerra», escribe Drescher (1991: 712), y cuando Napoleón ascendió al poder se invirtió el proceso. El abolicionismo sólo consiguió atravesar el Canal cuando coincidió con terremotos políticos de mayor alcance (pp. 719-720).

Doscientos años más tarde, difundida de persona a persona por la letra impresa y la televisión, la acción colectiva cruzó rápidamente las fronteras internas del bloque soviético. Mientras los franceses conmemoraban —y enterraban!— el bicentenario de su revolución¹,

¹ «Ni el menor atisbo de radicalización subsiguiente, ningún eco de conflicto social, ninguna sombra del Terror podía manchar esta conmemoración», observaron los historiadores Keith Baker y Steven Kaplan respecto al Bicentenario en su prefacio a *The Cultural Origins of the French Revolution*, de Roger Chartier, p. xii. Al mismo tiempo que la celebraban, los franceses estaban enterrando su Revolución.

por el mundo comunista se extendía una nueva ola de revueltas. Centrado en Europa Central y del Este, con un breve y trágico eco en China, el movimiento dio paso a violentas confrontaciones en Rumanía, el Cáucaso y finalmente en Yugoslavia. En el transcurso de un año el comunismo había desaparecido, no sólo en la semiestalinizada Polonia y en los agitados Estados bálticos, sino también, a pesar del puño de hierro, en Alemania Oriental y en la subyugada Yugoslavia. En 1991 se había hundido incluso en la Unión Soviética, corazón del internacionalismo proletario, dando paso a una galaxia de sociedades semidemocráticas, semicapitalistas y profundamente conflictivas.

Cuando comparamos la rápida difusión de los movimientos de 1989 con la incapacidad de Clarkson para propagar el abolicionismo a través de 50 kilómetros de agua, podemos empezar a comprender el progreso del movimiento social a lo largo de los últimos doscientos años. Porque en 1989 no sólo se rebelaron *en masse* los europeos del Este; lo hicieron contra enemigos similares, virtualmente al mismo tiempo y en nombre de propósitos que sólo variaban en sus detalles. En 1789 los defensores del abolicionismo tuvieron dificultades para cruzar el canal de la Mancha, pero en 1989 el movimiento por la democracia se extendió de Berlín a Beijing en cuestión de semanas.

Aún continúa revelándose el significado de este cambio y sus implicaciones para la democracia son, como mínimo, mixtas. Pero, por lo que se refiere a la naturaleza de los movimientos sociales, sus implicaciones fueron profundas. Estos cambios no sólo cerraron la puerta al movimiento revolucionario más importante del siglo XX; a finales de 1989, en Europa del Este y en todo el bloque comunista, el movimiento contra el socialismo de Estado se había generalizado y sus variantes se habían vuelto modulares. Incluso en Italia, tan alejada de la periferia del comunismo mundial que su Partido Comunista era prácticamente irreconocible en 1989, los líderes del partido rechazaron su identidad histórica y cambiaron su bandera (Ignazi, 1992).

Sin embargo, el corazón del movimiento se encontraba en Europa del Este. Allí, con escasa organización previa, personas que no se conocían de nada (o que se conocían a través de las redes apolíticas de lo que los europeos orientales llamaban la «sociedad civil») emplearon formas similares de organización y acción, y se alzaron contra las

Véase *Adieu 1789*, de Kaplan, que interpreta el Bicentenario como un rito funerario de la Revolución.

autoridades en nombre de marcos similares de significado. Si las elites del Partido Comunista se rindieron prácticamente sin luchar, no fue sólo por desánimo, sino porque eran conscientes de las fuerzas a las que se enfrentaban y sabían lo que habría que hacer para reprimirlas. Lo que triunfó en 1989 no fue sólo este movimiento, sino *el* movimiento social.

La rápida difusión y el espectacular éxito del movimiento de 1989 fue un reflejo de los poderes del movimiento que he descrito en este libro. No obstante, también suscita algunos interrogantes preocupantes para la teoría del movimiento social sobre el orden mundial emergente, el aumento de la violencia, el recrudecimiento de los conflictos étnicos, la posible superación del Estado nacional y la internacionalización de los conflictos. En este capítulo examinaré primero los argumentos que he expuesto acerca del poder de los movimientos antes de abordar las cuestiones planteadas por el cataclismo de 1989 y sus secuelas violentas.

Doscientos años de movimiento

Dado que la acción colectiva es el denominador común de todo tipo de movimientos sociales, comenzamos con la teoría de ésta. Hace veinte años, los politólogos y sociólogos interesados en los movimientos sociales empezaron a examinar su campo de trabajo no desde el punto de vista de las acciones que se emprenden, sino como una paradoja, partiendo del supuesto de que la acción colectiva es difícil de generar. En el Capítulo 1 planteé que esta paradoja sólo es una paradoja (y no de una ley sociológica), porque la acción colectiva se produce en multitud de situaciones y en condiciones difíciles, a menudo instigada por personas de escasos recursos y poco poder inherente.

Inicialmente, los teóricos de la acción colectiva buscaron la «solución» a este rompecabezas en la teoría del economista Mancur Olson de que los «grandes grupos» movilizan miembros a través de incentivos y limitaciones selectivas. Si bien la teoría olsoniana funcionaba bien para los grupos de interés, era inadecuada para los movimientos sociales por la sencilla razón de que éstos implican a actores multipolares en un conflicto con sus oponentes y de que tienen pocos incentivos o constricciones que presentar. Al contrario que las aso-

ciaciones voluntarias, los movimientos no son organizaciones, y quienes intentan liderarlos tienen escaso o ningún control sobre aquellos que esperan que les sigan.

La tarea fundamental de los organizadores del movimiento es dar solución a lo que he llamado los «costes sociales transaccionales de la acción colectiva»: crear puntos focales para personas que no cuentan con fuentes de coordinación compulsiva, que a menudo carecen de vínculos directos entre ellas y que disponen de pocos o ningún recurso interno. Si bien las grandes empresas y grupos de interés resuelven el problema de los costes transaccionales internalizando sus activos, los movimientos rara vez disponen de esta opción. De hecho, los organizadores que intentan convertir su «base» en cuadros disciplinados desperdician buena parte de su energía en lograr el control interno. El modo en que los movimientos se convierten en centros focales de la acción colectiva y la mantienen frente a sus oponentes y el Estado era la pregunta clave de este libro.

En respuesta a esta cuestión, yo sostengo que los principales incentivos para la creación y difusión de los movimientos se encuentran en la estructura de las oportunidades políticas. Un mayor acceso al poder, los realineamientos en el sistema político, los conflictos entre las elites y la disponibilidad de aliados ofrecen a los primeros disidentes los incentivos para el asalto al poder y la creación de oportunidades para otros. La difusión de los movimientos se produce a través de muchos mecanismos y se nutre de una variedad de recursos, pero el principal incentivo para que se les sumen nuevos grupos son las oportunidades políticas descubiertas por la acción de los «madrugadores» y explotadas por otros.

En respuesta a las oportunidades políticas, los movimientos utilizan diferentes formas de acción colectiva, tanto individual como conjuntamente, para vincular a la gente entre sí y con sus oponentes, defensores y terceras partes. Aprovechan las formas de acción conocidas —por medio de una especie de «contrato por convención», por emplear el término de Russell Hardin (1981)—, introduciendo innovaciones en su periferia para estimular a sus seguidores y crear miedo e incertidumbre entre sus oponentes. El mejor modo de ver la acción colectiva es no como un simple coste, sino como un coste y un beneficio para los movimientos sociales.

El equilibrio entre costes y beneficios contribuye a determinar la dinámica del movimiento. Al disminuir las ventajas de una determi-

nada forma de acción colectiva, los organizadores tienen incentivos para desarrollar nuevas acciones, incrementar el número de participantes o radicalizar su interacción con sus oponentes. Los conflictos y deserciones en el seno de los movimientos sociales, así como sus confrontaciones con el Estado son, en parte, resultado del intento de mantener el impulso del movimiento mediante nuevas y más audaces acciones colectivas.

Pero en la formación de un movimiento social hay más que un «tirón» hacia formas concretas de acción; también tiene que haber un «empujón» por parte de la solidaridad y la identidad colectiva. La solidaridad tiene mucho que ver con el interés, pero sólo produce un movimiento sostenido cuando se crea un consenso en torno a significados y valores comunes. Estos significados y valores son en parte heredados y en parte contruidos en el acto de enfrentarse a los antagonistas. También se constituyen en virtud de la interacción en el seno de los movimientos. Uno de los principales factores que distinguen a los movimientos con éxito de los que fracasan es su capacidad de vincular supuestos heredados al imperativo del activismo.

La acción colectiva a menudo es liderada por organizaciones del movimiento, pero a veces éstas son beneficiarias, a veces incitadoras y en otras ocasiones destructoras de la política popular. La recurrente controversia sobre si las organizaciones producen los movimientos o acaban con ellos sólo puede resolverse si examinamos las estructuras menos formales de las que se alimentan: las redes sociales presentes en la base de la sociedad y las estructuras movilizadoras que las vinculan con los puntos focales de conflicto. Un movimiento se mantiene como resultado de un delicado equilibrio entre asfixiar su poder por un exceso de organización y dejarlo libre para que se desgaste inútilmente por la tiranía de la descentralización (J. Hellman, 1987).

Oportunidades, ciclos y agotamiento del movimiento

No obstante, los repertorios, los marcos culturales y la organización de la acción colectiva sólo son fuentes potenciales de poder. Pueden emplearse con la misma facilidad para el control social que para la rebelión. Los ciclos recurrentes de protesta descritos en el Capítulo 9 son producto de la difusión de oportunidades políticas que transforman el potencial de movilización en acción. En estos

crisoles de conflicto e innovación, los movimientos no sólo sacan partido a las oportunidades disponibles; las crean para otros generando nuevas formas de acción, instaurando nuevos «marcos maestros», activando redes sociales y formando coaliciones que obligan al Estado a responder al desorden que le rodea.

La respuesta es con frecuencia represiva, pero incluso la represión va a menudo combinada con reformas. La reforma es una respuesta habitual por parte de los gobernantes cuando se encuentran en una posición vulnerable, especialmente cuando las contraélites del sistema ven la oportunidad de explotar la situación en su beneficio aliándose con los disidentes. Cuando el conflicto se desinfla y los militantes se retiran a lamerse las heridas, muchos de sus avances quedan sin efecto, pero dejan a su paso un aumento de la participación, cambios en la cultura popular y redes residuales del movimiento. Los ciclos de movimiento son una estación de siembra, pero durante los periodos de desmovilización que los siguen los últimos en sumarse a la causa suelen ser quienes recogen la cosecha.

Si los ciclos de protesta se inician merced a una expansión de las oportunidades, ¿cómo es que entran en declive, como inevitablemente ocurre? ¿Es simplemente porque la gente se cansa de la agitación, porque se producen enervantes disputas faccionales en el seno de sus movimientos, porque las organizaciones se vuelven opresivas o porque las elites reprimen y aplacan a los revoltosos? Todas ellas son causas que contribuyen al declive cíclico, pero existe también un motivo más sistémico: dado que el poder de los movimientos depende de la movilización de oportunidades externas, cuando éstas se expanden de los disidentes a otros grupos y pasan a las elites y las autoridades, los movimientos pierden su principal fuente de poder. Durante breves periodos de la historia el poder de los movimientos parece irresistible, pero se dispersa rápidamente y adopta inexorablemente formas políticas más institucionales. Examinaremos ahora cómo ha cambiado el poder de los movimientos.

1789-1989

Si cada movimiento social nuevo tuviera que crear desde cero sus formas de acción colectiva, sus marcos de significado y sus estructuras de movilización, el problema de la acción colectiva sería insupe-

nable y el mundo sería un lugar mucho más apacible. Si existe en este libro algún mensaje básico, es que el poder de los movimientos es acumulativo. Los teóricos sociales descubren constantemente «nuevos» movimientos sociales, pero el calificativo «nuevo» pierde sentido cuando examinamos un cuadro histórico más amplio. Los nuevos movimientos no sólo retoman muchos de los temas de sus predecesores, como la identidad, la autonomía y la injusticia (Calhoun, 1993), sino que también se apoyan sobre las prácticas e instituciones del pasado.

Fue la consolidación del Estado nacional en el siglo XVIII lo que creó el marco en el que se desarrollaron los movimientos sociales nacionales. Éstos fueron el resultado tanto de la penetración de los constructores del Estado en la sociedad como de la creación de marcos comunes para la ciudadanía. Aunque los estados en expansión pretendían reprimir a la oposición y confinar a la periferia a la obediencia, también crearon categorías de identidad y relaciones estandarizadas a nivel nacional. Ofrecían además un punto de apoyo gracias al cual la gente podía librar sus conflictos sociales con terceros.

La creación de un objetivo y un punto de apoyo estatal para los conflictos transformó el modo en que la gente planteaba sus demandas. Utilizar al Estado central para buscar beneficios o atacar a un oponente suponía emplear el repertorio de acción colectiva que reconocían las elites del Estado. En los estados democráticos, el resultado fue el repertorio de masas, modular, y en gran medida pacífico, del siglo XX. La novedad de este nuevo repertorio no era su existencia, sino su capacidad de aglutinar grandes coaliciones de disidentes en interacciones mantenidas con los estados nacionales y de plantear reivindicaciones generales contra ellos.

¿Por qué se desarrolló esta capacidad cuando lo hizo en Occidente? Fue el surgimiento de los estados nacionales y de una economía capitalista internacionalizada lo que ayudó a florecer al movimiento y sentó las bases de los movimientos sociales. Tuvieron su origen en Occidente porque fue allí donde apareció por vez primera el Estado nacional consolidado. Cuando los estados occidentales y el capitalismo en expansión emprendieron la colonización del resto del mundo, llevaron consigo las precondiciones y las prácticas del movimiento social.

En el proceso de desarrollo del movimiento resultaron decisivos dos grandes cambios estructurales: las asociaciones estables, que

ofrecían formas legales y convencionales que podían utilizar los actores más agresivos, y los nuevos medios de comunicación, de más alcance, que difundían modelos de acción colectiva y nuevos marcos cognitivos de un sector o país a otro. Aunque los primeros analistas insistían en la importancia de las clases a la hora de poner en marcha los movimientos, fue a través de coaliciones interclasistas y translocales creadas por medio de la imprenta y la asociación como tomaron forma los primeros movimientos que tuvieron éxito. Los movimientos nacionalistas que se extendieron por toda Europa y Estados Unidos, y por todo el mundo, tenían la capacidad de traspasar las fronteras de clase y formar dichas coaliciones interclasistas.

Éstos no fueron procesos aleatorios. Las confrontaciones recurrentes vinculaban a actores sociales específicos con sus antagonistas a través de formas de acción colectiva que se convirtieron en rutinas recurrentes: la huelga, entre trabajadores y empresarios; las manifestaciones, entre disidentes y sus oponentes; la rebelión, entre insurgentes y el Estado. El movimiento social nacional se desarrolló como una secuencia de desafíos mantenidos contra las elites, las autoridades o los oponentes por parte de personas con objetivos colectivos y solidarios, o de quienes afirmaban representarles.

Una vez que estas oportunidades, convenciones y recursos estuvieron a disposición de la gente de a pie, pudo resolverse el problema de los costes sociales transaccionales y los movimientos pudieron extenderse a sociedades enteras, produciendo los periodos de turbulencia y realineamiento que he denominado «ciclos de protesta». Tales periodos tenían repercusiones que daban lugar a la represión o a las reformas, y a menudo a ambos. Fueron las principales divisorias para las innovaciones que vemos hoy en día en la acción colectiva, para cambios en la cultura política, un aumento en la participación y la creación de futuras redes de militantes y seguidores.

El primer gran ciclo de protesta tuvo lugar en 1789, pero se difundió fuera de las fronteras de Francia a punta de bayoneta. El primer gran ciclo internacional se produjo durante la Revolución de 1848. Los más recientes, anteriores a 1989, fueron los movimientos anticoloniales del periodo de postguerra tras la II Guerra Mundial y los movimientos de la década de los sesenta en Europa y Estados Unidos. Estos últimos fueron, en su mayor parte, no violentos. Si bien 1848 finalizó en lucha armada e intervención extranjera, tanto el nacionalismo anticolonial como los movimientos de los sesenta con-

dujeron a las herramientas de la acción directa no violenta a nuevas cumbres de refinamiento y eficacia.

Los movimientos de 1989 en Europa del Este fueron en muchos aspectos la culminación de estas tendencias. Al igual que los anteriores, no se trataba de movimientos de clase. Al principio fueron marcadamente no violentos y se extendieron con rapidez por toda la región. Se emplearon formas de acción colectiva tanto nuevas como viejas. A las cuestiones de la injusticia y la liberación se les sumaron nuevos marcos de significado, como la participación y la lucha contra la corrupción. Las organizaciones eran débiles, pero la acción colectiva y el consenso se extendieron a través de redes sociales de base. Como en el pasado, los principales incentivos que convirtieron el descontento subyacente en movimiento fueron las oportunidades políticas.

De estas oportunidades, las más importantes fueron de carácter transnacional: las aperturas, los realineamientos y las divisiones entre los comunistas reformistas y los ortodoxos, y el ánimo que infundieron a los disidentes las reformas internas de Gorbachov y su política hacia Europa del Este. A medida que se debilitaban las elites y su resistencia en todos los países de la zona, se creaban oportunidades nuevas y más amplias. El movimiento se extendió en gran medida —como lo había hecho la Revolución de 1848— por un proceso de imitación, difusión, reacción y transformación de movimientos dispersos, que culminaron en negociaciones con las elites y en el intento de construir nuevas instituciones a través de la lucha.

Pero, al igual que en 1848, cuando el movimiento se extendió por toda Europa del Este, del liberalismo y el gobierno representativo se pasó al particularismo étnico y la reafirmación nacionalista. Si en 1989 multitudes de checos y eslovacos se echaron a la calle para manifestarse en favor de la libertad en Praga y Bratislava, al llegar 1992 ambas ciudades se habían convertido en las capitales de un país dividido. Si en 1988 miles de húngaros se manifestaron ante la tumba de Imre Nagy, a comienzos de la década de 1990 los partidos que liberaron a su país del comunismo tenían dificultades para atraer a los votantes. Mientras que en 1989 los alemanes del Este y el Oeste se unieron en una oda a la libertad, en 1991 «*Ossies*» y «*Wessies*» se miraban con recelo. En Polonia, los líderes de Solidaridad, que habían puesto en marcha el proceso una década atrás, se dividieron en partidos políticos rivales. Y en Rusia, el movimiento demo-

crático de finales de los ochenta dio lugar a una gama de semipartidos, algunos de ellos residuos del anterior régimen y otros que revivían formas de xenofobia del pasado zarista.

Inmediatamente después de la ebullición de 1989, algunos observadores predijeron que las viejas elites serían barridas del escenario político, que las economías controladas por el Estado se privatizarían rápidamente y que se introduciría una nueva política democrática a imagen y semejanza de la de Occidente. Pero a comienzos de los noventa, las viejas elites seguían en activo en muchas partes del antiguo mundo comunista —algunas de ellas transformadas de *apparatchiks* en *entrepreneurchiks*— y la privatización de las economías estaba produciendo situaciones tormentosas. En esta situación, las oportunidades e incertidumbres de los años posteriores a 1989 permitieron el juego de diferentes actores, algunos de los cuales no tenían como objetivo la democracia o la libertad de mercado. Del mismo modo que la Primavera de la Libertad de 1848 finalizó con el golpe de Napoleón en 1851, la Oda a la Libertad de Berlín fue el preludio de los conflictos étnicos de los noventa y de la carnicería de Sarajevo.

La sociedad movilizada: ¿transnacional y violenta?

¿Hasta qué punto fue representativo el movimiento de 1989? Desde luego, algunas de sus peculiaridades obedecieron a la naturaleza casi única del bloque soviético. Por ejemplo, fue el primer movimiento de la historia que logró destruir un poderoso imperio multiestatal de un solo golpe. También se vio impulsado fundamentalmente —al menos, al principio— por negociaciones pacíficas, manteniéndose en suspenso la amenaza de violencia de masas en casi todos los países de la región hasta que hubo desaparecido el socialismo de Estado. Pero, a pesar de su particularidad, el ciclo de 1989 puede ayudarnos a descubrir algunos de los modos en que ha cambiado el movimiento social nacional en sus doscientos años de historia. Si estos cambios son sustanciales y acumulativos, el mundo quizá esté pasando de una lógica de alternancia entre periodos de movimiento y aquiescencia a una sociedad de movimiento permanente. En esta fase, sólo podemos imaginar las posibilidades y especular acerca de sus implicaciones.

Los movimientos transnacionales

Cuando volvemos a la comparación entre el fracaso de Clarkson en 1789 y el éxito de 1989, vemos una importante diferencia: que los movimientos se extienden más rápidamente ahora que en el pasado, incluso en ausencia de organizaciones formales. Esto es una expresión de la universalidad del repertorio de la acción colectiva, debida, en parte, a la rapidez de las comunicaciones globales y, en parte, a la aparición de movimientos transnacionales. El contraste entre el abolicionismo de 1789 y los movimientos de 1989 ilustrará estos tres puntos.

Frente a la incapacidad de Clarkson para difundir el abolicionismo a través de tan sólo 50 Km de agua en 1789, en 1989 el conocimiento de cómo crear un movimiento social se había generalizado hasta tal punto que el derrocamiento del Estado socialista adoptó una forma notablemente similar en un continente y medio. Por ejemplo, la cadena humana que formaron los disidentes en los estados bálticos en 1989 reprodujo la misma táctica que había utilizado pocos años antes el movimiento pacifista europeo. La «mesa redonda» donde se esbozó la futura división del poder en Polonia fue adoptada en otros muchos países de la región. «Lo que resulta más llamativo —escriben Valerie Bunce y Dennis Chong— es la velocidad con la que las masas de cada país convergieron en determinadas estrategias, coordinaron sus acciones y ejecutaron con éxito sus planes» (1990: 3).

En segundo lugar, la aparición de la televisión global tuvo gran influencia en la difusión del movimiento, y esto no se limita al este de Europa en 1989. En el siglo XVIII, los movimientos aún se difundían verbalmente, por medio de la letra impresa y las asociaciones, o de personas como Clarkson, que actuaban como misioneros del movimiento. Pero en 1989 la difusión del movimiento democrático en el este de Europa —por no mencionar su trágico eco en China— apenas dejó ninguna duda de que la acción colectiva puede extenderse a través de las comunicaciones globales. Los disidentes en potencia no sólo reciben información acerca de las oportunidades políticas por los medios de comunicación de masas; cuando ven que otra gente similar a ellos tiene éxito en el enfrentamiento, les resulta fácil imaginarse a sí mismos haciendo lo propio. Y del mismo modo en que aprenden *de* la televisión, se han vuelto expertos en el uso de ésta para proyectar información sobre sus movimientos a los centros internacionales de poder.

En tercer lugar, debido al centralismo del Estado nacional, los movimientos como el abolicionismo se extendieron lentamente y adoptaron formas diferentes en distintas partes de Europa (Drescher, 1987: 199). Lo mismo ocurrió con el movimiento democrático de finales del siglo XVIII. En el siglo XIX, tanto la democracia radical como el socialismo se difundieron más rápidamente, pero aun así hubieron de pasar cincuenta años para que la socialdemocracia llegara a Rusia y, cuando lo hizo, fue en una forma muy diferente a la de Occidente.

Quizá cada vez más, los ciclos de protesta recientes han sido inherentemente transnacionales, y por tanto se han difundido más rápidamente. Los movimientos de descolonización en los antiguos imperios británico y francés; la nueva izquierda europea y estadounidense de los sesenta; los movimientos pacifistas de los ochenta; ~~los movimientos ambientalistas~~ globales como Greenpeace, no son casos de simple imitación y difusión, sino expresiones del mismo movimiento en su acción contra objetivos similares. Los movimientos de 1989 en Europa del Este fueron casos extremos en este aspecto, pero en su interdependencia y dependencia mutua de las tendencias internacionales no se diferenciaban tanto de estos otros movimientos recientes.

En los últimos años, el modelo arquetípico de movimiento transnacional ha sido el Islam militante y fundamentalista. Su extensión de Irán a Afganistán, al valle de la Bekaa y la franja de Gaza, y más recientemente al norte de África, tiende puentes entre la religión insitucional y la guerra de guerrillas. Entre estos extremos de violencia e institucionalización, sus organizadores han empleado un conjunto de tácticas similares en todas partes: la movilización de los habitantes de los suburbios, la intimidación de las mujeres, la extorsión a pequeños empresarios, incluso el proceso electoral cuando ha resultado conveniente. Un movimiento laico profundamente arraigado, la Organización para la Liberación de Palestina, se ha visto seriamente amenazado por la competencia del movimiento islámico. Otros movimientos de similares características obligaron al ejército soviético a retirarse de Afganistán y derrocaron al gobierno sudanés. El gobierno argelino sólo se salvó del dominio islámico gracias a un golpe militar. Y ya en 1991, incluso el laico Egipto estaba bajo el ataque de fundamentalistas que disfrutaban de apoyo internacional.

La extensión de movimientos transnacionales como el islamismo militante conduce a una interrogante más amplia y de mayor alcance. Si es cierto que vivimos en un mundo cada vez más interdependiente, ¿estamos convirtiéndonos en una sociedad única y movilizada? Y, caso de ser así, ¿perderán los movimientos sus ritmos cíclicos y nacionales del pasado, adoptando el carácter de una turbulencia continua que vaya más allá de las fronteras nacionales e imposible de controlar por los estados nacionales? Una sociedad movilizada puede ser una sociedad cada vez más violenta. ¿Qué respalda esta afirmación?

*¿Ex prisioneros del Estado?*²

En su libro *Turbulence in World Politics*, James Rosenau argumenta que nos hallamos en un mundo único y más turbulento. Rosenau ve todo el periodo posterior a la II Guerra Mundial como el comienzo de una nueva era de «turbulencia global». Entre los factores que le llevan a pensar que ésta es una era de turbulencia se encuentran «un marcado incremento del número de acciones colectivas espontáneas» y su rápida difusión por todo el mundo (1990: 369). Si Rosenau tiene razón, las implicaciones de su idea para el futuro de la política civil resultan preocupantes.

El movimiento social nacional surgió de los esfuerzos de los estados por consolidar el poder, integrar las periferias y estandarizar el discurso entre los grupos de ciudadanos, y entre estos y sus gobernantes. Muchas de las características de los movimientos sociales que hemos examinado en este libro surgieron de esta relación, incluyendo la convencionalización de la acción colectiva, la canalización de los movimientos hacia estructuras de oportunidades a nivel nacional y la propia institución de la ciudadanía. Si los movimientos están volviéndose transnacionales, puede que se están liberando de las estructuras del Estado y, consiguientemente, de la influencia restrictiva de la confrontación mediada por éste. ✓

² En un trabajo de 1991, Charles Tilly escribe provocadoramente: «Igual que los europeos subvierten inconscientemente el Estado en el acto mismo de reafirmar su importancia, los sociólogos históricos comparativos están haciéndole inconscientemente periférico mientras declaran su carácter central.» Véase su «Prisoners of the State», p. 1.

En defensa de esta tesis pueden plantearse tres tipos de argumentos. En primer lugar, las tendencias económicas dominantes de finales del siglo XX tienden a establecer una mayor interdependencia a nivel internacional. «La creciente labilidad del capital, el trabajo, las mercancías, el dinero y los usos culturales —argumenta Charles Tilly en un trabajo reciente— reducen la capacidad de cualquier Estado para controlar los acontecimientos que se producen dentro de sus propias fronteras» (1991a: 1). Uno de los resultados de esto es que las huelgas que solían organizarse contra los capitalistas nacionales deben enfrentarse ahora a corporaciones multinacionales cuyo capital puede ser trasladado a otra parte. La economía global interdependiente quizá esté generando una acción colectiva transnacional³.

En segundo lugar, el crecimiento económico de los años setenta y ochenta aumentó el desequilibrio entre la riqueza y la pobreza del Norte y el Oeste y el Este y el Sur, aun aproximando física y cognitivamente a sus ciudadanos. Esto no obedece sólo a la existencia de unas comunicaciones más rápidas y unos medios de transporte más baratos, sino a que tras la II Guerra Mundial los países del Tercer Mundo han intentado imitar el éxito económico de Occidente. Como resultado, el Este y el Sur han internalizado elementos de la estructura social del Oeste y el Norte, pero no su riqueza (Arrighi, 1991: 40).

→ La interdependencia y el desfase internacional entre la renta refuerzan un tercer factor: una corriente continua de migración que adopta formas diferentes a las del pasado. En el siglo XIX, buena parte del movimiento internacional de poblaciones iba del núcleo a la periferia y los emigrantes abandonaban definitivamente sus hogares. La migración actual se dirige abrumadoramente hacia los países industriales de Occidente y los inmigrantes rara vez pierden el contacto con sus países de origen. «La sirvienta filipina en Milán y el conductor de autobuses tamil en Toronto —observa Benedict Anderson— se encuentran tan sólo a unas horas de vuelo» de su tierra

³ Los defensores más consistentes de esta visión global de los conflictos laborales son Giovanni Arrighi y Beverly Silver. Véase «World Income Inequalities and the Future of Socialism», del primero, y «Class Struggle and Kondratieff Waves, 1870 to the Present» de la segunda, así como su «Labor Unrest and Capital Accumulation on a World Scale».

natal y a pocos segundos a través de las comunicaciones telefónicas por satélite (1992: 8).

Si bien los movimientos masivos de poblaciones se han convertido en una de las principales fuentes de conflictos en el mundo contemporáneo (Zolberg, 1989), la obtención de la ciudadanía —el resultado esperado de la inmigración en el siglo XIX— se ha convertido en un sueño imposible para la mayoría de los inmigrantes. Una importante división cultural enfrenta a los grupos de inmigrantes con derechos ciudadanos restringidos a las poblaciones nativas, que se muestran cada vez más inquietas en unos estados cuyos gobiernos, desde París hasta California, sufren presiones para que limiten los derechos de los inmigrantes residentes e impidan la entrada de extranjeros en el futuro. En todo Occidente, desde la frontera oriental de Alemania a la meridional de Estados Unidos, se están cerrando las puertas a los inmigrantes, y —lo que es igualmente importante— los ya instalados están siendo encerrados en guetos.

Hemos visto ya que una consecuencia de esto es el auge de los movimientos racistas en Europa occidental; otra es lo que Anderson denomina «nacionalismo a larga distancia» (1992). Por cada Mazzini y Garibaldi del siglo XIX, que fomentaban la revolución a gran distancia de su país de origen, hay miles de palestinos en Nueva York, punjabis en Toronto, croatas en Australia, tamiles en Gran Bretaña, irlandeses en Massachusetts, argelinos en Francia y cubanos en Miami cuyos vínculos con sus países nativos se mantienen vivos a través de redes sociales transnacionales (Anderson, 1992: 12).

La mayoría acepta humildemente su estatus subalterno y aspira a regresar a su país de origen con dinero ahorrado, pero otros utilizan las comunicaciones y el transporte internacionales para prestar apoyo a los movimientos existentes en los mismos. Por medio de contribuciones financieras más o menos encubiertas, por fax o correo electrónico, con cartas-bomba y discretas compras de armas, estos nacionalistas a larga distancia alteran la pulcra simetría entre estados nacionales y movimientos sociales nacionales que el mundo ha heredado del último siglo.

No sólo los emigrantes nacionalistas, sino los ecologistas transnacionales, los activistas del desarrollo y los luchadores por los derechos de las minorías, orientan cada vez más sus acciones hacia los gobiernos de otros pueblos. Vivimos en una era en que los caucheros de Brasil pueden beneficiarse de la ayuda de organizaciones no

gubernamentales estadounidenses, equipos técnicos financiados por la ONU enseñan a los ecologistas de la India a utilizar cámaras de video que pueden emplear para movilizar a los campesinos y la propaganda racista generada en Estados Unidos llega hasta los apartamentos de los cabezas rapadas europeos. El Estado moderno, que comenzó su consolidación oponiéndose a sus enemigos territoriales, se está haciendo cada vez más permeable a los movimientos no territoriales. Como resultado, el movimiento social puede estar convirtiéndose en un ex prisionero del Estado.

Si esto es cierto, ¿cuáles son sus implicaciones en lo que se refiere al carácter de los movimientos sociales y el conflicto social en general? En cualquier caso, el patrón característico según el cual los ciclos políticos son resultado del proceso de desafíos en el seno de los estados nacionales puede extenderse en el tiempo y el espacio por difusión transnacional. El fundamentalismo islámico es el ejemplo de mayor éxito. Cuando fracasó la extensión de la revolución iraní en la guerra entre Irán e Irak, Afganistán se convirtió en el principal campo de acción; cuando el Ejército Rojo abandonó Kabul, los militantes fundamentalistas pasaron de Peshawar a El Cairo, Argelia y, finalmente, a Nueva York⁴. Allí donde los movimientos responden a oportunidades políticas que trascienden las fronteras de los estados, pueden escapar a la mediación y el control de cualquiera de ellos.

Mientras estas expresiones de nacionalismo religioso integrista estuvieron limitadas al Tercer Mundo, los gobiernos y ciudadanos de Occidente se mostraron relativamente indiferentes. Pero tras el ataque contra el World Trade Center en Nueva York en 1993 por parte de militantes islámicos, el nacionalismo a larga distancia se desplazó a Occidente. La extensión del fundamentalismo militante al corazón del capitalismo mundial mostró que, en el interdependiente mundo actual, modernización no equivale a secularización, y que las tendencias internacionales afectan profundamente al orden interno de los estados.

Esto conduce a una preocupación aún más alarmante. A lo largo de los últimos doscientos años se ha manifestado una tendencia civilizadora lenta, desigual, pero inexorable en la naturaleza de la acción

⁴ Véase la descripción de los vínculos entre los militantes islámicos entrenados por los afganos y los atacantes del World Trade Center en el *New York Times*, 11 de agosto de 1993.

colectiva y en los medios empleados por el Estado para controlarla. Como vimos en el Capítulo 6, cuando los repertorios modulares vincularon los movimientos sociales al Estado, las formas de ataque violentas y directas se vieron progresivamente reemplazadas por el poder de las masas, la solidaridad y un diálogo informal entre estados y movimientos. El ciclo de la década de los sesenta, con su nivel notablemente bajo de violencia y el empleo de la acción directa no violenta, fue la apoteosis de esta tendencia. Pero las guerras de guerrillas, la toma de rehenes y los conflictos étnicos de las dos últimas décadas nos llevan a preguntar si la tendencia a un repertorio pacífico no habrá sido más que un paréntesis histórico que hoy está en plena regresión.

Las creencias integristas —si no los métodos violentos— del islamismo militante muestran una llamativa semejanza con las tendencias de la cultura occidental: con los ministros religiosos politizados que predicán la intolerancia en la televisión matinal de los domingos; con los «rescatadores» de fetos no nacidos que se niegan a reconocer el derecho de la mujer a la libertad reproductora; con los ataques ortodoxos contra los valores laicos en la educación y la vida personal; y con los partidos políticos xenófobos que reivindican la superioridad natural de sus naciones. Los métodos son distintos, pero ¿hasta qué punto es diferente el *Front National* francés de los celotas de Gush Emunim o los fanáticos del Partido de Dios?

Los ciudadanos de los estados modernos han atravesado ya «momentos de locura» semejantes. Basta con recordar que por las calles de París se paseaban cabezas cortadas ensartadas en picas durante la democrática Revolución Francesa, o los ataques a los judíos en Francia y Alemania durante la Primavera de la Libertad en 1848, para encontrar paralelismos con la violencia y la intolerancia que han surgido en Occidente desde los ochenta. La preocupación que despiertan estos brotes más recientes es que, si en efecto se está desarrollando una «sociedad del movimiento» a partir de los cambios sociales, económicos y culturales de finales del siglo XX, ese movimiento tendrá un valor cultural diferente del de los movimientos que surgieron en Boston en 1765, en París en 1848 y de los movimientos no violentos de los sesenta.

¿Está convirtiéndose el nuevo orden mundial, que supuestamente iba a ser el resultado de la liberación de 1989, en un estado de violencia y desorden permanentes? ¿Se han vuelto los recursos para la

acción colectiva violenta tan accesibles, tanto se han extendido las identidades integristas y hasta tal punto se han liberado del Estado nacional los militantes que estamos abocados a una sociedad de movimiento permanente y violento? ¿O se superará la actual plétora de movimientos étnicos y religiosos, quedando éstos domesticados y mediatizados por el proceso político, como ocurrió en anteriores ciclos de protesta?

La violencia e intolerancia de los noventa constituyen una tendencia realmente alarmante. Pero no es ésta la primera gran oleada de movimientos de la historia, ni tampoco será la última. Si su dinámica llega a asemejarse a la de los movimientos sociales que hemos examinado en este libro, su poder será al principio brutal, incontrolado y ampliamente difundido, pero finalmente efímero. De ser así, como ya ocurrió antes, acabará dispersándose «como la marea que arrastra consigo gran parte del suelo, pero deja depósitos aluviales a su paso»⁵.

⁵ Aristide Zolberg, «Moments of Madness», p. 206.

- ACCORNERO, Aris; Renato MANNHEIMER y Chiara SEBASTIANI, (1983): *L'identità comunista. I militanti, le strutture, la cultura del PCI* (Roma: Editori Riuniti).
- AGULHON, Maurice (1982): *The Republic in the Village. The People of the Var from the French Revolution to the Second Republic* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- ALLARDT, Erik (1962): «Community Activity, Leisure Use and Social Structure», *Acta Sociologica* 6:67-82.
- ALMOND, Gabriel, y Sidney VERBA (1989): *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations* (Newbury Park y Londres: Sage Publications).
- AMENTA, Edwin; Bruce G. CARUTHERS e Yvonne ZYLAN (1992): «A hero for the Aged? The Townsend Movement, The Political Meditation Model, and U. S. Old-Age Policy, 1934-1950», *American Journal of Sociology* 93:308-39.
- AMINZADE, Ronald (1981): *Class, Politics, and Early Industrial Capitalism: A Study of Mid-Nineteenth-Century Toulouse, France* (Albany: State University of New York).
- (1993): «Capitalist Development. Class Formation, and the Consequences of Political Repression», *Political Power and Social Theory* 8:79-106.
- (1994): «Between Movement and Party: The Transformation of Mid-Nineteenth Century French Republicanism», en J. Craig Jenkins y Bert Klandermans, eds., *The Politics of Social Protest: Comparative Perspectives on States and Social Movements* (próxima publicación).

- ANDERSON, Benedict (1990): «Language, Fantasy, Revolution: Java 1900-1945», *Prisma* 50:25-39.
- (1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, 2d es., rev. (Londres: Verso).
- (1992): «Long-Distance Nationalism. World Capitalism and the Rise of Identity Politics» (Center for Asian Studies, Amsterdam).
- ANDERSON, Eugene N., y Pauline R. ANDERSON (1967): *Political Institutions and Social Change in Continental Europe in the Nineteenth Century* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- APTER, David E., ed. (1964): *Ideology and Discontent* (Glencoe, Ill.: The Free Press).
- APTHEKER, Herbert (1989): *Abolitionism: A Revolutionary Movement* (Boston: Twayne Publishers).
- ARDANT, Gabriel (1975): «Financial Policy and Economic Infrastructure of Modern States and Nations», en Charles Tilly, ed., *The Formation of National States in Western Europe*, pp. 164-242 (Princeton: Princeton University Press).
- ARENDT, Hannah (1973): *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York: Harcourt, Brace).
- ARRIGHI, Giovanni (1991): «World Income Inequalities and the Future of Socialism», *New Left Review* 189:39-65.
- AYA, Rod (1990): *Rethinking Revolutions and Collective Violence, Studies on Concept, Theory and Method* (Amsterdam: Het Spinhuis).
- BADIE, Bertrand (1976): *Stratégie de la Grève* (París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques).
- BAILYN, Bernard (1967): *The Ideological Origins of the American Revolution* (Cambridge: Harvard University Press).
- BANFIELD, Edward (1958): *The Moral Basis of a Backward Society* (Glencoe, Illinois: The Free Press).
- BARKAN, Steven E. (1984): «Legal Control of the Southern Civil Rights Movement», *American Sociological Review* 49:552-65.
- BARNES, Samuel, Max KAASE et al. (1979): *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies* (Beverly Hills: Sage).
- BAYLEY, David H. (1975): «The Police and Political Development in Europe», en Charles Tilly, ed., *The Formation of National States in Western Europe*, pp. 328-79 (Princeton: Princeton University Press).
- BEISSINGER, Mark (1993): «Demise of an Empire-State», en Crauford Young, ed., *The Rising Tide of Cultural Pluralism*, pp. 93-115 (Madison: University of Wisconsin Press).
- BELL, Daniel (1960): *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the 1950s* (Nueva York: The Free Press).
- BENFORD, Robert D. (1993): «Frame Disputes Within the Disarmament Movement», *Social Forces* 71:677-701.

- BENSEL, Richard (1990): *Yankee Leviathan: The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- BEREJIKIAN, Jeffrey (1992): «Revolutionary Collective Action and the Agent-Structure Problem», *American Political Science Review* 86:649-57.
- BEVILACQUA, Piero (1980): *Campagne del mezzogiorno tra fascismo e dopoguerra* (Turín: G. Einaudi).
- BLACKMER, Donald L. M., y Sidney TARROW, eds. (1975): *Communism in Italy and France* (Princeton: Princeton University Press).
- BLAKE, Donald (1960): «Swedish Trade Unions and the Social Democratic Party: The Formative Years», *Scandinavian Economic History Review* 8:19-44.
- BLOCH, Marc (1931): *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (París: Armand Colin).
- BLOCKER, Jack S., Jr. (1989): *American Temperance Movements: Cycles of Reform* (Boston: Twayne Publishers).
- BONNELL, Victoria (1983): *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizations in St. Petersburg and Moscow, 1900-1914* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- BRAND, Karl-Werner (1990): «Cyclical Aspects of New Social Movements: Waves of Cultural Criticism and Mobilization Cycles of New Middle-class Radicalism», en Russell Dalton y Manfred Kuechler, eds., *Challenging the Political Order*, pp. 23-42 (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- BREWER, John (1976): *Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- (1989): *The Sineus of Power. War, Money and the English State, 1688-1783* (Nueva York: Knopf).
- BRIDGES, Amy (1986): «Becoming American: The Working Classes in the United States Before the Civil War», en Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg, eds., *Working Class Formation: Nineteenth Century Patterns in Western Europe and the United States*, pp. 157-96 (Princeton: Princeton University Press).
- BRIDGFORD, Jeff (1989): «The Events of May: Consequences for Industrial Relations in France», en D. L. Hanley y A. P. Kerr, eds., *May '68: Coming of Age*, pp. 100-16 (Londres: Macmillan).
- BRIGHT, Charles C. (1984): «The State in the United States during the Nineteenth Century», en Charles Bright y Susan Harding, eds., *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory* (Ann Arbor: The University of Michigan Press).
- BROCKETT, Charles D. (1991): «The Structure of Political Opportunities and Peasant Mobilization in Central America», *Comparative Politics* 23:253-74.

- BROWN, Richard D. (1970): *Revolutionary Politics in Massachusetts: The Boston Committee of Correspondence and the Towns, 1772-1774* (Cambridge: Harvard University Press).
- (1989): *Knowledge Is Power: The Diffusion of Information in Early America* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- BROWNING, Rufus P., Dale ROGERS MARSHALL y David H. TABB (1984): *Protest Is Not Enough. The Struggle of Blacks and Hispanics for the Equality in Urban Politics* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- BUCHANAN, James M. (1965): «An Economic Theory of Clubs», *Economica* 32:1-14.
- BUECHLER, Steven M. (1986): *The Transformation of the Woman Suffrage Movement: The Case of Illinois, 1850-1920* (New Brunswick, Nueva York: Rutgers University Press).
- BUNCE, Valerie (1991): «Democracy, Stalinism and the Management of Uncertainty», en Gyorgy Szoboszlai, ed., *Democracy and the Political Transformation*, pp. 138-64 (Budapest: Hungarian Political Science Association).
- y Dennis CHONG (1990): «The Party's Over: Mass Protest and the End of Communist Rule in Eastern Europe», presentado en la reunión anual de la American Political Science Association, San Francisco (California).
- BURNSTEIN, Paul, Rachel L. EINWOHNER y Jocelyn A. HOLLANDER (1991): «The Success of Political Movements: A Bargaining Perspective», inédito, Departamento de Sociología de la Universidad de Washington, Seattle.
- y William FREUDENBURG (1978): «Changing Public Policy: The Impact of Public Opinion, Antiwar Demonstrations and War Cost on Senate Voting on Vietnam War Motions», *American Journal of Sociology* 84: 99-122.
- BUSHNELL, John (1990): *Moscow Graffiti: Language and Subculture* (Boston: Unwin Hyman).
- BUTTON, James W. (1978): *Black Violence: The Political Impact of the 1960s Riots* (Princeton: Princeton University Press).
- CALHOUN, Craig (1982): *The Question of Class Struggle. Social Foundations of Popular Radicalism during the Industrial Revolution* (Chicago: University of Chicago Press).
- (1993): «New Social Movements of the Early Nineteenth Century», *Social Science History* 17:385-427.
- CALVINO, Italo (1985): *Il barone rampante* (Milán: Garzanti).
- CAMUS, Albert (1956): *The Rebel. An Essay on Man in Revolt* (Nueva York: Vintage).
- CANETTI, Elias (1963): *Crowds and Power* (Nueva York: Viking).

- CAPDEVIELLE, Jacques, y René MOURIAUX (1988): *Mai 68: L'entre-deux de la modernité* (París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques).
- CAPORASO, James A. (1992): «International Relations Theory and Multilateralism: The Search for Foundations» *International Organization* 46:599-632.
- CARDON, Dominique y Jean-Philippe HUERTIN (1990): «'Tenir les rangs'. Les services d'encadrement des manifestations ouvrières (1909-1936)», en Pierre Favre, ed., *La Manifestation*, pp. 123-55 (París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques).
- CENSER, Jack R., y Jeremy D. POPKIN, eds. (1987): *Press and Politics in Pre-Revolutionary France* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- CHALMERS, Douglas (1964): *The Social Democratic Party of Germany: From Working-Class Movement to Modern Political Party* (New Haven y Londres: Yale University Press).
- CHAMBERLIN, John (1974): «Provision of Collective Goods as a Function of Group Size», *American Political Science Review* 68:707-16.
- CHAMPAGNE, Patrick (1990): «La manifestation comme action Symbolique» en P. Favre, ed., *La Manifestation*, pp. 329-56 (París: Presses de la Fondation Nationales des Sciences Politiques).
- CHARLESWORTH, Andrew (1983): *An Atlas of Rural Protest in Britain, 1548-1900* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press).
- CHARTIER, Roger (1987): *The Cultural Uses of Print in Early Modern France* (Princeton: Princeton University Press).
- (1991): *The Cultural Origins of the French Revolution* (Durham, Nueva York: Duke University Press).
- CHEVALIER, Louis (1973): *Laboring Classes and Dangerous Classes in Paris during the First Half of the Nineteenth Century* (Nueva York: Howard Fertig).
- CHONG, Dennis (1991): *Collective Action and the Civil Rights Movement* (Chicago: University of Chicago Press).
- CHRISTIE, Ian (1982): *Wars and Revolutions: Britain 1760-1815* (Cambridge: Harvard University Press).
- COBBAN, Alfred (1957): *A History of Modern France* (Londres: Penguin).
- COASE, Ronald H. (1960): «The Problem of Social Cost», *Journal of Law and Economics* 3:1-44.
- COHEN, Jean L. (1985): «Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements», *Social Research* 52:663-716.
- COLBURN, Forrest D., ed. (1989): *Everyday Forms of Peasant Resistance* (Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe).
- COOK, Maria (1990): «Organizing Dissent: The Politics of Opposition in the Mexican Teacher's Union», tesis doctoral inédita, Universidad de California en Berkeley.



- COSTAIN, Anne N. (1992): *Inviting Women's Rebellion: A Political Process Interpretation of the Women's Movement* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- y W. DOUGLAS COSTAIN (1987): *Strategy and Tactics of the Women's Movement in the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 196-214 (Filadelfia: Temple University Press).
- COTT, Nancy (1977): *The Bonds of Womanhood* (New Haven y Londres: Yale University Press).
- COUNTRYMAN, Edward (1981): *A People in Revolution. The American Revolution and Political Society in New York, 1760-1790* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- CROSS, Whirney R. (1982): *The Burned-Over District. The Social and Intellectual History of Enthusiastic Religion in Western New York, 1800-1850* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press).
- CROZIER, Michel (1967): *The Bureaucratic Phenomenon* (Chicago: University of Chicago Press).
- D'ANIERI, Paul; CLAIRE Ernst y Elizabeth KIER (1990): «New Social Movements in Historical Perspective», *Comparative Politics* 22:445-58.
- DANTON, Robert (1979): *The Business of Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800* (Cambridge: Harvard University Press).
- (1982): *The Literary Underground of the Old Regime* (Cambridge: Harvard University Press).
- (1989): «Philosophy Under the Cloak» en Robert Danton y Daniel Roche, eds., *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, páginas 27-49 (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- DAVIS, John A. (1988): *Conflicts and Control: Law and Order in Nineteenth-Century Italy* (Atlantic Highlands, Nueva Jersey: Humanities Press International).
- DAVIS, Natalie (1973): «The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth-Century France», *Past and Present* 59:51-91.
- DAWES, Robyn M.; Anthony J. C. VAN DE KRAGT y John M. ORBELL (1988): «Not Me or Thee But We: The Importance of Group Identity in Eliciting Cooperation in Dilemma Situations; Experimental Manipulations», *Acta Psychologica* 68:83-97.
- DELA PORTA, Donatella (1988): «Recruitment Processes in Clandestine Political Organizations: Italian Left-Wing Terrorism», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures, International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 155-69 (Greenwich, Conn.).
- (1990): *Organizzazioni politiche clandestine. Il terrorismo di sinistra in Italia durante gli anni Sessanta* (Bologna: Il Mulino).

- DELLA PORTA, Donatella, y Sidney TARROW (1986): «Unwanted Children: Political Violence and the Cycle of Protest in Italy, 1966-1973», *European Journal of Political Research* 14:607-32.
- D'EMILIO, John (1992): *Making Trouble. Essays on Gay History, Politics and the University* (Nueva York y Londres: Routledge).
- DE NARDO, James (1985): *Power in Numbers. The Political Strategy of Protest and Rebellion* (Princeton: Princeton University Press).
- DI PALMA, Giuseppe (1990): *To Craft Democracies: An Essay on Democratic Transitions* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- DORE, Ronald (1986): *Flexible Rigidities* (Stanford: Stanford University Press).
- DRESCHER, Seymour (1987): *Capitalism and Antislavery: British Mobilization in Comparative Perspective* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- (1982): «Public Opinion and the Destruction of British Colonial Slavery» en James Walvin, ed., *Slavery and British Society, 1776-1846*, páginas 22-48 (Baton Rouge: Louisiana State University Press).
- (1991): «British Way, French Way: Opinion Building and Revolution in the Second French Slave Emancipation», *American Historical Review* 96:709-34.
- (1994): «Whode Abolition? Popular Pressure and the Ending of the British Slave Trade», *Past and Present*.
- EGRET, Jean (1977): *The French Prerevolution, 1787-88* (Chicago: University of Chicago Press).
- EISENSTEIN, Elizabeth (1986): «Revolution and the Printed Word», en Roy Porter y Mikulas Teich, eds., *Revolution in History*, pp. 186-205 (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- EISINGER, Peter K. (1973): «The Conditions of Protest Behavior in American Cities», *American Political Science Review* 67:11-28.
- ESHERICK, Joseph W., y Jeffrey N. WASSERSTROM (1990): «Acting Out Democracy», *Journal of Asian Studies* 49:835-65.
- EVANS, Peter B.; Dietrich RUESCHEMEYER y Theda SKOCOPOL, eds. (1985): *Bringing the State Back In* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- EVANS, Sara M. (1980): *Personal Politics. The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left* (Nueva York: Vintage).
- y Harry C. BOYTE (1992): *Free Spaces. The Sources of Democratic Change in America* (Chicago: University of Chicago Press).
- EYERMAN, Ron, y Andrew JAMISON (1991): *Social Movements: A Cognitive Approach* (University Park, Pa.: Pennsylvania University Press).
- FAVRE, Pierre, ed. (1990): *La Manifestation* (París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques).

- FENDRICH, James M., y Ellis S. KRAUSS (1978): «Student Activism and Adult Left-wing Politics: A Casual Model of Political Socialization for Black, White and Japanese Students of the 1960s Generation», en L. Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, vol. I, páginas 231-55 (Greenwich: JAI).
- FERREE, Myra Marx, y Patricia YANCEY MARTIN, eds. (1994): *Feminist Organization: Harvest of the New Women's Movement* (Filadelfia: Temple University Press, en prensa).
- FERNÁNDEZ, Roberto M., y Doug MCADAMS (1989): «Multiorganizational Fields and Recruitment to Social Movements», en Bert Klandermans, ed., *Organizing for Change. Social Movement Organizations in Europe and the United States, International Social Movement Research*, vol. 2, páginas 315-43 (Greenwich: JAI).
- FINER, Samuel E. (1975): «State-and Nation-Building in Europe: The Role of the Military», en Charles Tilly, ed., *The Formation of National States in Western Europe*, pp. 84-163 (Princeton: Princeton University Press).
- FIREMAN, Bruce, y William A. GAMSON (1979): «Utilitarian Logic in the Resource Mobilization Perspective», en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds., *The Dynamics of Social Movements. Resource Mobilization, Social Control and Tactics*, pp. 8-44 (Cambridge, Mass.: Winthrop).
- FOMERAND, Jacques (1974): «Policy-Formulation and Change in Gaullist France. The Orientation Act of Higher Education», tesis doctoral, City University of New York, N.Y.
- (1975): «Policy-Formulation and Change in Gaullist France. The Orientation Act of Higher Education», *Comparative Politics* 8:59-89.
- FREEMAN, Jo (1987): «Whom You Know versus Whom Your Represent: Feminist Politics in the United States», en Mary Fainsod Katzenstein y Carol McClurg Mueller, eds. (1987): *The Women's Movements of the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 215-44 (Filadelfia: Temple University Press).
- FROHLICH, Norman; Joe A. OPPENHEIMER y Oran YOUNG (1971): *Political Leadership and Collective Goods* (Princeton: Princeton University Press).
- FROMM, Erich (1969): *Escape from Freedom* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston).
- GAMSON, William (1988): «Political Discourse and Collective Action», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures, International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 219-44 (Greenwich, Conn.: JAI).
- (1990): *The Strategy of Social Protest*, segunda ed. rev. (Belmont, Calif.: Wadsworth).
- (1992): *Talking Politics* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).

- GAMSON, William; Bruce FIREMAN y Steven RYTINA (1982): *Encounter with Unjust Authority* (Homewood, Illinois: Dorsey Press).
- y David MEYER (en preparación): «The Framing of Political Opportunity», en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Opportunities, Mobilizing Structures and Framing: Comparative Applications of Contemporary Movement Theory*.
- GANS, Hernert (1979): *Deciding What's News: A Study of the CBS Evening News, NBC Nightly News, Newsweek and Time* (Nueva York: Pantheon).
- GARNER, Roberta Ash, y Mayer N. ZALD (1985): «The Political Economy of Social Movement Sectors», en Gerald Suttles y Mayer N. Zald, eds., *The Challenge of Social Control. Citizenship and Institution Building in Modern Society. Essays in Honor of Morris Janowitz*, pp. 119-45 (Norwood, N.Y.: ABLEX).
- GARTON ASH, Timothy (1984): *The Polish Revolution* (Nueva York: Scribners).
- GEARY, Roger (1985): *Policing Industrial Disputes: 1893-1895* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- GELB, Joyce (1987): «Social Movement Success: A Comparative Analysis of Feminism in the United States and the United Kingdom», en Mary Fain-sod Katzenstein y Carol McClurg Mueller, eds., *The Women's Movements of the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 267-89 (Filadelfia: Temple University Press).
- GERHARDS, Jürgen, y Dieter RUCHT (1992): «Mesomobilization: Organizing and Framing in Two Protest Campaigns in West Germany», *American Journal of Sociology* 98:555-96.
- GERLACH, Luther P., y Virginia H. HINE (1970): *People, Power, Change: Movements of Social Transformation* (Indianapolis: Bobbs-Merrill).
- GITLIN, Todd (1980): *The Whole World Is Watching: Mass Media in the making & Unmaking of the New Left* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- (1987): *The Sixties. Years of Hope, Days of Rage* (Nueva York y Toronto: Bantam Books).
- GODECHOT, Jacques (1971): *Les Révolutions de 1848* (París: Albin Michel).
- ed. (1966): *La Presse Ouvrière, 1819-1850* (París: Bibliothèque de la Révolution de 1848).
- GOFFMAN, Erving (1974): *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience* (Cambridge: Harvard University Press).
- GOLDENBERG, Edie W. (1975): *Making the Papers: The Access of Resource-Poor Groups to the Metropolitan Press* (Lexington, Mass.: Heath).
- GOODWIN, Albert (1979): *The Friends of Liberty. The English Democratic Movement in the Age of the French Revolution* (Cambridge: Harvard University Press).

- GOODY, Jack, ed. (1968): *Literacy in Traditional Societies* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- GOULD, Roger (1991): «Multiple Networks and Mobilization in the Paris Commune, 1871», *American Sociological Review* 56:716-29.
- GOULDNER, Alvin W. (1975-1976): «Prologue to a Theory of Revolutionary Intellectuals», *Telos* 26:3-36.
- GRAMSCI, Antonio (1971): *Selections from the Prison Notebooks* (Nueva York: International).
- GRANOVETTER, Mark (1973): «The Strength of Weak Ties», *American Journal of Sociology* 78:1360-80.
- GREW, Raymond (1984): «The Nineteenth-Century European State», en Charles Bright y Susan Harding, eds., *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory*, pp. 83-120 (Ann Arbor: University of Michigan Press).
- GRIFFIN, Clifford S. (1960): *Their Brothers' Keepers. Moral Stewardship in the United States, 1800-1865* (New Brunswick, N. Y.: Rutgers University Press).
- GUÉRIN, Daniel (1970): *Anarchism: From Theory to Practice* (Nueva York y Londres: Monthly Review Press).
- GURR, Ted R. (1971): *Why Men Rebel* (Princeton: Princeton University Press).
- HAMILTON, Charles (1986): «Social Policy and the Welfare of Black Americans: From Rights to Resources», *Political Science Quarterly* 101:239-55.
- HARDIN, Russell (1982): *Collective Action* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- HARTZ, Louis (1983): *The Liberal Tradition in America. An Interpretation of American Political Thought Since the Revolution* (San Diego: Harcourt, Brace, Jovanovich).
- HEBERLE, Rudolf (1951): *Social Movements: An Introduction to Political Sociology* (Nueva York: Appleton-Century-Crofts).
- HELLMAN, Judith Adler (1987): *Journeys Among Women. Feminism in Five Italian Cities* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- HELLMAN, Stephen (1975): «The PCI's Alliance Strategy and the Case of the Middle Classes», en Donald L. M. Blackner y Sidney Tarrow, eds., *Communism in Italy and France*, pp. 373-419 (Princeton: Princeton University Press).
- (1987): «Feminism and the Model of Militancy in an Italian Communist Federation», en Mary Fainsod Katzenstein y Carol McClurg Mueller, eds., *The Women's Movements of the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 132-52. (Filadelfia: Temple University Press).
- (1988): *Italian Communism in Transition. The Rise and Fall of the Historic Compromise in Turin, 1975-1980* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).

- HILL, Stuart, y Donald ROTHCHILD (1992): «The Impact of Regime on the Diffusion of Political Conflict», en M. Midlarsky, ed., *The Internationalization of Communal Strife*, pp. 189-206 (Nueva York y Londres: Routledge).
- HIRSCHMAN, Albert (1982): *Shifting Involvements: Private Interest and Public Action* (Princeton: Princeton University Press).
- HOBBSBAWM, Eric J. (1959): *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries* (Manchester, Gran Bretaña: Manchester University Press).
- (1962): *The Age of Revolution: 1789-1848* (Londres: Weidenfeld and Nicolson).
- (1964): *Labouring Men: Studies in the History of Labour* (Londres: Weidenfeld and Nicolson).
- (1974): «Peasant Land Occupations», *Past and Present* 62:120-52.
- y George Rudé (1975): *Captain Swing* (Nueva York: Norton).
- HOFFER, Eric (1951): *The True Believer. Thoughts on the Nature of Mass Movements* (Nueva York: Harper and Row).
- HOFFMANN, Stanley (1974): «The Ruled: Protest as a National Way of Life», en Hoffmann, *Decline or Renewal: France Since the 1930s*, pp. 111-44 (Nueva York: Viking).
- HOLLIS, Patricia (1970): *The Pauper Press. A Study in Working Class Radicalism of the 1830s* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- HOROWITZ, Irving Lewis, ed., (1964): *The Anarchists* (Nueva York: Dell).
- HUBRECHT, Hubert G. (1990): «Le droit français de la manifestation», en P. Favre, ed., *La Manifestation*, pp. 181-206 (París: Presses de la Fondation Nationales des Sciences Politiques).
- HUNT, Lynn (1984): *Politics, Culture, and Class in the French Revolution* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- (1992): *The Family Romance of the French Revolution* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- HUNTER, James D. (1991): *Culture Wars: The Struggle to Define America* (Nueva York: Basic Books).
- IGNAZI, Piero (1992): *Dal PCI al PDS* (Bologna: Il Mulino).
- INGLEHART, Ronald (1977): *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics* (Princeton: Princeton University Press).
- (1990): *Culture Shift in Advanced Industrial Society* (Princeton: Princeton University Press).
- JENKINS, J. Craig, y Charles PERROW (1977): «Insurgency of the Powerless: Farm Worker Movements (1946-1972)», *American Sociological Review* 42:249-68.
- JENSON, Jane, y George ROSS (1984): *The View from Inside. A French Communist Cell in Crisis* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).

- JOHNSON, Paul E. (1978): *A Shopkeeper's Millennium. Society and Revivals in Rochester, New York, 1815-1837* (Nueva York: Hill and Wang).
- JOLL, James (1980): *The Anarchists*, segunda ed. (Cambridge: Harvard University Press).
- KAFKA, Franz (1937): *Parables and Paradoxes*, ed. bilingüe (Nueva York: Schocken).
- KAPLAN, Steven L. (1982): *The Famine Plot Persuasion in Eighteenth Century France*. *Memorias de la American Philosophical Society* 72, parte 3 (Filadelfia: The American Philosophical Society).
- (1984): *Provisioning Paris: Merchants and Millers in the Grain and Flour Trade During the Eighteenth Century* (Ithaca, N. Y.: Cornell University Press).
- (1993): *Adieu 1789* (París: Seuil).
- KATZENSTEIN, Mary Fainsod (1987): «Comparing the Feminist Movements of the United States and Western Europe: An Overview», en Mary Fainsod Katzenstein y Carol McClurg Mueller, eds., *The Women's Movements of the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 3-20 (Filadelfia: Temple University Press).
- (1990): «Feminism Within American Institutions: Unobtrusive Mobilization in the 1980s», *Signs* 16:27-54.
- (1993): «The Spectacle as Political Resistance. Feminist and Gay/Lesbian Politics in the Military», *Minerva: Quarterly Report on Women in the Military* 11:1-16.
- y Carol McCLURG MUELLER, eds. (1987): *The Women's Movements of the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy* (Filadelfia: Temple University Press).
- KATZNELSON, Ira (1981): *City Trenches: Urban Politics and the Patterning of Class in the United States* (Nueva York: Pantheon Books).
- KENNAN, John (1986): «The Economics of Strikes», en Orley Ashenfelter y Richard Layard, eds., *Handbook of Labor Economics*, vol. 2, pp. 1091-1137 (Amsterdam: Elsevier Science Publishers B.V.).
- KERTZER, David (1980): *Comrades and Christians: Religion and Political Struggle in Communist Italy* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- (1988): *Ritual, Politics and Power* (New Haven y Londres: Yale University Press).
- KIELBOWICZ, Richard B., y Clifford SCHERER (1986): «The Role of the Press in the Dynamics of Social Movements», en L. Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. 8, pp. 71-96 (Greenwich, Conn.: JAI).
- KIRSCHMEIER, Otto (1957): «The Waning of Opposition in Parliamentary Regimes», *Social Research* 24:127-56.

- KIRSCHMEIER, Otto (1966): «The Transformation of the Western European Party Systems», en Joseph LaPalombara y Myron Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, pp. 177-200 (Princeton: Princeton Un. Press).
- KITSCHELT, Herbert (1986): «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies», *British Journal of Political Science* 16:57-85.
- (1991): «Resource Mobilization: A Critique», en Dieter Rucht, ed., *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA*, pp. 323-47 (Boulder, Colorado: Westview).
- KLANDERMANS, Bert (1988): «The Formation and Mobilization of Consensus», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research*, vol. I, pp. 173-96 (Greenwich, Conn.: JAI).
- (1992): «The Social Construction of Protest and Multiorganizational Fields», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers in Social Movement Theory*, pp. 77-103 (New Haven y Londres: Yale University Press).
- ed. (1989): *Organizing for Change: Social Movement Organizations in Europe and the United States. International Social Movement Research*, vol. 2 (Greenwich, Conn.: JAI).
- H. KRIESI y S. TARROW, eds. (1988): *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research*, vol. 1 (Greenwich, Conn.: JAI).
- y Sidney TARROW (1988): «Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 1-38 (Greenwich, Conn.: JAI).
- KLEIDMAN, Robert (1992): «Organizations and Coalitions in the Cycles of the American Peace Movement», trabajo inédito presentado en la Conferencia Anual de la American Sociological Association, Pittsburgh (EE. UU.).
- (1993): *Organizing for Peace: Neutrality, The Test Ban and the Freeze* (Syracuse, EE. UU.: Syracuse University Press).
- KLEIN, Ethel (1987): «The Diffusion of Consciousness in the United States and Western Europe», en Mary Fainsod Katzenstein y Carol McClurg Mueller, eds., *The Women's Movements of the United States and Western Europe: Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 23-43 (Filadelfia: Temple University Press).
- KRAMNICK, Isaac (1990): *Republicanism and Bourgeois Radicalism, Political Ideology in Late Eighteenth-Century England and America* (Ithaca, N. Y.: Cornell University Press).

- KNAPP, Vincent (1980): *Austrian Social Democracy, 1889-1914* (Washington, D. C.: University Press of America).
- KOOPMANS, Ruud (1993): «The Dynamics of Protest Waves: Germany, 1965 to 1989», *American Sociological Review* 58:637-58.
- KRIESI, Hanspeter (1988): «Local Mobilization for the People's Petition of the Dutch Peace Movement», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 41-81 (Greenwich, Conn.: JAI).
- (1991): «The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on Their Mobilization», *Abteilung Öffentlichkeit und Soziale Bewegung, Wissenschaftszentrum Berlin*.
- R. KOOPMANS, J. W. DUYVENDAK y M. G. GIUGNI (1992): «New Social Movements and Political Opportunities in Western Europe», *European Journal of Political Research* 22:219-44.
- KUCLICK, Bruce, ed. (1989): *Thomas Paine, Political Writings* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- KURAN, Timur (1991): «Now Out of Never: The Element of Surprise in the East European Revolution of 1989», en Nancy Bermeo, ed., *Liberalization and Democratization: Change in the Soviet Union and Eastern Europe*, pp. 7-48 (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- LABA, Roman (1990): *The Roots of Solidarity. A Political Sociology of Poland's Working Class Democratization* (Princeton: Princeton University Press).
- LAITIN, David D. (1988): «Political Culture and Political Preferences», *American Political Science Review* 82:589-97.
- LANGE, Peter; Cynthia IRVIN y Sidney TARROW (1989): «Phases of Mobilization: Social Movements and the Italian Communist Party Since the 1960s», *British Journal of Political Science* 22:15-42.
- LAPALOMBARA, Joseph (1966): «The Decline of Ideology: A Dissent and an Interpretation», *American Political Science Review* 60:5-16.
- LE BON, Gustave (1977): *The Crowd: A Study of the Popular Mind* (Nueva York: Penguin).
- LEFEBVRE, Georges (1967): *The Coming of the French Revolution* (Princeton: Princeton University Press).
- LENIN, V. I. (1929): *What Is to Be Done? Burning Questions of Our Movement* (Nueva York: International Publishers).
- LEVINE, Daniel H. (1990) «Popular Groups, Popular Culture and Popular Religion», *Comparative Studies in Society and History* 32:718-64.
- LICHTHEIM, George (1962): *Marxism: An Historical and Critical Study* (Nueva York: Praeger).
- (1970): *A Short History of Socialism* (Nueva York: Praeger).
- LIDTKE, Vernon (1966): *The Outlawed Party. Social Democracy in Germany, 1878-1890* (Princeton: Princeton University Press).

- LIJPHART, Arend (1968): *The Politics of Accommodation. Pluralism and Democracy in the Netherlands* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- LINEBAUGH, Peter, y Marcuș REDIKER (1990): «The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves and the Atlantic Working Class in the Eighteenth Century», *Journal of Historical Sociology* 3:225-52.
- LIPSET, Seymour Martin (1964): «The Changing Class Structure and Contemporary European Politics», *Daedalus* (inv): 271-303.
- LIPSKY, Michael (1968): «Protest as a Political Resource», *American Political Science Review* 62:1144-58.
- y David OLSON (1976): «The Processing of Racial Crisis in America», *Politics and Society* 6:79-103.
- LOCKRIDGE, Kenneth (1974): *Literacy in Colonial New England: An Enquiry into the Social Context of Literacy in the Early Modern West* (Nueva York: Norton).
- LOHMANN, Susanne (1993): «The Dynamics of Regime Collapse: A Case Study of the Monday Demonstrations in Leipzig, East Germany, 1989-1991», Graduate School of Business Research, publicación n.º 1225, Stanford University, Cal.
- LOWI, Theodore J. (1971): *The Politics of Disorder* (Nueva York: Basic Books).
- LUMLEY, Robert (1990): *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York: Verso).
- LUSEBRINK, Hans-Jürgen (1982): *Kriminalität und Literatur im Frankreich des 18. Jahrhunderts* (Munich: R. Oldenbourg).
- (1983): «L'imaginaire social et ses focalisations en France et en Allemagne à la fin du XVIII siècle», *Revue Roumaine d'Histoire* 22:371-83.
- MAGUIRE, Diarmuid (1990): *New Social Movements and Old Political Institutions: The Campaign for Nuclear Disarmament, 1979-1989*, tesis doctoral, Cornell University, Ithaca, N. Y.
- MAIER, Pauline (1970): «Popular Uprisings and Civil Authority in Eighteenth Century America», *William and Mary Quarterly* 27:3-35.
- (1972): *From Resistance to Revolution: Colonial Radicals and the Development of American Opposition to Britain, 1765-1776* (Nueva York: Knopf).
- MANDEL, Ernest (1980): *Long Waves of Capitalist Development: The Marxist Interpretation* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- MANSBRIDGE, Jane J. (1986): *Why We Lost the ERA* (Chicago: University of Chicago Press).
- (1993): «Feminist Identity: Micronegotiation in the Lives of African-American and White Working Class Women», inédito, Departamento de Ciencias Políticas de la Northwestern University, Evanston, Illinois.

- MANSBRIDGE, Jane J. (1994): «What Is the Feminist Movement?», en Myra Marx Ferree y Patricia Yancey Martin, eds., *Feminist Organization: Harvest of the New Women's Movement* (Filadelfia: Temple University Press).
- MARGADANT, Ted (1979): *French Peasants in Revolt. The Insurrection of 1851* (Princeton: Princeton University Press).
- MARKOFF, John (1986): «Literacy and Revolt: Some Empirical Notes on 1789 in France», *American Journal of Sociology* 92:323-49.
- MARWELL, Gerald, y Pam OLIVER (1993): *The Critical Mass in Collective Action: A Micro-Social Theory* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- MARX, Gary T., y Michael USEEM (1971): «Majority Participation in Minority Movements: Civil Rights, Abolition, Untouchability», *Journal of Social Issues* 27:81-104.
- y James L. WOOD (1975): «Strands of Theory and Research in Collective Behavior», *Annual Review of Sociology*, pp. 363-428.
- MARX, Karl (1967): «Towards the Critique of Hegel's Philosophy of Law: Introduction», en Loyd D. Easton y Kurt H. Guddat, eds., *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, pp. 249-264 (Nueva York: Doubleday).
- MATHEWS, Donald G. (1969): «The Second Great Awakening as an Organizing Process, 1780-1830», *American Quarterly* 21:23-43.
- MCADAM, Doug (1982): *The Political Process and the Development of Black Insurgency* (Chicago: University of Chicago Press).
- (1983): «Tactical Innovation and the Pace of Insurgency», *American Sociological Review* 48:735-54.
- (1986): «Recruitment to High Risk Activism: The Case of Freedom Summer», *American Journal of Sociology* 92:64-90.
- (1988): *Freedom Summer* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- y Ronnelle PAULSEN (1993): «Specifying the Relationship Between Social Ties and Activism», *American Journal of Sociology* 99 (en prensa).
- y Dieter RUCHT (1993): «The Cross-National Diffusion of Movement Ideas», *Anales de la American Academy of Political and Social Science* 528:56-74.
- MCCARTHY, John D. (1987): «Pro-Life and Pro-Choice Mobilization: Infrastructure Deficits and New Technologies», en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds., *Social Movements in an Organizational Society*, páginas 49-66 (New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction).
- y Mayer N. ZALD (1973): «The Trends of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization», monografía (Morristown, Nueva Jersey: General Learning Press). Publicado también en Mayer N. Zald y John D. McCarthy (1987): *Social Movements in an Organizational Society*, pp. 337-92 (New Brunswick, N. J.: Transaction).

- MCCARTHY, John D., y Mayer N. ZALD (1977): «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology* 82:1212-41. Publicado también en Mayer N. Zald y John D. McCarthy (1987): *Social Movements in an Organizational Society*, pp. 15-48 (New Brunswick, N. J.: Transaction).
- David BRITT y Mark WOLFSON (1991): «The Institutional Channelling of Social Movements by the State in the United States», en Louis Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflict and Change* 13:45-76.
- Clark MCPHAIL y Jackie SMITH (1992): «The Tip of the Iceberg: Some Dimensions of Selection Bias in Media Coverage of Demonstrations in Washington, D. C., 1982», trabajo inédito presentado en la reunión anual de la American Sociological Association, Pittsburgh (EE. UU.).
- y Mark WOLFSON (1992): «Consensus Movements, Conflict Movements and the Cooptation of Civic and State Infrastructures», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers in Social Movement Theory*, pp. 273-97 (New Haven y Londres: Yale Un. Press).
- y Mark WOLFSON (1993): «'You Can Make a Difference': The Role of Agency Strategy and Structure in Grass-roots Resource Mobilization», inédito.
- MCCLURG MUELLER, Carol (1987): «Collective Consciousness, Identity Transformation and the Rise of Women in Public Office in the United States», en Mary Fainsod Katzenstein y Carol McClurg Mueller, eds.: *Consciousness, Political Opportunity and Public Policy*, pp. 89-108 (Filadelfia: Temple University Press).
- MCPHAIL, Clark (1991): *The Myth of the Madding Crowd* (Nueva York: Aldine DeGruyter).
- MEHTA, V. E. D. (1976): *Mahatma Gandhi and His Apostles* (Londres: Penguin).
- MELUCCI, Alberto (1980): «The New Social Movements: A Theoretical Approach», *Social Science Information* 19:199-226.
- (1988): «Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*. International Social Movement Research, vol. 1, pp. 329-48 (Greenwich, Conn.: JAI).
- (1989): *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society* (Filadelfia: Temple University Press).
- MERSON, Carol A. (1990): «Generazioni di leader sindacali in fabbrica. L'eredità dell'autunno caldo», *Polis* 2:277-323.
- MEYER, David (1990): *A Winter of Discontent: The Nuclear Freeze and American Politics* (Nueva York: Praeger).
- (1993): «Institutionalizing Dissent: The United States Structure of

- Opportunity and the End of the Nuclear Freeze Movement», *Sociological Forum* 8:157-79.
- MEYER, Jean (1966): *La noblesse Bretonne au XVIIIe siècle*, 2 vols. (París: SEVPEN).
- MICHEL, Robert (1962): *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy* (Nueva York: Collier Books).
- MILLER, James (1987): *Democracy Is in the Streets. From Port Huron to the Siege of Chicago* (Nueva York: Simon and Schuster).
- MOLOTCH, Harvey (1979): «Media and Movements», en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds., *Dynamics of Social Movements*, pp. 71-93 (Cambridge, Mass.: Winthrop).
- MOORE, Barrington Jr. (1978): *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (Armonk, N. Y.: M. E. Sharpe).
- MORGAN, Jane (1987): *Conflict and Order: The Police and Labor Disputes in England and Wales, 1900-1939* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- MORRIS, Aldon (1984): *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change* (Nueva York: The Free Press).
- y Carol McClurg Mueller, eds., (1992): *Frontiers in Social Movement Theory* (New Haven y Londres: Yale University Press).
- (1993): «Birmingham Confrontation Reconsidered», *American Sociological Review* 58:621-36.
- MORRIS, R. J. (1983): «Voluntary Societies and British Urban Elites, 1780-1850: An Analysis», *The Historical Journal* 26:95-118.
- MOSSE, George (1975): *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars Through the Third Reich* (Nueva York: H. Fertig).
- MOURIAUX, René, et al. (1992): 1968. *Exploration du Mai français*, 2 vols. (París: Harmattan).
- OBERSCHALL, Anthony (1973): *Social Conflict and Social Movements* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall).
- O'DONNELL, Guillermo, y Philippe Schmitter (1986): *Transition from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions About Uncertain Democracies* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- OFFE, Claus (1985): «New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics», *Social Research* 52: 817-68.
- (1990): «Reflections on the Institutional Self-Transformation of Movement Politics: A Tentative Stage Model», en Russell Dalton y Manfred Kuechler, eds., *Challenging the Political Order*, pp. 232-50 (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- OHLEMACHER, Thomas (1992): «Social Relays: Micro-Mobilization via the Meso-Level», ponencia FS III 92-104, Wissenschaftszentrum Berlin.

- OLIVER, Pam (1984): «If You Don't Do It, Nobody Else Will: Active and Token Contributors to Local Collective Action», *American Sociological Review* 49: 601-10.
- (1989): «Bringing the Crowd Back In: The Nonorganizational Elements of Social Movements», en L. Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, vol. 11, pp. 1-30 (Greenwich, Conn.: JAI).
- OLSON, Mancur (1965): *The Logic of Collective Action* (Cambridge: Harvard University Press).
- OPEN UNIVERSITY (1976): *Music and Revolution: Verdi* (Londres: The Open University).
- ORTOLEVA, Peppino (1988): *Saggio sui movimenti del 1968 in Europa e in America* (Roma: Riuniti).
- OST, David (1990): *Solidarity and the Politics of Anti-Politics: Opposition and Reform in Poland Since 1968* (Filadelfia: Temple University Press).
- OZOUF, Mona (1988): *Festivals and the French Revolution*, trad. de Alan Sheridan (Cambridge: Harvard University Press).
- PAIGE, Jeffrey M. (1975): *Agrarian Revolutions. Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World* (Nueva York: The Free Press).
- PALMER, Robert R. (1959-64): *The Age of the Democratic Revolution, A Political History of Europe and America, 1760-1800*, 2 vol. (Princeton: Princeton University Press).
- PERCHERON, Annick (1991): «La mémoire des générations: La guerre d'Algérie - Mai 68», en Olivier Duhamel y Jerome Jaffré, eds., *SOFRES: L'Etat de l'opinion*, 1991, pp. 39-57 (París: Seuil).
- PERROT, Michelle (1986): «On the Formation of the French Working Class», en Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg, eds., *Working Class Formation: Nineteen Century Patterns in Western Europe and the United States*, páginas 71-110 (Princeton: Princeton University Press).
- PITT-RIVERS, Julian (1971): *The People of the Sierra*, segunda ed. (Chicago: University of Chicago Press).
- PIVEN, Frances F., y Richard CLOWARD (1972): *Regulating the Poor* (Nueva York: Vintage Books).
- (1979): *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail* (Nueva York: Vintage Books).
- PLAMENATZ, John (1954): *German Marxism and Russian Communism* (Londres y Nueva York: Longmans, Green).
- POPKIN, Jeremy D. (1989): «Journals: The New Face of News», en Robert Darnton y Daniel Roche, eds., *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, pp. 141-64 (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- POPKIN, Sam (1979): *The Rational Peasant: The Political Economy of Rural Society in Vietnam* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).

- POSTGATE, Raymond (1955): *The Story of a Year: 1848* (Londres: Cassell).
- PRICE, Roger (1989): *The Revolutions of 1848* (Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press International).
- RAMET, Sabrina (1987): *The Soviet Rock Scene* (Washington D. C.: Kennan Institute for Advanced Russian Studies).
- READ, Donald (1964): *The English Provinces, c. 1760-1960: A Study in Influence* (Nueva York: St. Martin's).
- REGALIA, Ida (1984): *Eletti e abbandonati* (Bologna: Il Mulino).
- REICH, Wilhelm (1970): *The Mass Psychology of Fascism* (Nueva York: Farrar, Straus).
- ROCHON, Thomas R. (1988): *Mobilizing for Peace. The Antinuclear Movements in Western Europe* (Princeton: Princeton University Press).
- ROGERS, Kim Lacy (1993): *Righteous Lives. Narratives of the New Orleans Civil Rights Movement* (Nueva York y Londres: Nueva York University Press).
- ROKKAN, Stein (1970): *Citizens, Elections, Parties: Approaches to the Comparative Study of the Processes of Development* (Oslo: Universitetsforlaget).
- ROSENAU, James (1990): *Turbulence in World Politics: A Theory of Change and Continuity* (Princeton: Princeton University Press).
- ROSENTHAL, Naomi B., et al. (1985): «Social Movements and Network Analysis: A Case Study of Nineteenth Century Women's Reform in New York State», *American Journal of Sociology* 90:1022-54.
- y Michael SCHWARTZ (1990): «Spontaneity and Democracy in Social Movements», en Bert Klandermans, ed., *Organizing for Change: Social Movement Organizations in Europe and the United States*. International Social Movement Research, vol. 2, pp. 33-59 (Greenwich, Conn.: JAI).
- ROTH, Guenther (1963): *The Social Democrats in Imperial Germany. A Study on Working Class Isolation and National Integration*. (Totowa, N. Jersey: Bedminster).
- ROTONDI, Clementina (1951): *Bibliografia dei periodici toscani, 1847-1852* (Firenze: L. S. Olschki).
- RUCHT, Dieter (1990): «Campaigns, Skirmishes and Battles: Anti-Nuclear Movements in the USA, France and West Germany», *Industrial Crisis Quarterly* 4:193-222.
- (1992): «Studying the Effects of Social Movements: Conceptualization and Problems», trabajo inédito presentado en la Asamblea del ECPR, Limerick (Irlanda).
- (1993): «The Impact of National Contexts on Social Movement Structures: A Cross-Movement and Cross-National Comparison», inédito, Berlin Wissenschaftszentrum.
- ed. (1991): *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA* (Boulder, Col.: Westview).

- RULE, James (1988): *Theories of Civil Violence* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- RUPP, Leila J., y Verta A. TAYLOR (1987): *Survival in the Doldrums. The American Women's Rights Movement, 1945 to the 1960s* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- RYERSON, Richard A. (1978): *The Revolution Is Now begun: The Radical Committees of Philadelphia 1765-1776* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press).
- SALVATI, Michele (1981): «May 1968 and the Hot Autumn of 1969: The Responses of Two Ruling Classes», en Suzanne Berger, ed., *Organizing Interests in Western Europe*, pp. 329-63 (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- SCHAMA, Simon (1989): *Citizens: A Chronicle of the French Revolution* (Nueva York: Knopf).
- SCHELER, Max (1972): *Ressentiment* (Nueva York: Schocken).
- SCHELLING, Thomas C. (1960): *The Strategy of Conflict* (Cambridge: Harvard University Press).
- (1978) *Micromotives and Macrobehavior* (Nueva York: Norton).
- SCHENNINK, Ben (1988): «From Peace Week to Peace Work: Dynamics of the Peace Movement in the Netherlands», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*. International Social Movement Research, vol. 1, pp. 247-79 (Greenwich: JAI Press).
- SCHLESINGER, Arthur M., Jr. (1986): *The Cycles of American History* (Boston: Houghton Mifflin).
- SCHNAPP, Alain, y Pierre VIDAL-NAQUET (1988): *Journal de la commune étudiante: Textes et documents, novembre 1967-juin 1968*, segunda ed. (Paris: Seuil).
- SCHNEIDER, Jane, y Peter SCHNEIDER (1992): «From Peasant Wars to Urban Wars: The Antimafia Movement in Palermo», inédito, Fordham University, Nueva York.
- SCHUMAKER, Paul D. (1975): «Policy Responsiveness to Protest-Group Demands», *The Journal of Politics*: 37:488-521.
- SCHWARTZ, Michael, y Paul SHUVA (1992): «Resource Mobilization versus the Mobilization of People», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers in Social Movement Theory*, pp. 205-23 (New Haven: Yale University Press).
- SCHWEITZER, Robert A., y Charles TILLY (1979): «A Study of Contentious Gathering in Early Nineteenth-Century Great Britain», *Historical Methods* 12:1-4.
- SCOTT, James C. (1986): *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven y Londres: Yale University Press).
- SEWELL, William (1980): *Work and Revolution in France. The Language of*

- Labor from the Old Regime to 1848* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- (1986): «Artisans, Factory Workers and the Formation of the French Working Class, 1789-1848», en Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg, eds., *Working Class Formation: Nineteenth Century Patterns in Western Europe and the United States*, pp. 45-70 (Princeton: Princeton University Press).
- (1990): «Collective Violence and Collective Loyalties in France: Why the French Revolution Made a Difference», *Politics and Society* 18:527-52.
- SHARP, Gene (1973): *The Politics of Nonviolent Action* (Boston: Porter Sargent).
- SIGMANN, Jean (1973): *1848 The Romantic and Democratic Revolutions in Europe* (Nueva York: Harper and Row).
- SILVER, Beverly (1992a): «Class Struggle and Kondratieff Waves, 1870 to the Present», en Alfred Kleinknecht, Ernest Mandel, Inmanuel Wallerstein, eds., *New Findings in Long Wave Research*, pp. 279-95 (Nueva York: St. Martin's).
- (1992b) «Labor Unrest and Capital Accumulation on a World Scale», tesis doctoral, State University of New York en Binghamton.
- SKOCPOL, Theda (1979): *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China* (Princeton: Princeton University Press).
- SNOW, David E., et al. (1986): «Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation», *American Sociological Review* 51:464-81.
- y Robert BENFORD (1988): «Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*. International Social Movement Research, vol. 1, pp. 197-217 (Greenwich: JAI Press).
- (1992): «Master Frames and Cycles of Protest», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers in Social Movement Theory*, pp. 133-55 (New Haven y Londres: Yale University Press).
- SNYDER, David, y Charles TILLY (1972): «Hardship and Collective Violence in France: 1830-1960», *American Sociological Review* 37:520-32.
- SOBOUL, Albert (1964): *The Parisian Sans-culottes and the French Revolution* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- SOLDANI, Simonetta (1973): «Contadini, operai e 'popolo' nella rivoluzioni del 1848 in Italia», *Studi storici* 14:557-613.
- SOSKICE, David (1978): «Strike Waves and Wage Explosions, 1968-1970: An Economic Interpretation», en Colin Crouch y Alessandro Pizzorno, eds., *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe Since 1968*, vol. 2, pp. 221-46 (Nueva York: Holmes and Meier Publishers, Inc.).

- SOULE, Sarah, y Sidney TARROW (1991): «Acting Collectively, 1847-1849: How the Repertoire of Collective Action Changed and Where It Happened», trabajo presentado en la conferencia anual de la Social Science History Association, Nueva Orleans.
- STAGGENBORG, Suzanne (1991): *The Pro-Choice Movement: Organization and Activism in the Abortion Conflict* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- STANISZKIS, Jadwiga (1984): *Poland's Self-Limiting Revolution* (Princeton: Princeton University Press).
- STEEDLY, Homer R., y John W. FOLEY (1979): «The Success of Protest Groups: Multivariate Analyses», *Social Science Research* 8:1-15.
- STINCHCOMBE, Arthur L. (1987): Estudio acerca de *The Contestious French* de Charles Tilly, *American Journal of Sociology* 93:1248.
- STONE, Lawrence (1969): «Literacy and Education in England, 1640-1900», *Past and Present* 42:69-139.
- STRANG, David, y John W. MEYER (1991): «Institutional Conditions for Diffusion», trabajo presentado en el Seminario acerca de La Nueva Teoría Institucional, Ithaca, N. Y.
- SWIDLER, Ann (1986): «Culture in Action: Symbols and Strategies», *American Sociological Review* 51:273-86.
- TAMASON, Charles (1980): «From Mortuary to Cemetery: Funeral Riots and Funeral Demonstrations in Lille, 1779-1870», *Social Science History* 4:15-31.
- TARDE, Gabriel de (1989): *L'opinion et la foule* (París: Presses Universitaires de France).
- TARROW, Sidney (1967): *Peasant Communism in Southern Italy* (New Haven y Londres: Yale University Press).
- (1988): «Old Movements in New Cycles of Protest: The Career of an Italian Religious Community» en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movements across Cultures*. International Social Movement Research, vol. 1, pp. 281-302 (Greenwich, Conn.: JAI).
- (1989a): *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- (1989b): *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*, Western Societies n.º 21, Cornell University.
- (1991): «Kollektives Handeln und Politische Gelegenheitsstruktur in Mobilisierungswellen: Theoretische Perspektiven», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 43:647-70.
- (1992): «Mentalities, Political Cultures and Collective Action Frames: Constructing Meaning Through Action», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers in Social Movement Research*, pp. 174-202 (New Haven y Londres: Yale University Press).

- TARROW, Sidney (1993a): «Modular Collective Action and the Rise of the Social Movement: Why the French Revolution Was Not Enough», *Politics and Society* 21:69-90.
- (1993b): «Cycles of Collective Action: Between Moments of Madness and the Repertoire of Contention», *Social Science History* 17:281-307.
- (1992c): «Social Protest and Policy Reform: May 1968 and the Loi d'Orientation in France», *Comparative Political Studies* 25:579-607.
- TARROW, Susan (1985): *Exile from the Kingdom. A Political Rereading of Albert Camus* (University, Ala.: University of Alabama Press).
- TAYLOR, Michael, ed. (1988): *Rationality and Revolution* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press).
- THOMAS, Daniel (en preparación): «International Norms and Political Change: The Helsinki Process and the Fall of Communism in Eastern Europe, 1975-1990», tesis doctoral inédita, Cornell University.
- THOMIS, Malcolm I., y Peter HOLT (1977): *Threats of Revolution in Britain, 1789-1848* (Hamden, Conn.: Archon Books).
- THOMPSON, Dorothy (1984): *The Chartists. Popular Politics in the Industrial Revolution* (Nueva York: Pantheon).
- THOMPSON, E. P. (1971): «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present* 50:76-136.
- THOMPSON, Michael; Richard ELLIS y Aaron WILDAVSKY (1990): *Cultural Theory* (Boulder, Colorado: Westview).
- TILLY, Charles (1975): «Food Supply and Public Order in Modern Europe», en Charles Tilly, ed., *The Formation of national States in Western Europe*, pp. 380-455 (Princeton: Princeton University Press).
- (1978): *From Mobilization to Revolution* (Reading, Mass.: Addison-Wesley Publishing Co.).
- (1982): «Britain Creates the Social Movement», en James Cronin y Jonathan Schner, eds., *Social Conflict and the Political Order in Modern Britain*, pp. 21-51 (New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press).
- (1983): «Speaking Your Mind Without Elections, Surveys or Social Movements», *Public Opinion Quarterly* 47:461-78.
- (1984): «Social Movements and National Politics», en C. Bright y S. Harding, eds., *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory*, pp. 297-317 (Ann Arbor: University of Michigan Press).
- (1984): *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (Nueva York: Russell Sage). [Ed. cast.: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid, 1991].
- (1986): *The Contentious French* (Cambridge: Harvard University Press).
- (1990): *Coercion, Capital and European States, A.D. 990-1990* (Cambridge, Mass. y Oxford: Basil Blackwell). [Ed. cast.: *Coerción, capital y los estados europeos*, Alianza, Madrid, 1992].

- (1991a): «Prisoner of the State», publicación n.º 129 del Center for Studies of Social Change, New School for Social Research, Nueva York.
- TILLY, Charles (1991b): «Selected Papers, 1963-1991, From the Study of Social Change and Collective Action», publicación n.º 113 del Center for Studies of Social Change, New School for Social Research, Nueva York.
- (1992): «How to Detect, Describe and Explain Repertoires of Contention», publicación n.º 150 del Center for Studies of Social Change, New School for Social Research, Nueva York.
- (1993a): «Contentious Repertoires in Britain, 1758-1834», *Social Science History* 17:253-80.
- (1993b): *European Revolutions, 1492-1992* (Oxford: Blackwell).
- Louise TILLY y Richard TILLY (1975): *The Rebellious Century, 1830-1930* (Cambridge: Harvard University Press).
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1954): *Democracy in America*, 2 vols. (Nueva York: Vintage). [Ed. cast.: *La democracia en América*, Alianza, Madrid, 1980].
- (1955): *The Old Regime and the French Revolution*, trad. por Stuart Gilbert (Garden City, N. Y.: Doubleday Anchor).
- (1987): *Recollections. The French Revolution of 1848* (New Brunswick, N. J.: Transaction Books).
- TOURAINE, Alain (1988): *Return of the Actor. Social Theory in Postindustrial Society* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- TRAUGOTT, Marc (1990): «Neighborhoods in Insurrection: The Use of barricades in the French Revolution of 1848», inédito, University of California, Santa Cruz, California.
- (1993): «Barricades as Repertoire: Continuities and Discontinuities in the History of French Contention», *Social Science History* 17:309-23.
- TRIGILIA, Carlo (1986): *Grandi partiti e piccole imprese. Comunisti e democristiani nelle regioni a economia diffusa* (Bologna: Il Mulino).
- TUCKER, Robert C., ed. (1978): *The Marx-Engels Reader*, segunda ed. (Nueva York: Norton).
- TYRRELL, Ian R. (1979): *Sobering Up: From Temperance to Prohibition in Antebellum America, 1800-1860* (Westport, Conn.: Greenwood Press).
- VALELLY, Richard M. (1993): «Party, Coercion and Inclusion: The Two Reconstructions of the South's Electoral Politics», *Politics and Society* 21:37-68.
- VAN PRAAF, Jr., Philip (1992): «The Velvet Revolution: The Role of the Students; Political Opportunities and Informal Networks in an Authoritarian Regime», presentado en la First European Conference on Social Movement, Berlin Wissenschaftszentrum.
- VAN ZOONEN, Liesbet (1992): «'A Dance Od Feath?' New Social Movements and the Media», presentado en la First European Conference on Social Movement, Berlin Wissenschaftszentrum.

- VERNUS, Michel (1989): «A Provincial Perspective», en Robert Darnton y Daniel Roche, eds., *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, pp. 124-38 (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).
- WALSH, Richard W. (1959): *Charleston's Sons of Liberty: A Study of the Artisans, 1763-1787* (Nueva York: Columbia University Press).
- WALTERS, Ronald G. (1976): *The Antislavery Appeal: American Abolitionism After 1830* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- (1978): *American Reformers, 1815-1860* (Nueva York: Hill and Wang).
- WALZER, Michael (1971): *The Revolution of the Saints. A Study in the Origins of Radical Politics* (Nueva York: Atheneum).
- WEBSTER, Richard (1960): *The Cross and the Fasces. Christian Democracy and Fascism in Italy* (Stanford: Stanford University Press).
- WEJNERT, Barbara (1994): «Prerequisites for Diffusion of Collective Protests: Student Movements in the Sixties», en L. Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. 16 (Greenwich, Conn.: JAI, en prensa).
- WILENTZ, Sean (1984): *Chants democratic: New York City and the Rise of the American Working Class, 1788-1850* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).
- WILLIAMSON, Oliver E. (1983): *Markets and Hierarchies: Analysis and Anti-trust Implications* (Nueva York: The Free Press).
- WOOD, Gordon S. (1991): *The Radicalism of the American Revolution* (Nueva York: Vintage).
- WYLIE, Laurence (1964): *Village in the Vaucluse* (Cambridge: Harvard University Press).
- ZALD, Mayer N. (1991): «The Continuing Vitality of Resource Mobilization Theory: Response to Herbert Kitschelt's Critique», en D. Rucht, ed., *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA*, pp. 348-54 (Boulder, Col.: Westview).
- y Roberta ASH (1966): «Social Movement Organizations: Growth, Decay and Change», *Social Forces* 44:327-41. Publicado también en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds. (1987): *Social Movements in an Organizational Society*, pp. 121-41 (New Brunswick, N. J.: Transaction Press).
- y Michael A. BERGER (1978): «Social Movements in Organizations: Coup d'Etat, Bureaucratic Insurgency and Mass Movement», *American Journal of Sociology* 83:823-61. Publicado también en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds. (1987): *Social Movements in an Organizational Society*, pp. 185-222 (New Brunswick, N. J.: Transaction Press).
- y John D. MCCARTHY (1980): «Social Movements Industries: Cooperation and Conflict Among Social Movement Organizations», en Louis Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. 3, pp. 1-20 (Greenwich, Conn.: JAI). Publicado también en Mayer N. Zald

- y John D. McCarthy, eds. (1987): *Social Movements in an Organizational Society*, pp. 161-80 (New Brunswick, N. J.: Transaction Press).
- y John D. McCarthy, eds. (1979): *The Dynamics of Social Movements*, pp. 8-44 (Cambridge, Mass.: Winthrop).
- ZALD, Mayer N. (1987): *Social Movements in an Organizational Society* (New Brunswick, N. J.: Transaction Books).
- y Bert USEEM (1987): «Movement and Countermovement Interaction: Mobilization, Tactics and State Involvement», en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds., *Social Movements in an Organizational Society*, pp. 247-72 (New Brunswick, N. J.: Transaction Press).
- ZOLBERG, Aristide R. (1972): «Moments of Madness», *Politics and Society* 2:183-207.
- (1978): «Belgium» en Taymond Grew, ed., *Crises of Political Development in Europe and the United States*, pp. 99-138 (Princeton: Princeton University Press).
- (1989): *Escape From Violence: Conflict and the Refugee Crisis in the Developing World* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press).

- abolicionismo, 84, 89, 108, 181, 313, 314, 323
- aborto, derecho al, 174, 175, 302, 303
 - movimiento contra el, 164, 165, 175, 195
- acción colectiva no violenta, 204, 320, 321
- «acción retributiva», 75
- acciones directas, 1968-1972
 - en Italia, 268
- acuerdos de no importación, 81-83
- Adams, John, 311
- Afganistán, 186, 324
- afroamericanos, 225, 226
- Aiken, Robert, 99
- alfabetización, 91, 93, 98, 99
 - difusión de, 91, 98, 99, 101, 103, 104
- alimentos, 128-131
 - provisión en París, 129, 130
- alineamiento de marcos, 215, 216
- Amsterdam, 244, 255
- anarquismo, 237
 - y organización, 243, 244
 - y socialdemocracia, 243, 244
 - en Italia, 244, 245
 - en Rusia, 243, 244
- anarquistas, 200, 243, 244, 254
- Ann Arbor, 255
 - redes de activistas en, 255
- Antiguo Régimen, 70, 71, 119, 120, 157
- antinuclear, movimiento, 165, 166
- aprovisionamiento de alimentos, 125-131
- árboles de la libertad, 81, 95
- Argelia, 163, 164, 253
- Argelia, protestas contra la guerra de, 294-297
- arrondissement*, 238
- asiáticos americanos, 24
- asociación, 110, 111
 - comunidades de, 110, 111
 - formas de, 108-115, 142, 143
 - modularidad de, 105, 106
- asociaciones económicas, 45
- asociaciones primarias, 114
- Astilleros Lenin, 284
 - manifestación en los, 229, 230
- Austria, 213, 273, 276
 - movimientos nacionalistas en, 213, 214
- autonomía, concepto de, 228, 229
- autonomistas, 179, 180
- autoritarismo, 17, 18, 290
 - estados, 167-169
- babuvistas, 130

- «banquetes», 190, 277
 barricadas, 51, 52, 71, 72
 construcción social de, 87, 88
 en las revoluciones de 1848, 268, 273
 en París, 273, 277, 278
 Bastilla, 131
 Beijing, 104, 213, 314
 Bélgica, 273, 274
 Berkeley, 255, 293
 Berlín, 88, 224, 255, 314
 Bismarck, Otto von, 241, 272
 Blum, Léon, 282
 boicots, 80-82, 95, 96, 304
 bolcheviques, 177, 178
 Bratislava, 321
 Brigadas Rojas, 297
 Bruselas, 274
 Bush, administración de, 303
- cabinets de lecture*, 101
 Calabria, 276
Camisards, 76, 77
 campañas, 250-252
 de acción colectiva, 250, 252
 y coaliciones, 250-252
 campesinos
 levantamientos, 93, 94, 160
 canciones, 35, 209, 210
 capitalismo, 36, 37, 112, 223
Carbonari, 109
 caricaturas e imágenes de protesta, 93, 94
 Carlos Alberto, rey de Cerdeña, 276
 carmañola, 220
 carnavales, 220
 manifestaciones como, 221, 222
 Carta 77, 309
 cartistas, 84, 200
 británicos, 247
 manifestación, 289
 cátaros, 76, 77
 Catholic Association, 106
 católicos, 273-286
 en comunidades feudales, 73-76
 CDN (CND, *véase* Comité por el Desarrollo Nuclear)
 centralización, 119-123
 y construcción del Estado, 119-123
chambrées, 108, 109, 239, 240, 254
charivari, 51, 66, 70, 80, 188
 Charleston Fire Company, 97
 Checoslovaquia, 158
 1986 en, 163
 Chernobyl, 222
 China,
 movimiento estudiantil, 213, 214
 movimiento por la democracia, 213, 214
 teatro político en, 52, 53, 213, 214
 choques, 59, 61
 entre descontentos y autoridades, 59, 60
 ciclos, 56, 151
 de movimiento, 56, 57
 de negocios, 151, 152
 ciclos de protesta, 18, 19, 27, 59-61, 263-286, 308, 309, 310, 311
 cambio estructural y, 265, 266
 declive de los, 280, 281
 definición de los, 263-266
 difusión de, 59, 266, 267
 interacción en el seno de, 269
 oportunidades y, 266
 organizaciones del movimiento y, 269
 resultados de, 285-286
 revoluciones y, 281-286
 ciudadanía, 138, 140, 141, 327
 Clarkson, Thomas, 313, 314
 clase obrera
 norteamericana, 137, 138
 Cleraux (*Affair*), 70
 Clinton, Bill, 63, 176
 administración del, 303
 coaliciones, 112, 320, 321
 interclasistas, 112, 113, 320
 sociales, 142, 143
 colectiva (acción) (*véase también* repertorio de acción colectiva), 17, 61, 180-205, 304, 305
 conflictos religiosos y, 76, 77
 construcción del Estado, 123-135
 contenciosa, 19, 171
 convencional, 187-190
 dinámica de, 195-205

- formas de (*véase* repertorio de acción colectiva), 51, 52, 184, 185
- marcos (*véase también* marcos y creación de marcos), 55, 56, 207-232, 305
- modular, 66-92
- organización de, 236, 238, 317, 318
- poder de, 182-184
- resultados de, 34, 35
- sostenida, 23
- violenta, 184, 186, 304, 305
- colonias norteamericanas, 105, 106
- colonos norteamericanos, 80, 81, 94-96
- comercio de esclavos (*véase también* abolicionismo), 82, 313, 314
- abolición del,
- Comité por el Desarme Nuclear (CND), 257, 258
- Comité por la Igualdad Racial (CORE), 245, 248, 291
- comunidades, 110, 111
 - de asociación, 110, 111
 - de discurso, 99
 - de prensa, 110, 111
- comunidades de discurso, 22
- comunismo/comunistas, 171, 180
 - en Francia, 245
 - en Italia, 245, 292
 - hundimiento del, 186, 289
- concienciación, 255
- conflicto de clases, 36, 37
- conflicto étnico, 320-330
- conflictos nacionalistas, 329, 330
- confrontación, repertorio de, 17, 18, 25, 26, 28, 49-52, 58, 66, 67, 133, 134, 303, 304, 326-328
 - cambios en, 89, 90, 91
 - clímax de, 277, 278
 - historia en Francia, 70, 71
 - nuevo, 68-72
 - tradicional (viejo), 72-80
- Congreso Continental, EE. UU., 127
- consenso, 316
 - disfraces del, 217
 - formación del, 217, 222
 - movilización por, 40, 55, 56, 57, 215-226
- construcción del Estado
 - y acción colectiva, 118-120, 123-134
- Continental Association de 1774, 97, 98, 107
- contraelites, 18, 318
- contramovimientos, 175
- convención, 50-54
 - confrontación por, 52
- Convención Demócrata de Chicago, 199, 283
- CORE (*véase* Comité por la Igualdad Racial)
- corporativismo, 119, 121
- costes sociales transaccionales, 56
- costes transaccionales (*véase* costes sociales transaccionales), 46-48
 - teoría de Williamson sobre los,
- creencias (*véase también* religión), 76, 77
 - papel de las, en el cambio social y político, 209, 210
- cultura de la democracia, 211
- cultura política, 308-312
- dazio*, 131
- de Gaulle, Charles, 300, 301
- democratización, 190, 191
 - movimientos en Europa del Este, 28, 259, 280, 281, 311, 312, 313, 314
- départments*, 135
- Derecha Cristiana, 60
- Derecha religiosa, 63, 64
- derechos
 - de gays y lesbianas, 268, 269
 - de los animales, 268, 269
 - de los nativos americanos, 268, 269
 - de los no nacidos, 268, 269
 - expansión para nuevos movimientos, 228
- derechos civiles, movimiento por, 17, 18, 53, 55, 56, 158, 176, 193, 200, 205, 210, 216, 225, 226, 244, 293, 294, 302, 303
- derechos gays, 249, 250
- desafíos colectivos, 21, 22, 23
- desarme, movimiento por (*véase también* movimiento pacifista), 218, 219, 255, 297, 323, 324

- descentralización, 257-259
- descontentos
 - no violencia y, en EE. UU., 171
- desfase entre los géneros, 302-306
- desobediencia civil, 303, 304
- Día de la Tierra, 249
- Día de las tejas, 85
- Días de Ira, 283
- difusión, 93-115
 - de información y opiniones, 97, 98
 - de material impreso comercial, 98-105
 - de movimientos, 93-115
 - de oportunidades, 171
 - en los ciclos de protesta, 59-61
 - por coalición social, 110-114
- disrupción, 186, 195-199
 - y no violencia, 186-195
 - y rutinización, 198, 199
 - y violencia, 198, 199
- disturbios
 - de Los Angeles, 24
 - gueto, 24
 - y movimiento social, 23, 24
- ecologismo (*véase* movimiento ambientalista)
- efigies, 80
- Egipto, 253
- elites, 143, 156, 164, 176, 177, 289
 - y contraelites, 18, 318
- émotions*, 71
- empresarios del movimiento, 27, 43, 214
- Engels, Frederick, 36, 272
- enmarcado
 - acción colectiva, 56, 57, 58, 207-233
 - a través de la acción, 228-231, 305
 - concepto de Goffman de, 214
 - elementos de, 215, 216
 - en el movimiento norteamericano por los Derechos Civiles, 210, 225-227
 - en Solidaridad, Polonia, 210
 - los medios de comunicación y, 57, 58, 210, 211, 220-225
 - misión de, 58, 215, 216
 - por líderes del movimiento, 217-225
 - teoría de Snow sobre, 214, 215
- Enmienda por la Igualdad de Derechos, 166, 176, 302, 307
- esclavitud, movimiento contra la, 89, 105, 106, 171, 172, 313, 314, 323, 324
- espacios libres, 255, 256
- Estado
 - debilidad, 120, 164, 165, 185
 - en Estados Unidos, 318-322
 - en Francia, 318-322
 - «fuerza del», 162, 165
- Estados
 - centralizados, 118, 164, 319
 - nacionales, 90, 117, 318-322
 - y acción colectiva, 120, 121
 - y oportunidades, 161, 162
- Estados Generales, 104, 110, 136
- estados nacionales, 90, 122, 319-322
- Estados Unidos, 63, 64
- estalinismo, 149
- estructura de las oportunidades políticas, 17, 18, 38, 39, 47-50, 147-178, 232, 316
 - cambios en, 26, 49, 50, 157, 158
 - definición de, 155, 156
 - recursos externos y, 49, 50, 248, 317, 318
- estructuras de movilización, 54-56, 235-259
- estructuras de reserva, 240, 246, 247
- Europa del Este, 177, 311-316
 - revoluciones, 177, 178
- excepcionalismo, 119-122
- extremismo, 21
- fábrica
 - consejos de, 267, 268
 - legislación, 140
 - ocupaciones, 284, 285
- falso juicio, 80, 81
- fascismo, 21, 149, 159
- Faure, Edgar, 301
- federalistas, 121
- feminismo, movimiento feminista (*véase también* movimiento de las mujeres), 17, 18, 107, 108, 192, 302, 303, 309, 310
 - en la década de los cincuenta, 309, 310

- Fernando, rey de las Dos Sicilias, 276
 Ferrara, 275
fiesta, 229
 festividades, 217, 218
 fines comunes, 23, 24
 FMI (1988), campaña contra el, 251
 Fondo Monetario Internacional, 251
 Foro Cívico, 177
 Franche-Comté, 102
 Francia, 64
 IV República (*véase* Quinta República)
 Mayo de 1968, 176
 Régimen, 70, 119, 157
 revoluciones en (*véase* Revolución Francesa)
 V República (*véase* Cuarta República)
 francmasones, 109
 Frank, Congresista Barney (D-Mass.), 62
 Franklin, Benjamin, 99, 100
 Freedom Summer (Mississippi), 54, 254, 292, 293, 295
 Frente Popular
 en España, 282
 en Francia, 268, 281, 282, 286, 301
 Frente Popular francés (*véase* Frente Popular)
Front National, 329
 fundamentalismo, 175, 327, 328
 fundamentalista, 60, 324
 fundamentalismo islámico, 164, 253, 254, 328
 funerales,
 como fuente de acción colectiva, 77, 78, 80
 funerarias, 78, 79

gabelle, 131
 Gandhi, Mohandas, 172, 193
 Garibaldi, Giuseppe, 272, 327
 gays y lesbianas, movimiento de, 176
 servicio militar y, 34, 35, 49, 59, 60
 Gdansk, 229, 230, 231
 Gdynia, 229, 230
 girondinos, 199, 200
glasnost, 157
 Godechot, cronología de, 272, 273, 277, 280

 Gorbachov, Mijail, 161, 168, 178, 321
 «gorriones», 42
 Gramsci, Antonio, 35, 36, 38, 39, 40
 Gran Bretaña, 24, 82, 105, 247, 272
 cartistas, 200
 controversia sobre la Stamp Act, 80-82, 89, 133, 134
 gobierno colonial en India, 193, 194
 guerra y colonización en, 125-127
 ley de Reforma en Inglaterra, 67
 movimiento contra la esclavitud en, 82, 83, 84, 89, 90
 movimiento pacifista en los noventa, 298
 Partido Laborista británico, 242
 Petición de Manchester, 83, 84
 peticiones masivas, 82-84
 grano
 apropiaciones, 73-76, 130
 comerciantes, 74, 130
 escasez, 130
 Greenham Common, 258
 Greenpeace, 324
 Grenoble, 85, 86, 207
 Grenville, George, 81
 grupos ecologistas, 255
 Guerra Civil norteamericana, 164, 165
 Guerra de los Siete Años, 95
 guerras
 y movimientos sociales, 124-128
 guerras de guerrillas, 320, 330
 guerrilleros en América latina, 208
 Gush Emunim, 329

 Habsburgo, Imperio de, 273, 280, 289, 290
 Haussmann, Baron Georges Eugène, 139
 Helsinki, Tratado de, 158
 Hôtel de Ville, 190
 huelgas, 19, 52, 153, 154, 188, 189, 202
 en Polonia, 163
 sentadas, 267, 268
 y otras formas de acción colectiva, 320, 321
 huelgas, sentadas, 267, 268, 285, 286
 humillaciones rituales, 95, 96
 Hungría, 290, 321

- Iglesia católica, 55, 73, 76, 165
 en Polonia, 160
 y la Reforma, 23, 24
 Imperio Romano, 24
 impuestos, 131-133
 impuestos, movimiento contra los, 94, 95
 Inglaterra (*véase* Gran Bretaña)
 inmigración, 326, 327
 inmigrantes
 ataque contra los, 174, 175
 innovaciones, 201-203
 en la organización de acciones, 247-259
 innovaciones simbólicas, 202, 203, 204
 Insurrección de 1851 en Francia, 254
 organización del movimiento y la, 236-240
 insurrección urbana, 52
 en Francia, 85-87
 insurrecciones
 urbanas, 83, 84
 intelectuales
 tipos de, 38, 39
 vanguardia, 38-40
 y movimientos sociales, 38-40
 Irán, 253, 313, 324, 328
 Irlanda, 133
 Irlanda del Norte, 175, 186
 Islam, 253, 324
 Italia, 273, 275, 277
 acontecimientos de 1847 en, 273, 275
 IV República (Francia), 286, 299

 jacobinos, 76, 119, 127, 171
jacquerie, 238
 Jaruzelski, general Vatslav, 286
 Jefferson, Thomas, 311
 Johnson, administración de, 175
journalées, 203
 parisienses, 279
 Joven Polonia, 230
 judíos, 24
 ataques contra, en 1848, 279, 280

 Kennedy, administración de, 159, 176, 227

 King, Martin Luther, Jr., 53, 200
Knights of Labor (Caballeros del trabajo), 254

 Lafayette, Marqués Marie-Joseph de, 161
 latifundios, 158, 159
 Latinoamérica, 186
 Lenin, Vladimir, 35, 36, 37, 38, 39, 40
 y la acción colectiva, 36-39
 y la estructura de oportunidades políticas, 38, 39
 Ley de derecho al voto de 1965 (Voting Rights Act), 159
 Ley de Hierro, 242
 Ley de Orientación de 1968, 299
 Ley de reforma de 1832, 67, 106
 ley *Le Chapelier*, 108, 119
 liberales, 109, 110, 309
 libros y la difusión de los movimientos sociales, 98, 99
 Lisboa, 88
Loi d'Orientation (*véase* Ley de orientación de 1968), 300
Lotta Continua, 296
 Luis Napoleón, 109, 112, 238

 Madrid, 88
 madrugadores, 27, 157, 268-270, 302, 311, 316
mairies, 239
 Malasia, 169
 Manchester, petición contra la esclavitud *manifestation* (*véase* manifestación), 83, 84
 manifestaciones, 33, 34, 51, 52, 188, 189, 279, 280
 armadas, 198, 199
 de 1848, 279, 280
 estudiantiles, 213, 222, 255, 256, 293, 298-301, 304, 306
 pacíficas, 190
 y democratización, 190
 Manila, 213
 Marcha sobre Washington, abril de 1993, 33-35, 46, 47, 50, 63
 marco de injusticia, 214-216

- marcos
 - acción colectiva, 55, 56, 209, 210, 214-216
 - culturales, 211-216
 - definición de los, 214, 216
 - ideológicos, 228
 - injusticia, 214, 215
 - maestros (*véase* marco maestro), repertorios y, 268
 - y los medios de comunicación, 57, 58
- Marcos, Ferdinand, 194
- marcos maestros, enmarcado maestro, 228
- Marx, Karl, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 112
 - y la acción colectiva, 35-40
- marxistas, teorías, 26, 114, 115
- mayo de 1968, 286, 294-301, 304
- Mazzini, Giuseppe, 272, 327
- McGovern, George, 296
- medios de comunicación
 - y formación del consenso, 225, 226
 - y la creación de marcos, 220-223
 - y la "creación de noticias", 209, 225
 - y la organización del movimiento, 221-225
- mesomovilización, 250, 251
- Messina, 88, 275
- Mickiewicz, Adam, 283
- Midland Association of Ironmasters, 106
- migración, 326, 327
- Milán, 88, 276
- milитantes islámicos, 324, 327, 328
- Mississippi (*véase* Freedom Summer)
- mítin público, 72
- modularidad*, 69
 - de la asociación, 106-108
- Monarquía de julio, 267, 268
- montagnards*, 109, 240
- Moses, Bob, 292
- Motines de Gordon de 1780, 83, 127
- movilización
 - acción (*véase* movilización de la acción)
 - consenso (*véase* movilización del consenso), 217-225
 - discreta, 303, 304
 - movilización de la acción, 217-225
 - movimiento ambientalista, 17, 18, 203-205, 324, 325
 - movimiento de las mujeres,
 - en Estados Unidos, 158, 159, 169, 170, 204, 205, 292, 293, 301-308
 - en Francia, 307, 308
 - en Italia, 258, 307, 308
 - espacios libres en el, 306, 307, 308
 - Movimiento de Maestros Mexicanos, 255
 - movimiento obrero, 241, 242
 - movimiento pacifista, 255, 256, 323-325
 - declive del, 255
 - en Gran Bretaña, 297
 - en Norteamérica, 17, 18, 219, 220
 - movimiento por el derecho a elegir, 165, 174, 175, 204
 - movimiento por la congelación (*véase* movimiento por la paz)
 - Movimiento por la libertad de expresión, 292, 293
 - movimiento pro vida, 165, 174, 175, 194, 195
 - movimientos de los trabajadores agrícolas, 160
 - movimientos étudiant les
 - efectos a largo plazo del activismo en los, 296
 - en China, 213
 - en Estados Unidos, 282, 283
 - en Europa, 286
 - en Francia, 295-301, 304
 - mayo deslizante en Italia, 283
 - movimientos racistas, 326-330
 - movimientos sociales, 17, 18, 21, 22, 36, 38, 43, 60, 61, 63, 64, 93, 97, 98, 147, 148
 - activistas en los, 287, 288, 289
 - ciclos, 59-61, 149
 - concepto de, en la determinación de valores, 212
 - dinámica de, 18-20, 58-64, 316, 317
 - e institucionalización, 200-202
 - espacios libres en, 146-148
 - estructura de las oportunidades de, 117, 118, 148, 149, 171-173
 - movilización de, 54-56
 - multiformes, 203-205

- nacionales, 69-71, 115, 322
- nuevos, 69, 254-256
- organizaciones de, 235-237, 251
- organizadores, 90, 91, 249
- poder en los, 90, 91, 264, 317, 318
- problemas de costes transaccionales de, 47, 62-64, 320-325
- profesionalización en, 149, 250
- redes, 54, 55, 108-110
- resultados de, 19, 61, 62, 287-289
- sociedad, 312
- subcultura, 295
- teoría moderna de, 40
- transnacionales, 273-276, 320-325
- y contramovimientos, 19, 174, 175
- movimientos transaccionales (*véase* movimientos sociales, transnacionales)
- muerte (*véase* funerales), 78, 79
 - como fuente de acción colectiva, 79
- Mussolini, Benito, 159
- NAACP (*véase* National Association for the Advancement of Colored People [Asociación nacional para el progreso de las personas de color])
- nacionalismo, 37
 - a larga distancia, 326, 327
- Najy, Imre, 321
- Napoleón Bonaparte, 109, 112, 238
- Nápoles, 275
- narodniki*, 244
- National Gay and Lesbian Task Force, 50
- National Organization for Women (NOW, Organización nacional de las mujeres), 306
- National Welfare Rights Organization (NWRO), 201
- National Women Political Caucus (NWPC), 306
- «naziskins», 179, 328
- negociación colectiva, 75
- Nelson, Jack, 291
- New Deal*, 153, 268
- Newport
 - quema de efigies en, 95
- Nixon, Richard, 200
- NOW (*véase* National Organization for Women)
- Nueva Izquierda (*New Left*), 245, 246
 - en Estados Unidos, 57, 199, 201, 245, 246, 293
 - en Europa, 245, 246
- nuevo periodismo, 100, 101
- NWPC (*véase* National Women's Political Caucus)
- NWRO (*véase* National Welfare rights Organization)
- ocupaciones, 66, 171, 172, 245, 304, 309, 310
- ola de huelgas, 1919-21, 91
- OLP (*véase* Organización para la Liberación de Palestina)
- Olson, Mancur, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 54, 55, 56, 315
- olsoniana, teoría, 43, 45, 315
- OMS (*véase* organizaciones del movimiento social)
- Operation Rescue, 175
- oportunidades (*véase* estructura de las oportunidades políticas)
 - cambios en, 173, 174, 177, 178
 - difusión, 173, 174
- organización, 235, 236, 237
- Organización para la Liberación de Palestina (OLP), 324
- organizaciones del movimiento social (OMS), 43
 - definición de, 235-237
- «otoño caliente», 294
- Paine, Thomas, 99, 100, 101
- painitas, 109, 127, 199
- Países Bajos, 242, 272
- Palestina, 186
- pan, disturbios del, 24
- panfletos, 99, 100, 101
- París, 87, 224, 247, 278
 - barricadas en, 49, 50
 - Comuna de, 247
- Parlamento del Delfinado, 86
- parlements*, 55, 85, 86

- participación proporcional, 45
- Partido de Dios, 329
- Partido Demócrata, 307
- Partido Laborista británico, 242
- Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), 241, 242
- Partido Verde, 297
- perestroika*, 157
- periódicos
 - poder subversivo de los, 103-104
- petición, 51-53, 72
 - Manchester, 83, 84
 - masiva, 83, 84
 - popular, 83, 84
- peticiones, 82-85
- Piamonte, 88, 289
- Poder Negro, 257
- polarización
 - en los movimientos, 245-247
- Pompidou, Georges, 300
- Port Huton
 - nacimiento de la Nueva Izquierda en, 245, 246
- Praga, 194, 321
- prensa
 - comercial, 98-105, 142
 - comunidades de, 102-105
 - de los pobres, 103
 - francófona, 101, 104
 - revolución en la, 98-102
 - y asociación, 93-115
 - «prensa de los pobres», 103
 - prensa popular, 103-105
 - privación, 21
 - proteccionismo, 37, 38
 - protesta, 51, 52, 297, 298
 - formas de (*véase* repertorio de acción colectiva)
 - Protestant Dissenting Deputies, 105, 106
 - protestantes, 72
 - franceses, 72
 - protestas por los alimentos (*véase* apropiación de grano)
- Quaker London Meeting, 105
- quema de las tarjetas de reclutamiento, 245
- racismo, 251, 252
- radicales, radicalismo, 109
- Reagan, Ronald, 251, 303, 310
- Rebelión de Vendée, 135
- rebelión primitiva, 239
- rebelión(es)
 - norteamericana, 82
- rebeliones contra los señores, 51, 52
- red clandestina, 181
- redes
 - interclasistas, 113
 - movimiento, 104-109
- redes de correo electrónico, 249, 327
- redes sociales
 - transnacionales, 327-328
- reforma
 - y movimientos sociales, 287-312
- Reforma, 23
- religión
 - como cuna para el desarrollo asociacionista, 107
- religiosos
 - conflictos, 76, 77, 93, 94
 - la derecha religiosa, 50, 63
 - movimientos, 77, 329, 330
 - valores, 63
- repertorio de acción colectiva, 26, 65-92
 - cambios en las formas de, 65, 66
 - contenciosa, 49, 304
 - convencional, 50-52
 - dinámica de cambio en el, 205
 - moderno, 26
 - modular, 26, 79-88
 - no contencioso, 304-306
 - no violento, 192-195
 - nuevo (*véase* repertorio modular), 79-88
 - teoría de Tilly sobre el, 26, 289
 - tradicional (*véase* antiguo repertorio), 72-80, 89
 - viejo, 66-67, 89
- repertorio de confrontación (*véase* confrontación)
- repertorio de política popular (*véase* repertorio de acción colectiva)
- repertorio modular, 26, 80, 85, 86, 136

- de la acción colectiva, 52, 65, 66, 69, 70, 80-82, 201
- repertorio tradicional, 72-80, 89
- represión, 18, 25, 26, 171-173, 190, 191
 - en Estados autoritarios, 167-169
 - en Estados no represivos, 169, 170
- República, la, 88
 - y ciudadanía, 138-141
 - y facilitación, 167
- Francesa de 1848, 88, 289
- Republicanos, 109, 238-240, 278, 307
- resistencia, 181-184, 231
 - y movimientos sociales, 23-24
- ressentiment*, 181
- resultados reformistas, 288, 289
- revolución
 - de 1776 (*véase* Revolución Norteamericana)
 - de 1789 (*véase* Revolución Francesa)
 - de 1830, 87
 - de 1848 (*véase* revoluciones de 1848 en Francia)
 - de 1917 (*véase* Revolución Rusa)
 - de 1989 (*véase* revoluciones en Europa del Este)
 - en Europa del Este (*véase* revoluciones en Europa del Este), 177, 311, 312, 314, 315
- Revolución Francesa
 - de 1789, 21, 67, 76, 85, 110, 119, 202, 208-212
 - de 1830, 87
 - de 1848, 72
- Revolución Industrial, 21
 - européa, 98-101
- Revolución Norteamericana, 100, 132
- Revolución Rusa, 153, 154, 178
- revoluciones de 1848, 91, 270-281
 - en Alemania, 272, 273, 276, 279-281
 - en Bélgica, 272-274
 - en Francia, 67, 87, 104, 240, 270-273, 278, 318-322
 - en Hungría, 272, 279
 - en Italia, 270-281
 - en el Imperio de los Habsburgo, 273, 280
 - revuelta agraria, 72, 73, 246, 247
- revueltas
 - campesinas, en la sociedad feudal, 72, 73, 74
- revueltas contra los impuestos, 94, 115
- revueltas por las tierras, 78
- Roma, 88, 275
- sans-culottes*, 113
- Sarajevo, 322
- SDP (*véase* Socialdemocracia alemana)
- sector del movimiento social, 59-61
- Segundo Gran Despertar, 107, 121
- Sicilia, 275
- símbolos, 210, 220, 304
- símbolos de oposición, 219
- símbolos para la comunicación, 210
- sindicatos
 - bien común de los, 42
- Sindicatos Libres del Báltico, 230
- Singapur, 213
- sisa en Gran Bretaña, 82-84
- SNCC (*véase* Student Non-Violent Coordinating Committee)
- socialdemocracia, 167, 200, 242
 - y la Revolución de 1848, 240-243
 - y los trabajadores, 167, 240-243
- socialismo de Estado
 - hundimiento del, 283, 284, 314
- socialismo gremial, 243
- Sociedad de Correspondientes de Londres, 111
- Sociedad de Correspondientes de Sheffield, 111
- sociedad de terratenientes, 56, 57, 73, 74
- sociedad del movimiento, 313-328
- sociedad feudal, 72-79, 119
- Société Typographique de Neuchâtel, 101
- Society of West India Merchants, 106
- solidaridad, 23, 24, 37, 183, 317
- solidaridad de clase, 113-115
- Solidarnosc (Solidaridad en Polonia), 163, 210, 215, 216, 229, 230, 231, 284, 286, 321
- Sons of Liberty (Hijos de la libertad), 97, 111

- Sri Lanka, 186
 Stamp Act, 89, 95, 96, 98, 99, 111, 133
 Student Non-Violent Coordinating Committee (SNCC), 245, 291 ~
 Student Press and Information Center (Centro de prensa e información estudiantil), 158
 Sudán, 253
 sufragio (*véase* movimiento por el sufragio de las mujeres), 84, 123, 124, 270, 310
 sufragismo, 84, 124, 246, 310
 Sugar Act de 1764 (Ley del Azúcar), 81
 Suiza, 273, 289

 té de Boston, motín del, 82
 televisión, 221, 222, 248-251
 global, 323
 implicaciones de la, para la organización del movimiento, 248
 y el movimiento antinuclear, 248
 y el movimiento estudiantil, 248
 y el movimiento por los derechos civiles, 248
 teoría de la acción colectiva, 20, 21, 33, 34
 de Gramsci, 35
 de Lenin, 35
 de Marx, 35
 de Olson, 43, 44, 315
 Tercer Estado, 157, 161
 Tercer Mundo, 181, 255, 326
 Terror, 120, 121
 terrorismo
 italiano, 197
 «The Loyal Nine» (Los nueve leales), 97
 Thomas, Clarence, 303
 Three Mile Island, 220
 Tiananmen, plaza de, 213
 Tilly, Charles, 19, 26, 65, 66, 67, 68, 69, 73, 74, 75, 76, 134, 185, 264, 326
 y «repertorio de confrontación», 51, 65

 Tocqueville, Alexis de, 71, 87, 272
 y la construcción del estado, 117-122
 Townshend, Leyes de 1767, 95
 trabajo/trabajadores
 Caballeros del (*véase* Knights of Labor)
 organizados, 296

 Unión Soviética
 hundimiento de la, 281, 311
 United Farm Workers, 160

 V República (Francia), 298
 Valle del Po, 275
 vanguardia, 246
 Venecia, 88, 276
 Verdi, Giuseppe, 88, 168
 Viena, 88
 Congreso de, 276
 Vietnam, guerra de, 136, 164, 283
 protestas contra la, 136, 245, 249, 283
 violencia, 19-21, 184-186, 304, 311, 324
 amenaza de la, 185, 186
 atractivo de la, 184-186
 como tipo de acción colectiva, 184-186
 interétnica, 279
 Virginia Merchants, 106

 Walesa, Lech, 229, 230
 WEAL (*véase* Women's Equity Action League)
 Weather Underground, 245, 297
 Wilkes, John, 103
 Women's Equity Action League (WEAL)
 Wyvil, Christopher, 127

 Yakarta, 213
 Yorkshire Association, 106, 127
 Yorkshire, 126, 127

 18 Brumario de Luis Bonaparte, 112, 238

Alianza Universidad

Volúmenes publicados

663	R. Descartes: El tratado del hombre	685	Gerolamo Cardano: MI vida
664	Peter Burke: La cultura popular en la Edad Moderna	686	Francisco Sánchez-Blanco: Europa y el pensamiento español del siglo XVIII
665	Pedro Trinidad Fernández: La defensa de la sociedad	687	Jagdish Bhagwati: El proteccionismo
666	Michael Mann: Las fuentes del poder social	688	Carl Schmitt: El concepto de lo político
667	Brian McGuinness: Wittgenstein	689	Salomon Bochner: El papel de la matemática en el desarrollo de la ciencia
668	Jean-Pierre Luminet: Agujeros negros	690	Hao Wang: Reflexiones sobre Kurt Gödel
669	W. Graham Richards: Los problemas de la química	691	David Held: Modelos de democracia
670	Ludwig Wittgenstein: Diarios secretos	692	Enrique Ballester: Métodos evaluadores de auditoría
671	Charles Tilly: Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes	693	Martin Kitchen: El período de entre-guerras en Europa
672	P. Adriano de las Cortes (S.I.): Viaje de la China . Edición de Beatriz Moncó	694	Marwin Harris y Eric B. Ross: Muerte, sexo y fecundidad
673	Paul Martin y Patrick Bateson: Medición del comportamiento	695	Dietrich Gerhard: La vieja Europa
674	Otto Brunner: Estructura interna de Occidente	696	Violeta Demonte: Detrás de la palabra
675	Juan Gil: Hidalgos y samurais	697	Gabriele Lolli: La máquina y las demostraciones
676	Richard Gillespie: Historia del Partido Socialista Obrero Español	698	C. Ulises Moulines: Pluralidad y recursión. Estudios epistemológicos
677	James W. Friedman: Teoría de juegos con aplicaciones a la economía	699	Rüdiger Safranski: Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía
678	Fernand Braudel: Escritos sobre la Historia	700	Johannes Kepler: El secreto del universo
679	Thomas F. Glick: Cristianos y musulmanes	701	Miquel Siguan: España plurilingüe
680	René Descartes: El Mundo o el Tratado de la Luz	702	El silencio: Compilación de Carlos Castilla del Pino
681	Pedro Fraile: Industrialización y grupos de presión	703	Pierre Thuillier: Las pasiones del conocimiento
682	Jean Levi: Los funcionarios diarios	704	Ricardo García Cárcel: La leyenda negra
683	Leandro Prados y Vera Zamagni (eds.): El desarrollo económico en la Europa del Sur	705	Miguel Angel Escotet: Aprender para el futuro
684	Michael Friedman: Fundamentos de las teorías del espacio-tiempo	706	Martin Heidegger: La fenomenología del espíritu de Hegel
		707	Clara Eugenia Núñez: La fuente de la riqueza

- 708 Fernando Ainsa: **Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares**
- 709 John Keane: **Democracia y sociedad civil**
- 710 A. Lafuente y J. Sala Catalá: **Ciencia colonial en América**
- 711 Gerold Ambrosius y William H. Hubbard: **Historia social y económica de Europa en el siglo xx**
- 712 Jean Delumeau: **La confesión y el perdón**
- 713 Claus Offe: **La sociedad del trabajo**
- 714 Alejandro R. Garcíadiego Dantán: **Bertrand Russell y los orígenes de las «paradojas» de la teoría de conjuntos**
- 715 Morris Kline: **El pensamiento matemático de la antigüedad a nuestros días, I**
- 716 Pedro Miguel González Urbaneja: **Las raíces del cálculo infinitesimal en el siglo xvi**
- 717 Alfonso Botti: **Cielo y dinero**
- 718 Teresa Carnero Arbat (Edición): **Modernización, desarrollo político y cambio social**
- 719 Jacob A. Frenkel y Assaf Razin: **La política fiscal y la economía mundial**
- 720 M.ª Luisa Sánchez-Mejía: **Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario**
- 721 Charles Tilly: **Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990**
- 722 Vicent Llombart: **Campomanes, economista y político de Carlos III**
- 723 N. G. L. Hammond: **Alejandro Magno**
- 724 Morris Kline: **El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días, II**
- 725 Thomas F. Glick: **Tecnología, ciencia y cultura en la España medieval**
- 726 E. J. Aiton: **Leibniz. Una biografía**
- 727 Heinz Duchhardt: **La época del absolutismo**
- 728 Lawrence M. Krauss: **La quinta esencia**
- 729 Morris Kline: **El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días, III**
- 730 Heiko A. Oberman: **Lutero**
- 731 Hugo Ott: **Martin Heidegger**
- 732 Heinrich Lutz: **Reforma y contrarreforma**
- 733 Jorge Benedicto, Fernando Reinares y otros: **Las transformaciones de lo político**
- 734 Pablo Fernández Albaladejo: **Fragmentos de monarquía**
- 735 S. Bowles, D. M. Gordon y T. E. Weisskopf: **Tras la economía del despilfarro**
- 736 Stephen Jay Gould: **La flecha del tiempo**
- 737 Serge Lang: **El placer estético de las matemáticas**
- 738 Malcolm S. Longair: **Los orígenes del universo**
- 739 Erwin Schrödinger: **La estructura del espacio-tiempo**
- 740 Valentin Nikólaievich Voloshinov: **El marxismo y la filosofía del lenguaje**
- 741 Margaret L. King: **Mujeres renacentistas. La búsqueda de un espacio**
- 742 Robert W. Smith: **El universo en expansión**
- 743 Thomas Crump: **La antropología de los números**
- 744 Carlos Castilla del Pino (Dirección): **La obscenidad**
- 745 Leandro Prados de la Escosura y Samuel Amaral (Editores): **La Independencia americana: consecuencias económicas**
- 746 William R. Shea: **La magia de los números y el movimiento**
- 747 Julian Pitt-River y J. G. Peristiany (Editores): **Honor y gracia**
- 748 Joel Mockyr: **La palanca de la riqueza**

- 749 Anthony de Jasay: **El Estado**
- 750 Niklas Luhmann: **Teoría política en el estado de bienestar**
- 751 Santiago Muñoz Machado: **La Unión Europea y las mutaciones del Estado**
- 752 David Ruelle: **Azar y caos**
- 753 Jesús Mosterín: **Filosofía de la cultura**
- 754 Francisco Rico: **El sueño del humanismo**
- 755 Roger Chartier: **Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna**
- 756 Stephen W. Hawking y Roger Penrose: **Cuestiones cuánticas y cosmológicas**
- 757 Juan Gil: **En demanda del Gran Kan**
- 758 Clara Eugenia Núñez y Gabriel Tortella (Editores): **La maldición divina. Ignorancia y atraso económico en perspectiva histórica**
- 759 Giordano Bruno: **Del infinito: el universo y los mundos**
- 760 Anthony Giddens: **Consecuencias de la modernidad**
- 761 Helena Béjar: **La cultura del yo**
- 762 Larry Laudan: **La ciencia y el relativismo**
- 763 Rita Levi-Montalcini: **NGC. Hacia una nueva frontera de la neurobiología**
- 764 Pedro Schwartz, Carlos Rodríguez Braun y Fernando Méndez Irisate (eds.): **Encuentro con Karl Popper**
- 765 Peter Burke: **Formas de hacer historia**
- 766 Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo (ed.): **Estrategias familiares**
- 767 Lorena Preta (compilación): **Imágenes y metáforas de la ciencia**
- 768 N. G. Wilson: **Filólogos bizantinos**
- 769 Francesco Benigno: **La sombra del Rey**
- 770 Wolfgang Merkel (edición): **Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo xx**
- 771 Geoffrey Cantor, David Gooding y Frank A. J. L. James: **Faraday**
- 772 Jonathan Lear: **Aristóteles**
- 773 Gonzalo Bravo: **Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica**
- 774 Giovanni Sartori y Leonardo Morlino (eds.): **La comparación en las Ciencias Sociales**
- 775 Furio Díaz: **Europa: de la ilustración a la revolución**
- 776 Carlos Castilla del Pino (compilación): **La envidia**
- 777 Edmund Husserl: **Problemas fundamentales de la fenomenología**
- 778 Nigel Townson: **El republicanismo en España (1830-1977)**
- 779 Franco Selleri: **Física sin dogma**
- 780 Derek Bickerton: **Lenguaje y especies**
- 781 Andrés de Blás Guerrero: **Nacionalismos y naciones en Europa**
- 782 Elías Díaz: **Los viejos maestros**
- 783 Rafael Díaz Salazar, Salvador Giner y Fernando Velasco: **Formas modernas de religión**
- 784 Grégoire Nicolis y Ilya Prigogine: **La estructura de lo complejo**
- 785 Adelina Sarrión Mora: **Sexualidad y confesión**
- 786 Klaus von Beyme: **Teoría política del siglo xx**
- 787 Cyril Barrett: **Ética y creencia religiosa en Wittgenstein**
- 788 Mijail Bajtin (Pavel N. Medvedev): **El método formal en los estudios literarios**
- 789 Eduardo Primo Yúfera: **Introducción a la investigación científica y tecnológica**
- 790 Roberto L. Blanco Valdés: **El valor de la Constitución**
- 791 Antonio Fontán, Jerzy Axer (eds.): **Espanoles y polacos en la Corte de Carlos V**
- 792 Jordi Nadal y Jordi Catalán (eds.): **La cara oculta de la industrialización española**
- 793 Martin Heidegger: **Caminos de bosque**
- 794 Ernst Nolte: **Nietzsche y el nietzscheanismo**
- 795 Chris Cook y John Stevenson: **Gufa de historia contemporánea de Europa**
- 796 Ricardo Gullón: **La novela española contemporánea**
- 797 Lawrence Sklar: **Filosofía de la física**
- 798 José Martínez Millán (dir.): **La corte de Felipe II**
- 799 Eduardo García de Enterría: **La lengua de los derechos**
- 800 Asa Briggs: **Historia social de Inglaterra**
- 801 Leo Howe y Alan Wain (eds.): **Predecir el futuro**
- 802 Juan Pan-Montojo: **La bodega del mundo**
- 803 Friedrich Schlegel: **Poesía y filosofía**

- 804 Jacques Vallin: **La población mundial**
- 805 Raymond Trousson: **Jean Jacques Rousseau**
- 806 Blanca Sánchez Alonso: **Las causas de la emigración española 1880-1930**
- 807 Bruce Mazlish: **La cuarta discontinuidad. La coevolución de hombres y máquinas**
- 808 Ursula Pia Jauch: **Filosofía de damas y moral masculina**
- 809 John Tyler Bonner: **Ciclos vitales. Confesiones de un biólogo evolutivo**
- 810 Andreas Hillgruber: **La Segunda Guerra Mundial**
- 811 J. A. Gonzalo, J. L. Sánchez y M. A. Alario: **Cosmología astrofísica**
- 812 Klaus von Beyme: **La clase política en el Estado de partidos**
- 813 Bruno Latour y Steve Woolgar: **La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos**
- 814 Brian P. Levack: **La caza de brujas en la Europa moderna**
- 815 Guglielmo Cavallo: **Libros, editores y público en el Mundo Antiguo**
- 816 Luiz Carlos Bresser Pereira, José María Maravall y Adam Przeworski: **Las reformas económicas en las nuevas democracias**
- 817 Marjorie Grice-Hutchinson: **Ensayo sobre el pensamiento económico en España**
- 818 Jacques Vallin: **La demografía**
- 819 José Ramón Recalde: **Crisis y descomposición de la política**
- 820 Gonzalo Anes: **La ley agraria**
- 821 Manuel Fernández Álvarez: **Poder y sociedad en la España del Quinientos**
- 822 Sixto Ríos: **Modelización**
- 823 María Américo: **Satisfacción residencial**
- 824 F. Mora (Ed.): **El problema cerebromente**
- 826 Francisco Rodríguez Adrados: **Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua**
- 827 W. G. Rees: **La física en 200 problemas**
- 828 Ernst Gellner: **Encuentros con el nacionalismo**
- 829 Antonio Vela: **El gas como alternativa energética**
- 830 Juan Gil: **La India y el Catay**
- 831 Richard Gillespie, Fernando Rodrigo y Jonathan Story: **Las relaciones exteriores de la España democrática**
- 832 Peter J. Bowler: **Charles Darwin**
- 833 Carlos Castilla del Pino: **La extravagancia**
- 834 Paolo Perulli: **Atlas metropolitano**
- 835 Peter Temin: **Lecciones de la Gran Depresión**
- 836 María Victoria Gordillo: **Orientación y comunidad**
- 837 Hubert Reeves: **Últimas noticias del cosmos**
- 838 Concepción de Castro: **Campomanes**
- 839 Miquel Siguan: **La Europa de las lenguas**
- 840 Frank J. Tipler: **La física de la inmortalidad**
- 841 Lynn Margulis y Lorraine Olenzinski (Eds.): **Evolución ambiental**
- 842 F. Jaque Rechea y J. García Solé: **La luz: el ayer, el hoy, el mañana**
- 843 Walter Benjamin: **Escritos autobiográficos**
- 844 Jack Copeland: **Inteligencia artificial**
- 845 J. Ancet, A. Ferrari, R. Rossi, A. Sánchez Robayna, G. Agambeu, J. Jiménez y E. Lledó: **En torno a la obra de José Angel Valente**
- 846 Carl A. Meier: **Wolfgang Pauli y Carl G. Jung. Un intercambio epistolar, 1932-1958**
- 847 Donald Cardwell: **Historia de la tecnología**
- 848 Roald Z. Sagdeev: **Aventuras y desventuras de un científico soviético**
- 849 Elliot Sober: **Filosofía de la biología**
- 850 David Ringrose: **España 1700-1900: el mito del fracaso**
- 851 Aurora Egido: **La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián**

- 852 Salvador Giner y Ricardo Scartezzini (Eds.): **Universalidad y diferencia**
- 853 Mary Douglas: **Cómo piensan las instituciones**
- 854 Michael Walzer: **Moralidad en el ámbito local e internacional**
- 855 Guillermo Lorenzo y Víctor Manuel Longa: **Introducción a la sintaxis generativa**
- 856 Franco Crespi: **Aprender a existir**
- 857 Josep Padro: **Historia del Egipto faraónico**
- 858 F. W. J. Schelling: **Escritos sobre filosofía de la naturaleza**
- 859 Alicia Alted, Ángeles Egido y María Fernanda Mancebo (Eds.): **Manuel Azaña: pensamiento y acción**
- 860 Carles Boix: **Partidos políticos, crecimiento e igualdad**
- 861 Antonio José Durán: **Historia con personajes, de los conceptos del cálculo**
- 862 Javier Tusell y Álvaro Soto (Eds.): **Historia de la transición 1975-1986**
- 863 Agustín Guimerá (Ed.): **El reformismo borbónico**
- 864 David S. Reher: **La familia en España, pasado y presente**
- 865 Aristóteles: **Los meteorológicos**
- 866 Harold Raley: **Jullán Marías: una filosofía desde dentro**
- 867 Francisco Javier Peñas: **Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales**
- 868 Roland Oliver y Anthony Atmore: **África desde 1800**
- 869 H. G. W. F. Hegel: **Enciclopedia de las ciencias filosóficas**
- 870 Thomas A. Szlezák: **Leer a Platón**
- 871 Marie-Claude Gerbet: **Las noblezas españolas en la Edad Media**
- 872 Francisco Veiga, Enrique U. da Cal y Ángel Duarte: **La paz simulada, 1941-1991**
- 873 James Simpson: **La agricultura española (1765-1965). La larga siesta**



41053479

lo largo de la historia, la gente de a pie se ha movilizado repetidas veces y, con ello, ha ejercido un poder considerable. Revoluciones como la francesa y americana, acciones de masas como las obreras del siglo XIX, movimientos como el pacifista, ecologista y feminista, o sublevaciones antiautoritarias como las ocurridas en Europa oriental a final de los años ochenta han promovido cambios sustanciales y duraderos en el sistema político y la sociedad. Sin embargo, sus mecanismos y desarrollo siguen planteando numerosos interrogantes: ¿qué induce a los ciudadanos corrientes a echarse a la calle en un momento y no en otro?, ¿cuál es el impacto a largo plazo de las acciones colectivas?, ¿cuál es su poder real? Sin tratar de imponer una perspectiva determinada ni privilegiar las revoluciones «clásicas», SIDNEY TARROW presenta un marco general para la comprensión de los movimientos sociales, ciclos de protesta y revoluciones que tuvieron su origen en Occidente y se extendieron a todo el planeta a lo largo de los dos últimos siglos. A partir de este análisis del pasado, EL PODER EN MOVIMIENTO formula los retos a los que se enfrenta el mundo del mañana, en el que los movimientos sociales superarán cada vez más fácilmente las barreras de los Estados nacionales, mientras que éstos, a su vez, conseguirán ser cada vez más hábiles a la hora de domesticar o manipular toda acción colectiva.

Alianza Editorial

ISBN 84-206-2677-8



9 788420 628776